

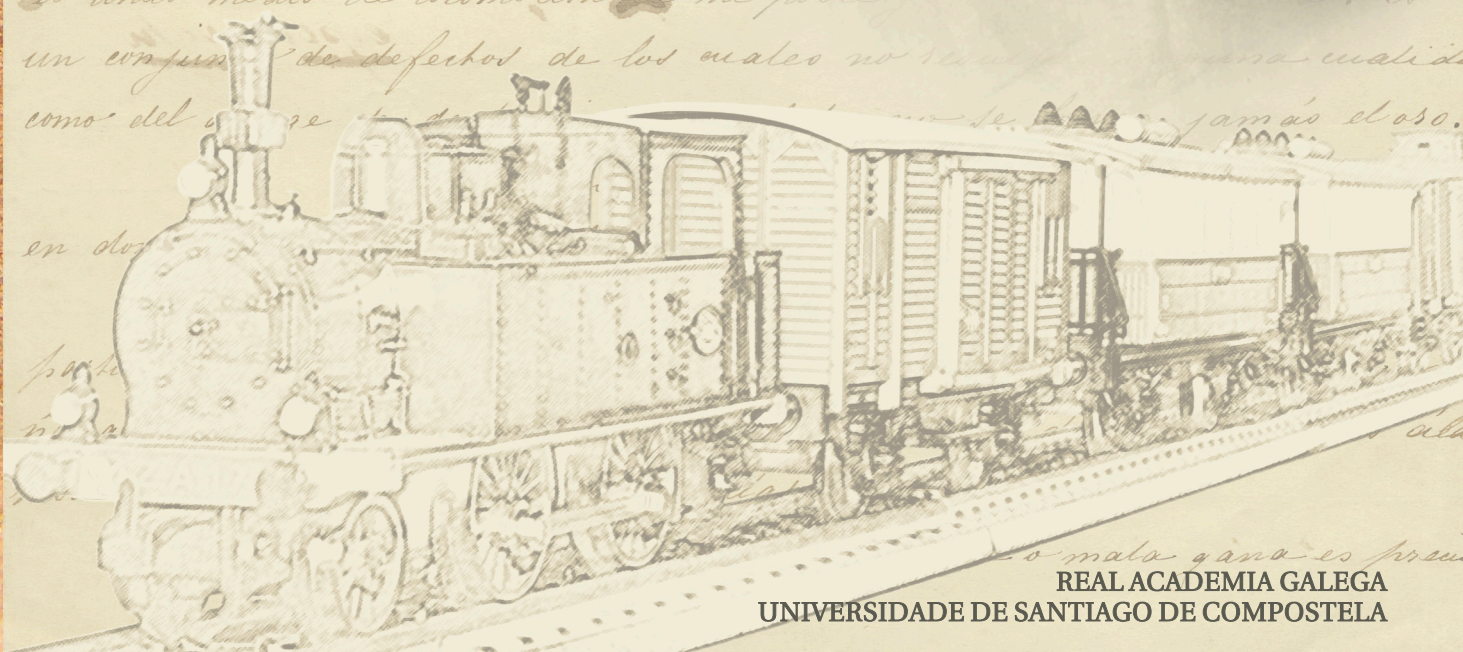
Apuntes de un viaje.  
De España a Ginebra  
1º de Enero de 1873.

Para no faltar desde el primer día... que  
os he dado de no omitir en estos rápidos... más pe  
queño detalle de mi viaje, mi cuaderno...  
cortado recientemente des cansado...  
ligencia se puso en marcha

Después de haber  
una señal de afectuosa despedida  
sus parientes repitiendo - Buen viaje  
mejor posible en los incómodos  
cia.

¿Por qué se llamará esto...  
razón que los que no tienen palabra  
algunos conoce otra etimología...  
comunique; tendría gusto en conocer  
Nada es en efecto más  
gallardía, ligereza, que su nombre...  
feo y anticómodo armatoste que para...  
el único medio de locomoción en mi pueblo...  
un conjunto de defectos de los cuales no recuerdo...  
como del... jamás el oso.

Edición de José Manuel González Herrán



## **Apuntes de un viaje. De España a Ginebra**



EMILIA PARDO BAZÁN

**Apuntes de un viaje. De España a Ginebra  
[1873]**

**Reproducción facsímil**

Estudio, edición y notas de

José Manuel González Herrán

2014

REAL ACADEMIA GALEGA  
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

- © do manuscrito orixinal, Real Academia Galega, 2014
- © do estudo e notas, José Manuel González Herrán, 2014
- © desta edición, Real Academia Galega, 2014
- © desta edición, Universidade de Santiago de Compostela, 2014



This work is under a Creative Commons BY-NC-SA 3.0 license.

Any form of reproduction, distribution, public communication or transformation of this work not included under the Creative Commons BY-NC-SA 3.0 license can only be carried out with the express authorization of the proprietors, save where otherwise provided by the law.

You can access the full text of the license by clicking on the following link:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/>



Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons BY-NC-SA 3.0.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra no incluida en la licencia Creative Commons BY-NC-SA 3.0 solo puede ser realizada con la autorización expresa de los titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Puede acceder Vd. al texto completo de la licencia haciendo clic en este enlace:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/legalcode.es>



Esta obra atópase baixo unha licenza Creative Commons BY-NC-SA 3.0.

Calquera forma de reprodución, distribución, comunicación pública ou transformación desta obra non incluída na licenza Creative Commons BY-NC-SA 3.0 só pode ser realizada coa autorización expresa dos titulares, agás excepción prevista pola lei.

Pode acceder Vd. ao texto completo da licenza premendo nesta ligazón:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/legalcode.gl>

#### **Deseño e maquetación**

Ildefonso Vidal Ocampo  
Servizo de Publicacións  
da Universidade de Santiago de Compostela

#### **Edición técnica**

Servizo de Publicacións  
da Universidade de Santiago de Compostela  
Campus Vida  
15782 Santiago de Compostela  
[usc.es/publicacions](http://usc.es/publicacions)

**handle** <http://hdl.handle.net/10347/10058>

## Introducción

### Apuntes de un viaje. De España a Ginebra, libro inédito de Emilia Pardo Bazán

El primer día de enero de 1873 Emilia Pardo Bazán, acompañada de su esposo, de sus padres y de uno de sus tíos<sup>1</sup>, emprendía desde Ourense un largo viaje, con destino previsto en Ginebra, que les llevaría a lo largo de unos cinco meses por ciudades españolas (Zamora, Burgos), francesas (Biarritz, Bayona, Burdeos, París), italianas (Turín, Milán, Venecia, Verona, Trieste), además de la mencionada capital suiza, y que se prolongaría después con la visita a la Exposición Universal de Viena (inaugurada el 1 de mayo de 1873).

La noticia de este viaje no era desconocida en la biografía de la escritora coruñesa<sup>2</sup>, pues ella misma lo había mencionado (aunque aduciendo fechas y circunstancias algo diferentes, que han despistado o engañado a algunos investigadores): en los «Apuntes autobiográficos» que escribió en 1886 como prólogo para la primera edición de *Los Pazos de Ulloa*<sup>3</sup>; y también en una entrevista publicada en un periódico francés en 1906<sup>4</sup>, donde rememoraba su primera visita a Francia, con una larga estancia en París: nación y ciudad por las que, como sabemos, tendría siempre una notable predilección. Menos conocido —aunque, como enseguida diré, también lo había contado en los «Apuntes» de 1886— es el dato de que la joven Emilia (con poco más de 21 años y que hasta entonces sólo había publicado algunos relatos y versos) fue recogiendo sus impresiones de viajera en un texto de carácter privado: «sobre las mesas de las fondas, sobre mis rodillas en el tren<sup>5</sup>, con plumas comidas de orín y lápices despuntados, tracé mis primeras páginas en prosa: el indispensable *Diario de viaje*, que no se me ocurrió publicar, ni lo merece»<sup>6</sup>.

En efecto, aunque sí lo merezca, este texto nunca llegó a publicarse; pero su autora, afortunadamente, lo conservó entre sus papeles, y lo mismo hicieron sus herederos, de modo que el manuscrito se guarda hoy en el Fondo Documental de Emilia Pardo Bazán archivado en la sede coruñesa de la Real Academia Galega<sup>7</sup>. Inadvertida u olvidada aquella alusión de los «Apuntes autobiográficos», la existencia de este manuscrito permaneció desconocida hasta que en septiembre de 1996 di la primera noticia en un congreso

sobre literatura de viajes, organizado por la «Fundación Ortega y Gasset» en Toledo; mi comunicación fue recogida en las correspondientes Actas<sup>8</sup>, y posteriormente he vuelto a mencionar aquel documento y comentar su contenido en otros congresos, seminarios, conferencias y artículos<sup>9</sup>.

Aparte de su interesante contenido, no parece necesario ponderar la importancia de este documento. Ante todo, porque, de haberse publicado, hubiera sido el primer libro de nuestra autora<sup>10</sup> (cuatro años antes de su *Estudio crítico de las obras de Feijoo* [1877], y seis de su primera novela *Pascual López. Autobiografía de un estudiante de Medicina* [1879]), en un género, la literatura de viajes, que llegaría a cultivar con notable predilección y acierto: *De mi tierra* (1888), *Mi romería. (Recuerdos de viaje)* (1888), *Al pie de la torre Eiffel* (1889), *Por Francia y por Alemania* (1889), *Por la España pintoresca* (1896), *Cuarenta días en la Exposición* (1900), *Por la Europa católica* (1902)<sup>11</sup>: a esos títulos hay que añadir el que aquí nos ocupa, hasta ahora casi desconocido. Tiempo es ya de publicar estos *Apuntes*, inéditos a los ciento cuarenta años de haberse escrito.

Como he apuntado, su contenido es realmente notable: no tanto en lo que tiene de crónica del viaje (aspecto, por otra parte, no desdeñable), sino, sobre todo, en lo que nos descubre acerca del perfil ideológico y estético de la joven Emilia. Algo que hemos de considerar en relación con los verdaderos motivos y objetivos del viaje; que no fue, como ella declararía en aquellos «Apuntes autobiográficos» de 1886, por huir del país, tras la abdicación de Amadeo I de Saboya y la consiguiente proclamación de la Primera República («más nublado que nunca el horizonte después de la marcha del italiano, y resuelto mi padre a morir para la política al mismo tiempo que moría el honrado partido progresista [...] pasamos a Francia, con ánimo de ver correr tranquilamente desde París las turbias aguas de la revolución, ya sin dique»<sup>12</sup>), puesto que el periplo se inició el 1 de enero de 1873, antes de la caída de Amadeo, en febrero (noticia que, por cierto, los viajeros conocen en París, según puntualmente declara en estos *Apuntes*).

Las auténticas razones de aquella salida de España —también políticas— tenían que ver con la conocida adhesión al carlismo de los expedicionarios: especialmente su esposo, José Quiroga y Pérez de Deza, pero también ella misma<sup>13</sup>, autora de poemas (que recogemos en el **Apéndice** de esta edición) dedicados al pretendiente carlista y a su esposa<sup>14</sup>; y acaso también colaboradora clandestina en la provisión de armas a las *partidas*<sup>15</sup>. Pues bien, este viaje familiar de 1873 es —sobre todo— una *peregrinación carlista*: tras visitar en el exilio francés o suizo a determinados correligionarios (a quienes, por precaución, siempre menciona veladamente o con abreviaturas), la expedición culminará con las visitas —cuyo relato desprende indudable tono de vasallaje— a la familia del pretendiente en sus «cortes» de Ginebra y Trieste: según anunciaba el título, la capital helvética era la meta de los peregrinos, como residencia de doña Margarita de Borbón y Borbón, esposa del que sus partidarios carlistas llamaban *Carlos VII*.

Ahí puede estar también una de las razones —acaso la principal— que explica el manto de silencio que la autora echó sobre este texto juvenil: no publicado en su momento (si es que en algún momento existió tal proyecto), la posterior evolución ideológica, política y estética de Pardo Bazán convirtió en totalmente inoportuna la difusión de este texto juvenil, que ofrecía una imagen muy diferente de la que la Condesa alcanzaría a construir a lo largo de su dilatada carrera literaria y social. En consecuencia, los *Apuntes de un viaje. De España a Ginebra* quedaron inéditos, como otros textos suyos de esa época, muy comprometidos con ideas luego abandonadas («fiebres políticas que me calentaron la cabeza cuando tenía pocos años», dirá en *Mi romería*, quince años más tarde<sup>16</sup>). Pero los conservó cuidadosamente entre sus papeles, no sólo por razones sentimentales, sino tal vez para su posible utilización posterior, como luego explicaré. En todo caso, parece evidente que si doña Emilia hubiese querido ocultar totalmente la huella de estas «veleidades juveniles» le habría sido muy fácil destruir esos pliegos; si no lo hizo —antes al contrario, los guardó amorosamente a lo largo de casi cincuenta años (los que van desde su redacción,

hasta el fallecimiento de la Condesa en 1921)— fue porque de alguna manera deseaba preservarlos para el futuro. Me atrevo a suponer, pues, que la edición de este manuscrito, más que contravenir, acaso cumpla la secreta voluntad de su autora.

El manuscrito autógrafo<sup>17</sup> está constituido por 35 pliegos de papel rayado, numerados en su margen superior derecho: desde el 1.º al 17.º, se indica «Pliego (o la abreviatura Pº) 1.º, 2.º, 3.º...»; del 18 en adelante, sólo el número; faltan los pliegos 33 a 36 y el manuscrito se interrumpe bruscamente en el 39: no sabemos si porque se suspendió su escritura o porque falte lo que seguía. Dado que cada pliego consta de cuatro páginas —salvo uno, que sólo tiene escritas dos— el manuscrito alcanza las 138 páginas (con un total aproximado de 40.500 palabras), de elegante y muy legible caligrafía. La redacción es fluida y segura, con pocas correcciones también autógrafas, todas en tinta más gruesa y algo corrida, como hechas con distinta pluma en un momento diferente: de ellas parece deducirse un intento de mejorar —ortográfica, léxica y estilísticamente— el texto, con vistas a una posible publicación; intención que acaso se abandonó pronto, pues las correcciones, aunque escasas, son más frecuentes en los pliegos iniciales. Se advierten también claras diferencias de escritura, que parecen obedecer a diversos tipos de pluma o tinta, mayor o menor apresuramiento, etc. Hay abundantes indicios de que la redacción es casi simultánea a las jornadas del viaje: a veces anuncia que la interrumpe, para hacer determinada visita, que luego referirá. Aunque, en general, la narración sigue el orden cronológico del viaje, se aprecian leves discontinuidades o rupturas, que obedecen al funcionamiento de los mecanismos de la memoria: así, en una ocasión el relato de cierto episodio va precedido de la indicación (2); en el párrafo siguiente, la señal (1) antepuesta parece advertir que lo así marcado es cronológicamente anterior, aunque se cuente después: indicación que parece dirigida a la posterior publicación, en la que se reordenaría el relato de acuerdo con la sucesión de los acontecimientos.

Lamentablemente (y esta es la única deficiencia de este texto, aunque no tan grave como para menguar la oportunidad de su rescate), el manuscrito conservado no está completo. Como antes he advertido, le faltan cuatro pliegos, que contaban la visita a Venecia: desaparición sobre la que me permito apuntar una hipótesis, algo arriesgada, pero acaso convincente. La autora pudo servirse de esos pliegos para redactar las páginas dedicadas a su segunda visita a la ciudad de los canales, en *Mi romería* (1888). Según refiere doña Emilia en el capítulo «Don Carlos» de ese libro<sup>18</sup>, el extravío de un paquete certificado remitido por correo a Madrid, con las «30 o 40 cuartillas» que contaban sus «impresiones recogidas al borde del Adriático», le ha obligado a escribirlas de nuevo, «en mi cuarto de estudio, con vistas a la bahía de Marineda<sup>19</sup>»; y lamenta: «Aquellas páginas perdidas habían brotado de mi pluma caldeadas por el sentimiento, dictadas por recientes sucesos y observaciones: semejante disposición de ánimo no se reproduce». Pues bien: no sería extraño que para revivir aquellas impresiones venecianas de 1888 se ayudase de los *Apuntes* de su primera visita en 1873; ¿procederá de los pliegos perdidos este sugestivo párrafo (en el que, por cierto, recordando que ya otra vez estuvo allí, cita la misma ópera verdiana evocada entonces)?:

El objeto de mi viaje a Venecia no era admirar la soñada ciudad de las lagunas, con su doble collar de palacios y la inmortal poesía de sus calles de agua y sus góndolas finas y curvas como el puñal de Otelo. Conocía ya a la dogaresa: la había visto en todo su teatral esplendor, alumbrada por millares de fuegos artificiales y por guirnaldas de los clásicos farolillos, arrullada por serenatas melodiosísimas, y había oído de noche, a la luz de la luna, en el Gran Canal, la barcarola de *I due Foscari*, que entonaban a voces solas los gondoleros.

Pero, además de la falta de esos cuatro pliegos «venecianos», el manuscrito parece inconcluso: la brusca interrupción de la frase en la última línea del pliego 39 hace pensar que el texto continuaba en el 40 y acaso en otros. Sea por pérdida de estos o por suspensión de su escritura, falta el relato de la última etapa del periplo, en la que los viajeros habrían tenido ocasión de visitar la Exposición Universal en Viena<sup>20</sup>.



En todo caso, aunque en mi primera noticia pública de este manuscrito yo no descartaba la posibilidad de que una minuciosa pesquisa en los papeles de este archivo nos proporcionasen la fortuna de encontrar los pliegos perdidos, creo que hemos de abandonar toda esperanza...: ese fondo documental ha sido minuciosamente estudiado, inventariado (y digitalizado en buen parte), sin que se haya producido ese deseado hallazgo. Por otra parte, Nelly Clemessy nos contó (testimonio oral en uno de los debates del Primer Simposio pardobazaniano, que dirigí en su Casa-Museo de A Coruña en junio de 2004) que cuando, en los años cincuenta del pasado siglo, visitaba en su casa de Madrid a doña Blanca Quiroga Pardo-Bazán —depositaria de los papeles de doña Emilia hasta su legado testamentario a la Real Academia Galega—, aquella tenía la costumbre de agasajar a sus ocasionales visitas con algunas hojas sueltas (generalmente, las que estaban al final de cada «lote») de la colección de manuscritos de su madre. No es improbable que alguno de sus afortunados visitantes recibiesen como obsequio aquellas hojas finales de los *Apuntes de un viaje*.

Viaje que, sin desdeñar su principal motivo político, como antes recordé, también tuvo su dimensión de «turismo cultural», según ella misma recordaría años más tarde, aludiendo a que en él hacía «un género de vida más propio para despertar necesidades intelectuales [...] pude saborear, a las orillas del Po y en el canal de Venecia, poesías de Alfieri y Ugo Foscolo, prosa de Manzoni y Silvio Pellico, y ver en Verona el balcón de Julieta, y en Trieste el palacio de Miramar, y en la gran exposición de Viena los adelantos de la industria, que miré con algo de romántico desdén»<sup>21</sup>.

De esa dimensión cultural del viaje deriva lo más interesante de este manuscrito. Así, de acuerdo con los presupuestos y convenciones del género, la atenta viajera traslada al papel con minuciosa precisión no sólo los lugares visitados (con sus monumentos, paisajes, historia, gentes, costumbres, actividades, industria, comercio, diversiones...), sino también todo aquello que tales visitas le sugieren a la curiosa muchacha, sensible ante las bellezas (tanto las naturales como las artísticas), pero también voraz y culta lectora, que no pierde ocasión para hacer alarde de sus conocimientos, opiniones y sentimientos. En este sentido, son especialmente notables las páginas que dedica a describir los monumentos de Burgos, sus impresiones al cruzar en tren los campos de Francia o las montañas de Suiza, sus reflexiones sobre la Revolución francesa, al visitar en París las Tullerías o *La Conciergerie*, o sobre los trágicos sucesos —aún recientes— de *la Commune*, la evocación de la historia de Romeo y Julieta en su visita a Verona, la leyenda de la construcción de la catedral milanesa, o el recuerdo del infeliz emperador Maximiliano en su palacio de Miramar en Trieste... Muy valiosas son también sus reacciones —de joven provinciana, muy conservadora— ante las que podríamos llamar «maravillas y tentaciones de París»: los teatros, el Vaudeville, las Folies, el Carnaval en la Ópera, los grandes almacenes, la tétrica *Morgue*, las apuestas en carreras de caballos, las *demimondaines* en la noche de los bulevares... Y todo ello expuesto en una prosa que, con las imprecisiones, vacilaciones y deficiencias propias de quien tiene más vocación que experiencia, apunta ya algunas de las cualidades de la que, con el tiempo, se convertiría en una de las figuras fundamentales de la literatura española y europea de su tiempo.

No fue este texto lo único que escribió con ocasión de aquel viaje: atendiendo a su por entonces intensa vocación poética, la joven Emilia —que ya había dado a conocer sus versos en diferente periódicos, revistas y álbumes de Galicia— tradujo sus impresiones en varios poemas dedicados a lugares o personajes relacionados con la excursión: la Cartuja de Miraflores, en Burgos; el baile de carnaval, en la Ópera de París; el Lago Léman y el Mont Blanc, en Suiza; los canales de Venecia; la tumba de Julieta, en Verona; el Palacio de Miramar, en Trieste; el Museo de Belvedere, en Viena; a estos poemas cabría añadir algunos dedicados al Rey y a la Reina carlistas (una oda a don Carlos, otra oda y un soneto a doña Margarita, unos breves brindis en honor de cada uno de ellos...); versos que, escritos antes de este viaje, su autora tuvo ocasión de recitar emocionada ante la propia homenajeada, según declara en estos *Apuntes*... Dado el interés de esos poemas —todos ellos ya publicados, aunque en ediciones de escasa circulación<sup>22</sup>— los recogemos en el **Apéndice**.

## CODA

Como casi todos los relatos, este también merece un epílogo: dedicaré los párrafos finales de mi introducción a dar breve noticia y comentario de otros escritos de viajes, poco posteriores a este y también inéditos.

Parece que, tras aquel primer periplo europeo, la joven Emilia repitió la experiencia, pero no conocemos los *apuntes* o *diarios* que pudo haber escrito a tal propósito; en el mismo archivo pardobazaniano de la R.A.G. hay un documento muy directamente relacionado con estos viajes, cuyos itinerarios confirma, precisa y completa: se trata de una hoja con estas anotaciones<sup>23</sup>:

Alrededor de la civilización

De Orense a Zamora - De Zamora a Burgos - De Burgos a Bayona - De Bayona a Biarritz - de Biarritz a Bayona - De Bayona a Burdeos - De Burdeos a París - de París a Ginebra -de Ginebra a Turín - de Turín a Milán - de Milán a Verona - de Verona a Venecia - de Venecia a Trieste - de Trieste a Viena - de Viena a Verona - de Verona a & -

De Santiago a Tuy - de Tuy a Lisboa - de Lisboa al Havre - del Havre a Calais - de Calais a Douvres - de Douvres a Londres - de Londres & & & &

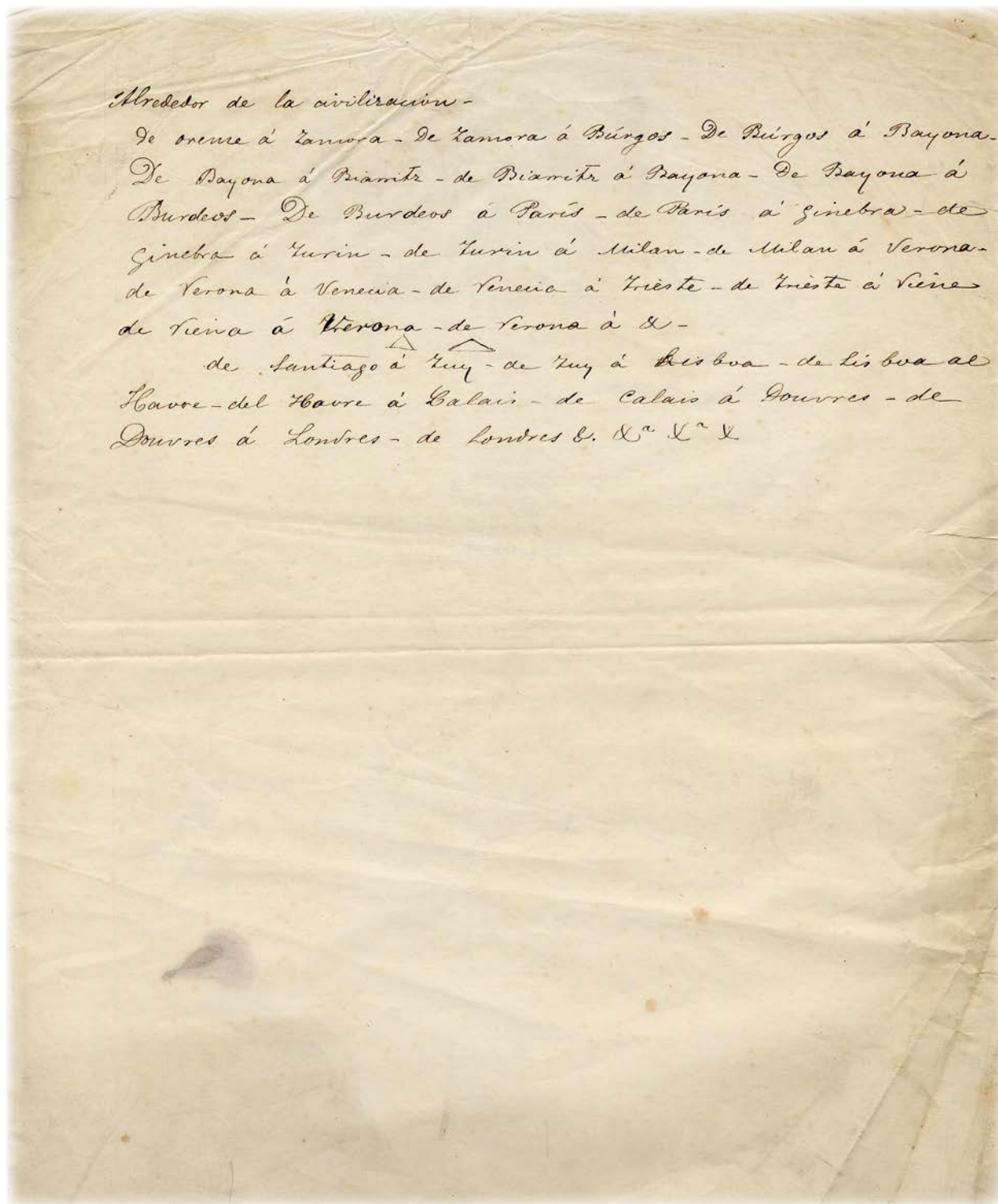
Evidentemente, el primer párrafo reconstruye con exactitud el itinerario relatado en los *Apuntes* de 1873; y aunque también su conclusión resulte imprecisa (el signo &= *etcétera*, no resuelve qué etapas siguieron a las indicadas), es claro —si la nota es, como parece lógico, posterior a los viajes y no la ruta prevista— que hubo visita a Viena y aún una segunda estancia en Verona. Es más: ese documento parece el guión de un libro de ambicioso título, *Alrededor de la civilización*, que reuniría los *apuntes* aquí comentados y los de otro viaje a Portugal, Francia e Inglaterra.

Ese segundo viaje aparece confirmado por otro documento manuscrito en el mismo archivo de la R.A.G.<sup>24</sup> Al año siguiente de viajar «de España a Ginebra» la joven Emilia lo hizo, esta vez en compañía únicamente de su esposo, por tierras de Portugal, y de allí, por mar, a Francia e Inglaterra, según el documento publicado y minuciosamente estudiado por Ana María Freire<sup>25</sup>; aunque en este caso el autógrafo, en francés y titulado *Cahier de voyage*, no son más que dos cuartillas escritas por ambas caras, en donde, de manera casi telegráfica —como si fuese el guión para una crónica posterior— resume el itinerario de aquel viaje, con algunas mínimas indicaciones, notas y observaciones sobre lo visto y acontecido en esas semanas, desde que salen de Santiago el 15 de marzo de 1874 hasta que llegan a París el 3 de abril; sabemos que el viaje continuó, tras varias semanas en la capital francesa, de nuevo por mar hasta Londres. Pero el manuscrito —o, para ser más preciso, lo conservado de él— se interrumpe precisamente en París, el 5 de abril. Además del itinerario, contiene sucintas pero interesantes anotaciones (que la autora probablemente proyectaba ampliar luego) relativas a esos lugares: Padrón, Pontevedra, Porriño, Tui, Valença do Minho, Braga, Oporto, Lisboa...; luego, la travesía hasta Le Havre, y de allí, por Rouen, a París.

## NOTA EDITORIAL

Dado que junto a la transcripción del texto que edito se ofrece la reproducción digitalizada de su manuscrito, cuya imagen facsimilar el lector puede cotejar con mi lectura, parece innecesario el convencional aparato crítico, con notas relativas al estado del texto (palabras tachadas, corregidas, sobrescritas, de lectura dudosa, ilegibles, manchas o roturas en el texto, etc.); solo señalo o comento unos pocos casos, en los que me ha parecido necesario o conveniente explicar mi interpretación de esa escritura problemática o dudosa.

Mi edición del manuscrito actualiza su ortografía, de acuerdo con las normas académicas vigentes, aunque respeto algunas peculiaridades de la autora, especialmente su sistema de puntuación, a veces arbitrario en su uso de la coma, punto y coma, dos puntos, guiones, comillas... Por lo que se refiere a los signos de admiración e interrogación, indico siempre los de apertura, de los que la autora suele prescindir. Desarrollo las abreviaturas (V., VV.= usted, ustedes; Vdes.= ustedes; V. A.= Vuestra Alteza; S. A. R.= Su Alteza Real; Mgr.= Monseñor; Sr.= Señor; M, y Mr.= Monsieur; Mme.= Madame; Mlle.= Mademoiselle; St.= Saint; Sta.= señorita; N.S.J.C.= Nuestro Señor Jesucristo; cts.= céntimos; S.



M.= Su Majestad; Dn.= Don; D.<sup>a</sup>= Doña; Sto.= Santo; Sra.= Señora; S. S.= Su Santidad) y símbolos (&= etc.). Suelo corregir los términos extranjeros, cuando están escritos de forma incorrecta («*Traviatta*», por '*Traviata*'); «*Etampes*», por '*Étampes*'; «*cimetiére*», por '*cimetière*', «*marronnier*», por '*marronnier*'; «*Covent-Garden*», por '*Covent Garden*'; «*souses*», por '*sous*'; «*comunard*», por '*communard*', «*Sforzias*», por '*Sforzas*'; «*Capuletti*», por '*Capuleti*'... ), aunque acepto las formas ya consagradas (bulevar, Burdeos, Versalles, Turín...). Pongo en *cursiva* las palabras que en el manuscrito están subrayadas, y también algunas otras que la autora no subraya, como títulos de obras, palabras extranjeras. A este respecto, mantengo —en cursiva— ciertos términos extranjeros que nuestro idioma no había adoptado aún (*wagon*, por '*vagón*'; *valss*, *walss*, por '*vals*'); pero no otros que están escritos de manera errónea («*thé*», por '*té*').

No advierto ni justifico en nota los abundantes casos en que corrijo palabras que la autora escribe de manera discutible o errónea: «*Berín*», (por '*Verín*'), «*vía*» (por '*veía*'), «*hivierno*» (por '*invierno*'; aunque el *DRAE* admite '*hibierno*'), «*diátribas*» (por '*diatribas*'), «*rododhendro*» (por '*rododendro*'), «*restauranes*» (por '*restaurantes*'), «*escascarillar*» (por '*descascarillar*'), «*pentágrama*» (por '*pentagrama*'), «*tíos vivos*» (por '*tiovivos*'); «*herizar*» (por '*erizar*'), «*Victoria*» (por *Vitoria*, capital alavesa); «*reasumir*» (por '*resumir*'), «*enfin*» (por '*en fin*'), «*tartarabuelo*» (por '*tatarabuelo*'), «*Oceanía*» (por '*Oceanía*'), «*ika!*» (por '*ica!*'), «*inexplicable*» (por '*inextricable*'), «*hitaliana*» (por '*italiana*'), «*enegrecidas*» (por '*ennegrecidas*'); «*paysanas*» (por '*paisanas*'); «*myosotys*» (por '*miosotis*'), y otros nombres de flores (aunque, a veces, escribo la forma actualmente correcta: *strelitzia*, que ella escribe «*Sterlizia*»). Corrijo también la manera con que ocasionalmente indica los ordinales en algunos monarcas («*Napoleón 3.<sup>o</sup>*», por '*Napoleón III*'; «*Luis 18*», por '*Luis XVIII*'). Pero respeto formas hoy poco usuales, aunque admitidas por el *DRAE* («*harmoniosamente*», por '*armoniosamente*'; «*harpa*», por '*arpa*'); o que reflejan maneras de la época («*frac*», por '*fraques*'; «*noviembre 1793*», por '*noviembre de 1793*'); o que muestran una muy temprana manifestación de usos que serán característicos de la autora, como el empleo de «*la primer*» con sustantivos femeninos (que explico en nota).

Por lo que se refiere a la anotación, prescindo de las muchísimas notas históricas, geográficas, artísticas... que, como toda guía de viaje, esta demandaría: identificación o explicación de los lugares, paisajes, monumentos, museos..., visitados; las obras teatrales y óperas a las que asiste; las múltiples lecturas o referencias literarias que desliza en su relato; los personajes (del pasado o coetáneos) aludidos; las obras de arte (pinturas, esculturas, palacios, castillos, catedrales, iglesias...) que contempla, describe o explica. El curioso lector podrá encontrar —navegando en *internet*— abundante, fiable, documentada y muy completa información sobre todo ello (según he podido comprobar). Lo mismo cabe decir respecto a las dudas de tipo léxico (no solo de términos españoles, sino franceses, italianos, alemanes...), que pueden resolverse sin excesiva dificultad con ayuda de cualquiera de los muchos diccionarios (impresos o digitales) que hoy es posible manejar. No obstante, me he detenido en explicar o comentar algún término o forma que me ha parecido interesante, en relación con la formación o situación de la joven autora.

En cambio, y por esas mismas razones, creo necesarias o convenientes algunas notas que podríamos considerar como específicamente pardobazanianas, y que explican comentarios y opiniones suyas, reveladoras de su ideología de entonces, o los rasgos que muestren cómo ya se va forjando su estilo y personalidad literaria en este temprano libro, o que anuncian obras suyas posteriores\*

\* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación *Ediciones y estudios críticos sobre la obra literaria de Emilia Pardo Bazán* (Referencia: FFI2010-18773.FILO), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, que dirijo en la Universidad de Santiago de Compostela.

## AGRADECIMIENTOS

Ante todo, he de reconocer la imprescindible colaboración de la Real Academia Galega, cuyo Archivo custodia el manuscrito que aquí se edita. Para la primera noticia (acompañada de la paráfrasis, resumen y transcripción de algunos fragmentos del manuscrito) que ofrecí de ese documento, en el **Simposio Internacional sobre Literatura de Viajes**, organizado por la Fundación Ortega y Gasset y The Ohio State University, en Toledo, el 5 de septiembre de 1996, conté con el permiso expreso de la institución depositaria, concedido por su entonces Presidente, el Dr. Domingo García-Sabell, y así lo hice constar entonces, como también en la publicación derivada de dicho Simposio. Permiso confirmado posteriormente por los sucesivos Presidentes de la RAG (especialmente, por el Profesor Dr. Xosé Ramón Barreiro Fernández, quien mostró siempre un gran interés por mis pesquisas, y apoyó las gestiones para la publicación de este documento); y ampliado por su actual Presidente, el Profesor Dr. Xesús Alonso Montero, autorizando también la reproducción digital del manuscrito (realizada por el ARAG), que esta edición incluye. Mi agradecimiento a la RAG y a sus miembros alcanza también a quienes en esa casa — especialmente, el personal del Archivo, encabezado por Mercedes Fernández-Couto Tella— han atendido siempre, con prontitud, eficacia y amabilidad mis encargos o peticiones.

Varios colegas e investigadores pardobazanistas han seguido, estimulado, apoyado y ayudado en la tarea que al fin culmina con esa edición; aunque todos ellos saben bien lo que les debo, es de justicia mencionar aquí a mi antigua discípula, luego colega, colaboradora en proyectos, y siempre amiga, Cristina Patiño Eirín: antes que nadie, ella fue quien, en sus primeras indagaciones en los «papeles de doña Emilia» (que en 1973 había inventariado, clasificado y descrito nuestro maestro don Benito Varela Jácome), descubrió este importantísimo documento, del que me dio inmediata y puntual noticia, además de cederlo generosamente para mis investigaciones.

Desde entonces (1995) han sido muchas las consultas, gestiones, negociaciones, propuestas... que he intentado, para publicar este manuscrito; hasta ahora, todas infructuosas —con muy diversas razones o excusas— hasta que, al fin, Juan Luis Blanco Valdés, Director del Servicio de Publicaciones de la USC (mi Universidad), aprovechando las posibilidades de la informática editorial, ha encontrado la fórmula más adecuada que ha hecho posible esta edición: sea su nombre el que cierre este tan grato como obligado capítulo de gracias.

Santiago de Compostela, agosto de 2013

**Apuntes de un viaje.  
De España a Ginebra**



# Apuntes de un viaje De España a Ginebra

## **1.º de Enero de 1873**

Para no faltar desde el primer día a la palabra que os he dado<sup>1</sup> de no omitir en estos rápidos apuntes el más pequeño detalle de mi viaje, mi cuaderno preparado y mi lápiz cortado<sup>2</sup> recientemente descansaban en mis rodillas cuando la diligencia se puso en marcha.

Después de hacer la señal de la cruz, y una seña de afectuosa despedida a los amigos que agitaban sus pañuelos repitiendo: —¡Buen viaje! tratamos de colocarnos lo mejor posible en los incómodos asientos de la mal llamada diligencia.

¿Por qué se llamará esto diligencia? Tal vez por la misma razón que los que no tienen pelo se llaman pelones. No obstante, si alguien conoce otra etimología más plausible, le invito a que me la comunique; tendría gusto en conocerla.

Nada es, en efecto, más antitético a las ideas de rapidez, gallardía, ligereza, que su nombre parece despertar, como el pesado, feo y anticómodo<sup>3</sup> armatoste que para mal de nuestros huesos es el único medio de locomoción en mi pobre y olvidada Galicia<sup>4</sup>. Es un conjunto de defectos de los cuales no resulta ninguna cualidad como del aleaje<sup>5</sup> de despreciables metales no se forma jamás el oro.

Preciso es, sin embargo resignarse hasta Zamora, en donde encontraremos el ferrocarril.

Entretanto la antigua Orense, nuestro punto de partida, funde sus últimas casas en el vapor azulado de la mañana, y perdemos de vista las graciosas curvas del Miño y los álamos que guarnecen sus frescas orillas.

Pasamos por Allariz; de buena o mala gana es preciso comprar aquí unas pocas de estas afamadas almendras cuyo consumo no recomiendo a las personas mayores de cuarenta años.

Para comer este confite, que forma la especialidad de Allariz, se necesitan mandíbulas de hierro, y es un diploma de juventud, masticar estos guijarros que saben a azúcar.



Nos servirán de entretenimiento mientras desfilan Ginzo de Limia y su romántico lago, habitado por las sombras de los viejos hidalgos, las vaporosas *fadas*<sup>6</sup>, y ¡oh prosaica compañía! por las mejores sanguijuelas, según dicen los inteligentes, de toda España. He ahí también a Verín y sus aguas medicinales, y he ahí a la noche, esa negra hermana del día, que no quiere permitirnos que sigamos contemplando el paisaje.

Y no es esto lo peor, sino que el tiro está fatigado, el camino malísimo y el coche se ha detenido.

El mayoral y el zagal no parecen dispuestos a conformarse con este *statu quo*; bajan, y a fuerza de palos, gritos e interpelaciones más o menos enérgicas, tratan de persuadir a los pobres animales de que no son unos jamelgos extenuados que arrastran un peso superior a sus fuerzas, sino unos gallardos meklemburgueses enganchados a una ligera carretela, y que, por consecuencia, deben sacarnos prontito del mal paso.

Pero los caballos no parecen dispuestos a entender estos argumentos. Hacen algunos esfuerzos, y luego, permanecen inmóviles, agitados de un ligero temblor y despidiendo espeso vaho por sus abiertas narices.

En lo más fuerte de la lucha, el mayoral, hombre de fisonomía enérgica, realzada por negras patillas, de sueltos ademanes y cintura quebrada, tipo marcadamente español<sup>7</sup>, se acercó a la portezuela, y alzando las manos al cielo:

—Reniego, dijo, de la gloriosa revolución y *toa* su casta, que no ha *servío* sino *pa* echar a perder los caminos.

Y yo pensé, sin decirlo «Si solo hubiese echado a perder los caminos...»<sup>8</sup>

Pero la brega continúa, y no hay señales de que avancemos; creo que será mejor bajarnos a aliviar el carruaje de nuestro peso, para que pueda arrancar y subir la cuesta.

De común acuerdo lo hacemos todos los viajeros; felizmente la noche está serena, las estrellas chispean en un cielo de un azul profundo, y este paseíto no nos sentará mal. *A mal tiempo, buena cara*.

Vencida la dificultad, volvemos a acurrucarnos en los rincones del coche, y a pesar de nuestra buena voluntad, no nos decidimos a renovar esta hazaña en la primer<sup>9</sup> Portilla, en donde el tiro vuelve a negarnos sus servicios. Pero ahora enganchan parejas de bueyes y gracias a este socorro, nos ponemos en marcha.

La luz de la mañana nos sorprende pasando la segunda Portilla.

El imponente puerto estaba vestido de gala, como para festejarnos a nosotros, o tal vez al año que empieza. Sábanas de nieve de deslumbradora blancura vestían sus áridas crestas, y graciosas cascadas rompían aquí y allá la grandiosa monotonía del paisaje, haciendo brillar con mil colores el verde musgo y las negras rocas. Estas montañas deben ser muy tristes en verano: pero ahora, con este sol naciente y esta nieve inmaculada, tienen un no sé qué de reposado y grandioso que habla a la imaginación<sup>10</sup>.

Convencidos de que gracias a los percances de la noche no llegaremos hoy a enlazar con el tren de Zamora a Medina, nos decidimos a descansar y almorzar en A..., aldeíta<sup>11</sup> situada al extremo mismo de la segunda Portilla.

Nos bajamos en el mesón, en donde nos reciben dos lindas muchachas, frescas como la nieve que tanto me gusta, y que con una afabilidad encantadora empiezan a preparar nuestro chocolate, mientras que todos los viajeros nos agrupamos alrededor del hogar, donde chisporrotea y cruje un haz de carrascas.

Es inútil añadir que charlamos con las huéspedas; y charlando averiguamos que la más bonita de las dos es la sobrina del señor cura de A... y la otra su criada.

—¿Con que le han *quita*o el estanco, chica? preguntó el mayoral a la sobrina.

—¡Mire usted! contestó ella sin dejar de remover el chocolate. Y por cosas de elecciones. Como el señor tío no votó con el Gobierno...

—¿Con quién votó el señor cura? dije yo a mi vez y en voz baja a la criadita.

La muchacha levantó sus grandes ojos negros, me miró con sorpresa, y replicó en voz vibrante:

—¡Con los carlistas! Aquí todos lo somos, hasta la muerte.

—Tampoco faltan allá abajo, la dije yo, y cambiamos una sonrisa de simpatía.

Ella siguió preparando el desayuno, pero con más vivacidad y alegría que antes, si cabe<sup>12</sup>.

Almorzamos en un cuartito cuya abierta ventana cae sobre una cascada copiosa, cuyo ruido parece acompañarnos y animar aquellas mudas montañas.

Cuando subimos al carruaje no pude menos de mirar con interés al grupo que formaban las dos muchachas y el anciano cura de blancos cabellos, apoyado en el dintel de su puerta y enviándonos una señal de despedida.

El paisaje comienza a ser árido, y los interminables llanos de Castilla fatigan la vista con su seca monotonía. En lugar de los copudos castaños y de las risueñas aldeítas gallegas, desfilan ante nosotros pueblos con casas grises y terrizas, a cuyas ventanas se asoman mujeres de rostro moreno y dientes blancos como la nieve que nos miran pasar con curiosidad<sup>13</sup>.

He aquí, entre las brumas de la tarde, las cimas montuosas de Puebla de Sanabria: he aquí su antiguo castillo, que atrae las miradas y encadena mi alma.

Me parecía ver a Men Rodríguez de Sanabria, señor del castillo y de la Puebla entera, defendiendo aquellos lugares que había habitado; aquel leal vasallo, tan fiel a su Rey don Pedro el Justiciero, que no le abandonó ni en su adversa fortuna, ni en su trágica muerte; se me aparecía armado de todas sus armas, y a la cabeza de un séquito brillante: el sol poniente lanzaba reflejos de color de sangre sobre las cotas fulgentes, las afiladas lanzas, los ricos estandartes, y las flotantes plumas de los cascos; oía el sonoro golpear de las herraduras, los relinchos de los corceles, el crujir de los arneses y...<sup>14</sup>

—¿Quieren ustedes cigarros de a tres cuartos?

Esta interpelación, que nos lanzó desde el camino un rapazuelo de trece años, me arrancó de mis ensueños, y solo quedó ante mí el viejo castillo abandonado, sin jinetes, corceles, ni rubia castellana asomada a las ojivas.

Pregunto quién habita la fortaleza.

—Un capitán, me responden, la ocupa por orden del Gobierno.

Para completar mis tonterías, me alegré de que fuese un militar el que habita el viejo castillo, pues confieso ingenuamente que el saber que lo hubiesen destinado a juzgado, escuela, o cosa así, me hubiera *despoetizado* sus melodramáticos torreones.

Para disculparme, debo añadir que el castillo de Sanabria conserva la más completa fisonomía de edad media que pueda desear un artista. Nada le falta: atalayas, puente levadizo, patio de honor, balcón de hacer justicia; todo es grandioso, sombrío, todo transporta la imaginación a muchos siglos antes de este nuestro ilustrado y próspero siglo, como dicen los periódicos<sup>15</sup>.

Y la erguida frente del torreón se envolvía en las nieblas de la tarde y aún mis ojos seguían con amor su majestuoso conjunto.

He dormido todo el resto del camino hasta Zamora, y hemos entrado en la ciudad de Vellido Dolfos a las ocho de la mañana, con doce horas de retraso.

## Zamora

Zamora conserva, a semejanza de Toledo, un extraño carácter de Edad media. No han abandonado aún sus habitantes el sayo, la caperuza y las abarcas del villano antiguo, ni sus lindas mujeres salen a la calle sin la característica mantilla sayagüesa, de vivos y ricos colores. Cuando digo que las zamoranas son lindas, no hago poesía, sino que consigno una gran verdad; blancas, pelinegras, con ojos de azabache y sonrosadas mejillas, forman un tipo en que el Norte y el Mediodía se han combinado armoniosamente y lucen a competencia. Realza su gentileza la mantilla que he citado, que cubre desde la cabeza hasta los muslos, y en la cual se embozan con soltura; una sarta de cuentas de vidrio asoma por debajo de los poblados rodetes de trenzas negras, peinado sencillo del país; una saya corta, oscura, ciñe el airoso cuerpo, y un pulido zapato y una media azul en las solteras, negra en las casadas y viudas, completa este pintoresco traje<sup>16</sup>.

Como el tren no saldrá hasta las ocho de la noche, tenemos tiempo de ver con detención Zamora. En consecuencia, henos aquí, después de haber almorzado y reparado el desorden que dos largos días de carruaje ocasionan en la *toilette*, recorriendo la vieja ciudad en todos sentidos, no sin que los chicos abran tamaña boca al ver que nos paramos ante algún vetusto edificio, y nos tomen por franceses, ingleses o cómicos, cosas que por lo visto tienen para ellos muchos puntos de contacto<sup>17</sup>.

Hay ciudades que se condensan en un hecho, en un recuerdo, en un nombre. Toledo en Carlos V, la Coruña en María Pita, Valencia en el Cid, Zamora en doña Urraca. Hay el arco de doña Urraca, el alcázar de doña Urraca, el busto de doña Urraca. En cuanto a Vellido Dolfos, por un castigo digno del Dante, no ha quedado del traidor ni aun la memoria, y trabajo me costó que me indicasen el emplazamiento del portillo en donde clavó al Rey don Sancho el famoso venablo.

En vano busqué también una tumba, una inscripción que conmemorase a los Ordóñez de Lara, esos épicos campeones de Zamora, que sostuvieron aquel terrible reto que alcanzaba «a las aguas, a las piedras, a los aires, a los muertos y a los que habían de nacer». Sus huesos dormirán en algún polvoriento rincón de alguna iglesia, y las arañas hilarán sus redes con paciente tenacidad sobre su olvidada tumba.

En cambio no me costó trabajo hallar el antiguo palacio del obispo Acuña, aquel prelado díscolo y guerrador que manejaba la espada con tan gentil talante como llevaba la mitra, y a quien el Alcaide Ronquillo colgó de los hierros de su prisión por haberse puesto al frente de las Comunidades de Castilla. He aquí también la gótica fachada de la Inquisición, y el palacio del Conde de Puñonrostro, que el pueblo, poeta por instinto, llama de las Golondrinas, sin duda porque estas inocentes avejillas hacen sus nidos en las bocas de los monstruos de piedra que guarnecen la fachada.

La catedral, fuera de la magnífica cornisa del más puro Renacimiento, que adorna interiormente el frontis y de la sillería del coro, cuyas esculturas son de gran mérito, no ofrece nada de notable. Rezaremos un credo al señor de las Injurias cuya milagrosa imagen se venera allí, y vamos a ver las orillas del río y el puente.

El puente, moderno, no me detuvo mucho, y después de haber saludado la cabeza esculpida en piedra que el pueblo llama «el retrato de doña Urraca» y que corona un arco antiquísimo, creo haber llenado a conciencia el deber del viajero, de verlo todo y a destajo.

Solo me falta apuntar una tradición.

Hay en Zamora una fuente que se llama de las Llamas, en donde dicen que hubo en otro tiempo un volcán, que en un día dado, creo que el de la Natividad del Señor, se trocó a ruegos del pueblo afligido, en la fuente de agua pura y fresca que vemos hoy.

Si viene algún sabio geólogo a decirme que el terreno de Zamora no es plutónico y que por consecuencia, la formación volcánica es imposible, etc., etc., le agradeceré la buena intención, pero le daré el consejo de que no se dedique en su vida a la poesía<sup>18</sup>.

¡Las ocho ya! el ómnibus de la estación va a salir, tomémosle a toda prisa, o arriesgamos quedarnos un día más con doña Urraca y el obispo Acuña.

Hemos aquí ya en marcha para Burgos, instalados en un cómodo *wagon*, en compañía de una porción de caballeros que no se han visto en su vida, pero que con la genial franqueza española empiezan a charlar.

¿De qué hablaban?, dirá alguien. ¿De qué pueden hablar ocho españoles reunidos, sino de política?

Imitando el ejemplo del mayoral, los viajeros cortaron un sayo a la *gloriosa*, que no había más que pedir; se enzarzó la discusión sobre la cuestión reformista, y a un pobre ídem que se atrevió a emitir su opinión le trataron (y pienso que no sin motivo) de mal español, filibustero, y otras lindezas; y a todo esto el sueño se apoderó de mí, y me dormí sirviéndome de arrullo las palabras libertad, Congreso, Castelar, Antillas, pronunciamientos, masas inconscientes, etc., para no despertar sino cuando gritaron con una voz bastante ronca:

—¡Burgos! ¡veinte minutos!

Y saltando a toda prisa del *wagon*, nos lanzamos a recoger el equipaje.

## *Burgos*

—¡Un coche, señores, para la fonda de la Rafaela!

—Venga.

—Recoja usted el equipaje.

—¡Qué frío!

—¡Al coche, al coche!

—¡Brrr!

Y nos encajonamos en el ómnibus tiritando y medio muertos de sueño, y el conductor exclama: ¡Coronela, Pulía!; y yo, para no sucumbir al deseo de dormir, entablo conversación con mi vecino de la derecha, que es un militar (no diré oficial, porque no he reparado la graduación).

—¿Tienen ustedes teatro en Burgos?

—Y muy bueno por cierto.

—Lo veremos mañana.

—Pero no hay compañía.

—¡Ah! entonces, no es fácil verlo. ¿Pero, por qué no hay compañía?

—Porque en este pueblo todos son carlistas, oscurantistas, fanáticos, y no van al teatro.

—¿Pero en cambio irán a la iglesia, y tendrán paz y alegría en sus casas? ¿Eh?

—Lo que es eso, sí; hombres de bien a carta cabal; ya los burgaleses tienen esa fama.

He aquí la fonda, me despido del buen oficial partidario del teatro y leal enemigo de los *fanáticos*, y me voy a encontrar una buena cama que no sobra después de cuatro noches sin sueño.

A las doce de la mañana hemos descansado, almorzado, arreglado nuestro traje y vamos a salir para oír misa en la Catedral. A mi vuelta continuaré este diario<sup>19</sup>.

¡Qué hermoso día! ¡Qué impresiones tan profundas, nuevas y solemnes! ¡Qué catedral tan espléndida la de Burgos!

Pero los detalles que se agolpan bajo mi lápiz necesitan ser puestos en orden y me recojo para hacerlo.

Empezaré diciendo que he entrado en la Catedral sin mirarla, a fin de poder prestar atención a la misa, que hemos oído en la capilla del Santo Cristo, rodeados de burgaleses encapotados en sus trajes de paño pardo. Solo cuando, después de la bendición, la gente se dispersó y quedó la nave en silencio permití a mis ávidas miradas que penetrasen en aquel conjunto inexplicable de riquezas sagradas y artísticas.

¡Quien quiera que seas, ateo o deísta, mártir infeliz de la duda o hijo venturoso de la fe, si tienes una sola chispa del fuego sagrado del arte, de la reflexión, de la facultad de pensar, y de la de admirar, hermosas ambas, cuando entres en una catedral como la de Burgos, descúbrete! Si no te descubres por el dios que ha inspirado el poema, hazlo por el poeta que lo ha escrito: si no te humillas ante el rey, humíllate ante el vasallo, porque ese vasallo es un rey a tu lado y al mío, y ha escrito una página que tú —aunque te llames Dumas o Víctor Hugo— no sabrás descifrar, si no te postras.

Aquellas piedras cinceladas como el encaje más fino; aquellos altares con sus retablos de prodigiosa altura, sobrecargados de ángeles que toman a los rayos del sol una viveza de tintas que hace creer que van a mover sus alitas; aquellos evangelistas que con misteriosa sonrisa extienden largos pergaminos cubiertos de letras góticas; los sepulcros en donde duermen inmóviles, *en la paz del Señor*, caballeros cubiertos de hierro y damas de largos trajes; las esbeltas y atrevidas columnas, las puertas de roble con prolijas esculturas, todo, ¡en fin!, respira una calma tan profunda, una grandeza tan exenta de las pretensiones que exhiben las frágiles obras del hombre, que se siente deseo de decir, como Santo Tomás: Verdaderamente que eres tú, Señor: te he reconocido.

Para analizar este diamante en todas sus facetas recorramos primero por dentro la basílica, y enseguida la admiraremos exteriormente subiendo a la torre de las campanas.

Si la Catedral de Burgos es una joya, la capilla que llaman del Condestable es la joya de la Catedral, y cuando el guardián abrió la pesada verja de hierro que la protege, corrí a las gradas del altar, me arrodillé y la miré con un éxtasis profundo. No hay un detalle, una piedra, un trozo de madera en esta magnífica capilla, que no merezca emplear el lápiz del dibujante, y la pluma del narrador.

Esta capilla, perteneciente al duque de Frías, ha sido fundada por el Condestable su ascendiente. Elévase en el centro su sepulcro, de basalto rojo, hecho de un solo trozo: y sobre él reposan las estatuas yacentes del Condestable y de su mujer, escultura de mármol blanco de un raro mérito y de una riqueza de ejecución y detalles imposible de describir, lo mismo que lo es el resto del adorno de la capilla, en donde las esculturas, las pinturas, los tallados en madera, todo es inimitable. Por una galantería caballeresca, la mitad de la capilla está dedicada a la mujer del condestable y solo tiene imágenes de Santas; en la otra mitad están los Santos, colocados por el fundador.

Pero la soberbia capilla aún nos reserva otra sorpresa: nos hacen pasar por una puertecita baja, y nos introducen en una sacristía, en donde después de habernos enseñado las ricas alhajas, cálices cuajados de perlas, relicarios de diamantes, etc. que pertenecen a su dotación desde muy antiguo, abren un pequeño armario y veo la más hermosa Magdalena que se pueda soñar, debida a Leonardo da Vinci.

¿Quién no conoce los retratos de la *Gioconda*, de esa mujer tan original en su belleza, de ese tipo inimitable y que tal vez no se reproducirá jamás? ¿Quién no ha grabado en la imaginación su sonrisa que parece prometer, ignorar, las cosas más contrarias en fin; que no se puede clasificar con exactitud, pues que a veces parece un ángel de luz y otras se cree ver un ángel caído? La Magdalena de la Capilla del Condestable es la misma *Gioconda* pero mil veces más encantadora que la del Museo de Madrid, y creo (dentro de poco me convenceré) creo que más también que la del Louvre. Está idealizada: sus ojos húmedos se alzan al cielo; su brazo y su mano, dignos de Praxíteles, se apoyan en su garganta que parece recibir la ondulación del aliento: y, libre y flotante, se esparce por ella esa cabellera, que no es rubia, ni castaña, ni negra, que creo firmemente imposible de copiar, y cuyas ondas menudas dejan entrever los hombros de la hermosa arrepentida.

¡Qué cuadro tiene aquí el duque de Frías!

Como para proporcionarnos contrastes, nos conducen a la sala capitular, en la cual tuvo cortes San Fernando, y que se conserva tal como estaba entonces, con su antiquísimo artesonado; y allí vemos el Cristo de la Agonía, pintado por el Greco. Aunque Leonardo de Vinci me ha acostumbrado mal, no puedo menos de admirar el Cristo, cuya expresión es desgarradora, cuya ejecución es magistralmente trágica.

He aquí en la antesala capitular, un viejísimo arcón de madera que nos presentan como cofre del Cid, porque es tradición que el buen Campeador lo dio lleno de piedras a unos judíos, haciéndoles creer que era oro, y debió su libertad a esta estratagema harto primitiva; y he aquí, en el suelo, una modesta tumba, en donde reposa, ¡cuánta poética memoria!, ¡el doncel de don Enrique el Doliente!

Otro nombre a la vez histórico y legendario: en la misma antesala, la tumba de los Condes de Lara. La figura de la Condesa, esculpida en mármol, tiene extraña expresión de dulzura y de reposo.

En cuanto a la tan famosa imagen del Cristo, que nos han llevado a ver enseguida (aunque durante la misa ya lo habíamos podido contemplar) es como la mayor parte de las imágenes de la época fervorosa, creyente y sencilla, que representa: es decir, un escultor clásico hallaría mil defectos que reprochar en él, pero un verdadero artista preferiría siempre sus sombrías entonaciones, la dolorosa expresión de su rostro, y hasta el largo faldellín simétricamente plegado que lo viste a los Cristos académicos y

estudiados que el arte moderno ha producido. Para hacer comprender mejor mi idea, que es tal vez contraria a todas las nociones de lo que se ha convenido en llamar arte, buscaré un ejemplo<sup>20</sup>. Si, de noche, me quedase sola a rezar en la sombría capilla, a los pies del Cristo, un estremecimiento de terror sobrenatural recorrería mis venas: me parecería que la imagen iba a extender sus brazos demacrados, a abrir sus ojos hundidos, que sus llagas brotaban sangre, que sus pies sagrados se torcían bajo el desgarramiento de los clavos. Si por el contrario tuviese delante una magnífica imagen debida al cincel de Piquer o de Poncio Ponciano, rezaría pacíficamente, y diría al salir: ¡Qué gran escultura! ¡qué estudio de músculos! ¡qué conocimiento del modelado tiene este artista!

Para resumir más aún mi idea: el Cristo de Burgos hace sentir y creer: ¿qué importan las reglas de la escultura? Las lágrimas vienen a los ojos, la oración al labio, el respeto al alma; es Jesús de Nazareth, es el dios moribundo, aunque no sea un modelo; es toda la fe viva de los pasados siglos sacrificando las aspiraciones atenienses de la forma a la idealización ascética del alma.

He rezado largo rato.

No estarían completas mis noticias acerca de la Catedral si omitiese dos recuerdos, sangriento el uno, ingenuo y risueño el otro, que viven en sus bóvedas sin inquietarse.

El recuerdo sangriento es la puerta y escaleras donde fue muerto y arrastrado el infeliz gobernador de Burgos en el año 68. Este crimen, que el Gobierno atribuyó al pronto a clases y personas hartos inocentes de él, y cuyos pormenores se apresuró después a envolver en un profundo misterio —pues los revolucionarios saben ser inquisitoriales cuando lo hallan conveniente—, fue cometido en el momento en que esta autoridad iba a hacer una lista para incautarse de las imágenes, plata y alhajas de la Catedral, dando (según se dice) la señal de herirle una persona movida por resentimientos privados que no analizaré<sup>21</sup>.

—Aquí saltó la sangre —dijo el que nos enseñaba aquel lugar señalando una piedra del pavimento, próxima a la puerta.

¡Sangre! ¡qué frase debajo de aquellas santas bóvedas! Vamos aprisa, aprisa, al recuerdo risueño.

No es difícil adivinar que se trata del célebre Papamoscas de Burgos.

¿Quién es el español que no ha oído citar o citado este estrambótico personaje? ¿Quién es el que no ha dicho al ver a otro parado con aire poco inteligente: Pareces el Papamoscas de Burgos?

No es otra cosa más que un muñeco vestido de colorado, que está encima del reloj, y que al dar este la hora, mueve el brazo y abre la boca haciendo mil visajes.

Pero así y todo nos obliga a detenernos y mirarle, no sin interés por parte mía, que admiro la robusta y creadora sencillez de una época que se divertía con cosas como el Papamoscas a la vez que fundaba maravillas como la Catedral de Burgos.

Vamos a emprender la ascensión a la torre, a fin de poder dominar los detalles de la cúpula y de toda la arquitectura del edificio.

Hemos llegado arriba fatigados, pero el panorama que disfrutamos compensaría un cansancio mucho mayor.

A nuestro alcance, laafiligranada y soberbia cúpula, recortando sobre el cielo las aéreas aristas de sus piñones, estatuas y finísimos calados; cúpula tan delicada, esbelta y gallarda;

tan prolija en sus detalles, tan grandiosa en su conjunto, que Carlos V dijo de ella «que debiera estar so una funda y mostrarse los días solemnes como rara y preciada cosa». Y ya que de la cúpula se trata, preciso es contar su historia: el arquitecto que la construyó, absorto en la contemplación de su obra, venía todos los días a ver cómo adelantaba; ya se acercaba el momento de quitar la armazón que la sostenía; la mariposa iba a salir del capullo y el artífice sobrecogido de temor, vacila; se decide por fin; la armazón es removida y cede en fin... El alma del creador de aquella maravilla está colgada del nudo de aquellas cuerdas... óyese en aquel instante un espantoso crujido... y el infeliz lanza un grito, un vértigo se apodera de él y sale corriendo de la iglesia... Nunca se ha vuelto a saber de él. (Histórico<sup>22</sup>).

Sin embargo su obra no se había desplomado, como él creyó a pesar del crujido, se sostuvo y se sostiene siendo la admiración y el encanto de los que la ven. El cabildo, que debía al infeliz arquitecto un tercio de su salario, instituyó una misa por su alma, que se celebra todos los años el día del aniversario de su fuga, pagando así piadosamente su deuda.

Desde esta altura Burgos parece un abigarrado tapiz; la niña del torrero, que es una criatura preciosa, una verdadera gitana de ojos negros y pelo fosco y despeinado, nos señala los puntos más notables de la ciudad, que se dominan todos desde aquí, como un pensamiento austero y santo se eleva siempre por cima de las pasiones humanas.

La tarde baja, una niebla azulada envuelve las montañas. Hoy no podremos ver ya nada: el día se nos ha pasado en la Catedral, y será preciso que nos quedemos mañana para visitar la Cartuja y las Huelgas.

Hoy día de Reyes<sup>23</sup>, el tiempo está magnífico, hemos descansado de nuestra ascensión de ayer, y vamos a salir para las Huelgas en un coche, cuyos caballos relinchan de impaciencia en el patio de la fonda. Para hablar con más exactitud, vamos primero a la Cartuja y luego a la vuelta conoceremos el antiguo monasterio.

Seguimos las largas calles de álamos que rodean el río y después de media hora nos bajamos en la Cartuja.

He aquí en la puerta una buena viejecita que nos dice con su puro acento castellano: ¿Van ustedes a ver el convento, señores? Antes los frailes nos daban siempre limosna: pero ahora...

Y sacudió su cabeza cana.

Le deslicé una moneda en la mano y entramos en el espacioso patio.

¡Qué abandono el de estos fríos claustros! ¡Qué mudo silencio, como dice el enérgico Rioja, en estas celdas vacías! ¡Y el pobre jardín, que cada monje cultivaba, y que sería en otro tiempo tan alegre, tan pacífico con sus carreritas enarenadas y sus flores custodiadas por el grave mirto, y hoy es un páramo lleno de zarzas y ortigas! ¡Oh qué glorioso triunfo ha sido echar a los monjes! ¡qué conquista ha hecho la civilización con destruir el asilo del pecador arrepentido, del sabio modesto, del filósofo cristiano y del desvalido huérfano! Ya no huella la sandalia aquellos pavimentos de mármol; las obras del arte, los tesoros de la ciencia, que allí habían hallado un asilo, adornarán a estas horas la galería de un rico banquero o alimentarán la sórdida chimenea de un ratero ignorante<sup>24</sup>. Solo un pobre y viejo lego, medio atontado a fuerza de años y de aislamiento, nos condujo maquinalmente a través de las solitarias celdas, sonriendo de un modo infantil al enseñárnoslas.



En la iglesia, que es gran mérito, se alza rodeado de una verja el magnífico mausoleo de don Juan Segundo y su esposa. Esta obra maestra de estilo gótico, cuyos elegantes y ricos contornos encantan la mirada, está destrozada, mutilada, ultrajada, desde la invasión francesa en 1808. Las lindísimas figuritas de ángeles que en actitud de orar la rodean, no tienen cabeza, ni brazos en su mayor parte. Pero así y todo no creo que se pueda ver un sepulcro más espléndido.

Con la estatua del fundador San Bruno, que es una cabeza inspirada, esto es lo único que conserva el pobre, desolado monasterio. La incuria y la codicia se han disputado lo demás<sup>25</sup>.

Sigamos de aquí a las Huelgas, el antiguo convento de monjas aristocráticas, que llevan al claustro los hábitos de distinción inherentes a su nacimiento y cuya regla benigna nos permite hoy verlas rezar en el coro al través de una reja, formando uno de los cuadros de más solemne recogimiento que he visto jamás. Muy poca distancia las separa de nosotros: sentadas en los altos sillones del coro con su traje blanco y talar, su reposado continente y su ceremonioso modo de cantar, tenían una poesía grave que aumentaba el sol penetrando al través de las ojivas, las sombrías esculturas de la iglesia, los dos sepulcros de piedra con sus estatuas encima que ocupan el principio de la nave, y la joven novicia que de pie cuidaba de encender las luces de los altares.

Aquello merecía un gran pincel, como el de Claudio Coello, conocedor de los contrastes que forma la luz en las altas arcadas y en los majestuosos interiores de las iglesias: pero una pluma, aunque fuese la del melancólico autor de «El Claustro de Sor Adela», no podría dar cuenta de la impresión producida por aquel canto austero, sin ritmo musical aparente, sin apasionadas vibraciones, elevándose tranquilo y puro como debe el alma ante el Señor.

Los recuerdos de las Huelgas —aparte del edificio cuya antigüedad e historia le nacen notable— son el púlpito antiquísimo y giratorio en que predicó San Vicente de Paul, y el sepulcro de la Infanta doña Constanza, que afirman se conserva intacta con su hermoso cabello rubio que la cubre casi toda. No hay para qué decir lo que yo hubiera deseado levantar aquella losa, pero las buenas Huelgas la han puesto a prueba de indiscretos colocándola en la parte del coro que les está reservada y en que el público no entra.

De las Huelgas pasamos a ver en el Consistorio de Burgos el sillón en que Nuño Rasura y Laín Calvo, jueces de Castilla, se sentaban para hacer justicia: sillón de sencillez y de primitiva forma que arrancaría hoy una sonrisa de desprecio a un portero del ministerio de la Gobernación, si le invitasen a sentarse en él. Sin embargo, ¡qué concierto de glorias patrias, de heroicos hechos, de patriarcal gobierno hizo resonar a mis oídos este pobre sillón!

También guarda el Consistorio con religioso respeto —dando en ello una alta prueba de inteligencia y amor patrio— los restos del Cid y Jimena, en una lujosa urna de bronce y cristal. Unidos en muerte como en vida, el héroe legendario, personificación grandiosa del antiguo valor español, y la hermosa castellana reposan en la ciudad natal del noble Rodrigo. El Cid es acaso la figura histórica que he estudiado con más interés: largo rato me apoyé en la urna contemplando sus restos y buscando involuntariamente con la mirada el hueso de aquel brazo temido de los árabes y el de aquella cabeza que se humilló ante un rey ingrato «porque era su rey y señor natural».

Para completar los recuerdos del Campeador, al salir del Consistorio no hallamos nada mejor que dirigirnos paseando al Solar del Cid, que es el punto en que su padre, Ruy Díaz tuvo su casa, y en donde probó el valor de sus tres hijos apretándoles la mano, hasta que Rodrigo el más joven dijo con la sencilla energía que le presta el romance:

Soltad, padre, enhoramala  
si no fuéades mi padre  
diérais una bofetada.

«Tú me vengarás, dijo el viejo», y en efecto poco después el Cid traía a su padre la cabeza de su ofensor el Conde Lozano, padre de su amada Jimena.

Señalan el solar del Cid tres pontones con sus escudos y una inscripción conmemorativa.

Creo que con esto y el arco de Fernán González, hemos conocido bien el antiguo Burgos y que podremos dar un vistazo al Burgos moderno.

La tarde está hermosa, vámonos a pasear al Espolón.

A fuer de día de fiesta, el paseo está animado, y las burgalesas se han lanzado a la calle con sus mejores galas.

Siento no poder dedicar a la parte femenina de Burgos el mismo madrigal que a las zamoranas; tal vez lo riguroso del clima —pues hay que advertir que Burgos es lo más frío de España— marchitará su cutis, el caso es que en general valen poco.

Hago una excepción en favor de la gitanilla que nos enseñó la torre de la Catedral.

¡Ah! es preciso que apunte un anuncio que he cogido hoy al vuelo yendo a la Cartuja. Helo aquí (*sic*)

Venancio Salinas  
el feo.  
Posada.

Otro apunte para los que vayan a Burgos: la fonda de la Rafaela es muy cómoda y limpia, y sirven un queso y una cuajada de Burgos que recomiendo a los golosos.

Volvamos a casa. Mañana saldremos para Vitoria.

Escrito esto, me asomo a la ventana y veo que hace un soberbio claro de luna: ¡Qué hermosa debe estar la Catedral a esta luz tranquila y plateada!

No he podido resistir al deseo de aprovechar la serena noche y no me pesa. La Catedral, imponente de día, es fantástica de noche con la luz de la luna recortando en perfiles vaporosos sus dos cúpulas y sus mil agujas y estatuas. La calma profunda que envuelve a Burgos, turbada solo por el ruido de nuestras pisadas y por el murmullo de la fuente de la plaza, añaden encantos a esta expedición nocturna.

Verdad es que hemos cogido mucho frío y que al volver a casa nos dan una mala noticia.

Los maquinistas del ferrocarril se han declarado en huelga y no circulan trenes de viajeros.

Es pues muy probable que vamos a morirnos de viejos en Burgos.

Esto de las huelgas es uno de los muchos frutos secos del árbol de la civilización, que podría ser tan lozano si hubiese quien lo podase convenientemente. Fruto seco, o más bien fruto envenenado, cuyos amargos efectos sufre la sociedad impotente para neutralizarlos<sup>26</sup>.

Con los pies puestos en el brasero, se me están viniendo a la imaginación las consecuencias que puede tener la huelga general, la huelga monstruo, si llega a realizarse.

Me parece ver a uno de esos importantes personajes políticos —el general Serrano, verbigracia— despertando y diciendo:

—¡Fulano! ¡el chocolate!

—Señor, no puede ser: el chocolatero de Vuestra Alteza se ha declarado en huelga, como todos sus compañeros.

—Pues tráeme un caldo.

—El cocinero de Vuestra Alteza está en el mismo caso.

—Dame agua para lavarme.

—También está en huelga el agua, es decir, los aguadores.

—Allá voy yo a decirles a toditos cuántas son cinco: Vengan mi bata y mis zapatillas.

—Vuestra Alteza se dignará tomarlas por sí mismo, porque yo pertenezco a la huelga de los sirvientes y no puedo trabajar.

—¡Vete con mil diablos!

Sería de ver al héroe de Alcolea levantarse, ir por sí mismo a la cocina y freír una tortilla o unas magras de jamón...

Veremos de salir mañana en el exprés, dado caso de que el exprés salga, y dado caso que lleve viajeros.

Hasta mañana pues y buenas noches.

## *Salida de España*

Henos aquí ya en camino. El exprés salió por fin a despecho de la huelga, y vistas las circunstancias hemos renunciado a detenernos en Vitoria, que acabamos de dejar atrás con su risueño aspecto, su gran paseo y sus blancas casas, después de saludar en la estación a un amigo.

A medida que nos acercamos a Alsasua, nos susurran mil rumores alarmantes. Dicen que vamos a encontrar las tropas carlistas, que cerca de Oñate acaban de tener un encuentro con los miqueletes, matando e hiriendo cuatro<sup>27</sup>. En el mismo tren que nosotros —y creo que de incógnito— va el general Moriones que se dirige a tomar el mando de las Vascongadas.

He aquí Alsasua y las Amézcuas, nombre glorioso en los anales carlistas.

Muy diversos comentarios se hacen en el *wagon* acerca de los incidentes que pueden sobrevenirnos. Quién muerto de miedo cree ver en cada rama de árbol la boina de un temible partidario, quién con el corazón palpitante se inclina a la portezuela para verlos mejor.

—¿Le asusta a usted la idea de encontrar una partida? me pregunta un viajero.

—No señor.

—Pues mire usted, a mí una vez me detuvieron... Fue cuando la primera vez, después de la Revolución.

—¿Y le hicieron a usted daño?

—No por cierto. Se limitaron a gritar: «¡Aquí todos somos hermanos! ¡Afuera el extranjero!» Venían exhaustos de fatiga muertos de hambre ¡Qué fisonomías! Tres días llevaban sin comer.

—¿No les exigieron a ustedes dinero?

—Ninguno: Cogieron la correspondencia oficial; ¡qué gente más fanática!

En efecto, pensaba yo, ¡qué fanatismo, que noble, hermoso y sublime fanatismo el que hace que unos pobres mozos incultos y con hambre no pidan a un tren que está entre sus manos más que la correspondencia del gobierno!<sup>28</sup>

¡San Sebastián! ya estamos en un terreno en que dicen que no tenemos nada que temer de los *fanáticos* que no hacen daño ni piden dinero.

Nada tan risueño como San Sebastián en este hermoso día en que la naturaleza parece haber agotado todos sus esplendores y el sol todos sus rayos. Hasta aquí el paisaje ha sido áspero y melancólico, encajonado entre dos escarpadas montañas: San Sebastián, el coquetón bañista, con su blanco caserío, su mar azul y rizadito, sus palacios, fábricas y jardines, nos indemniza plenamente, lo mismo que el gracioso Pasajes, que es una reproducción en pequeño de San Sebastián, y el paisaje se nos presenta bajo su verdadero aspecto, esmaltado de fábricas de fósforos, de blancas casitas, con alguna soberbia posesión de vez en cuando, adornada de los verdes pinos, magnolias y camelias de sus elegantes jardines ingleses.

La altiva cima de los Pirineos se dibujaba en el horizonte, y nos acercamos con gran rapidez a la frontera, pasando túneles y más túneles, cuyas rápidas transiciones de la luz a la sombra y de la sombra a la luz nos hacen apreciar más la espléndida alegría de aquel hermoso día.

Aquella vida, aquella luz, aquel sol, aquella rápida macha del exprés, me deslumbraban, me producían una embriaguez de existencia, y me hacían olvidar la idea —siempre amarga— de dejar la patria. Crucé el Bidasoa sin advertir que penetraba en extranjero suelo y solo cuando en Hendaya oí cantar la estación en francés, vi un gordo gendarme que nos pedía el pasaporte y distinguí en torno mío una multitud exótica comprendí que ya no estaba en España y mis miradas se volvieron con tristeza y amor hacia la patria frontera.

¡Qué tontería! ¿Acaso no viajo por gusto?

¿Por qué este sentimiento de melancolía que se ha apoderado de mi alma sin que tenga yo fuerzas para alejarlo?

¡La patria es la humanidad! dicen con tono doctoral los modernos ideólogos. Será tal vez cierto en absoluto: pero relativamente, yo creo que no experimentaría por el resto de Europa esta punzante tristeza<sup>29</sup>.

¿Por qué se ama a la patria? No hallo más que una razón: porque lo es.

Apelo a los enamorados.

—¿Por qué le gusta a usted Fulana?, preguntaréis a cualquiera de ellos ¡Fulana es bonita, es verdad; tiene lindos ojos, boca risueña, talle esbelto, pero ¡ahí tiene usted a Zutana, que vale mucho más! Tiene los ojos más grandes, la boca más chica, y unos dientes...

—Verdad es, contestarán, de cien, noventa y nueve; pero a mí me gustan los ojos, el pelo y la boca de Fulana, porque... son suyos.

Esta es la lógica de mis sentimientos; España no es perfecta: Francia es más refinada, Inglaterra más industrial, Rusia más fuerte, Italia más artística, pero... no son mi patria.

¡Tal como es, la amo!

O por mejor decir, ¡la amo tal como fue, cuando conservaba el sello de su poética individualidad, cuando no había aún tomado del extranjero todo lo malo, y poco, muy poco de lo bueno!<sup>30</sup>

¡Oh! y cuánto les agradecería yo a los regeneradores a esa falange ruidosa que trata de medir a todo el mundo por un mismo rasero y de simetrizar las naciones como lo están las estrechas casillas de su cerebro, el que hubiesen ido a Nouka-Hiva o al Mogol a plantar sus bellas teorías, y me hubiesen dejado a mi España tan unida, tan graciosa, tan varonil y sobre todo, ¡tan creyente! como lo era antes de que ellos hubiesen tomado de su cuenta el perfeccionarla ¡Que me la hubiesen dejado con su fe, con su energía, con su unidad estrecha, con sus hermosos sentimientos, sus características costumbres, sus airosos trajes y hasta con... sus toros!

Sí, ¡con sus toros! Con esa lidia de árabe origen a la cual El Cid Campeador no desdeñó prestar su valiente lanza, esa lidia en la cual todo respira sol, alegría, valor y destreza; lidia tan característica que no hay en ninguna parte del mundo nada que pueda parecersele, y tan popular que Fernando VII, el rey absoluto por excelencia, decía que en la plaza de toros era «igual al último de sus vasallos». Pero, ¿qué significan estas razones para los adoradores del pugilato y de las corridas de caballos, esas inocentes y filohumanitarias distracciones? No, no, los toros son horriblemente vulgares, y sobre todo, ¡delito inmenso, son españoles!<sup>31</sup> Estas reflexiones poco benévolas me ocupaban mientras desfilaba el camino de Hendaye a Bayonne, con sus palacios, *chateaux* y casitas de campo que se nos aparecen un momento para luego perderse en la lejanía, como una esperanza breve que disipa un desengaño.

—¡Bayonne! ¡Bayonne! ¡Bayonne!

Y nos asaltan una multitud de vascos franceses, con su boina como la de los españoles, que gritan a porfía.

—¡Fonda de la Guipuzcoana!

—¡De la Bilbaína!

—¡Del Comercio!

Etc., etc.

Y nos lanzamos a un ómnibus, gritamos: «¡A la fonda del Comercio!» y al poco rato nos apeamos en su elegante portal después de haber cruzado el lindo puente echado sobre el Adour.

## *Bayonne*

Bayonne, que hemos recorrido después de almorzar, ofrece poco destacable (pues su Catedral vale muy poco, y reciente aun la impresión de la de Burgos, no interesa) fuera del lujoso comercio que sin duda alguna vive y se sustenta con el dinero español que aquí afluye en abundancia. Así es que Bayonne respira lujo, comodidad, bienestar, y en todos lados se oye hablar el español y todos los vendedores lo saben.

A la noche, no sabiendo hacer nada mejor, hemos ido al teatro. Una compañía bastante mala nos destrozó el delicioso *Domino Noir*, de Auber, cuya hermosa música cantada en falsete y por actores cubiertos de polvos de arroz y con el copete rizado como falderillos,

me estaba pareciendo un diamante destinado a servir de clavo en una bota. Pido perdón por lo excéntrico de la comparación; es la primera que se me ha ocurrido.

La concurrencia era bastante heterogénea, y el teatro incómodo y malo. Las señoras ocupaban las butacas y en los palcos (*loges*) se pavoneaban multitud de oficiales, haciendo sonar sus sables y hablando alto. A la verdad estaba tan a la vista que no era posible dejar de notar su poco aire marcial: a juzgar por la muestra el oficial francés no tiene ni la correcta y severa elegancia del inglés, ni la soltura desenfadada y airosa del español.

Volvámonos a casa y tratemos de dormir para olvidar los trinos desafinados con que nos ha obsequiado el teatro de Bayonne.

Hoy 8, después de tomar una taza de café en compañía de un amable compatriota, el Señor de M. \*\*\*\*<sup>32</sup>, para el cual traíamos una carta de recomendación, y cuya franca acogida no olvidaré, salimos para Biarritz en uno de los muchos ómnibus que a todas horas hacen este trayecto, con el doble objeto de visitar el afamado pueblecito de baños y de saludar al conocido general D. de C., para el cual también nos había encargado una visita el mismo distinguido sacerdote español que nos dirigió al Señor de M.

El camino de Bayonne a Biarritz no es más que un prolongado jardín. Parece una decoración de zarzuela; a ambos lados, pulidas y ligeras verjas cubren como transparente manto el primoroso aliño de los *squares*, avenidas y huertas esmeradamente cultivadas. Palacios, casas de campo y chalets coquetones amenizan el paisaje.

Al llegar a Biarritz, la magia redobra; Biarritz es gracioso hasta no más con sus playas agitadas y locas, sus caprichosas y alegres casas, y su lujoso comercio.

Compréndese que en el verano, cuando una elegante multitud llene sus calles y pise la fina arena de sus riberas, debe estar gentil y orgulloso como un joven rey.

Ahora (perdóneme el aristocrático Biarritz esta llana comparación) le está pasando lo que a las marmotas, que duermen en invierno para no despertarse sino con las primeras llamadas primaverales. Solo algunos ingleses y españoles recorren sus solitarias calles. Los ingleses, fantásticamente elegantes con sus trajes ceñidos, su pantalón concluyendo en la rodilla, su media de color y su bota alta, buscan casa para el verano.

Busquemos nosotros la del general.

—¿Monsieur D. de C.?, preguntamos.

—Suban ustedes.

Entramos en una salita, y un hermoso anciano, robusto y firme como un joven de veinte años, se levanta del sillón en que leía un papel español y saludándonos en la patria lengua nos tiende amistosamente la mano. Estrechamos conmovidos aquella diestra leal<sup>33</sup> y le tendemos nuestra carta de recomendación.

Después de recorrerla con la vista, nos pregunta cariñosamente mil cosas acerca de España, y de nuestro viaje. El valiente veterano ha conservado, unida a la educación más distinguida, la genial franqueza española, y su dulzura casi paternal no tardó en disipar la embarazosa tibieza de una primer visita. Nos refirió con su voz de timbre sonoro y simpático varios episodios de sus campañas ¡ojalá que pudiera consignarlos con sus mismas palabras! Pero trataré de hacerlo lo más fielmente posible.

—En la otra guerra, nos decía, cuando estábamos prisioneros, no pueden ustedes figurarse qué mal trato sufrían los pobres carlistas. No nos daban más que una ración de menestra podrida; estaban desnudos, y solo se cubrían con una esterilla que les hacía a la

vez oficio de mísero lecho. El tifus se declaró entre nosotros, y hacía estragos horribles: yo mismo tuve ya puestos los Santos Óleos. Pues bien: todas las mañanas nos traían un carro cargado de vestuario, víveres, etc., y decían en alta voz: «El que quiera servir en las filas de doña Isabel segunda, que dé dos pasos al frente: en seguida se le darán cinco duros en mano, traje y comida». Aquellos espectros —porque así lo parecían— eran muchos: pues no hubo uno, ¡ni uno solo!, que diese dos pasos al frente.

—Pero hombre, ¡qué fanáticos son los del partido de usted!, me decía el médico que en el hospital asistía a nuestros enfermos (que por lo demás no tenían lecho, ni alimento). ¡Quiere usted creer que ayer pasé junto a la cama de un mocetón aragonés, que me dijo en voz suplicante:

—¡Señor! ¡por amor de Dios! ¡tengo mucha hambre!

—Pues di: «¡Viva Isabel II!» le dije, y te traigo una gallina.

—¡Más *quió* morirme! me contestó, y volvió la cara a la pared.

¿Es de comprender que mi alma estuviese suspensa de los labios del general mientras me refería estos episodios?<sup>34</sup>

No tardó en darnos una nueva prueba de deferencia y un nuevo placer haciéndonos conocer a su señora, tan buena y amable como él, y a poco rato fueron entrando varios españoles, emigrados todos, y entre ellos el conde de F. y la conversación se hizo general y acorde, comentando la orden de expulsión del territorio francés que el general había recibido dos días antes.

La Sra. de C. me habló de sus hijos, en especial del mayor.

—¡Si viese usted su entusiasmo!, me decía la madre. Él dice siempre: papá, si entras de esta vez, te acompaño sin falta. ¿Quién mejor que yo, tu hijo, prevendría los peligros que te amenazasen?

—Y yo, decía el padre, no he temido jamás por mí, y temería por él.

Las horas volaban como minutos, para nosotros. ¡Y cómo no! aquello era —así lo expresé— algo mejor que la patria, la condensación de la patria: estaba entre españoles y españoles que creían lo que yo creo, sentían lo que yo siento, amaban lo que yo amo.

Era preciso partir. Me despedí de aquellos amigos de una hora que hubiera querido para toda la vida, ofreciendo volver al otro día si no marchábamos. Pedí a la Sra. de C. que me permitiese abrazarla, y su respuesta fue estrecharme en sus brazos: Ella tiene su parte de gloria bien legítima: ¿las ansiedades no son a veces más terribles que los peligros?

Hemos vuelto a Bayona y resuelto con gran satisfacción mía quedarnos hasta pasado mañana y volver mañana a Biarritz.

Mi primer pensamiento hoy al despertar ha sido para Biarritz. Pero como a las once ya estábamos listos y recorriendo las calles de Bayonne, se nos ocurrió ver antes el magnífico hospital que el rico Mr. Lormand ayudó a construir.

Tomamos frente al teatro un *petit panier*, un cestito de alquiler, el vasco que lo guiaba azotó las jaquitas y partimos.

Antes de media hora nos apeábamos ante al Hospital.

Si por fuera el Hospital de Bayonne es un lindo edificio, por dentro es un milagro de limpieza y aseo. El piso está tan primorosamente encerado, las ropas de las camas tan blancas, todo tan en orden, que no es posible dejar de reconocer allí las diligentes manos de las Hermanas de la Caridad.

Visitado detenidamente el establecimiento, recobramos nuestro *petit panier*, y al poco rato corríamos camino de Biarritz.

No hemos podido ver hoy al general C., ligeramente indispuerto, pero no fue menos grata la visita que amenizó su señora haciéndonos conocer a su hijo y a su hija mayor, dos jóvenes de diez y ocho a diez y nueve años. Si el árbol es bueno, la flor es encantadora, y reconozco la justicia de la fama de hermosura y distinción de la Señorita de C. Tiene el tipo español, marcado en sus hermosos ojos y en su cintura delgada, y sin tener el cutis curtido y las facciones pronunciadas de ciertos tipos del mediodía, reúne la animación especial de una hija de las comarcas *amadas del sol*, a la candorosa ingenuidad de las fisonomías del Norte.

¡Qué hermoso ornamento será un día la señorita de C. para la Corte de un rey legítimo!<sup>35</sup>

Gran trabajo nos costó dejar a aquella simpática familia. Les leí algunas poesías que tuvieron la galantería de oír con gusto<sup>36</sup>; hablamos de España largamente y con *amore*, como hablan de su país los que están lejos de él; eran ya las cuatro y media, hora de salir para Bayonne, y aún me hallaba en la meseta de la escalera, estrechando por última vez la mano de la señora de C. sin resolverme a soltarla.

¡Adiós, playas bulliciosas y cubiertas de espuma! Al dirigirles una mirada, los versos de Pastor Díaz acudían a mi mente:

¡No más oí de la gentil sirena  
el concierto divino,  
si no el tumbo del mar sobre la arena  
y el ronco son del caracol marino!

Ya estamos otra vez camino de Bayonne, ¡tal es la vida!, lo que ayer era esperanza, hoy es recuerdo, y he ahí los palacios, las quintas, los chalets de Biarritz perdiéndose entre los dorados reflejos del sol poniente.

Y ya que de palacios hablo, he visto uno, Villa Sofía —el más bello acaso del camino de Biarritz a Bayonne— que me trae una grata memoria: la de la joven esposa del hijo de los dueños, a quien el invierno pasado en Madrid traté con amistosa confianza.

Llegados a Bayonne, demos un adiós a la ciudad del Adour, y dispongamos el equipaje para salir mañana temprano para Burdeos.

¡Levantarse a las cuatro! ¡Qué perspectiva!

Y sin embargo es preciso, si hemos de pasar de día las famosas Landas de Burdeos. El otro tren pasa con noche.

Resignémonos, pues, y *en avant*, como dicen aquí.

### *Las Landas. Burdeos*

¡Burdeos! Este nombre me trae a la memoria mil recuerdos e ideas de color de vino. Yo no sé por qué, me figuro a Burdeos como un sátiro burlón y maligno, coronado de verdes pámpanos y ocupado en exprimir un racimo de uvas oscuras y dulces. Mi imaginación me hace ver un inmenso tonel, y las bordelesas, bacantes animadas, de mirada húmeda y



sueltos cabellos, bailan alrededor una ronda desenfadada. Me estoy figurando un plano en relieve de Burdeos hecho con botellas de diferentes tamaños: los palacios son grandes garrafones, y las casas de un solo piso están representadas por botellas de licores.

Por supuesto que estas reflexiones exóticas las hago en una esquina del *wagon*, rebujándome bien en la manta de viaje, puestos los pies en los caloríferos, y luchando aún con el atortolamiento<sup>37</sup> que producen el sueño y el frío combinados.

Y, si embargo, estamos pasando las Landas, esta maravilla de la moderna civilización.

*Ma foi*, como aquí se dice, o *pardiez*, como decimos nosotros, que aunque me atraiga las diatribas, catilnarias y filípicas de todos los utilitarios habidos y por haber, he de decir que no hallo nada en las Landas que merezca que el viajero se moleste en visitarlas.

Es evidente que el saneamiento y cultivo de unas marismas grandes e insalubres es una obra provechosa, meritoria y digna; ni trataría yo de quitar su mérito al que lo hizo, ni de disminuir la importancia de la empresa. Solo que, a la vista, y para ojos profanos como los míos, por lo amantes tal vez de la estéril poesía y del infructífero arte, las Landas no son otra cosa que unas vastas y monótonas llanuras (algo semejantes a las de Castilla, pero con el agua de que aquellas carecen) sembradas de varios cultivos, y sobre todo de pinares. Vista pues la primer estación landesa, están vistas todas. El único detalle que me hubiera interesado de las Landas, que hubiera sido ver a sus pastores y pastoras andando, según su costumbre, montados en unos altos zancos de madera, ha desaparecido con el saneamiento del terreno, que los hizo inútiles.

En las estaciones hay unos jardincitos cuyas magnolias, rododendros y espíreas, de brillante follaje y menudas flores amenizan un tanto el paisaje árido que recorreremos.

De trecho en trecho vemos también una figura extraña, una mujer inmóvil, enteramente vestida de azul y con la mano tendida hacia nosotros. Esta especie de aparición no es más ni menos que la encargada de hacer señal de que la vía está expedita. Es, como si dijéramos, una bandera viva, un farol que se mueve, que puede sentir frío, hambre o cansancio: un poste que respira.

Me dan lástima estas pobres mujeres.

Como las hiladas de pinos semejantes a quintos en formación, con su imprescindible recipiente de recoger la resina, amenazan durar hasta el día del juicio, creo que puedo dormir un rato.

Abriré un poco los ojos para ver de refilón a Dax, capital de las Landas, tendido en la llanura como un perezoso en un blando lecho, y los volveré a cerrar hasta llegar a Burdeos.

Dos estaciones antes, es fuerza volver a abrirlos por completo, ante las exclamaciones de todos:

—¡Qué bonito palacio!

—¡Qué chalet tan gracioso!

—¡Qué viaducto!, etc., etc..

Y quieras que no hay que despertar para enterarse de todos los chalets y viaductos posibles.

Vamos a entrar en la magnífica estación de Burdeos.

Merece este dictado en efecto, es grande, lujosa y cómoda como pocas, y se entra a ella por un bonito puente de hierro.

Bajemos, demos a una de estas singulares tartanas, cuya caja toca casi en el suelo, las señas del Hotel de España y América, y miremos la entrada de Burdeos.

El prólogo de Burdeos es malo: sus primeras calles, sucias, torcidas y estrechas, recuerdan las peores de los más pobres pueblos de España; pero a medida que penetramos en el corazón de la población, las calles se ensanchan, el empedrado se hace primoroso, reina la animación, la vida febril de los grandes centros, y el lujoso comercio ostenta sus tentaciones y sus atractivos.

Nuestro alojamiento —que dirige una señora española viuda de un carlista<sup>38</sup>— está en lo más céntrico de Burdeos, así es que apenas almorzamos nos bastan dos pasos para hallarnos en el magnífico «Cours de l'Intendance», la mejor calle de la ciudad.

Bien se conoce que estamos en la vanguardia de París; nadie puede dudar al ver los comercios atestados de elegantes superfluidades y la multitud que va y viene en las calles, esparciendo actividad y vida.

Burdeos es en general, en extremo legitimista y los retratos de Enrique v (Monseigneur Henri, como aquí le llaman) abundan en todos lados, puestos en lujosos marcos flordelisados y con corona real. Hacen muy bien los buenos y leales bordeleses en exponer con profusión los retratos de Monseigneur Henry, pues ellos solos bastarían a recomendarle: por poco fisonomista que se sea, es imposible no reconocer allí al cumplido caballero y al buen cristiano<sup>39</sup>.

Tratamos de pasar la noche en un teatro.

En la Ópera hacen *Traviata*;<sup>40</sup> pero como Burdeos al fin es provincia, aplazamos la ópera para el domingo y hoy veremos el *vaudeville*. (Zarzuela<sup>41</sup>).

Nos han dado dos óperas bufas y dos piezas que no son carne ni pescado, y las cuatro son muestras poco interesantes de la literatura trivial que por desgracia está tanto en boga.

La libertad de acción de las compañías francesas es extremada; en escena se hace y se dice todo. Felizmente en España hay aún reserva en este terreno<sup>42</sup>. Y es de advertir que al entrar me había dicho un francés que el espectáculo era muy regular (*trés convenable!!!*) y que, fuera de la Ópera, este es el mejor teatro de Burdeos.

En cuanto al público, sigue siendo heterogéneo, como en Bayonne. Pero para ser justos hagamos notar de paso que si en España pasase la cuarta parte de lo que pasa en Francia en el teatro, este se hubiera convertido en una olla de grillos a fuerza de vociferaciones, silbidos y aplausos. El público francés es morigerado y no chista.

¿Es reserva o indiferencia?

*That is the question.*

Mañana nos enteraremos mejor de la fisonomía de Burdeos.

Esta mañana, en cuanto hemos puesto el pie en la calle, nuestra primera idea ha sido ver el jardín público, una de las cosas más notables de Burdeos. Después de andar un ciento de calles en su busca, y de desandar otras tantas, dimos por fin con él al extremo de una larga y magnífica, *le Cours du Jardin Publique*.

El jardín es bello, ancho, espacioso, elegantemente dispuesto, con caprichosos puentes rústicos, con lindos cisnes bañándose en tranquilas aguas, sombreadas por sauces, magnolias y coníferas, de todas especies y formas; la *serre chaude* (invernadero) es sin duda alguna una de las más notables en su género.

En su interior y amparadas por la tibia temperatura que establecen los caños de aguar caliente, crecen y ostentan su belleza las plantas tropicales más caprichosas y espléndidas de la creación. Las palmeras y pandanus, de enormes hojas en forma de abanico, se enlazan con los helechos arborescentes que parecen hechos de encaje. Las flores de la *strelitzia*, semejantes a un pájaro de cabeza azul y cuerpo color de oro, salpican con sus ricas coloraciones el verde intenso de las hojas de los lataneros y bananeros. Colgada en troncos de árboles, en las grietas de una piedra, o bien enteramente en el aire, vegeta la caprichosa familia de las orquídeas, unas en forma de zapatito, otras de ramas de coral, abejas o mariposas. Las begonias lucen su follaje matizado de los colores más raros, mientras gigantescos cactus levantan sus brazos rígidos y cubiertos de espinas. Con una poca imaginación puede una creerse en un bosque virgen... sin tigres, leones, ni salvajes, pues no quiero ni en sueños hacer tal ofensa al buen empleado de alegre fisonomía que mediante una propineja nos enseñó todas estas maravillas del mundo vegetal.

Desde el jardín nos hemos ido al muelle en donde un periódico comprado al azar ha cambiado el curso de nuestras ideas, dándonos la noticia de la muerte de Napoleón III.

Napoleón III ha muerto en Chislehurst olvidado completamente del pueblo francés, a quien su régimen ambiguo, que temía las libertades y no podía plantear el absolutismo, sumió en la catástrofe inmensa que lo enluta aún.

La dinastía usurpadora, levantada por la espada, pereció por la espada: el joven conde de Teba no se llamará jamás Napoleón IV.

Y, ¡cosa extraña España! que derrocó de su pedestal al primer Napoleón, habrá sido el origen de la caída del tercero y último.

Verdad es que el trono del vencido de Sedán estaba minado, minado en su base, minado en su corazón, minado en sus entrañas; minado porque no tenía energía, ni fuerza, ni verdadera grandeza; porque a semejanza del coloso de la Biblia, si la cabeza era de oro, los pies eran de arcilla, ¡y qué arcilla!: ¡la arcilla con que están amasados los hombres de la *Commune*, oprobio de Francia, escándalo del mundo!

Napoleón tenía algunas dotes que le reconocerá la imparcialidad histórica. Era organizador y hábil, y tal vez si hubiera podido apoyarse en un principio fuerte, no hubiera sido arrastrado por impacencias populares y traiciones premeditadas a una guerra funesta. Pero, divorciado de la idea republicana, enemigo nato de la legitimista, no halló un apoyo a su mano caduca, y llegada la hora suprema, el rey no encontró pueblo, el pueblo no encontró rey.

Napoleón en su destierro ha muerto como cristiano y católico: Dios haya recibido su alma.

Tales eran mis pensamientos mientras paseábamos a lo largo de la rada, llena de una multitud compacta que iba y venía, y se movía, sin preocuparse del que poco ha era su emperador, cuyo último suspiro recogiera tal vez aquella misma marina brisa.

Esta noche iremos a otro teatro, cumpliendo la consigna del viajero de no dejar nada que no vea.

Hemos dado de lleno en un teatrillo de mala muerte en que se cantan cancioncitas. Es un género exclusivamente francés, y estas canciones, que giran sobre asuntos humorísticos, políticos o amorosos, tienen a veces bonita letra, pero en general la música es tan monótona, que da sueño. Nos regalaron diez o doce cancioncitas, en falsete casi todas, y un *can-can*

característico con su obligado inglés, gendarme, nodriza y griseta. Todo lo cual como es de suponer me ha parecido bastante pesado, por más que el público no parecía participar de mi opinión y se desgañitaba gritando ¡Bis!, ¡Bis! a cada nueva cabriola.

No he aguardado al bis para volverme a casa.

Hoy es domingo, y hace un día encantador; vamos a oír misa a la Catedral.

La Catedral de Burdeos es bella en su exterior; su interior no ofrece nada de notable, aunque es grande y bien dispuesta.

Para no juzgar un poco severamente las prácticas francesas, necesito repetirme que la forma es lo de menos y que el sentimiento es todo. Digo esto porque la misa en la Catedral de Burdeos me ha llamado la atención por varios estilos. Habiéndome habituado desde mi infancia a la demostrativa piedad española, que humilla el cuerpo elevando el alma; a aquella grave compostura, aquel decoroso recato, aquel murmullo comprimido que en el momento de alzar, mezcla de adoración y plegaria, brota de un concurso íntimamente unido en la misma fe, no pude menos de hallar un tanto fría esta devoción que no se arrodilla, y un poco desagradable esta mujer que en el instante más solemne del sacrificio viene a pedirme el precio de la silla en que me he colocado (debo advertir que toda la iglesia está cubierta de sillas).

Segura estoy de que las damas francesas, a haber orado en una iglesia española, seguirían orando así toda su vida.

La misa ha terminado y vamos a subir a la Torre de la Catedral, para ver a Burdeos como poco ha hemos visto a Burgos, y como muy pronto veremos a París desde lo alto de Notre Dame; en perspectiva.

La torre de la catedral de Burdeos, en la época del Terror, estuvo a punto de ser demolida; pero se salvó para gloria del arte, pues, es bella, y desde su altura a la cual hemos llegado, se domina todo el panorama de la ciudad del Garona, con sus largas calles, su hermoso puente, y la esbelta flecha de Saint Michel dibujándose en el purísimo azul del cielo.

Desandemos lo andado, bajemos 256 escalones y vámonos al paseo, que debe estar muy concurrido, pues además de ser *domingo*, hace un día delicioso.

Antes de entrar en paseo podemos dedicar media hora al museo provincial de Burdeos, situado en la misma entrada del Jardín Público.

El Museo tiene algunos bonitos cuadros modernos entre los cuales uno sobre todo me ha llamado la atención por la originalidad del asunto y del desempeño.

Sobre un lecho arrugado y descompuesto por la agonía, pero rico y elegante, yace cadáver una mujer bellísima, de veinte años a lo sumo, echada atrás la pálida cabeza y cruzadas sobre su seno las blancas y nerviosas manos. A su lado, un anciano, cabeza severa y cana, está en actitud de retratarla, teniendo en la mano la paleta y ante sí el lienzo y caballete.

Este cuadro está dominado por una luz fantástica, semejante a la que debe proyectar una lámpara metida en un globo de cristal color de rosa vivo. Los reflejos extraños de esta luz rosada dan tan raras entonaciones a los dos personajes del cuadro, bañan con resplandores tan siniestros la sombría mirada del anciano y la pálida frente de la muerta, que cualquiera diría que es una llamarada del infierno la que alumbra esta escena, desgarradoramente tranquila.

Yo no afirmaré que este cuadro sea una obra maestra, pero sí que me impresionó como un cuento de Hoffman.

Tiene además el museo de Burdeos algún lienzo antiguo, bastante mediano, debajo del cual hay escrito con la mayor desfachatez: «Murillo», «Velázquez». Esta fresca mentira es un poco fuerte para españoles, y españoles que han pasado largas horas en el Museo de Madrid admirando al suave pintor de las Vírgenes, al enérgico colorista de las Hilanderas<sup>43</sup>. No se crea que hablo así por patriótico exclusivismo; es que realmente los cuadros del Museo de Burdeos eran a Murillo y Velázquez lo que un adoquín a un diamante.

Y vámonos a pasear, que se hace tarde y hay que aprovechar este hermoso día.

Un paseo de domingo por Burdeos se parece bastante a los paseos de domingo de cualquier otro lado. La misma música militar ejecutando aires de Verdi, la misma gente compuesta y adornada con el fondito del cofre, como decimos allá, dando vueltas a la sombra de unos árboles... que no tienen hoja; esto en Burdeos y en cualquiera parte constituye lo que se llama «un paseo concurrido».

Para no perder la costumbre de juzgar con galantería o severidad a las mujeres de cada país, diré que las bordelesas son altas, airosas y elegantes; pero en general no son bonitas.

Sobre todo, ¡vaya unos pies que tienen!

El pie —en mi opinión— constituye si no la mitad, al menos, la tercera parte de la mujer; es decir, la tercera parte de su atractivo. Las otras dos terceras partes corresponden a los ojos y a la mano.

El pie de las españolas, aquel pie chiquito, nervioso y alto de empeine, que pisa con tanta firmeza y gallardía, que calza tan pulidamente, es un hechizo.

Muchas veces en el Museo he pasado un gran rato delante del retrato de María Luisa hecho por Goya, y lo que más atraía mis miradas de artista era el lindo pie, calzado con la aristocrática media de seda calada y el *chapín* de raso blanco bordado de oro. Goya ha impreso en la actitud de aquel pie menudo un nosequé tan genuinamente español, que no se define sino con una frase también exclusivamente nuestra, diciendo que está *bien plantado*.

La ancha base de las bordelesas me ha destruido un poco el prestigio de su elegancia, de sus trajes caprichosos y de sus originales peinados.

Esta noche iremos a la ópera, a ver *Favorita*.

Prevenámonos de un palco.

El Teatro de la Ópera en Burdeos es grandioso en su exterior: la hilera de estatuas que adorna su fachada le hace monumental.

En cuanto al interior... Permitidme que me vista, que asista a la representación, y a la vuelta diré cómo es el interior.

Heme aquí ya de vuelta<sup>44</sup>, y con la convicción de que hoy ha sido un día aciago.

Es el caso que a esta representación de *La Favorita* yo llevaba bastantes ilusiones. Yo me decía «En un pueblo de 150000 almas, en un domingo, y en pleno invierno, es imposible que la Ópera no esté brillante y no me dé una pequeña reminiscencia de las hermosas noches del teatro Real»<sup>45</sup>.

Hojas del árbol caídas  
juguete del viento son.  
Las ilusiones perdidas, etc., etc.

Me he encontrado con una concurrencia de señoras vestidas de negro, con abrigos y sombreros; de hombres con camisa de color, gemelos de metal y hongos —tres cosas que detesto, y para de noche, con más razón—. Me he encontrado con que los palcos se toman por asiento y solo rige el derecho de *primo ocupante*, con lo cual las señoras se quedan detrás y los hombres se pavonean delante. Puede comprenderse el elegante y culto aspecto que esto imprime a un teatro.

*Favorita* salió casi bien, y los espectadores aplaudieron casi.

Pero, ahora me acuerdo ¿y el interior del teatro?

Se resume en tres palabras.

Grande, lujoso y de mal gusto.

Mañana veremos lo que nos resta de Burdeos.

El día ha aparecido nublado, y ya no hubiéramos podido gozar de la vista de Burdeos desde lo alto de la torre. Una neblina fría y húmeda se alza del Garona y envuelve la ciudad en un tul opaco y ceniciento.

Vamos a tomar un coche de los infinitos que estacionan delante de la Ópera.

¡*Fouette!*, ¡coches! ¡a Saint Michel!

Saint Michel es la mejor iglesia de Burdeos; presume y con razón, aventajar a la Catedral; su airosa torre, independiente también del resto del edificio, corta el horizonte con sus graciosos perfiles y su finísima aguja.

Tiene la iglesia un soberbio púlpito, un notable retablo de la Virgen, y antiquísimos cristales de colores.

Pero la verdadera curiosidad de Saint Michel, son las momias.

No creáis (yo así lo creí también al pronto) que estas momias son cuerpos de santos mártires o de antiguos cristianos hallados en las Catacumbas.

Su origen es más extraño.

En la época del Terror, en esa memorable época que no dejaba vivir a los vivos ni reposar en paz a los muertos, el cementerio Saint Michel, situado en el espacio comprendido entre la torre y el cuerpo de la iglesia, fue vendido para hacer casas, y exhumados en consecuencia los cadáveres que allí yacían. Con gran asombro de los médicos y hombres de ciencia, se halló al hacer esta exhumación, que en un corto espacio del cementerio —no en todo él— los cadáveres se hallaban tan momificados como si la mano de un hábil sacerdote egipcio hubiera barnizado sus carnes y empapado sus huesos con las preparaciones especiales destinadas a preservar de la corrupción los regios despojos de los Faraones.

Aquellos cuerpos se conservaron, la tierra se examinó científicamente, y se convino en que por no sé qué propiedades especiales, tenía la de momificar los cuerpos. Este fenómeno no se ha visto en ningún otro lado.

Al entrar en el oscuro cuartucho en que adosadas a la pared yacen las momias, sentí un ligero estremecimiento. Yo he visto momias egipcias<sup>46</sup>, pero su grave actitud en nada se parece a las de Burdeos. Las de Burdeos están en las posiciones en que la muerte las ha sorprendido; hay cadáveres de todas especies, edades y condiciones.

Al lado de un joven sacerdote, cuya sotana y sobrepelliz hechas jirones cubren aún sus espaldas, y cuya actitud respira profunda serenidad, está el cuerpo de un niño de ocho a diez años, cuya rubia y sedosa cabellera está intacta. Hay dos cadáveres de una

familia entera, envenenada con setas venenosas, y que tienen actitudes convulsivas y crispadas y —detalle más horrible que todos— hay un niño cuya actitud revela ¡que fue enterrado vivo!

Esto parece un congreso de espectros, una ronda de resucitados que han recobrado ya su carne mortal, pero no la sangre que la anima. La poca luz con que nos lo enseñan aumenta esta semejanza.

Dejemos el *Caveau Saint Michel* y sus lúgubres habitantes, y vamos a ver el gran puente. ¡Qué placer!: ¡aquí corre una brisa fresca y ligeramente acre, y vemos el cielo, el agua, los mástiles de los barcos!

Creo que después de haber visto el puente, hemos agotado todo lo que Burdeos encierra de curioso, pues como no estamos en primavera, no podemos visitar sus alrededores y los lozanos viñedos del Médoc. ¡Adiós, pues, Garona, río venturoso que tienes bacantes por ninfas, y en vez de insustanciales espadañas coronas tu vieja frente con verdes pámpanos y uvas sabrosas! ¡Adiós, Bearn, patria amada del buen Enrique IV, de patriarcal memoria! Mañana saldremos hacia París.

### *Llegada a París. - Primeras impresiones*

Heme aquí caminando hacia París, y adquiriendo a la vez una convicción muy triste.

La convicción de que viajo con muy poco fruto<sup>47</sup>.

Y esta convicción, me la han sugerido los cordones de viñas que hace dos horas desfilan ante mis ojos.

En efecto, ¡nada más sencillo! He pasado varios días en Burdeos, punto esencialmente vinícola; he dedicado dos anacreónticas<sup>48</sup> a sus viñas, he visitado sus monumentos; he fallado resueltamente acerca de todo ello, pero...

No se me ha ocurrido ni por asomo enterarme de la producción, del modo de cultivo, de la exportación, etc.

La verdad es que aunque se me hubiera ocurrido, no lo hubiese hecho.

El que tenga deseo de conocer estos detalles, puede dirigirse a las librerías de Burdeos, y comprar el *Manuel du cultivateur de vigne*, o cosa por el estilo, y quedará satisfecho.

Yo me limito a hacer notar que las viñas de Burdeos me han parecido esmeradamente cultivadas.

Si alguien lee estos apuntes hechos al vuelo con la esperanza de hallar un dato estadístico, o una noticia científica, ¡qué chasco se llevará! Yo no apunto más que lo que me impresiona; y lo que me impresiona, es, en general, niñerías y vejeces —a pesar del contraste—. Un paisaje agreste, una puesta de sol en el mar, un nombre histórico, un traje pintoresco, una antigua costumbre, un castillo medio arruinado, todo lo que sea recuerdos, arte, poesía: he aquí el fútil bagaje que guardo en mi maleta de viajera. Así es que creo —sinceramente— que ni yo saco nada en limpio, ni el que leyese mis borriones sacaría mucho. He aquí la triste convicción adquirida.

Y pensando en esto, hemos llegado a Angulema, almorzado, caro y mal por más señas, en la fonda de la estación. Consolarse es de filósofos: consolémonos mirando el país, que se va haciendo risueño. Se nos escalonan las ciudades como eslabones de un collar precioso.

He aquí a Tours, que a imitación de una coqueta, se nos muestra un instante alegre e inundado de sol, para luego ocultarse rápidamente. Después, Blois, la histórica ciudad, la noble matrona, el viejo baluarte, será la última población del trayecto que podamos contemplar: la noche se viene encima y nos ocultará a Orleans.

Blois en esta serena tarde, sentado en las apacibles márgenes de la Loire<sup>49</sup>, y luciendo sus viejas fortificaciones, me pareció uno de esos graciosos amorcillos que en los cuadros de los pintores antiguos se ponen una coraza para asustar a sus compañeros. ¡Perdóneme la antigua Blois! a los rayos del sol poniente, la hallé más risueña que formal, y no me inspiró respeto.

Se hace noche, y no veremos la ciudad de Juana de Arco, ni Étampes, la antigua residencia real de Francisco I.

Pero, a medida que nos acercamos a la gran capital, como si la noche no quisiera dejarse vencer por su blanco hermano el día, la luna se remontó en un cielo de una pureza sin igual, y los vagos contornos de los objetos se hicieron distintos a su claridad argentina.

Estábamos entrando en París.

No quiero negarlo.

Yo era presa de una agitación violenta<sup>50</sup>.

Hoy que tanto se viaja, ¿qué persona que esté suscrita a un periódico y use guantes — aunque no sea diariamente— ha dejado de formar esta idea: ir a París —de realizar este deseo— ver París? Pero las tres cuartas partes, toman un tren de placer, se están diez días, dan un paseo por los boulevares<sup>51</sup>, compran dos tres frioleras para la señora y el ahijado, ¡y se vuelven a su pueblo diciendo que han visto París!

Yo pienso estar en París tres meses<sup>52</sup>, y estudiarlo a fondo; no estudiar su fisonomía material —ésta con una colección de fotografías se conoce casi— sino su aspecto moral, hasta donde mis fuerzas alcancen y comprenda mi inteligencia; y entonces podré decir si tienen razón los que le llaman «el cerebro del mundo» o si están más en lo justo los que la apostrofan «moderna Babilonia».

¡Si el pensamiento está aquí, es imposible que su fuerza no arroje una chispa en mi alma!

A la claridad diáfana de la luna, yo veía a París bajo las múltiples fases de su formación y de su existencia. Primero, conjunto de chozas de pescadores en una miserable isleta; consulado después bajo la dominación romana; convertido al cristianismo con Clovis; engrandecido, poderoso ya con Carlomagno; docto con Suger y Abelardo; sitiado con Enrique III; sometido y próspero con el IV; galante y corrompido con Luis XIV; trémulo bajo la férrea mano del Terror; desvanecido con Napoleón I, transformado en Sibaritis con el III, humillado y vencido con los prusianos, y en fin envuelto en humo, fuego y sangre por la *Commune*. ¡Todo lo veía yo bajo aquella resplandeciente luna, en la quieta y azulada atmósfera de aquella noche de enero, y los árboles del camino me tomaban extrañas formas, y las mil y mil luces que brillaban en la ciudad se me antojaban llamaradas del incendio.

La vista de la estación cambió el curso de mis ideas; me sobrecogió con ligero asombro cuando oí decir: «¡París!» y para arrancarme a aquellas sensaciones pueriles me lancé al ómnibus y cerré obstinadamente los ojos hasta el hotel, queriendo guardar entera mi impresión para el día siguiente. Me acosté rápidamente, y aunque el sueño huía de mis párpados, traté de dormir, repitiendo en voz baja «Necesito reposar para recorrer París»<sup>53</sup>.



No hay nada como la luz de la luna para engendrar ilusiones, ni como la del sol para disiparlas. Aquel París poético de ayer, aquellas históricas figuras, aquellos recuerdos, impresiones, esperanzas... ¿a dónde han ido? Lutecia ha desaparecido al reflejo de la aurora, y solo queda París, con su ruido, su lodo, sus coches, sus gritos de vendedores, y sus largas y magníficas calles. Una ciudad inmensa y comercial... He aquí todo.

Hemos salido como se sale en toda población el primer día: a la casualidad. Y esta diosa mal intencionada nos ha conducido —como si lo hiciera de propósito— a las Tullerías. ¡Quién no ha oído hablar del magnífico palacio que, tomando su nombre de unas pobres fábricas de teja (*les Tuileries*) que primitivamente ocupaban su emplazamiento, fue después y sucesivamente objeto de los cuidados y recreos de Catalina de Médicis, de Enrique IV, de Ana de Austria, de Luis XIV, y en fin de Napoleón III: En el cual tantas arquitecturas diversas formaban, sin embargo, un conjunto tan armonioso!

¡Quién no conoce —más o menos a fondo— los recuerdos históricos identificados a él! Muchos soberanos lo han habitado, aunque solo Luis XVIII ha expirado entre sus muros. Monsieur Amadeo de Césena de quien tomo este pequeño dato estadístico, dice que Enrique IV murió en el Louvre, Luis XIII en el castillo de St. Germain, Luis XIV y Luis XV en Versalles, Luis XVI en el cadalso, Napoleón I en Santa Helena, Carlos X en el Castillo de Holyrood, Luis Felipe en el de Claremont y en fin Napoleón III en Chislehurst (Inglaterra).

Dos veces el pueblo ebrio de sangre y pillaje ha invadido y saqueado las Tullerías: el 10 de agosto 1792 y el 24 febrero 1848. Su ciego furor no respetó nada: rompió los espejos, hizo una hoguera con el trono, desgarró los cortinajes, y, en fin —el 10 agosto 92— paseó en picas las cabezas y los corazones de los suizos, últimos fieles y heroicos defensores del desventurado Luis XVI. Al año de 1870 le estaba reservado dejar atrás los excesos repugnantes y horribles de julio y agosto. El grandioso palacio ha sido presa del fuego comunista, y lo que tenemos delante no son más que sus carbonizados restos.

¡Las maderas ennegrecidas, los rotos chapiteles, las ricas desplomadas cornisas, toda la obra terrible del destructor elemento, me parecen una protesta muda, pero elocuentísima, inmóvil, pero poderosísima contra toda esta civilización brillante que pulula, vive y se agita en torno mío! ¡Y ese lema que en grandes letras ostenta su frontis y que dice «Libertad, Igualdad, Fraternidad» me semeja la ironía más sangrienta y terrible que pueda concebir la mente y la pluma escribir!

Puesto que en las Tullerías estamos, y para poner un tanto orden en estas notas que escribo sin ninguno, creo que el Jardín de la Tullerías, el *Carrousel* y el Louvre estarán

aquí muy en su lugar, y reuniré las rápidas descripciones que haga de ellos, como lo seguiré haciendo con todo lo que esté en una misma zona o tenga una gran analogía. Por lo demás, lo que voy a describir no es cosa que se vea en un día; he empleado varios en recorrerlo.

El Jardín de las Tullerías es el punto de paseo de la gente de a pie que no quiere molestarse en seguir las larguísimas avenidas del Bois de Boulogne. Así es que los domingos, y aún los días sueltos que hace bueno, las Tullerías se llenan de buenos matrimonios cincuentones que toman el sol, de niñeras, de soldados, de criaturitas, y como por casualidad, de alguna dama elegante o de algún pollo pretencioso agitando con aire de desdén su bastoncillo de caña. El jardín es hermoso con sus grandes castaños, su larga avenida cortada por la extensa pieza de agua, y su explanada de los *Feuillants*, de históricos recuerdos. Tiene este jardín una singularidad vegetal que no debe echarse en olvido; es un gran castaño que el 20 de Marzo, todos los años, imprescindiblemente se cubre de hoja, mientras que los vecinos extienden aún sus largos brazos desnudos. He podido convencerme por mí misma del fenómeno; el 20 de marzo en efecto, el castaño se había vestido de verde, siendo el único de los infinitos que le rodean. Es inútil decir si el pueblo de París —curioso y ocioso por excelencia— va o no en romería el 20 de Marzo a ver el famoso *marronnier*. El mismo 20 de Marzo, tienen un convite los viejos veteranos de la gran armada de Napoleón I, en el cual presentan en medio de la mesa un gran pan de munición, teniendo clavada a guisa de flor de tarta una rama de castaño. Mucho temo que a los buenos convidados no les pase lo que al castaño, pues en lugar de reverdecer, creo que cada año disminuyen, lo cual no es de extrañar atendiendo a que sus primaveras están ya lejos y acuerdan a Marengo. Pero eso no les impide brindar con juvenil ardor a sus pasadas glorias.

He visto en el jardín —y por cierto que no lejos del árbol— un cuadro que me interesó. Es un viejo de barba blanca y fisonomía dulce, de traje bastante anticuado y pobre, que se entretenía en echar migas de pan a los pajaritos. Estos, con una confianza sencilla y encantadora, se familiarizaban hasta el punto de ponérsele en el hombro y comer en la mano. Y los niños —cosa más singular aún— se apartaban de aquel sitio para no intimidar a las avecillas. Supe después que aquel hombre venía todos los días a dar aquel festín a sus alados amigos.

La gran plaza del Carrousel —después de las Tullerías le toca la vez— es, según dicen, la más hermosa de Europa. Comprende todo el espacio enclavado entre las Tullerías y el Louvre. Un *carrousel* —especie de torneo— dado por Luis XIV le ha dado el nombre que lleva.

Varios recuerdos interesantes se refieren a esta plaza verdaderamente grandiosa y magnífica: por allí pasó el pueblo en la ya citada jornada del 10 de Agosto, para invadir las Tullerías; en su centro se elevó la pirámide que guardaba el cadáver de Marat, y a cuyo lado velaban día y noche centinelas armados, lo cual no impidió que a los dos meses este cadáver fuese arrojado a la alcantarilla de Montmartre. En fin, en esta misma plaza estalló la bomba infernal preparada contra Napoleón y que no surtió efecto por algunos instantes de retraso, y último y lúgubre recuerdo, ¡aquí se hizo el primer ensayo de la guillotina!

El Louvre, el soberbio Louvre, más feliz que las Tullerías, ha sido respetado por el fuego, y nos es dado admirarle en toda su monumental grandeza. Sería menester escribir

un volumen solo para reseñar las diversas arquitecturas, los innumerables pabellones, los espléndidos detalles de fachadas, grupos y estatuas que lo decoran; no es este mi objeto, y así paso de ligero sobre esta maravilla arquitectural, reservándome detenerme un poco más en su museo.

Sus museos, debo decir, pues el Louvre es un verdadero museo de museos. Hay de todo: antigüedades egipcias, griegas, romanas, asirias, Edad Media, Renacimiento; cuadros de todas las escuelas, países y épocas; alhajas, reliquias, esmaltes, fayenzas, mayólicas, dibujos, pasteles, miniaturas, frescos, cerrajería, museo de marina, escultura antigua, moderna, piedra, bronce, túmulos, momias, ídolos, ¡qué sé yo! El arte en sus mil manifestaciones; hay que hacer a Napoleón III la justicia de que ha ayudado bastante a esta grande obra.

No es fácil ignorar el primer punto del Louvre a donde se dirige un español: es inútil decir que a admirar la Concepción de Murillo, la joya del museo de pintura; la Virgen ideal del ideal pintor de Vírgenes, del único que ha sabido darles esa inexplicable expresión de pureza, de éxtasis, cuerda que solo él ha podido hacer vibrar. La Concepción del Louvre, que durante la guerra de la Independencia se apropió Soult sin el menor escrúpulo, es la más bella de todas las Concepciones de Murillo. Su rostro, de sobrehumana hermosura, no pertenece a ninguna mujer, no puede haber sido copiado del natural; solo en sueños se ven esta clase de fisonomías. Acerca de su boca —incopiable a fuerza de ser pura y perfecta— hay una leyenda. Dicen que Murillo, al pintarla, no lograba trasladar al lienzo lo que había concebido en un piadoso deliquio. Mil veces diseñó los castos labios, y mil veces el pincel rebelde hizo traición a su deseo. Lleno entonces de sublime cólera, arrojó el pincel con ira al cuadro y, ¡oh prodigio!, ¡el golpe del pincel había impreso su huella y la boca soñada, imposible, angélica, existía y completaba la divina cabeza de María!

Los franceses fingen ignorar que este cuadro es la perla de su museo, que por lo demás, aunque posee mil cuatrocientos diecinueve cuadros, está muy distante de hormigear en obras maestras como el nuestro de Madrid.

Tiene no obstante algunos lienzos de grande e incontestable mérito; entre ellos, el San Juan Evangelista y la *Gioconda*, de Leonardo de Vinci. Ambas son la *Gioconda*, con su enigmática y provocativa belleza: la cabeza del San Juan es copia de la de la *Gioconda*. Nada más encantador que la mirada y la sonrisa de estos dos retratos; no se olvida nunca su expresión cuando se ha visto una sola vez.

Hay la Virgen del Velo, de Rafael; y varios países de Claudio Lorenés, con esas puestas de sol peculiares a su caliente paleta; hay cuarenta y un lienzos de Rubens, y una multitud de obras de Greuze, Watteau, Boucher y Mignard, que aunque forman una escuela hartamente insignificante, la escuela francesa, y aunque carecen de brío, de pasta y de corrección de dibujo, tienen cierta frescura y pastoral coquetería que los hacen agradables a la vista.

Hay mucho y bueno del barón David: sobre todo, el cuadro de las Sabinas, una enérgica, correcta y poderosa inspiración, y en fin, dos preciosos retratos de Madame Lebrun.

Los demás museos son tantos que sería larguísimo reseñarlos, y solo haré notar, en la escultura moderna, «Psiquis y el Amor», por Cánova; y en la antigua, la famosa Venus de Milo, *Venus Victrix*, encontrada en Milo y atribuida a Praxíteles.

La mirada se detiene complacida y encadenada en aquel cuerpo de perfección verdaderamente griega, al cual la falta de los brazos no quita nada de su aplomo ni de su belleza. La cabeza, pequeña como lo quieren las nociones de la belleza antigua, está llena de ternura y delicadeza. Los ojos sonríen, el busto, el torso, son otras tantas maravillas, y el rico paño que la envuelve, comunica cierta dignidad a esta figura impregnada de amor.

Es un tesoro: es la única estatua que está resguardada con una verja.

La pintura de autores vivos no tiene acogida en el Louvre y es preciso ir a buscarla al Luxemburgo. El Luxemburgo, construido por María de Médicis a imitación del Palacio Pitti de Florencia, ha servido de asilo a personajes muy diversos, entre ellos Gaston de Orleans y la famosa Mademoiselle de Montpensier, la que con tanta sangre fría disparaba el cañón sobre la armada real. Fue también prisión, residencia del Directorio, etc. Su museo contiene obras de escuela moderna, mientras viven sus autores, y diez años después de su muerte. Entonces se eligen las que deben ingresar en el Louvre.

Me han llamado la atención en él la «Margarita en la fuente» de Ary Scheffer, y dos o tres Meissonier, cuadritos de poco más de cuarta y media en cuadro, y cuya delicadeza de ejecución y brillante colorido admiran. Representan a Napoleón III en algunas batallas, y es asombroso que en caras que tienen el tamaño de un realito de plata, y en que apenas le cabría el pincel, haya logrado el más exacto parecido, la expresión más acabada.

El gran cuadro de «El Terror», de Muller, es un drama trasladado al lienzo. Representa el momento de llamar al cadalso a las últimas víctimas del terror. En la sala de la Conserjería, el acusador público, de pie ante la puerta abierta, va diciendo los nombres de los que deben subir a la carreta fatal. Hay diversas actitudes. Una hermosa mujer, Madame A. Leroy, de la comedia francesa, se levanta a protestar con indignación, mientras que la anciana Condesa de Narbonne, en una actitud de cristiana resignada, repasa su rosario; pero la figura capital del cuadro es Andrés Chenier, el poeta que indiferente a lo que pasa a su alrededor, escribe sus últimos versos, y se impacienta porque no encuentra la rima.

Madame Rosa Bonheur, esta mujer artista, a quien la misma emperatriz Eugenia entregó la cruz de la Legión de honor, tiene en el Luxemburgo unos magníficos «Bueyes arando».

El jardín del Luxemburgo es una mezcla de gusto inglés y de gusto antiguo, pero sin embargo es bien distribuido y grandioso. Le rodean las estatuas de las reinas y heroínas de Francia.

No dejo el capítulo de los museos sin mencionar el de Cluny, situado en la antigua Abadía del mismo nombre, cuya graciosa y original arquitectura gótica está religiosamente conservada. El Museo de Cluny guarda preciosidades en esculturas, retablos y armas de la Edad Media, y no es la menos notable las coronas de oro macizo empedradas de perlas y rubies que fueron de nuestros Reyes Chindasvinto y Recesvinto, que se hallaron en Toledo, y que por un descuido y una indiferencia incalificables, se vendieron a Francia.

Voy a hablar de otros dos museos —yo los considero tales— que hacen un gran honor a Francia en general y a París en particular. No vacilo en decir que los envidio: son Sévres, la fábrica de porcelanas, y los Gobelinos, la de tapicerías.

Los Gobelinos —a cuya manufactura dio Napoleón I un gran impulso— son un conjunto de edificios bastante destartados por fuera, pero el interior es hasta no más curioso e interesante. Visítanse primero los talleres de las alfombras, en los cuales he visto dos magníficas, que se han empezado para Napoleón III, y que hoy, interrumpidas, ostentan la

mitad de un águila, de una N. y de una corona de laurel. Después vienen los de los tapices, en los cuales —singular sistema— el obrero trabaja detrás del tapiz y sin ver la labor que está ejecutando, y que es un milagro de frescura, de pureza de dibujo, de vigor de colorido, y de fidelidad, pues son copias de grandes cuadros. Estos tapices llevan de cinco a diez años de trabajo, y los hay cuyo gasto sube de 150.000 francos.

Por último, enseñan el museo de los tapices hechos, entre los cuales he notado sobre todo un Cristo en la tumba, que he necesitado ver muy de cerca para persuadirme de que es un tapiz y no un cuadro.

Los Gobelinos fueron fundados en el siglo xv por Juan Gobelin, tatarabuelo del marqués de Brinvilliers, cuya mujer fue la famosa envenenadora quemada en la plaza de Grève.

Sèvres, situada cerca de Saint Cloud en un risueño punto de vista, me encantó tanto o más que los Gobelins. Solo viéndolas puede formarse idea de la increíble riqueza de aquellas porcelanas, jarrones, juegos de café o vajillas. Cada plato es una obra de arte, cada taza un juguete tan delicado que se recela tocarle. Los grandes cuadros pintados en porcelana tienen una entonación tan rica como verdadera, y hay una Santa Cecilia, copiada del Louvre, que se confunde con el original. Sévres posee un museo completo de cerámica, desde la alcarraza española hasta el ánfora hebrea.

¡Y pensar que España ha tenido en el siglo pasado fábricas de tapices y de porcelanas que humillarían a Gobelins y Sévres y que hoy no tiene ni una mala manufactura!<sup>54</sup>

Cuando hubimos recorrido los museos y conocido bastante su muerta población, se nos ocurrió hacer una visita a un punto de París que pocos extranjeros dejan de visitar: el cementerio de Père Lachaise. Otra población muerta.

Este cementerio no despierta ideas tristes ni lúgubres; al contrario. El vasto panorama —casi todo París— que desde él se domina, las largas avenidas sombreadas por los sauces y sicomoros; lo accidentado del terreno —mérito raro en París, que es todo llano— lo convierten en un paseo agradable, y hasta las tumbas cubiertas de yedra, que un rayo de sol acaricia, prestan cierto misterio indefinible a estos lugares.

¡Cuánto nombre conocido en la política, en las letras, en las artes! ¡Cuánta grandeza humana reposando, como Carlos v en Yuste, *en poco sitio!* He aquí, en la entrada misma, un sencillo monumento, sobre el cual un joven sauce extiende sus protectoras ramas, y en cuya piedra se lee:

Alfred de Musset.

Y debajo:

Mes chers amis, quand je mourrai,  
plantez une saule au cimetière  
j'aime son feuillage éploré,  
la paleur m'en est douce et chère,  
et son ombre sera légère  
à la terre où je dormirai.

Y el deseo del dulce poeta se ha cumplido; he ahí al árbol de la melancolía balanceando sus flexibles ramas sobre la lápida mortuoria.

Encontrar después de la tumba de Alfred de Musset la de Béranger es una transición: he pasado por ella. El anacreóntico y mordaz cantor popular yace en paz, reunido con su amigo Manuel, según su postrera súplica.

Pero he aquí, en una esquina del cementerio —los enamorados buscan el retiro— la más notable, la más famosa, la más conocida tumba del Père Lachaise: Heloísa y Abelardo.

En su gótico monumento, hombro con hombro, ambos en su traje monacal, descansan los dos amantes cuya viva pasión el pueblo, que es un gran poeta, ha estereotipado diciendo que «cuando al lado del cadáver de Heloísa se colocó el de Abelardo, la muerta abrió los brazos para recibirlo». Multitud de coronas, cuyo origen encierra tal vez más de una escondida y galante historia, adornaban la tumba o se suspendían a los hierros de la reja que la resguarda. Estas coronas era de perpetuas: ¿es buen emblema para el amor una flor que dura siempre? No me atrevo a resolverlo<sup>55</sup>: los griegos elegían la rosa,

Émula de la llama,  
cuya vida es un breve y veloz vuelo.

La tumba de los dos enamorados fue trasladada al puesto que ocupa, en 1804, desde el Paracleto en que había sido erigida.

Si diversas son las fases de la vida, no lo son menos tal vez, las de la muerte. Después de tocar en el Père Lachaise la muerte cristiana, tranquila, y hasta poética, estábamos reservado contemplar la muerte bajo su aspecto más repugnante y horrible. Tentaciones me dan de suprimir de estos apuntes la visita que hice a la Morgue.

Para que se comprenda bien la triste impresión que he recibido, es preciso que señale un detalle. Uno de los días que pasé recorriendo las salas del Louvre, vi, sentado junto a una de las chimeneas y calentando en ella sus pies mal calzados y aterido, un hombre de larga barba negra, descuidada, y cuya mirada extraviada, no se separaba de las llamas.

Este hombre mordía de vez en cuando sus uñas, o las hincaba en su levita mugrienta, de un modo febril y ansioso. No sé por qué se me figuró que la pobreza no era el único pesar de aquel hombre, me pareció leer en su fisonomía trastornada una desesperación profunda.

Algún tiempo después visité la Morgue. La Morgue es un siniestro edificio, situado en la orilla derecha del Sena, y en el cual, sobre grandes mesas de mármol negro, se exponen los cadáveres de los individuos encontrados asesinados o ahogados, y cuya identidad no se puede probar. Allá entra el que quiere, y si los reconoce, declara lo que sepa acerca de su nombre, profesión, etc. Los infelices están desnudos, cubiertos solo con un sucio sudario: sus manos no están cruzadas, sus cabellos se pegan a su frente... Nada más realista<sup>56</sup> y horrible a la vez.

El día que yo entré, había tres cadáveres; el de una pobre vieja ahogada, el de un niño, y el tercero... ¿Fue ilusión de una imaginación sobreexcitada? ¿Fue realidad? No lo sé: ¡pero juraría que aquel cadáver, lívido y descompuesto, chorreando agua de la negra barba, era el hombre que se calentaba en la chimenea del Louvre!

¡Oh, qué espantosa plaga moral de este siglo es el suicidio! ¡Triste efecto de la falta de creencias que sostienen, de resignación que calma, de Religión que consuela! ¡Triste efecto también de la destrucción de las órdenes monásticas, asilo a todos los dolores, refugio a todas las desesperaciones, olvido a todos los crímenes! El hombre adelanta en la escabrosa senda de la vida: da un paso en falso, y de escalón en escalón, rueda al abismo. ¿Qué encuentra en él? el desprecio del mundo. ¿Qué hará? volverse a Dios? ¡El desventurado no cree! Y además, Dios en su misericordia, le perdonará ¿pero dónde está la casa de Dios que le recibiría? Los hombres la han quemado y arrasado piedra por piedra. ¿Qué hacer, pues? el río está cerca; sus aguas corren, negras y profundas... ¡El dolor concluye con la vida! ¡Al río, pues!<sup>57</sup>

Por eso arrastra el Sena miles de cadáveres y por eso la estadística de los suicidios es horrible. Hay otras dos estadísticas que tal vez expliquen un tanto ésta. En París se llevan a empeñar 500 relojes todos los días, y se consume una cantidad de *absinthe* (ajenjos, bebida excitante, alcohólica, narcótica y venenosa) que formaría en poco tiempo otro pequeño Sena.

¡Cuánto drama sombrío en el fondo de este París tan dorado, alegre, activo y brillante!

En efecto, el que paseando por recreo recorra los boulevares y los barrios ricos de la gran capital, no puede menos de sentir la influencia de su vida en ebullición, comercial y elegante a la vez. Toda la línea del *boulevard* de la Magdalena, Italianos, etc., es una permanente exposición artística. Los comercios de primer orden, los restaurantes del mundo elegante, los cafés frecuentados, hormiguean a porfía; y de noche, cuando los millares de luces de todos estos centros de lujo esparcen su viva claridad, cuando las mesas de los cafés colocadas exteriormente se llenan de parroquianos, se creería asistir a una fiesta perenne.

Hay un rasgo característico de los boulevares, que señalo de mala gana y por cumplir el deber del viajero y del observador: y además es harto saliente y forma demasiado parte de la fisonomía característica de París para que pueda pasar desapercibido. Quiero hablar de las mujeres del medio mundo<sup>58</sup> —*demi monde*—. Todo París las alberga; pero en los Boulevares no se ve otra cosa. Por las noches se las ve sentadas ante una mesita, teniendo delante un *bock* de cerveza y exponiendo a la luz de los reverberos trajes cuya excentricidad no excluye la coquetería. Si la estadística de los suicidios, del *absinthe*, y de los relojes no favorece a la fisonomía moral del París, esta otra estadística —caso de que la haya hecha— no deja de ponerle tal vez un tanto más bajo.

He hablado del comercio: el comercio más importante de París no está, sin embargo, en los boulevares. Los grandes almacenes —establecimientos vastísimos en que se vende todo lo necesario para el traje, y aun para el mueblaje— están en el radio del centro, pero no en el *boulevard*. El más vasto de todos, el Louvre, no cuenta con menos de 700 a 800 dependientes, de los cuales 6 tienen por empleo exclusivo cazar las ratas y ratones. En el Louvre dan de regalo a las compradoras unos globos ligerísimos que dicen «Louvre», con lo cual el que los lleva en la mano a su casa, es un anuncio portátil.

¡Oh! ¡Y qué fiebre de anuncios hay en París! Los vendedores se quiebran la cabeza para hallar una forma de anunciar diferente de las demás. Hay una casa —*la maison du Pont Neuf*— que ha cubierto de anuncios gigantescos los rincones y esquinas de París; hay otra que se anuncia de esta manera:

¡Se mata!  
 ¡Se mata!  
 ¡Se mata con justicia y razón!!!!  
 a la confección. Comprad los chales de... etc.

Hay veladores-anuncios, coches-anuncios, ladrillos-anuncios, faroles-anuncios... ¿qué sé yo? Es un asalto.

Como muestras de establecimientos, he hallado una que no deja de ser curiosa: está en un barrio extraviado y pertenece a una taberna. Es un libro inmenso —y no mal pintado— que presenta al público toda la historia de la viña, desde Noé que la introdujo y Baco que enseñó su uso, hasta Anacreonte que la cantó en sus hermosos versos, y Nuestro Señor Jesucristo que la empleó para personificar su sagrada sangre. Esta mescolanza de sagrado y profano tiene cierta sencillez *naïve* que recuerda a los tiempos en que París era aún la *buena villa* y en que los arqueros del preboste metían en un puño a todos los parisienses.

Por lo demás, estas reminiscencias —cosa extraña— son frecuentes en París. Y, cosa más extraña aún, París es extraordinariamente dominguero. Los domingos la *bourgeoisie* de París, que toda la semana ha vendido concienzudamente medias de algodón o elásticos de franela, se descuelga a vivir, a echar una cana al aire, el respirar el ídem; invade los restaurantes; asedia los cafés, ocupa los teatros.

¡Los teatros!: He aquí un capítulo largo y fecundo en observaciones: he aquí un ancho campo para la pluma y para el pensamiento. Naturalmente empecé por la Ópera; los Italianos están cerrados y la Grande Ópera no se ha abierto aún. En la Ópera, con *La Coupe du roi de Thulé*, partitura poco notable, pero bien puesta en escena, he oído al ídolo de los franceses, a Faure. Faure es un gran cómico y un buen cantor si tuviese voz: pero tiene un crimen sobre su conciencia; el de haber enseñado a todos los cantantes de París ciertos falsetes reñidos con el arte, que en él son soportables, pero que en los demás atacan los nervios menos impresionables.

La ópera tiene algún aspecto, y parece que reanima ver en fin fracs, guantes blancos y trajes claros y bonitos. Hay ciertos teatros que necesitan cierta concurrencia; y en este terreno apruebo a Covent Garden, que no recibe a los espectadores sino en traje de rigurosa etiqueta.

La Ópera Cómica nos ha dado un precioso drama lírico, *Romeo y Julieta*, que la Miolan Carvalho, artista de sentimiento y ejecución, ha cantado con exquisita delicadeza. Las decoraciones, los trajes, todo es esmerado en la Ópera Cómica; el interior del teatro es espacioso y elegante.

El Odeón es un teatro clásico; en el cual he asistido a una clásica producción; las *Erynnies*, de Leconte de L'Isle. Hermosos versos, cincelados sobre acero, que el público oye indiferente y aburrido, he aquí lo que eran las *Erynnies*. Sin haber nacido en Francia, yo admiraba al hombre que había sabido dar a esta pulida lengua francesa aquella desordenada energía de los clásicos griegos; pero parece que estos platos no son del gusto del público, que necesita condimentos literarios de otro género.

En cambio, he aquí un éxito. En el Teatro Francés, *Marion Delorme*, de Victor Hugo. El falseamiento de la historia, el frío entusiasmo (si así puede decirse) y la mala intención política, descuellan en este poema. Sin estar compensados por grandes bellezas literarias;



y a pesar de los ataques contra el altar y el trono en que *Marion Delorme* abunda, el público lo halla un poco anticuado.

Y ya que de piezas *a sensación* (como dicen aquí<sup>59</sup>) se trata, señalaré, para marcar más aún esta viciosa tendencia de la literatura, *La Femme de feu* (*La mujer de fuego*), que ha sido estos días el estreno de un teatrito. Sería largo y monótono transcribir el argumento de esta obrita; baste decir que en ella hay: 1.º una mujer que se baña a las doce de la noche en un mar agitado y sola. 2.º que esta misma mujer se ofrece como esposa o *amante*<sup>60</sup> a un joven a quien apenas conoce. 3.º que esta misma mujer se casa con un anciano en la esperanza de quedarse pronto viuda. 4.º que por fin lo envenena. 5.º un marido que no quiere que su mujer halle malo el que él visite con frecuencia a otra mujer a quien amó. Y 6.º una suegra que al saber que han asesinado a su nuera, exclama: «¡Han hecho justicia!».

¡Así es como, mezclando algo de inverosímil con mucho de inmoral, se hace una pieza *a sensación*!

¡Y sin embargo Francia es la patria de Racine, Corneille y Molière!

Triste conclusión; en Francia la literatura decae, o mejor dicho, ha decaído, y al través del rico manto de sus pasadas glorias, se ven los jirones de la pobre túnica que hoy la viste.

Las decoraciones, el lujo de sus trajes, hacen olvidar un tanto esta tendencia al acabamiento. No pudiendo interesar el alma, se deslumbran los ojos y se entretiene la imaginación. Hay comedias de magia que son una magia verdadera, como *La Poule aux oeufs d'or*, en la cual todo es esmerado y rico, desde los bailes, las fantásticas apoteosis, los juegos de colores y en fin, la numerosa colección de mujeres jóvenes y lindas cuyos trajes a fuerza de ser escasos llegan a ser inverosímiles...

Hay además una multitud de teatros y teatrillos que sería larguísimo reseñar. Aquí es un café cantante, en el cual la cuesta a usted diez o doce reales una taza de café, pero en cambio tiene usted el derecho de oír diez o doce canciones patrióticas, satíricas o amorosas; allá es un circo de caballos en donde hay que aprender gimnasia y saltos en los aros. Más allá «Los Bufos», el «Vaudeville», «Las Folies»... trescientas mil, pues hay «Folies Marigny», «Dramatiques», «Bergères», etc. La prestidigitación, la pantomima, la revista, todo tiene aquí su sitio, su público y su ganancia. Hasta hay un teatrito para niños, en el cual trabajan muñecos, y no mucho peor que algunos actores.

Y puesto que nos hallamos en el terreno de los espectáculos, no quiero omitir dos bailes de mascarar a que he asistido.

El primero fue en «Valentino».

«Valentino» es un gran salón, situado en la Rue Saint Honoré, que ha reemplazado al tan famoso «Mabille», cerrado ahora. Mi ida a «Valentino», proyectada desde el día en que llegué a París, se iba aplazando por mil motivos: hoy era el cansancio, mañana la noche estaba mala, ayer hacía frío, el otro día calor... El caso es que no teníamos demasiado afán de llenar esta misión de observadores, y fue preciso que el Carnaval se acercara para que nos resolviésemos a poner una careta, o dominó negro, y mezclarnos en aquella infernal barahúnda.

Al primer golpe de vista, «Valentino» es un baile de máscaras como otro cualquiera, fuera del contraste, nuevo para los españoles ojos, de ver al sexo feo disfrazado, en vez de estar con su traje como en España. Mucha aldeanita con zapato de raso, mucha

polaca, turca, pajecitos del siglo XIII, XIV, y XV, algún que otro perro, gato, papagayo o mono, dando el brazo a gendarmes, bebés, trovadores, Mefistófeles, marinos, etc., etc.; en fin, la incoherencia especial<sup>61</sup> a toda fiesta carnavalesca: pero cuando los ecos del salón repiten los compases de una cuadrilla, entonces todo varía de aspecto, todo se pone en movimiento, la música, sostenida por las poderosas vibraciones de las trompas de caza y por los disparos no interrumpidos, se hace embriagadora, el salón, radiante ya de luz, se ilumina con los rojos fulgores de mil fuegos de bengala, y dominós, trovadores, moros, perros, pastoras, locuras, lanzando gritos para excitarse, ejecutan una ronda infernal, un baile de condenados; es la bacanal, es la saturnal, es la antigüedad pagana con su feroz alegría que concluía por ahogar las carcajadas en sangre<sup>62</sup>.

Pero la orquesta cesa, y con ella el furor: bailarinas y bailadores se limpian la frente anegada en sudor, y suben tranquilamente a tomar un *bock* de cerveza, o algo más sustancial.

Esto es «Valentino».

Visto el refugio de los estudiantes, quisimos conocer el de los ociosos de *boulevard*, y el sábado de Carnaval a las doce de la noche entramos en la Ópera.

Nos habían dicho que el baile del sábado de Carnaval era el más *chic*, porque el lunes, martes y domingo se descolgaba allí la gentecilla.

Así es que yo me figuraba encontrar algo como los bailes de máscaras del Real<sup>63</sup> en Madrid: un sitio en el cual no se baila poco ni mucho, pero al cual puede ir una mujer elegante, disfrazada y protegida por la careta, sin que la salgan al paso más que galanterías ingeniosas o bromas con más o menos sal.

Me he engañado. «La Ópera» es «Valentino» en grande, con más espacio, más gente y más calor. He ahí la diferencia.

Además, los hombres estaban también disfrazados; pocos había con frac, y en cuanto a mujeres elegantes, no creo que sobrasen, aunque había muchas mujeres elegantemente vestidas.

Yo me paseaba tropezando aquí y allá, volviendo la cara para mirar un *pierrot* o un paje, cuando entre aquella multitud abigarrada vi una cara española, de torero o picador, vestido con un traje andaluz.

—Adiós, paisano.

—*Buonna notte* —me contestó con un acento italiano debajo del cual se transparentaba Sevilla.

—¿Te diviertes aquí?

—*Non. I francesi mi sembrano troppo...*

—¿Demasiado sosos?

—*É vero.*

Lo cual no impedía al italiano-andaluz bailar muy a su sabor...

Si fuera a comentar detenidamente el baile de la Ópera tendría que entrar en reflexiones que no me agrada hacer, si son de la índole de estos apuntes<sup>64</sup>. Solo diré —y basta— que al que me diga que el baile del Teatro Real de Madrid no es un espectáculo lleno de decoro e impregnado de la innata cultura española, le diré que se venga al de la Ópera de París en un día *chic*.

No digo más.

Si la transición no fuera demasiado rápida e irreverente, ¿hablaría aquí de las iglesias, que he visitado muy detenidamente? ¡Bah! Creo que tendría razón en hacerlo. ¿Acaso cuando se tiene sed no se busca el agua? Después del extremo desorden, ¿qué es lo que agrada al alma árida y fatigada? La paz, la calma, la elevación hacia el infinito.

Hay por de pronto dos iglesias en París, a las cuales concedo el derecho de abrir la marcha, como a las más divergentes de todas las ideas que en España formamos de una iglesia.

Son la Magdalena y San Sulpicio.

El más puro estilo griego, la completa oposición a lo gótico, señala estos dos grandiosos monumentos, que a pesar de su clásica y majestuosa belleza, despiertan más bien la idea de museo o de Congreso, que de iglesia católica. El catolicismo que dio vida al orden ojival, se ha identificado con él, como un buen padre con sus hijos, y la catedral gótica, con sus finas flechas, sus arcos sombríos y sus patriarcas de piedra bajo los puntiagudos doseles, llamará siempre al recogimiento más que las columnas acanaladas, los medios puntos correctos y la despejada construcción de las iglesias griegas. Esto no quita que la Magdalena y San Sulpicio sean dos notables monumentos.

Cuando visité la Magdalena, estaba haciéndose una boda. La recién casada, con su largo traje blanco...

Una pequeña digresión, aunque las aborrezco.

En Francia toda novia, esté floreciendo su décima quinta primavera o haya visto el albor del cincuentésimo otoño, sea linda como la *Gioconda* o fea como el enemigo, rica millonaria o pobre costurera, hija de un duque o de un portero, se casa con el traje blanco y la obligada corona de azahar.

El traje es el mismo; la calidad varía desde la larga falda de raso con encajes por valor de doscientos mil francos y la corona salpicada de gotas de rocío que son brillantes como garbanzos, hasta el modesto trajecito de alpaca blanca y la corona de veintinueve *sous*.

Pero, en fin, es traje blanco y corona virginal.

Y ya que de *trousseaux* y bodas me ocupo, no quiero olvidar un pequeño detalle de refinamiento que he visto en el *trousseau* de una americana riquísima.

Era una de esas prendas del traje femenino que están destinadas a que no las vea sino su dueña, y que de ordinario se hacen con bombasí o piqué, hecha de raso blanco bordado, y perfumada con un perfume especial que había costado por sí solo 100 francos.

¿Qué tal la hija de los trópicos?

Pasada esta observación acerca de las novias francesas, vuelvo a la novia de la Magdalena.

Era una morenita de unos veinte años, y cuando salió del brazo de su nuevo dueño y señor, pude convencerme que ella, el novio y toda la boda eran españoles.

Subieron en el lindo landó con caballos bayos adornados de lazos blancos; el cochero, que llevaba un lazo igual, los azotó; y perdí de vista a la novia, que llevaba a la boca un pañuelo rodeado de encaje, mientras que la otra mano sostenía un enorme ramo de camelias y lilas blancas.

¡Buena suerte, compatriota! ¡Ojalá la Magdalena —que guía, dicen allá, a los enamorados— te guíe en el matrimonial sendero!<sup>65</sup>

En el gusto gótico París posee bastante, pero, fuera de Notre Dame, de la cual hablaré dentro de un poco, no tiene nada de extraordinario. Hay Saint Germain des Prés, que no

es un gótico puro, lejos de eso; es muy antigua —remonta a 990— y en su interior Mandrin ha ejecutado una decoración, a mi entender, charra y de mal gusto. En una de sus capillas laterales una sencilla lápida guarda los restos de Boileau: no sería mucho que le elevasen un pequeño mausoleo conmemorativo sus compatriotas.

Otro Saint Germain, Saint Germain L'Auxerrois, anterior también a los Normandos, si no ofrece —para ojos habituados al esplendor de las catedrales españolas— nada de admirable, guarda recuerdos históricos de bastante trascendencia. Atravesando su claustro —hoy deshecho— fue asesinado el almirante Coligny; allí en el siglo XIV, la Jacquerie cometió sus más espantosos excesos. Las campanas de Saint Germain L'Auxerrois fueron las que, el 24 de Agosto 1572, dieron la señal de la espantosa matanza conocida por la Saint Barthélemy.

La iglesia de Saint Etienne du Mont, de arquitectura bastante original y atrevida, encierra el sepulcro de Santa Genoveva, vacío, pues las hordas del 93, que no respetaron las tumbas de los reyes, profanaron también la de la Santa patrona de París, quemando sus restos. Está el sepulcro rodeado de multitud de ex-votos, entre los cuales noté un corazón de plata con esta leyenda en español: «Gratitud»

A Saint Etienne du Mont se refiere un solo recuerdo, pero sangriento. El Arzobispo de París, Monseñor Sibour, fue asesinado en la iglesia, en el momento que tenía en la mano el Viril, por un mal sacerdote cuyos excesos había castigado.

El Panteón —situado a dos pasos de Saint Etienne— es todavía otra iglesia que no lo parece. Su pórtico es el del *Forum* romano. En su frontis se lee esta inscripción: «*Aux grands hommes, la patrie reconnaissante*». Vamos a ver a estos grandes hombres, y al efecto, tomamos una papeleta para bajar al *caveau*.

—¿Qué vamos a ver? —pregunté al encargado de enseñar a los grandes hombres.

—¡Oh! —hizo él en los tonos más guturales y admirativos del idioma francés—: ¡la tumba de Voltaire y la de Rousseau!

—¿Y no hay otra tumba de grande hombre?

—¡Oh! muchas. *Descendez, s'il vous plaît*.

Descendimos, en efecto y pasamos varios largos corredores no sin que yo sintiese alguna impresión de asombro al pensar que Voltaire y Rousseau dormían con honor al amparo de una iglesia católica.

Las tumbas de los dos enciclopedistas son por demás sencillas, lo cual no me afligió, pues aunque la muerte extingue los odios, no extingue las admiraciones, y yo no puedo dejar de creer que el pobre Boileau, que tan olvidado yace en la capilla de Saint Germain des Prés, mereciese un poco más aquel título que los dos dañinos filósofos, cuyo cáustico y vicioso talento no me inspira la menor simpatía<sup>66</sup>.

Después de estas dos tumbas, nos llevaron a ver las de otra porción de grandes hombres.... que deben ser sumamente conocidos en su *arrondissement* o cosa así: porque la verdad es que allí no había apenas un nombre conocido en las artes, las letras, la política o la guerra... Eran generales y condes del imperio, muy dignos y buenos seguramente, pero en fin, como grandes hombres...

Nos hicieron dar mil vueltas y admirar la sabia construcción de aquel laberinto, y enseguida nos llevaron a una pequeña cámara subterránea, retiraron la luz y nos recomendaron el silencio. Estábamos así, a oscuras y sin chistar, cuando de repente sonó un estrépito parecido

al de diez cañonazos juntos, y después pareció que un furgón con cuatro caballos pasaba a nuestro lado. La broma me pareció pesada, pues nos aturdió; y a no ser por las frescas carcajadas de unas jóvenes norteamericanas que visitaban también el Panteón, hubiera gritado «*Suffit*». En fin cesó el ruido, la luz volvió, y nos explicaron el motivo de aquella serenata: era una demostración de las condiciones acústicas de la bóveda, y se producía solo con herir ligeramente un pequeño tambor. También nos hicieron oír el eco.

Saint Thomas de Aquin no ofrece nada de particular y Sainte Clothilde, una linda iglesia moderna perfectamente copiada del estilo gótico antiguo, me ha gustado más. Es bellísima en efecto, con su grandioso pórtico dividido en tres arcadas y sus dos finas flechas.

Notre Dame des Victoires tiene una Nuestra Señora a quien profesa París —y le acompaña— gran devoción.

Pero la iglesia capital de París, la que he visitado con verdadera interés y no una sino infinitas veces, es la poética, la original, la veneranda Notre Dame.

Notre Dame es la única iglesia de París en que al entrar se siente una impresión profunda producida por la oscuridad y la altura de las bóvedas. En Notre Dame encuentro todas mis aficiones: los ricos cristales, el pórtico sobrecargado de Santos y Patriarcas en religiosas actitudes, y hasta las graciosas asas —no sé si es la frase técnica— que reúnen a la flecha el resto del edificio.

¡Pobre antigua catedral! ¡Quién dijera a Felipe Augusto, que cuando tu fundación reinaba, que muchos años más tarde profanarían tus santas bóvedas, y que el 10 de noviembre 1793, en el centro de tu grandiosa nave, se erigiría un templo a la *Razón*, representada por una mujer vestida de blanco y con el gorro frigio, a la cual toda la Convención Nacional cantaba himnos! ¡Triste recuerdo, mezquino ultraje! Hoy la profanación ha sido reparada, y restaurados piadosamente los detalles de la fachada, que la piqueta revolucionaria abatiera.

En Notre Dame se ha efectuado la boda de Enrique IV con Margarita de Valois, y la de Napoleón III con Eugenia.

En una capilla, a la derecha, se halla el monumento a la memoria de Monseñor Affre, el arzobispo de París muerto en las barricadas. Está semi-incorporado, y vestido con su traje pastoral. Su mano derecha tiene una palma. Hay una inscripción de sus sublimes palabras: «Ojalá sea mi sangre la última que se haya derramado».

Subamos a la torre para ver a nuestros pies a París.

La ascensión es fatigosa, las escaleras están degradadas y mal cuidadas, pero arriba ¡qué panorama grandioso se disfruta!

París es casi llano, lo cual hace que no perdamos ni uno de sus contornos. Todo lo dominamos: los inmensos paseos, las largas calles, los magníficos edificios, descollando entre todos la dorada cúpula de los Inválidos que centellea a los rayos del sol.

Nos apoyamos en una balaustrada de piedra, rodeada de esa hilera de monstruos fantásticos que tanto aprovechó Víctor Hugo en su novela *Notre Dame de Paris*. Allí están tal como él los ha descrito: monstruos con cuerpo humano y cabeza de perro, con cabeza de buitre y cuerpo de mujer; monstruos inclinados, mirando hacia abajo y riendo con una risa de horrible ironía; lobos y tigres que destrozan un pobre ratoncillo, y en fin, una lechuga envuelta en un sudario... De noche, a la luz de la luna, estos monstruos deben asemejar otras tantas tentaciones infernales, como las de los cuadros de Teniers.

Hemos visto el gran *bourdon* o campana cuyo sonido se oía fuera de París, y cubría todos los ruidos de la ciudad. Está roto y no suena.

Bajemos para ver el tesoro.

Nos han tenido media hora enseñándonos prolijamente mil cosas bastante interesantes: el cáliz que regaló el rey Luis Felipe, o Luis XVIII, o la Marquesa\*\*\*, etc. No puedo acordarme de todo. Hay magníficos ornatos, que sirvieron para la coronación de Napoleón I, para la boda del Tercero, etc., etc. Pero ha habido algo de que me acuerdo y me acordaré toda mi vida: una bala colocada en un zócalo, y un pequeño armario, en un extremo de la sacristía. La bala es la que mató a Monseñor Affre: el armario contiene los trajes de los tres arzobispos de París que en poco tiempo han dado, como el buen pastor, su vida por sus ovejas.

El traje de Monseñor Sibour —el asesinado en Saint Etienne du Mont— es una grande alba blanca, rodeada de encajes, y que guarda aun las primorosas dobleces de las albas. El puñal había atravesado varias de estas dobleces, produciendo en vez de uno, muchos agujeros. Del último parte un reguero de sangre que llega hasta el encaje. Esta sangre conserva su color rojo, El traje de Monseñor Affre —el que una bala perdida mató, mientras que en las barricadas suplicaba al pueblo de París que cesase en la lucha— es una túnica pastoral, de fondo morado con vueltas rojas. Está nueva, y no tiene más que un solo agujero: el de la homicida bala.

Pero el último, el traje de Monseñor Darboy, el fusilado por los comunistas en la prisión de la Roquette, mientras París se retorció en un océano de llamas, es por sí solo un drama, un drama desgarrador, que eriza los cabellos y hiela la sangre en las venas. Es una pelliza morada, en todo semejante a la de Monseñor Affre, pero ha perdido por completo hasta la forma de tal. No solo está la pobre túnica acribillada con las infinitas balas que buscaron al través del paño el camino del corazón, sino que guarda las desgarraduras de los bayonetazos y las mil huellas del inmundo lodo en que la revolcaron. Las otras dos son la muerte violenta, pero la muerte de un solo golpe, sin agonía, sin ensañamiento, sin martirio. Pero esta túnica, ¡cuántos misterios horribles está revelando! El cuello ha sido desgarrado por manos trémulas de ciega rabia, las vueltas han sido hechas jirones al arrastrar a la víctima; el cuerpo ha sido revolcado en el lodo y pisoteado: aún guardan las manchas la forma de un pie grosero; los chorros de denegrida sangre no provienen de la bala rápida en dar la muerte, sino del sable y de la bayoneta que han ayudado a su obra!

Tengo en el bolsillo un permiso para ver la Roquette, que por cierto me ha costado trabajo conseguir: ahora mismo voy a aprovecharme de él: después del traje de la víctima, visitemos el lugar del suplicio.

La Roquette —tal vez lo que acabo de ver influya en ello— me ha parecido una prisión siniestra entre todas las prisiones: una inexplicable melancolía fluye de sus muros grises, altos y rectos, y los barrios extraviados por que se pasa para llegar a ella, me han parecido poblados de fisonomías más o menos encapotadas, pero todas de legítima raza *communard*.

Eran artesanos, pues aquellos son barrios muy pobres, pero lejos de ofrecer el simpático tipo del artesano franco, alegre, trabajador, tenían el del industrial sospechoso que es a veces tabernero, otras posadero, y en caso de necesidad encubridor y asesino.

Para que no se crea que exagero, al día siguiente el *Fígaro* anunció la captura, precisamente en aquel barrio, de una numerosísima banda de ladrones y criminales de toda especie.

Ante el permiso, que presentamos, las puertas de la Roquette se nos abrieron de par en par, y nos condujeron, pasado un gran patio, al cuarto del registro de los presos, en donde se tomó nota de nuestra autorización, y se ordenó a uno de los guardianes que nos acompañase y nos enseñase todo el interior de la prisión.

La primera cosa que se ofreció a nuestros ojos fue un cuartito pequeño, con comunicación al patio, y extraordinariamente desnudo y pobre.

—Aquí, nos dijo el guardián, se hace la última *toilette* del condenado a muerte.

En efecto, contra la pared se apoya una mesa, cuyo cajón contiene los peines, las tijeras, etc. y delante de ella está una silla, *gastada por el uso*.

¡Oh, si pudiera esta silla decirnos los pensamientos de los que se han sentado en ella!

Al través de una reja, nos hicieron ver el patio de los presos, en donde una multitud de estos se paseaba armando una algazara infernal. Me retiré enseguida, pues noté que las miradas se fijaban con curiosidad en nosotros, y que en vez de observar, éramos observados.

Todo mi anhelo era visitar la habitación de los rehenes, pero antes debimos ver el lavadero de los presos, y un dormitorio. El lavadero no puede ser más primitivo; es una enorme cubeta con aros de hierro; y me llamó la atención una frase gráfica del guardián:

—*Ici*, me dijo, *ils se débarbouillent*.

Aunque la palabra *débarbouiller* no sea traducible en toda su fuerza, corresponde casi a nuestro verbo *desbrozar*.

—Ahora, dijo abriendo la puerta de una celdita pequeñísima situada al principio de un largo corredor en que había muchas iguales, vean ustedes la primera habitación de Monseñor Darboy; Todas las otras celdas estaban también llenas de rehenes: Monsieur Bonjean, sacerdotes, hermanos de la doctrina cristiana, etc.

—¿Por qué tuvo dos prisiones? —pregunté.

—Porque, estando esta al lado de la de Monsieur Bonjean, y teniendo una reja común, se hablaban a veces; y para arrebatarles este consuelo, le cambiaron de celda. Ahora verán ustedes la segunda y última.

Y diciendo así, nos llevó al extremo del corredor, ante una puerta cargada de cerrojos: abrióla, y retirándose, nos dejó contemplar la celda a nuestro sabor.

No es fácil imaginar la pobre estrechez de aquel cuartito. Nada más desnudo, nada más grosero. Ladrillos por piso, una tarima por cama, un grosero cobertor sin sábanas, una vieja silla. La cama estaba arrugada.

Me volví al guardián.

—¿Se ha acostado alguien en esta cama después?, le dije.

—Nadie; está arrugada aún de la impresión de su cuerpo, y muy pocas personas han entrado aquí desde entonces, a ver este lugar.

No quise oír más, e inclinándome, apoyé mis labios en el cobertor por un impulso repentino. El guardián se adelantó.

—¿Os gustaría poseer un pedazo? me preguntó muy bajo.

Miré instintivamente el lecho. Nada me destruye mis ilusiones (y las estimo mucho) como esas triviales ofertas de preciosos recuerdos que todo el mundo se lleva en la maleta; pero la mirada que paseé por el cobertor me tranquilizó. Estaba intacto; nadie había pensado en aquella piadosa reliquia; y es evidente que si yo no hubiera besado con fe aquel pobre abrigo, el guardián no hubiera tenido la idea de ofrecerme un trozo.

Me cortó de una esquina del paño, encargándome que lo ocultase y continuamos nuestra visita a aquel Vía Crucis, por una meseta de una pequeña escalera de caracol.

—Aquí fue hecho el llamamiento a las víctimas, para marchar a la muerte, y por esa escalera bajaron, explicó el guardián; pero por ahí no podemos bajar nosotros; vamos a seguir fuera de la escalera, el mismo camino que ellas.

Descendimos por otro lado, y nos hallamos al pie de la escalera; seguimos andando, por el primer recinto de las murallas.

—Aquí querían fusilarlos, pero hallaron junto al muro un centinela, y aunque era de los suyos (singular precaución) dieron la vuelta por no encontrarle, y siguieron al segundo recinto. Por supuesto, las víctimas eran conducidas en tropel, a culatazos y empujones; ¿Veis esta pequeña puertecita que separa el primer recinto del segundo? En ella faltaron las fuerzas a Monseñor, y Monsieur Bonjean, cogiéndole del brazo le sostuvo valerosamente.

—Llegados aquí —y al decir esto nos había conducido a una esquina del muro, rodeada de un balaustre y señalada con una gran lápida negra—, los adosaron a la pared en el orden que Ferré, el jefe del pelotón, había señalado de antemano, como podéis ver.

Mis ojos siguieron la dirección del dedo del guardián, y percibí, entre las infinitas huellas de las balas, que la pared conservaba, unos letreros escritos con la punta de una bayoneta o cuchillo, que decían llanamente «Arzobispo», «Presidente», «Vicario», etc., etc.

—Ferré los escribió, en efecto, con la bayoneta, dijo el guardia, y después de que los hubo colocado, Monseñor, que ya estaba medio muerto con los bayonetazos y culatazos, dio la última absolución a sus compañeros, al mismo tiempo que Ferré daba la voz de fuego, el pelotón disparaba y las víctimas caían hacinadas unas sobre las otras.

Arrodilléme ante la lápida, que rodea la verja y con la frente apoyada en ella le ofrecí el tributo de mis oraciones.

Levantándome enseguida, cogí uno de los muchos pensamientos que crecen al lado de la pared, mientras el guardia me daba los últimos detalles.

—Los cadáveres, me dijo, fueron arrojados en una carreta y transportados en ella sin ceremonia. Esta carreta ha sido recogida por la viuda del presidente, Madame Bonjean.

Y viendo cómo se fijaban mis ojos en el lado de la pared que las balas acribillaban:

—Era el lugar de Monseñor, añadió. Todo el pelotón tiró de preferencia a ese punto, siguiendo la dirección del dedo de Ferré.

Dilatóse mi corazón, cual si le hubieran quitado de encima una pesada losa, cuando dejando aquellos muros sombríos, me encaminé a la Conserjería<sup>67</sup>. Y sin embargo, la Conserjería guarda dramas tanto o más terribles que el que me había sido dado conocer en la Roquette. En la Conserjería se conserva el calabozo de María Antonieta, junto con el Cristo que besó antes de morir. El calabozo es tan estrecho que apenas cabe una cama, y tan oscuro, que no se comprende cómo la prisionera podía con tan poca luz zurcir aquellos zapatitos de raso negro que usó por espacio de año y medio. La puerta era una reja, de modo que no podía dar un paso sin ser vista por sus guardianes. Pared con pared está el



otro cuarto en que pasó sus últimos momentos Mademoiselle Isabel de Francia hermana de Luis XVI, cuarto en que después, a su vez, Robespierre aguardó la muerte. La oveja y el lobo, la gacela y el tigre, cayeron en la misma trampa, y los muros que presenciaron la resignada y sublime despedida de la víctima, se estremecieron a los impotentes aullidos del verdugo.

Enséñase también en la Conserjería la sala en que pasó la escena que representa el cuadro de Muller, «El llamamiento al cadalso de las últimas víctimas del Terror».

La Conserjería me hace recordar que he omitido en las iglesias de París citar la Santa Capilla: está contigua al tribunal de Assises, su fundación se atribuye a San Luis, y es una maravilla de ligereza, de gusto, de delicada y esbelta construcción. Su flecha es finísima.

He entrado, a pesar de una afluencia de gente que nos obligó a dar y recibir codazos (los espectáculos gratis son muy del gusto del pueblo francés) en el tribunal de Assises. No carecen de imponente solemnidad este tribunal cuyo rojo traje recuerda el Consejo de los Diez, y añade a esta impresión el gran Crucifijo suspendido sobre sus cabezas como testigo irrecusable.

Se juzgaba una causa de robo, y el acusado era un mocito imberbe que no estaba nada turbado y negaba con soltura todo lo que le imputaban. Este asunto vulgar no me interesó, y recorrido el edificio, que es magnífico aún después de haber perdido gracias al fuego comunista la grande y famosa sala *des Pas Perdus*, dejé el palacio de Temis, y a su cohorte de letrados y togados, para recorrer los numerosos paseos de París.

El Bois de Boulogne —creo que le corresponde el derecho de primacía— es el paseo de la gente de carruaje, pues sus larguísimas calles y avenidas le hacen imposible para el que se vale de sus piernas. Entre sus bosquecillos, en torno de su lago y de su bonita cascada artificial, o bien en la aristocrática *Avenue des Acacias*, galopan los elegantes jinetes, se exhiben las mujeres a la moda, se ostenta el lujoso tren del financiero, las portezuelas blasonadas del príncipe ruso que gasta en París sus rublos, sin que falte entre esta falange de niños mimados de la fortuna algún vergonzante *fiacre* con caballos éticos, en cuyos cuatro asientos se acomoda una familia provinciana de seis u ocho personas, como sardina en banasta: porque si París es el punto culminante de todas las elegancias, es también el *refugium peccatorum* de todos los ridículos, o como dicen gráficamente los americanos, de todo lo *cursi*<sup>68</sup>.

No obstante, en el Bois, lo elegante sobrenada y prepondera, aunque muchas jóvenes y distinguidas mamás den su preferencia al jardín de Aclimatación, en donde el avestruz tirando de un coche, el elefante y el dromedario que se dejan montar, los borriquillos enganchados a la Dumont y en fin, el *aquarium*, hacen las delicias de los bebés de dos a diez años.

En cuando al *Jardin de Plantes...* rogad por su alma. Es sin embargo un paseo que merecería mejor suerte; tiene una preciosa *serre*, con una ninfea gigantesca, curiosísima; pero es un desierto siempre, excepto algún domingo en que los obreros y lavanderas se divierten en dar a los monos, faisanes, etc., pan y avellanas que estos se apresuran a devorar.

Hay todavía las *Buttes-Chaumont...* Recomendando al viajero observador que las visite un domingo y se hallará en una plena fiesta de obreros, con singulares accesorios.

Retratos en fotografía a 50 céntimos (dos reales) de primera prueba; copas de merengue a 10 céntimos (dos cuartos), teatro a 15 céntimos la entrada, en el cual se representa de un

modo tan primitivo, que supera a todas las anécdotas que se refieren en España acerca de las funciones de aficionados, tíovivos, baile, prestidigitación, columpios, juegos de bolos, rompecabezas, loterías... todo lo hay allí, y a tales precios, que el que gaste una peseta pasa por un Rotschild de incógnito.

Las *Buttes-Chaumont* son un precioso paseo, dispuesto con una inteligencia y un gusto especiales, y desde su *belvedere* se domina un extenso panorama. El emplazamiento de este *belvedere* ocupábanlo antes las famosas horcas patibularias (el *gibet* Montfaucon).

Mentira me parecía ver a toda aquella gente de blusa, que se divertían como niños. y decirme: «¡Sin embargo, estos han sido los que con la tea en una mano, el puñal en la otra, han hecho de París un montón de ruinas!» La misma impresión me ha producido la vista de una de las más curiosas costumbres que conserva París.

Esta es la feria de los jamones y pan de especias.

Los cuatro días de Semana Santa —lunes, martes, miércoles y jueves— como para insultar a la cocina de los que ayunan y comen de pescado, tiene lugar desde tiempo inmemorial una feria a la cual todo el mundo conocido envía sus salazones y sus embutidos. Pirámides de jamones, avalanchas de salchichones, montañas de longanizas y morcillas se ostentan en una cantidad infinita de barraquillas improvisadas al efecto, desde la Plaza de la Bastilla al *Boulevard* Voltaire. Nada más pacíficamente epicúreo que aquella exhibición apetitosa, al través de la cual circulan millares de amas de casa con su cestito bien reforzado, llevando de la mano robustos chiquillos que se entretienen en devorar un zoquete de pan de especias. Para que se juzgue de las proporciones gigantescas de este mercado, baste saber que solo el departamento de la Meuse (Francia) envió 43.860 kilogramos de salazón.

Y no se crea que solo se venden allí jamones: allí se vende de todo: el sucio limo de París hace allí remanso y deposita sus más fangosos residuos: hay una mezcla singularísima de lujo y miseria, de antigüedad y novedad; hay camisas sucias guarnecidas de ricos encajes; una escultura Edad Media se tropieza con unos zapatos modernos que valen tres francos; véndense rimeros de platos diferentes todos, desde el plato de Sévres blasonado hasta la pobre escudilla de barro; en fin, aquello es un *charivari*, un galimatías, aumentado por las voces de los titiriteros, sacamuelas al aire libre vestidos de oropel, enseñadores de fenómenos, etc, etc.

La multitud se arremolinaba sobre todo (preciso es que el carácter galo enseñe la punta de la oreja) en torno de dos barracas de vendedores de salchichón; una de ellas tenía una gran bandera tricolor, y escrito debajo *Notre drapeau quand même - Alsace Lorraine*. (Nuestra bandera a pesar de todo - Alsacia Lorena). La otra ostentaba un cartelón en donde se leía *Metz*, y alrededor un crespón negro: debajo en gruesas letras añadía «Fulano de tal, salchichero en Metz se ha trasladado a Lyon desde la anexión».

Este patriotismo puesto al servicio de los jamones no dejó de hacerme gracia, y me recordó un tanto aquel epitafio famoso:

Aquí yace la Sra. de...

Su afligido esposo es quien la dedica

este recuerdo, y ofrece al público

mausoleos iguales a precios reducidos

calle de... N.º...

Hay otra costumbre curiosa: la de la reina de las lavanderas. El día de la *micarême* (mitad de la Cuaresma) es el verdadero Carnaval en París, y las lavanderas del Sena, ilustre y numerosa corporación, eligen una reina entre sí. Ignoro si es la belleza quien preside a esta elección: solo sé que Su Majestad lavanderil de este año era una hermosa muchacha rubia. Elegida la reina, se disfrazan las súbditas, y en grandes coches adornados se van a pasear por los boulevares. A la noche reúnelas un banquete, en que la *monarca* brinda y bebe como una simple... lavandera.

Los huevos de Pascua son aún una costumbre parisiense *sui generis*. El domingo de Resurrección los padres, padrinos, maridos y hermanos ofrecen a sus hijas, ahijadas, mujeres y hermanas un huevo. Estos huevos varían desde el huevecillo de dulce que cuesta 6 o 8 cuartos hasta el huevo de oro conteniendo unos solitarios de brillantes valor de 50.000 francos o más. Hay huevos de chocolate con sorpresas dentro, hay huevos-cisnes, huevos-ángeles, huevos de todas formas y clases. Los confiteros agotan toda su arte en hacer de cada huevo una primorosa cajita de dulce.

El domingo de ramos he observado la costumbre —que también Madrid sigue— de los ramos, pero aquí en vez de palmas es boj bendito lo que venden en las iglesias. Todo el mundo lo compra, y hasta los caballos de los carruajes llevan uno a guisa de penacho.

Al enumerar las iglesias notables he suprimido a propósito una que es sin embargo tal vez la más notable de París: pero no quería colocarla al lado de las antiguas basílicas que forman con ella un perfecto contraste.

Hablo de los Inválidos, en donde está la tumba de Napoleón.

¡La tumba de Napoleón! ¡tantos recuerdos en tan poco sitio! ¡tanta ambición encerrada en un tumba! Verdad es que si Santa Elena fue el Cáucaso, los Inválidos son una apoteosis.

El arquitecto que ha construido los Inválidos (es decir, en la parte nueva) era algo más que un artista: era un poeta que trataba de herir la imaginación. En efecto, la dorada cúpula parece decir desde lejos: «Venid a admirar la gloria. Yo soy la fama que deslumbra». El grandioso pórtico añade: «La grandeza está aquí». Y luego el altar, el elegantísimo altar, que parece de fuego con la luz que los rosados cristales le comunican, añade: «Y aquí también la inmortalidad». Pero bajamos la vista y vemos el soberbio túmulo de rojo mármol, y él nos dice que la gloria del hombre está bajo la mano de la muerte. Y las estatuas que en círculo y en doliente actitud le miran, parecen añadir con voz de lágrimas: «¡Las glorias se han huido y solo queda la expiación, el destierro, el martirio!»

¡Oh héroe!, duerme en paz, y déjame saborear aquí el orgulloso pensamiento de que fue mi patria la que detuvo tu triunfal carrera<sup>69</sup>.

Como si el mudo cenotafio quisiera responder a mis sueños, dejóse oír una música misteriosa, velada, inexplicable, pues no se veía ni el sitio de dónde provenía ni la mano que la arrancaba a las teclas del órgano. Era un encanto indefinible; a veces se diría que brotaba de la tumba misma: otras veces sus apagadas armonías morían en la alta bóveda; era casi sobrenatural. Al visitar después los Inválidos supe de dónde provenía la música. Era el órgano de la iglesia contigua cuyos sonidos al través de la pared llegaban a la otra iglesia; pues son dos iglesias gemelas y unidas.

Desde que la primavera envió a París su primer sonrisa, pudimos pensar en visitar Versalles, Saint Cloud y Saint Denis, tres excursiones exteriores que piden buen tiempo y renacimiento de la naturaleza, porque los árboles despojados de hoja no aumentan gran cosa el atractivo del campo.

Y ya que de estaciones hablo, señalaré de paso que como este invierno ha sido tan benigno, no he podido satisfacer el deseo que tenía de ver patinar en el Bois de Boulogne.

No ha helado casi, y el agua no se ha solidificado. Desgracia para el club de los patinadores y para mí que quería verles medir el hielo, fortuna para los que tienen asma y también para los pobres saboyanitos.

Estos hijos de las montañas enviados aquí a París solitos y casi desnudos a ganarse su pan limpiando chimeneas, me dan una lástima inexplicable. Una de las noches más frías del invierno salía yo de un restaurant y vi a uno de ellos acurrucado en el suelo con el rostro pegado al agujero de la ventana de la cocina (las cocinas de los restaurantes son todas subterráneas). El niño se calentaba al espeso vaho que salía por la reja, y mordiscaba un trozo de pan.

Le toqué en el hombro y le alargué una moneda.

—*Grazie*, me dijo volviendo hacia mí su cara risueña en que brillaban dos hermosos ojos negros y una dentadura de marfil.

¿En qué pensaría? ¿En la choza de sus padres? ¿en el valle natal? no lo sé: lo cierto que es que el *petit ramoneur* sonreía. Muchos saboyanitos, en vez de limpiar chimeneas, andan en pequeñas orquestas de cuatro o cinco, tocando lo que Dios quiera, y comiendo y durmiendo en lo que Dios da.

Pero creo que hablaba de primavera; en efecto era un hermoso día, templado y un tanto nublado, el que nos tocó de ir a Versalles, y así fue que visitamos la residencia de Luis XIV sin fatigarnos mucho.

Sin que en ello medie la parcialidad nacional, aseguro que Aranjuez o el Escorial son mucho más interesantes que el tan famoso Versalles.

El Trianon —que fuera residencia favorita de María Antonieta— tiene mérito porque en él aquella reina original y artística rompió abiertamente con el gusto de su época y las tradiciones de Le Nôtre, y creó un jardín inglés que aún hoy puede servir de modelo en su género. En sus frescos bosquecillos, en su coquetona lechería y su pintoresca aldea suiza, pasaban la reina y sus damas, vestidas de percal, con sombreros de paja y flores, horas de abandono encantador que mil veces debió recordar la desgraciada esposa de Luis XVI en su sombrío calabozo de la Conserjería.

Versalles es grandioso, severo, imponentemente recto y metódico, con grandes bojes, fuentes monumentales, en fin, la ceremoniosa etiqueta de la corte de Luis XIV, transportada a un jardín, Ni más ni menos. Su museo contiene algunos magníficos cuadros debidos a Vernet y David. Este museo no está dedicado más que a perpetuar los grandes hechos históricos de Francia, y solo figuran en él las estatuas, bustos y retratos de los héroes y grandes hombres: ¿por qué España, que tiene tan fecundo campo para elegir, no crea un museo de este género?

En el Trianon se conservan las habitaciones de Napoleón I, su sala de baño y su dormitorio amueblados como él los tenía.

Saint Cloud no es más que un montón de ruinas. El palacio, ya mutilado durante la guerra por los disparos (los prusianos acamparon allí) terminó su carrera a manos de los comunistas, que hallaron sin duda que los soldados de Bismarck habían hecho mal en respetarlo.

En cuanto a Saint Denis, hartos sabido es que esta antiquísima basílica, que encerraba las tumbas de los reyes de Francia, fue profanada durante la revolución del 93 y arrojadas al viento las cenizas que los sarcófagos contenían, sin respetar ni aun al buen Enrique IV cuyo cadáver fue hallado intacto y conservado como si acabase de morir. Pero las tumbas se conservan, y las hay notabilísimas, entre otras la de Fredegunda, que es un mosaico en extremo curioso.

La primavera me proporcionó asistir en París a un espectáculo importado de Inglaterra: las corridas de caballos<sup>70</sup>.

La primer corrida de caballos —que es el Domingo de Pascua— es un pretexto para que las parisienses luzcan sus trajes de primavera y decidan de la moda que ha de regir en toda la estación.

Son también un pretexto para el juego de azar más arriesgado e inmoral que he presenciado: las apuestas.

Y son un pretexto para que los fabricantes de coches exhiban trenes magníficos y hallen compradores.

No se ven más aquí y allí que mujeres vestidas, como dicen aquí, de un modo *impossible*, jóvenes del gran mundo que hacen profesión de una gran afición a caballos (aunque en realidad no la tengan) y especuladores de apuestas que apuntan ansiosamente los incidentes de la corrida y los batacazos de que dan los *jockeys*.

Tres vueltas alrededor del hipódromo es lo prescrito: a la tercera, el que llega primero gana. Estas tres vueltas duran apenas diez minutos: al concluir el caballo está blanco como la nieve, y el *jockey*, si no ha medido la arena, yace moribundo de fatiga, y el sudor ha atravesado hasta su chaquetilla de raso de abigarrados colores.

La apuesta a favor de *Étoile* o de *Brandbury* está ganada, y aquella noche en el club, el feliz dueño del caballo vencedor recibe las felicitaciones de todos los *sportmen* (aficionados a caballos).

Tendría que ocupar muchas resmas de papel y en consecuencia pasar del límite de estos apuntes, si fuese a transcribir todo lo que he visto, observado y recorrido en París. He hecho la vida del *tourista*<sup>71</sup> completa: he comido en el café Inglés (el non plus ultra culinario de París) y en alguna *brasserie* de quinto orden; he recorrido la ciudad a pie, el Bois de Boulogne en coche, el río en vapor; he frecuentado los *lujosos* barrios centrales y los pobres barrios exteriores; he estado en los bailes y en la Morgue; en fin he aprovechado el tiempo y sería nunca acabar querer trasladar aquí todas mis impresiones.

Bien se comprende que durante estos tres meses pasados en la gran capital, mis ojos estaban siempre ansiosamente fijos en mi *amada* patria, en la cual se pasaban graves acontecimientos a la sazón. Don Amadeo de Saboya había abdicado, abandonado un trono hartos combatido y hartos ajeno a las simpatías españolas: y este acto de verdadera dignidad me hizo leer con interés los detalles de su partida que los periódicos traían aquellos días. El duque de Aosta dejó su efímero cetro y partió al otro día, muy temprano, llevándose a su pobre mujer recién parida y anegada en lágrimas, en una silla de manos hasta el tren.

Al cruzar los umbrales del palacio, el pecho de la princesa de la Cisterna se desahogó en un sollozo, diciendo: «¡Gracias a Dios! al fin vamos a estar tranquilos!»

Pocos o ninguno de sus improvisados cortesanos acompañó hasta el tren a la familia que partía: ¿de qué servía en efecto a aquellos monárquicos de ocasión el rey que habían hecho y que no quería serlo? Desde que no podía servirles de mampara para sus odiosas cábalas y sus planes de ambición, ¿qué les importaba haberle aclamado? No, no, Don Amadeo ha abdicado, viva el sol que nace, viva la república.

En efecto, la república se ha proclamado<sup>72</sup> y aunque parezca imposible, España está entregada a los horrores de una anarquía mayor aún que antes. Lo malo es susceptible siempre de aumento: felizmente, también aumentan las tropas reales, única esperanza de los buenos; y las tomas de Ripoll y Berga hacen latir de entusiasmo los corazones españoles<sup>73</sup>.

Don Alfonso de Borbón, hermano del rey, manda las tropas de Cataluña, y a su lado, ángel protector de los heridos, marcha su bella, joven y heroica mujer, Doña María de las Nieves, tipo que la historia, la novela, la leyenda inmortalizarán un día.

Fácil es comprender el afán con que leemos y esperamos las noticias. Las tenemos muy exactas por el *Univers*, periódico legitimista francés, cuyos artículos acerca de España escribe un distinguido literato que tiene el talento de ser al tiempo un hombre muy amable, el Conde de A\*\* V, con cuya amistad me honro<sup>74</sup>. En su casa he pasado momentos muy agradables; centro semi-español, semi-francés, legitimista, elegante y artístico, iluminado por la presencia y la amabilidad de la Condesa de A. V. que es una francesa, española de adopción; esta casa aunque privada este año de dar sus brillantes *soirées* por los acontecimientos de España era el lugar de reposo de mi vida agitada de París. ¿Qué mayor reposo para *el viajero* que hallar fisonomías amigas, oír hablar en español, cantar canciones españolas y en fin cortar ese aislamiento que constituye el gran mal de los viajes?

Una de estas noches me fue presentado un mejicano, cuya conversación escogida me agradó en extremo. Me habló de literatura, felicitándome en lisonjeras frases por unos versos que yo acababa de leer dedicados a Su Majestad el Rey don Carlos<sup>75</sup> y que él había escuchado con visible placer. Me dijo que pronto iría a España, y que tal vez pasase por mi país; y yo le hice con la simpatía más sincera mil ofertas para entonces, rogándole que en ese caso no omitiese el visitarme. Estrechóme la mano entre las suyas un largo rato al despedirse, y se fue.

Pocos días después me dijo la Condesa:

—¿Qué le ha parecido a usted del mejicano de la otra noche?

—Seguramente que una persona muy amable, respondí sin saber a dónde quería ir a parar.

—Pues es el padre del Rey, me respondió riendo de muy buena gana.

Júzguese de mi sorpresa. Así pues, el caballero mejicano de palabra lenta, mirada dulce y modales de exquisita distinción con quien había hablado tan mano a mano, ¡era el hijo de Carlos V, el hermano de Carlos VI, el padre de Carlos VII! ¡Y yo le había preguntado en el curso de la conversación si era carlista!

—Don Juan de Borbón, añadió la Condesa, se ha complacido en extremo con este incidente, y me ha encargado de decir a usted que se lleva sus versos guardados, y que siente en extremo no poder estar detrás de una cortina viendo el efecto que le ha hecho a usted esta revelación<sup>76</sup>.

El tiempo que se ha puesto inmejorable nos invita ya a dejar a París, su polvo y su calor, y trocarlo por la pintoresca Suiza en donde nos espera la alta honra de visitar a Su Majestad la Reina.

Al tratar de dejar la gran capital no puedo resistir el deseo de hacer un corto análisis de su fisonomía moral, como he hecho un boceto de la física.

Ante todo, dirá el pensador, ¿qué efecto han producido en París las últimas catástrofes, la guerra y la *Commune*?

La impresión producida por los males de la patria da la medida del valor moral de los pueblos: yo podré asegurar que Francia no me ha parecido demasiado impresionada, aunque canta sus *malheurs* como ellos dicen en todos los tonos y sobre todas las escalas posibles. Pululan en las tiendas los bustos de la Alsacia y de la Lorena, representadas con un águila prusiana que le desgarran las entrañas: millares de fotografías en que la Alsacia, bajo la forma de una hermosa joven, se despide de la Francia, y alhajas, brazaletes, alfileres, pendientes, simbólicos, con los colores de Alsacia y Lorena, se ven por do quiera: en fin, revancha hartamente inocente, una lámina en que Guillermo de Alemania aparece rodeado de espectros y aterrado<sup>77</sup> por los remordimientos, se ostenta con profusión. En los cafés cantantes, es verdad, se oyen mil canciones recordando las antiguas glorias francesas y animando a la juventud al combate bajo el *drapeau de la République*: y si se pregunta a unos, dicen que la culpa de todo la tuvo *Napoleon le petit*, y otros que todo se debió a los *misérables communards*. ¿Qué hay debajo de esta espuma? tal vez lo comprendamos meditando este relato, que debo a un amigo, de la entrada de los prusianos en París.

—La mañana de aquel día, nos dijo, los franceses habían acumulado obstáculos debajo del arco del Triunfo, a fin de que los prusianos no pudiesen pasar por allí. Estos torcieron tranquilamente por los lados sin alterar su formación, y entraron. No he visto nada más brillante que aquel ejército. Rubios, altos, gallardos, con el uniforme de una limpieza y elegancia exquisita, como si en vez de haber pasado cuatro meses de fatigas, viniesen de su casa a una revista, cada coronel con su *groom* de librea detrás, con el brillo de sus cascos y su formación correcta, presentaban un golpe de vista sorprendente. Traían matemáticamente calculado su alojamiento; y con una rapidez mágica, se distribuyeron cada regimiento en el barrio que le correspondía. Media hora después, todos habían dejado en las casas sus sables y sus fusiles y con las manos en los bolsillos se paseaban al través de París.

Las dos primeras horas la ciudad vencida guardó una digna actitud: las tiendas estaban cerradas, las calles desiertas; todo en silencio. Pero a las tres horas París se cansó de mentir a su carácter, y comenzaron a asomar tímidamente algunas cabezas, luego más, luego se abrieron las tiendas, y a la noche los prusianos comían en los restaurantes y aun tal vez sonreían a algún lindo palmito a quien el patriotismo no impedía mirarles con curiosidad. París había recobrado toda su animación»<sup>78</sup>.

¿Qué pensar? ¿Deberé creer que la Francia ha muerto, que la primera nación latina no existe ya? Analicemos siempre para hallar la verdad.

Francia se divide en tres categorías muy marcadas y perfectamente señaladas: la nobleza, legitimista; la *bourgeoisie*, orleanista o napoleónica; los obreros, republicanos. La desgracia inmensa de la Francia es que la segunda predomina<sup>79</sup>.

A la nobleza no hay frases bastantes para alabarla: digna en su actitud cual no otra, desde que no ha podido servir al lado de su legítimo Rey, se ha suicidado, retirándose del movimiento social, pero ha salvado su honor intacto y sus inmaculadas creencias. Lejos de aceptar, como la española, un rey sin derechos ni origen a trueque de poder seguir hollando las alfombras de un palacio, ha preferido adoptar la antigua y magnífica frase de Francisco I: *Tout est perdu, fors l'honneur*.

La clase obrera —el verdadero pueblo— es en Francia como en todas partes un niño grande con pasiones de hombre y corazón a veces de ángel. En él está la escoria y el oro, la nieve y la lava, la abyección y la grandeza. Extraviado hoy por un fanático o un infame, será mañana redimido por un apóstol o un mártir. Bien y sanamente guiado, sería la esperanza de su patria: hoy está en mal camino y caerá tal vez en el precipicio.

¡Pero la *bourgeoisie*! ¡la clase media! «He ahí el abismo», diría Alejandro Dumas. «He ahí el lodo», digo yo. Clase egoísta, sin energía para el mal, sin fuerza ni voluntad para el bien, atendida a sus comodidades y capaz de prender fuego a una casa para calentarse las manos, he ahí a la clase que domina en Francia, he ahí el gusano que roe sordamente su corazón, he ahí la lima que poco a poco desgasta el bronce para descubrir el barro.

¡Que Francia pierde cientos de miles de hombres! ¡que el extranjero allana sus fronteras!,

—Salvemos nuestros intereses, se dicen ellos, pongámonos a cubierto.

¡Que París cae en manos de los prusianos!,

—Buena ocasión de venderles a veinte los que vale cinco. Salgamos a recibirles.

¡Que la *Commune* ha reducido a cenizas la mitad de París!,

—Tratemos de huir, no presentemos los pechos a las balas enemigas ni al desbordamiento socialista. ¡Esto pasará!

¡Que se ha perdido la Alsacia y la Lorena!,

—Buena ocasión de vender muñecas en traje alsaciano y fotografías y vistas de Metz, Estrasburgo, etc.

Esto no impide que esta gente profese horror al nombre de *communard* y ame profundamente la paz, el orden, y otras muchas cosas, platónicamente por supuesto; que eso de dar un paso por conseguirlas, ya es mucho.

Y son orleanistas.

Su cálculo es el siguiente:

—Si el conde de Chambord viniese a reinar, restablecería las antiguas costumbres y el antiguo estado de cosas y todos esos gentiles hombres cubiertos de pergaminos vendrían a ocupar los primeros puestos. Adiós nuestras probabilidades de llegar a diputados, senadores, prefectos, alcaldes; adiós nuestras contratas pingües, nuestros mangoneos electorales, nuestro aire de importancia nuestro pequeño *ruban rouge* (condecoración). Si, por el contrario, son los rojos los que tienen la sartén por el mango, la cosa será más breve; no nos despojarán solo de los honores, sino de la hacienda y de la vida. No, no; un príncipe popular, injerto en tronco real, y con un pie en lo pasado y otro en el porvenir, es nuestro negocio; un príncipe que a falta de nobleza para rodearlo se constituya una postiza creándonos condes y barones, y que, teniendo bonitos saraos en las Tullerías en los cuales nuestras mujeres puedan lucir sus trajes, haga flotar de vez en cuando la



bandera tricolor para satisfacción del imbécil pueblo, ese debe ser nuestro bello ideal. ¡Viva pues el justo medio!

Ahora bien: Francia es por excelencia el pueblo de las fortunas medianas, y esta clase llena de *abnegación* predomina. ¿Qué tiene de extraño que de un compuesto de dos metales preciosos, pero escasos, y de mucho cobre, resulte una moneda falsa, y que en Francia esta moneda falsa sea el patriotismo, el odio al extranjero, la energía que levanta el ánimo, la fuerza que venga la afrenta?

Los prusianos, fríos y duros como el acero, han impreso su pie en la frente de París. No han devastado tanto como se dice: en Montreuil una mujer aseguró que su jardín había sido quemado por los mismos milites franceses. Pero la figura de Federico Guillermo y de Bismarck, arrancando dos provincias a una nación y enseguida persiguiendo en ellas el catolicismo, es odiosa, y subleva mi ánimo y todas las convicciones de mi alma. Esta persecución se ha hecho extensiva a toda Alemania, y es una declaración de guerra cuyo guante recogemos todos los católicos, encargando al torrente de las revoluciones devolverlo al triunfante emperador. Sí, este guante en mal hora arrojado, yo le aseguro a Guillermo que se lo entregarán a su hija el incendio, la matanza, la sublevación y tal vez el regicidio; y que entonces se verá forzado a decir, a ejemplo de Domiciano:

—Estos cristianos son en verdad mis mejores vasallos.

¡Oh Francia! ¡No caerá de tus ojos la venda con este último y rudo golpe! ¡No verás el abismo, no verás la salvación! Esta bandera católica, este grande emblema de las razas latinas que Prusia tu enemiga pisotea bajo sus pies ¿no lo recogerá tu mano para blandirlo triunfante? Entonces serías mi hermana, la hermana de mi España; pero si no lo haces, si continúas en la senda que has emprendido, ¡teme, teme, que llegado el día de la expiación, el caballo de Atila imprima sus cascos en tu seno, y entonces... no volverá a crecer la yerba!

## *Salida de París. ~ Ginebra*

Las últimas casas de París se pierden en la bruma vespertina, y el tren *express* que nos conduce a Suiza corre como una culebra de hierro, al través de los campos.

¡Oh singularidad del corazón humano! Sedientos hace tres meses de conocer a París, hoy París es para nosotros harto familiar y el punto luminoso en nuestro horizonte es Ginebra.

El camino que atravesamos no tiene nada de pintoresco. Son grandes llanuras cultivadas, bastante monótonas; hasta que llegemos a Borgoña el paisaje no comenzará a accidentarse y entonces será de noche.

Sin embargo, este aire puro que penetra por las ventanillas parece refrigerar la mente, fatigada del bullicio parisiense. Aunque se sea aficionado a la multitud, hay momentos —todo el mundo los tiene— en que la calma, el silencio, una poca pureza en la atmósfera, hacen mucho bien. El espíritu se convierte en habitante de regiones en que la paz es el supremo deseo. Los hermosos versos de Fray Luis de León, el poeta de la serenidad, acuden a la memoria:

¡Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido  
y sigue la escondida  
senda, por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Borgoña y sus *vignobles* no pueden verse con la luz del farol del tren; y a no ser por la charla *espiritual* de un joven francés que nos acompañaba, hubiese buscado la más profunda de las calmas, fuera de la muerte; la del sueño.

La noche se pasó, y después —naturalmente— el alba abrió con sus rosados dedos las puertas del sol, y como en un cosmorama a una vista de ciudad sucede otra de país nevado, así a nuestros ojos, saciados de la vista de la gran capital, se ofrecieron erguidas las blancas crestas de las ramificaciones del Crédo<sup>80</sup>.

¡Qué cambio! Hemos dejado atrás Francia y los chalets suizos esmaltan el paisaje; la bandera de la federación helvética, roja con una cruz blanca, flota en las estaciones y a nuestra derecha el Ródano hace correr sus dormidas aguas.

He aquí en fin un río que no está encajonado, violentado, como los ríos franceses; su libre curso, sus márgenes accidentadas le dan el aspecto de un Señor y no el de un pobre prisionero.

Entramos en Ginebra lloviendo; nada más melancólico que su aspecto; ahora creo que echo de menos un adarme de *boulevard* de los Italianos.

No quiero ni aún mirar el lago. Para agua me basta con la que llueve; apenas instalados en el hotel de la Metropole, y hecha una poca *toilette*, tomamos un coche y nos hacemos conducir al *Bocage*, a la quinta que Doña Margarita de Borbón y Borbón, esposa de Don Carlos habita hace cerca de dos años y medio.

Las circunstancias críticas que nuestra patria atraviesa, reconcentrando la atención sobre Don Carlos, le han apartado un poco de su augusta esposa, que con sus tres hijos de corta edad ha permanecido en Suiza. Pero hace tres o cuatro años, cuando aún no había sonado la hora de la lucha, se hablaba mucho en España de ella, y entre los apasionados elogios de sus partidarios, no había ni una sola voz que arrastrada por la pasión política o por interesadas miras se atreviese a ofenderla.

La reputación de su talento, de su virtud, de su bondad, nos habían inspirado —de larga fecha— el deseo de verla y de poner sus pies el más respetuoso de los homenajes. «No es posible dar —nos había dicho en París uno de los más fieles y dignos legitimistas españoles, el conde de C. F.<sup>81</sup>— figurarse una persona de más mérito y de menos pretensiones que la Reina. Ella recibía, por las mañanas, el correo que leía y extractaba con una rapidez que hubiera hecho honor a un hombre de Estado. Con la misma apuntaba las respuestas que era preciso dar a todas aquellas cartas, cuyo número rara vez bajaba de 24 o 25, y cuyo asunto era siempre de interés. Este cuidado no la impedía ocuparse de sus hijos, de su marido, de su casa, y aún de pasear y de practicar sus devociones y recibir en audiencia a los infinitos españoles y extranjeros que solicitaban este honor. Si su talento y orden le servían para arreglar su interior, en cambio su caridad comprometía frecuentemente su bolsa; y los emigrados y españoles pobres podrán decir cuál fue la mano que secretamente y sacrificando tal vez mil placeres enjugaba sus lágrimas y aliviaba su situación».

Mientras el pintoresco camino del *Bocage*, verde como la esperanza, y cubierto de apretados árboles huía ante nosotros, yo pensaba en todo esto.

La casa de campo de la reina está sobre la orilla izquierda del lago; no es enormemente grande, pero es desahogada, cómoda y admirablemente situada, con vistas a todo el lago, a Mont Blanc, a Ginebra. Un bonito parque, trazado a la inglesa, con grandes canastillas de yerba y caprichosos senderos, proporciona a los tres augustos niños el más higiénico de los recreos, el de jugar con libertad a la fresca sombra de sus árboles.

Reina la sencillez en todo esto: las *glycinias* se enlazan a las paredes de la casa; una pequeña *serre* le guarnece de flores; y el gabinete en que nos han introducido para esperar a la dama de honor que debe conseguirnos la audiencia, está vestido de persia floreada, y ostenta como único lujo un retrato del Santo Padre, con dedicatoria autógrafa, y otro de la infanta Doña Blanca, con un ramo de flores en su regazo.

La joven Condesa de J. —la Dama de honor— no tardó en presentarse, y en decirnos que, si teníamos prisa, Su Majestad nos daría aquel mismo día la audiencia tan deseada. Pero como nuestra *toilette* no era de etiqueta y como además nuestro tiempo en Ginebra no estaba tasado, suplicamos que se dignase aplazarla, y nos citamos para el día siguiente a la una.

Volvemos a Ginebra, y como sigue lloviendo con una constancia digna de mejor causa, creemos oportuno renunciar a pasearnos y decidimos bajar al salón de conversación.

Nuestro hotel que es el mejor de Ginebra, está lleno, como el vino nuevo de mosquitos, de ingleses de todas las formas y colores. El inglés es una de las curiosidades que se encuentran en viaje. El inglés nace con vocación de viajar: ¿por qué? Ni él mismo lo sabe. Viaja porque viajan los demás ingleses, y porque un inglés que no viaja no es inglés. Con la guía en la mano marca con una raya los sitios por que va pasando; cuando la guía se asemeja a un pentagrama, el inglés comprende que puede reposar, y se vuelve a sus nieblas, a su carbón de piedra y a sus *beefsteaks*.

Y no se crea que en Inglaterra el privilegio de los viajes pertenece solo a las personas útiles, a los jóvenes, a los recién casados. ¡Ca! Nada menos que eso. Los ingleses viajan como las golondrinas, por bandadas, de las cuales no se excluyen ni a las viejas anidadoras ni a los aún implumes polluelos. A mi lado tengo una familia compuesta de nueve individuos: el padre, la madre, un cuñado, una tía, tres jovencitas y dos niños de cinco a siete años. Mientras repasa distraídamente el «Fígaro», el padre lee el «Times», el cuñado mamá y tía hablan entre sí, una de las *young ladies* toca el piano, otras dos calcetan, y las criaturitas se divierten en enterarse de unas vistas del Mont Blanc y Chamonix.

Y todos viajan.

¡Yo que conozco las cuentas que os ponen los hoteles ¡oh míseros viandantes! siento un estremecimiento en el bolsillo al pensar en la nota multiplicada por nueve que va a tener que pagar esta feliz familia!

Porque los hoteles franceses y suizos —que son modelos en este género— poseen a fondo el arte de hacer que muchas partidas pequeñas compongan un total enorme. Cuando entráis os dicen: «¡Oh! el precio será moderado; tanto por el cuarto, tanto por la comida...» Pero llegado el momento de presentar la *petite facture*, ¡prevení! Os han garrapateado de antemano, con una letra infernal, casi en jeroglíficos, mil menudencias que duplican perfectamente el gasto. «Tanto de servicio, tanto de bujía, tanto de timbre,

tanto cuanto de vino, de comisión, etc., etc.» No extrañaré que un día me apunten: «Por la sonrisa amable del portero, dos francos; y tres ídem por el perfume de las flores del vestíbulo».

Sin embargo de todo esto, los ingleses solo acaban un viaje para empezar otro. Y viajan sin alterar sus costumbres. A ciertas horas, se permiten emociones de cierto género: admirar la cresta nevada del Mont Blanc, ver la salida del sol en el lago, etc.; ¡pero cuando las horas sagradas de la comida han sonado, no contéis con el inglés! Está cumpliendo un deber.

El cuarto contiguo al nuestro lo ocupa un matrimonio pura raza: cuello largo, patillas color canela, lente en un solo ojo sostenido por un movimiento nervioso, en el marido; nariz de cuchillo, pelo color de aceituna, pie de pirámide de Egipto, en la mujer. A las nueve de la mañana ya oigo el ruido de los platos; es el desayuno que les traen. A las doce les veo, limpios como la plata, atacando un trozo de carne fría con manteca y cerveza negra. A las tres un té con *sandwichs* les vuelve las fuerzas, y a las seis una comida de siete platos y cinco postres les permite esperar con paciencia el día siguiente.

Mi vecina en la mesa es una joven lady, de ojos más azules que los *myosotis* silvestres, blanca como las nubecillas del verano, rubia como las espigas maduras. Esta vaporosa criatura ha hecho desaparecer en seis minutos media libra de *roast beef*, sin perder su aire lánguido ni interrumpir las ojeadas melancólicas que cambia con un joven pastor protestante colocado frente a ella.

Este idilio sazonado de mostaza y *purée* de patatas me entretiene.

Hoy, domingo, oída una misa cuya especial unción y fervor me han agradado muchísimo, entrábamos a la una en el patio que precede a la casa de Su Majestad la Reina. No esperamos ni un segundo. La Condesa J. nos abrió enseguida la puerta del gran salón, y un momento después nuestros labios imprimían en la mano de la augusta Señora un beso bien ajeno a la etiqueta cortesana.

La Reina, que nos hizo enseguida sentar a su lado, podrá tener de veinticuatro a veinticinco años, y sería difícil hallar una fisonomía más expresiva ni un cuerpo y un modo de andar más nobles. Sus ojos azules, penetrantes, no guardan mucho tiempo el mismo aspecto; sucesivamente reflejan la inteligencia, la dulzura, la sorpresa, el enternecimiento, y a veces la curiosidad y el *petit grain de malice* que acompaña a toda mujer de talento.

Su traje en extremo sencillo de adornos era de terciopelo negro y azul guarnecido de ricas pieles, y su peinado se reducía a sus rubios cabellos encerrados en una redecilla algo espesa. Una flor de lis cerraba sus puños de tela blanca.

Después de varias preguntas bondadosas, nos dio el placer de hacer venir al principito de Asturias y la Infanta doña Blanca. El príncipe es una criatura hermosa y robusta, inteligente en la fisonomía y en la mirada.

Al saber que éramos españoles, su primera idea, lo mismo que la de la infanta Blanca, preciosa niña de cuatro años de morena tez y encantadores ojos azul oscuro, fue decirnos que se querían venir a España. No necesité más que la media hora que duró aquella audiencia para convencerme de dos cosas; de que la reina era, como yo me figuraba, una mujer inteligente y profunda bajo apariencias joviales, sencillas, casi infantiles, y de que sus hijos reciben una educación ajena por completo a palaciegas preocupaciones, sólida, modesta y cristiana.

Después de haber deseado y oído leer las poesías que les había dedicado<sup>82</sup> y de invitarnos a comer para de allí a unos días, la Reina se despidió y se fue a recibir el correo, y nosotros nos volvimos a Ginebra más enamorados de ella que antes, y llenos de alegría por haberla conocido.

Eran las dos, el tiempo se había serenado un tanto, y era preciso hacer profesión de viajeros, enterándonos de lo que Ginebra encierra.

Ginebra tiene una catedral, ¡ay!, una hermosa catedral que las guerras de religión han dejado en poder de los calvinistas. Aún se ven en sus viejos muros las llaves de San Pedro, y en su interior el santuario vacío, conforme a la bárbara sencillez del culto protestante, atestigua la falta del que un día ocupó sus profanadas aras.

Allí yace sepultado el padre de Madame de Maintenon, Agripa de Aubigné; allí también reposa en un sepulcro de mármol negro, con su armadura encima colocada, el duque de Rohan, jefe de los protestantes franceses.

Enseñáronnos con gran respeto la silla de Calvino, invitándonos a sentarnos en ella, acto de devoción que dicen practican todas las *ladies*, pero que yo juzgué oportuno omitir, no considerando que Calvino pudiera pegarme otra cosa más que su incredulidad acerba.

El Hôtel de Ville (casa de ayuntamiento de Ginebra) nos demostró que se puede subir en coche a un cuarto piso. Su escalera, hecha sin escalones, es curiosísima; son todos planos inclinados, muy suaves, de piedra, y suben a toda su altura.

En cuanto a museos y artes, el museo público de Ginebra vale poco, pero es bastante buena la colección artística del marqués Gustavo Revilliod, que tiene una deliciosa *madonna* de Rafael, proviniendo del Museo Campania. Es lástima que una persona de tan buen gusto como M. de Revilliod atribuya de buena fe a Velázquez cierto cuadro muy lamido y pobre en pasta que tiene.

Cerca del Hôtel de Ville guarda el ayuntamiento una rica colección de armas antiguas; cascos, corazas, pistolas incrustadas, estandartes de cuero, en fin el equipo de doscientos guerreros *moyen age*. La buena villa de Ginebra saca todos los años el polvo a esta vieja ferranchinería<sup>83</sup> el aniversario de la famosa hazaña de la Escalada, diez y siete jóvenes de disfrazan con aquellos arneses de guerra, y hacen una especie de procesión cívica, parodiando el hecho de armas con las mismas escalas que sirvieron a ejecutarla.

Ginebra es una villa de trabajo, y por consiguiente no es una villa de placer. Todos trabajan; la relojería, la joyería, los artísticos trabajos en madera, las cajas de música, las alhajas hechas con los metales y piedras del Mont Blanc, ocupan a toda aquella activa gente. El cristal de roca, el ágata, la amatista, la coralina toman entre las manos formas originales y graciosas. Cuando el extranjero ha comprado un reloj, un chalet que ejecuta un *valss*<sup>84</sup> de Strauss, una botonadura de lapislázuli; cuando se ha paseado por el lago Léman y ha visitado el plano en relieve del Mont Blanc, expuesto en el Jardín Público, ha cumplido su deber y se va.

En Ginebra hay plaza al sol para todos: los soldados franceses heridos, los refugiados políticos, los *communards*, se pasean por sus calles soñolientas. Al lado de las doradas perillas de la iglesia rusa, se ven las delgadas columnas de la sinagoga. Todo el mundo es aceptado, acogido, protegido, menos el católico.

Cuando el católico es extranjero, y paga, no niego que la libre Ginebra le toma su dinero sin gruñir: pero cuando es de la localidad, ¡horror! ¡un papista! ¡a él! Ni chanzas

groseras, ni vejaciones personales se le omiten; el suizo deja su carácter tranquilo y toma el aire de un perro dogo. El obispo católico de Ginebra, Monseñor Mermillod a cuya celosa propaganda se debe el que Ginebra cuente ya con 22.000 católicos, cuya cifra se aumenta cada día, fue desterrado recientemente, con desprecio de las convenciones federales, que prohíben que sin formación de causa se expulse a un ciudadano ginebrino. Al llegar a la frontera, el obispo se volvió a los que lo escoltaban, y con la sonrisa en los labios les dijo: «Decid al consejo federal, que por lo visto teme más al agua bendita que al petróleo».

En efecto, los petroleros franceses campan por su respeto reuniéndose en una *brasserie* en la cual despacha una *hija de la libertad* que suministraba en París el famoso petróleo. Al ver entrar a los consumidores,

—¿Qué queréis tomar, ciudadano?, les dice.

—Un *bock* de cerveza, respondéis, y os sentáis.

A poco veis entrar varios tipos de abollado sombrero y barba inextricable<sup>85</sup> que charlan con voz ronca sin dejar de vaciar un vaso de *absinthe*.

—Ese Rochefort es un asesino, dice uno; pues ¿no sabéis que ahora el miserable ha hecho la farsa de casarse con una *soi disante*?

—Siempre dije yo que Rochefort tenía algo, replica otro de ojos hundidos y nariz afilada, tocándose la frente.

—Es un infame, recarga uno de facha hercúlea; un legitimista, amigos y hermanos, ¡un legitimista!

Rochefort convertido en legitimista, tiene gracia, ¿verdad?

Hoy amanece con un hermosísimo sol, y creo que a la tarde podremos pasearnos por el lago.

En efecto, las nubes se han levantado, y el Léman brilla como un espejo.

¡Cuán hermosas son las aguas del Ródano! ¡Qué azul tan especial y único tienen! ¡Qué claras y transparentes, como un alma inocente que deja ver el fondo de sus sentimientos!

La falange de los sabios, que todo lo despedaza, ha dicho por boca de Sir Humphry Davy que el color y la transparencia de estas aguas, única tal vez en el mundo, es debido a la mucha iodina que contienen. Yo prefiero pensar que ante esta nieve inmaculada que nos cerca las aguas se han avergonzado y han dicho: «lucharemos y venceremos. Nuestro azul de cielo eclipsará esta blancura diáfana»<sup>86</sup>.

La barca que nos conduce, alejándose de la orilla, se desliza sobre la sábana de agua que los rayos del sol poniente matizan de fuego y oro. A nuestra izquierda, la villa Rotschild, el Bocage, y mil otras casas de campo se ocultan entre los árboles; enfrente Ginebra con sus plazas y jardines huye y se pierde; y a la derecha, las nubes y la niebla se abren poco a poco, el Mont Blanc descubre su frente altiva, oculta hasta hoy a nuestras ansiosas miradas.

Las crestas de nieve del coloso se coronan de abrasados resplandores; las mil agujas y picos que lo cercan, como un obediente ejército, se colorean de mil entonaciones del crepúsculo, y brillan, deslumbrantes en espléndidas aristas de luz. La costura de nubes se alza completamente, en fin, y el gran pico del Mont Blanc se enciende, y permanece algunos minutos pasando del rosa vivo al oro intenso. Después el sol baja, el encanto cesa, el coloso recobra su original blancura, y solo algunos pálidos reflejos del poniente juegan en su cima y mueren a nuestros pies en las serenas aguas del lago.

¡Qué profundo recogimiento, ¡oh Suiza!, ¡cuánto te agradezco esta fiesta que me has dado!<sup>87</sup>

Si no me esperase la honra de comer con mi reina, envidiaría a los ingleses que apenas han visto el sol se han armado de sus bastones ferrados, han cogido las mochilas y se han ido a Chamonix, a la *Mer de Glace* o tal vez a esas regiones de hadas, a esas cimas en que el aire es tan puro y la nieve toma aspectos tan mágicos.

88

Aunque en la bonita casa de campo del Bocage muchas de las enfadosas y glaciales fórmulas de la etiqueta están suprimidas, las que afectan al regio decoro se guardan constantemente; así es que la tarde del 22 de abril la reina no se dejó ver hasta minutos antes de la hora de la comida. No olvidaré jamás la nobleza de su aire y su porte verdaderamente regio cuando elegantemente vestida, se presentó a nuestros ojos.

Los pliegues de su largo traje de seda color perla con adornos rosa eran majestuosos, cual no lo hubieran sido los de un manto de púrpura en otros hombros menos airosos y distinguidos. Aún no había tenido tiempo de abotonar sus guantes, y ya la comida era anunciada.

Pero si al entrar la reina había sido la reina, durante esta comida, en que me hizo el honor de colocarme a su derecha, la reina volvió a ser lo que prefiere ser; la mujer amable, llena de gracia, de atractivo, de talento, que sabe ponerse al nivel de sus interlocutores pareciendo bajar hasta ellos, pero en realidad subiéndolos hasta sí.

Doña M. habla el español con la misma corrección y facilidad que las otras cuatro lenguas que posee; francés, inglés, italiano y alemán. Pero el español, que es lo que habla generalmente, y lo que prefiere hablar, lo conoce hasta un punto que pueden envidiarle muchas personas que residen en España. Todos los giros familiares en que es fecunda nuestra rica habla, ella los emplea, y le hace lo que muy pocos llegan a hacer, que es hablar con talento en una lengua que no nacieron hablando. Y no es solo el español, sino España misma, lo que es conocido a la joven reina. Los monumentos y los recuerdos de mi patria son para ella objeto de un atento y amoroso estudio, y las notabilidades del nacimiento y de la fortuna y sobre todo de las letras y las artes no le son en ningún modo extrañas; conoce su vida, su historia, sus producciones y su origen.

Cuando se pasó a tomar el café, el gracioso escuadrón de los infantes, parecido a esos lindos amorcillos que animan los cuadros de Albano, vinieron a animar el gran salón en que estábamos reunidos. La infanta doña Elvira, de dos años, y que el primer día no me habían enseñado por no turbar su sueño, vino también mirándonos con sus ojazos negros y dulces. A pesar de las recomendaciones de su madre, para que no manchasen sus frescos trajes blancos ceñidos con cintas rosa, los niños se pusieron a jugar en el salón; pero a poco tuve la dicha de que la infanta Blanca se cansase de jugar y viniera a sentarse en mi regazo ciñéndome el cuello con sus preciosos brazos que parecían hechos de pórfido rosa.

¡Es verdaderamente deliciosa esta niña! ¡Cuánto la quiero, y cuánto daría por tenerla siempre así, en mis regazos!

Además de ser realmente muy bonita con sus rosadas mejillas en que la sonrisa forma dos hoyos juguetones, es lo más zalamera y cariñosa que he visto.

Junta su cara a la mía y hace mil monerías enseñándome su medallón en que tiene el retrato de su tío el Conde de Chambord.

—¡Yo me quisiera ir a España!, dice. ¡Quiero irme contigo!

—¿Y Vuestra Alteza dejará a mamá?

—No. Mamá se vendrá y papá también. Yo quiero mucho a España.

—Y en España queremos que Vuestra Alteza vaya.

Me da un beso por esta frase, y añade:

—¡Pero los *malos* no quieren que yo vaya a España! ¡y sin embargo, a ti te dejan ir! Pues, ¿por qué?

—Porque Vuestra Alteza vale más que yo, le contesto, sin saber qué decir (la ingenuidad de estos ángeles es comprometida muchas veces).

Mi respuesta no la satisface; menea su cabecita y empieza a hacerme mil confidencias sobre lo mucho que le gustan los caballos, y lo que se acuerda de papá que está allá lejos ocupado con la guerra, y por fin me declara, mientras que su madre se sonríe llamándole hipócrita, que prefiere rezar a jugar.

El pájaro querido y gorjeador ha dejado su sitio en mis rodillas a su hermano don Jaime, el príncipe de Asturias. La infanta Blanca<sup>89</sup> habla el alemán, pero el príncipe se resiste enérgicamente a decir una palabra que no sea en español. ¡Oh príncipe de azules ojos, que apoyas tu cabeza en mi pecho y sonríes con la inocente alegría de tus años infantiles! ¡Si un día quiere Dios que sucedas en el trono a tu augusto padre después de que este haya alcanzado un reinado largo, feliz, glorioso para España, si ese solemne día yo vivo aún, mi corazón se inundará de dicha al pensar que he tenido en mis brazos y que he cubierto de besos tu mano, tu frente, tus mejillas!

La preocupación más constante y dulce de Doña Margarita son sus tres hermosos, sanos e inteligentes niños. «No los cambio, me decía, por todos los tesoros del mundo; jamás agradeceré bastante a Dios el que me los haya dado».

Estas confidencias son muy frecuentes en Doña Margarita, que como toda mujer verdaderamente elevada en sus sentimientos, no teme dejar ver las vivaces afecciones que encierra su alma. Es marcada en sus gustos literarios y artísticos, como persona para quien el arte es una afición y no una frase.

Aquel día había tenido que levantarse la reina muy temprano (lo cual hace con frecuencia) para despedir a sus hermanos los duques de Parma. Sin embargo el cansancio y el sueño no la impidieron sostener la conversación en un tono lleno de amable bondad, aconsejándome que desconfiase de las hermosas aguas azules de lago Léman, que ocultan terribles tempestades, en una de las cuales ella había estado a punto de perecer; y hablando con su constante dulzura y vivacidad, de su infancia, de su juventud, de nuestro viaje, y sobre todo de España; la red complicada de la conversación convergía siempre a este punto capital, en mí por el vivo amor de la patria lejana, en ella por la solícita y ardiente afición del hijo a la herencia de su padre, en la cual no entra por nada la vulgar codicia de poseer, sino el supremo y sagrado anhelo de que no sean de un indiferente aquellos queridos lugares.

Aquella noche cuando la reina se levantó para darnos a besar su mano me pareció que en ella besaba mi misma y dulce patria.

Aún logramos de la bondad de la Señora que nos concediese una audiencia de despedida y la facultad de pasar con ella las noches que nos restaban de estar en Ginebra.



En aquella audiencia nos habló con confianza del estado de los asuntos políticos y su modo de ver las cosas me pareció tan atinado y exacto como elevado y noble.

Por las noches íbamos a pasar allí las horas que mediaban de la comida a la hora de acostarse la reina. La corte de la Señora no es numerosa ni mucho menos, aunque la calidad equivale a la cantidad. Compónenla las dos jóvenes condesas de C. T.<sup>90</sup> dos jóvenes perfectas; modelos de distinción y de modestia y tan buenas como adictas a su señora; un anciano de estos ancianos que solo posee el partido carlista y que han sido cortesanos durante cuarenta años de la desgracia y del destierro en las personas de Carlos V, VI y VII; un joven chambelán, y un capellán. Aquellas pequeñas *soirées* se pasan en familia enteramente; la Señora se entretiene con varios juegos de cartas a que es aficionada, y ríe de todo corazón con los pequeños incidentes que esto ocasiona; el día que no ha tenido noticias del Señor ni del ejército, un velo de tristeza empaña sus azules ojos, y envidia la suerte de su cuñada D. M. d. N.<sup>91</sup> que libre y sin hijos acompaña a su marido; pero cuando ha habido cartas, su ingenua y natural alegría vuelve a aparecer, y sin olvidarse de atender a todo el mundo, hace olvidar que es una soberana para dejar ver solo a la señora amable.

El último día puso a mi vista su firma en el retrato que me dio; yo estaba de tal modo conmovida que las palabras anudándose en mi garganta ni aun acertaba a darle las gracias. Podrá el rey en su palacio, rodeado de su corte espléndida, imponer por la exterioridad o la vista; pero cuando desposeído de su trono guarda su legitimidad, su dignidad, la abnegación de sus súbditos fieles y adictos, ¡oh, entonces no impone a los ojos, pero se graba en el corazón!

Al besar por última vez su mano,

«¡Acuérdese Vuestra Majestad de España y de los españoles, señora, le dije; y espero que hasta Madrid!»

Mañana temprano dejaremos a Ginebra.

No quiero dejar de apuntar que la ciudad de Calvino me ha dado el espectáculo de una boda calvinista.

El guardián de la iglesia en donde está la famosa silla de que he hablado, me avisó de que se iba a efectuar aquel día una boda, aconsejándome que la viese porque era muy curiosa.

Aunque poco convencida de ello, fui para matar el tiempo.

Estaba ya el novio con toda su parentela esperando, y la novia no llegaba.

La concurrencia se mostraba impaciente.

Por fin el órgano hizo oír una marcha triunfal, vimos aparecer una porción de metros de tul y muselina blanca debajo de los cuales se percibía una forma humana, y detrás un gran cortejo de jóvenes de ambos sexos del brazo.

La forma, velada siempre, puso su mano en la del novio, y ambos fueron a colocarse ante un reclinatorio; el pastor, subido al púlpito, hizo un largo discurso, después del cual les preguntó lo imprescindible «¿Queréis por marido, etc.?» En vez de decir sí, los contrayentes se limitaron a inclinar la cabeza; todo estaba hecho; el pastor bajó, les hizo una exhortación en voz baja, les entregó la Biblia, vi que la novia se llevaba el pañuelo a la cara, de lo cual inferí que lloraba, y en fin todos salieron de la iglesia en la misma formación, mientras el órgano ejecutaba la marcha de «Il Profeta».

La noche de este mismo día volvíamos del Bocage con unas señoras cuyo coche no había podido llegar a tiempo, lo cual me proporcionó el gusto de traerlas en el mío. Se había convenido en descansar un rato en el salón de nuestro hotel, esperando el coche retrasado. En efecto cruzamos el vestíbulo, pero al querer pasar a la sala de conversación, un torrente de luz y los ecos de un wals de Strauss hirieron nuestros ojos y oídos. Varias parejas cruzaron ante nuestra vista en aquel torbellino, y no necesité fijarme mucho para convencerme de que era la boda de por la mañana. Precisamente el cúmulo de gasa y muselina blanca giraba en aquel instante en brazos de un gozoso danzarín muy estorbado con su felicidad.

Logramos escurrirnos hasta el salón que estaba solo y averiguar que aquellos novios eran ricos y honrados relojeros de Ginebra, que siguiendo una costumbre muy común en Francia, habían tomado los salones del hotel para su baile de boda.

No estuvimos mucho tiempo en nuestro retiro. El padre del novio que nos acechó vino a hacernos tales y tan sinceras instancias que fue preciso, como él decía «ir a honrar con nuestra presencia aquella fiesta de familia». Le aseguré sinceramente que el honor era nuestro, y nos lanzamos a las salas de la fiesta. Nuestro traje era muy de circunstancias, pues veníamos como he dicho del Bocage, y las corbatas blancas y los trajes largos de nuestro grupo no deslucían el baile. El novio, en extremo agradecido a lo que él llamaba «una amabilidad y bondad nuestra» se empeñaba en que bailase con él un vals de Strauss; cuando le hube convencido de que no bailo wals, pasó mi brazo por debajo del suyo y me dijo que era muy feliz, que estaba loco por su mujer, que por la mañana cuando el pastor le había exhortado no pudo menos de llorar, y que nosotros los católicos éramos excelentes, etc., etc., etc., etc.

## *Turín*<sup>92</sup>

Estamos caminando a Turín y pronto pasaremos el Mont Cenis. Hemos dejado a Suiza por Francia, luego a Francia por Suiza, y luego a Suiza por Italia, todo en el espacio de dos horas, gracias a los entrantes y salientes de aquella original frontera.

A medida que nos hundimos en el corazón de los Alpes por mil pequeños túneles precursores del gran túnel del Mont Cenis, mi corazón se abre como una flor a mil sensaciones gratas y encantadoras.

Estamos en Italia.

Suiza a pesar de sus lagos, de sus pinos, de su nieve, o tal vez a causa de todo esto, tiene una ligera entonación melancólica; es Norte y siempre Norte.

Italia es el mediodía.

¡Salud al hermoso sol, que dora las blancas cimas de los Alpes!

Hemos entrado en el gran túnel, y el día desaparece para nosotros durante tres cuartos de hora.

Encima de nosotros, los picos inaccesibles en que hacen su nido las águilas alpestres; a nuestro alrededor un ruido capaz de ensordecer a un tísico; y ese temblor de tierra especial que producen los trenes en las grandes profundidades.

De cuando en cuando, algo como una inundación de luz, un relámpago de la claridad diurna, pasa al través de los respiraderos practicados en la montaña.

¡Cuánto golpe ha debido dar la activa piqueta para llegar a este resultado!

Las montañas que nos han tenido hace tantos días en su poder, van quedando atrás como la retaguardia de un ejército de gigantes, y ceden el puesto a las bonitas llanuras italianas, cuando llegamos a Turín.

En vez del francés gutural de los suizos, hiere mis oídos la dulce lengua del Tasso, tan semejante a veces al español que me colma de alegría, y en lugar del aspecto pacíficamente prosaico de los ginebrinos, veo fisonomías animadas y ojos árabes debajo de espesas cabelleras negras.

Turín es una correcta y bonita ciudad, que no carece de ningún detalle de los que hacen envanecer a las capitales. Buen palacio, gran teatro, anchas plazas, espaciosos jardines y lujoso comercio. Pero Turín con la unidad de Italia ha perdido visiblemente su importancia; la capital del Piamonte ha dejado de serlo para convertirse en un pueblo de provincia, animoso sí, pero en fin pueblo de provincia.

Noto en Italia, desde el primer día, una gran analogía con ciertas ciudades de España, y si no temiera atraerme una mortal reprobación, una excomuniación mayor, de cierta falange un tanto rutinaria que da la ley en esta clase de cosas, diría que Turín, gracias a lo meridional de sus costumbres ofrece más animación relativa que París.

Y sin embargo, estoy en lo más frío y vecino al Norte de toda Italia, lo cual me prueba que la hermosa patria del arte, de la música y del renacimiento merece bien su fama universal.

La animación de Turín es contagiosa, su atmósfera embalsamada y pura embriaga el alma.

Día y noche sus calles están llenas de lindas y jóvenes mujeres vestidas de claro y cubierta la cabeza con la airosa mantilla, el más juvenil y artístico de todos los tocados; las puertas de los cafés se llenan de una multitud que ríe, charla, comenta los periódicos y toma sorbetes o limonadas. De las ventanas abiertas se escapan los sonidos de los pianos y en los mismos cafés dos músicos improvisados rascan sus bandurrias con inimitable maestría, mientras que un tercero con un platillo en la mano y la sonrisa en los labios recoge las menudas monedas que le dan.

Viniendo de Suiza país en el cual no se halla un soldado aunque se le busque por el sistema de Diógenes, produce un efecto de lo más agradable la vista de la brillante oficialidad piamontesa, una de las más elegantes marciales y bien equipadas que he visto. Ellos, es verdad, siguen la máxima portuguesa que dice «uno a uno para parecer muchos» y hacen por ser visibles en todos lados: teatros, paseo, calles, cafés, en todas partes se oye el ruido de sus sables y las alegres jaranas que arman entre sí. Verdad es también que el ejército está malísimamente vestido, y que el soldado tiritita en Abril bajo un traje de lienzo; pero en cambio el oficial tiene los bigotes más retorcidos, las fornituras más brillantes y el mejor aire del mundo.

He sabido que se halla aquí el duque de Aosta y después de visitar por la mañana el palacio que ocupa, y que rico y elegante en conjunto, no tiene ningún detalle que pueda citarse especialmente, me aposté a la tarde en el sitio en que me aseguraron que solía pasear para satisfacer la curiosidad que tengo de verificar si, como se dice, ha engordado mucho desde que abandonó a España. Algún maligno genio le contó mi deseo, pues aquella tarde no salió y solo puse divisar sobre el fondo del coche la cabeza de la duquesa de Aosta, que efectivamente me pareció más serena y plácida que en los para ella azarosos días de su estancia en Madrid.

Debo hacer constar que en Turín Don Amadeo es muy querido, a pesar del axioma que dice «nadie es profeta en su patria». Pues bien, Don Amadeo es profeta en la suya, y tan profeta, que cuando volvió de España su coche se llenó de flores que le arrojaron, y tan profeta, que todo el mundo le compara a su hermano el príncipe Humberto en unos términos nada gratos para este, y no me admiraría de que los turineses en particular e Italia en general se inclinase hacia el hermano menor y...

Aviso a Su Alteza Real el príncipe Humberto.

Don Amadeo por lo demás hace en Turín la vida de un simple ciudadano, saliendo a pie todos los días con sus hijos de la mano.

He dicho que el palacio real de Turín, aunque bello en general no tiene nada de sorprendente. No dejó sin embargo de parecerme curioso cierto gabinete en el cual os sentáis, hacéis jugar un resorte, y el gabinete entero baja al jardín en donde os deposita suavemente.

El jardín público de Turín es muy ameno y para los aficionados a puntos de vista recomiendo la ascensión —algo áspera— al convento de los Capuchinos, desde cuya colina se ve toda la ciudad.

Hay muchos monumentos de estos que se pueden llamar de cajón: museo provincial, estatua de Enmanuel Filiberto, biblioteca, iglesias más o menos notables, etc., pero aunque en conjunto todos son buenos, ninguno me parece merecer una mención especial.

Al que viaje a Turín le recomiendo dos cosas: la malvasía de Asti y los *grizzinni*.

La malvasía de Asti es un vino del color del ámbar y del perfume de la violeta.

Los *grizzinni* son unos rollos de pan del diámetro de un mimbres delgado; no huelen a violeta ni tienen color de ámbar, pero son una verdadera golosina en forma de pan, la más inocente de las formas.

Para los que desdeñen estas menudencias y quieran conocer un estudio de arquitectura atrevida y original, les aconsejo que vean la Sinagoga en construcción.

Los hijos de Israel se han excedido a sí propios, y la sinagoga dominando por su altura la ciudad es de un trabajo exquisito como concepción y ejecución.

Hemos visto perfectamente a *Torino*, hemos tomado sus sorbetes, oído sus bandurrias, paseado sus calles, visitado sus jardines y semejantes al que bebido un primer sorbo de agua, quieren desocupar todo el vaso, nosotros que hemos bebido con ansia este sol, esta serenidad de atmósfera, estos cantos y esta alegría, continuaremos agotando el vaso de miel de esta hermosa Italia y salimos para Milán, la ciudad de los Sforzas y de los Viscontis.

Largas y jugosas praderías, extensos arrozales, campos inmensos plantados de moreras que las mujeres despojan de sus hojas para alimentar los gusanos de *seda*, he aquí la campiña de Turín a Milán. Aquellas largas extensiones de un mismo cultivo serían monótonas en cualquier otro país; aquí se limitan a ser uniformes.

Hemos llegado a Milán rendidos de sueño, pues hemos hecho este trayecto gran parte de noche y hemos tenido que levantarnos muy temprano. Pero apenas hube abierto la ventana de mi habitación después de bañar mis ojos en agua fresca para disipar los velos del sueño, cuando todo lo olvidé, la fatiga el no haber dormido, ¡todo!

¡Los rayos del Sol se quebraban en las innumerables flechas de mármol blanco de la catedral de Milán, de la primera catedral del mundo!<sup>93</sup> Y esta maravilla estaba allí, a muy pocos pasos de aquella ventana en yo me apoyaba.

Dentro de pocas horas podremos subir a la torre y de cerca contemplar esta obra maestra de la arquitectura y de la escultura, y esta poderosa revelación del arte cristiano.

Después de algún tiempo consagrado a reparar el desorden del viaje, salimos a buscar una misa (era domingo, y las once y media, razón que nos hacía darnos prisa en buscarla). Pero Milán, a semejanza de Circe deteniendo a Ulises, nos salía al paso con mil seducciones.

Atravesamos primero la magnífica galería Vittorio Emanuele, que es un pasaje cubierto, de una suntuosidad increíble. Ya se honraría París, la gran villa, con poseer este pasaje, no concluido aún, pero en el cual se trabaja con actividad. Tiene una altura prodigiosa y su techo es una bóveda de cristales: decóranle infinitas estatuas y esos adornos de que es tan pródigo el arte italiano.

Saliendo a la plaza que está enfrente se encuentra el monumento a Leonardo de Vinci. El gran maestro está de pie con la barba apoyada en la mano, y rodéanle cuatro figuras alegóricas. Es de mármol blanco.

Esta plaza está llena de una multitud ataviada y endomingada, para españolizar una frase francesa; y entre las elegantes milanesas adornadas con la mantilla exactamente como las españolas, hace un contraste original el tocado especial de las aldeanas.

La aldeana milanesa recoge sus cabellos hacia atrás en una castaña redonda y forma alrededor como un nimbo clavando agujas largas de plata que la rodean. Al remate del semicírculo, dos agujas mayores que las demás y con dos gruesas bolas al extremo, aumentan aún la armoniosa y rica simetría de este gracioso tocado, casi egipcio.

Un pañuelo de vivos colores flota atado a su cintura con esa dejadez meridional, característica de los países en que el calor se opone a la corrección de los pliegues.

Oída nuestra misa, no hay que preguntar cuál fue nuestro primer pensamiento; el de cualquier viajero en nuestro caso: ver el Duomo (Catedral).

Las catedrales en general —creo haberlo dicho ya— representan a los ojos de todo pensador estas dos cosas tan profunda e íntimamente unidas: el catolicismo y el arte. La catedral es la página viva de la fe; es el Evangelio escrito en mármol, incrustado en oro, es la llama creadora de la sabiduría humana rindiendo homenaje a la increada llama de la divinidad. Toda catedral me infunde respeto, admiración, amor. Pero la de Milán, la más perfecta del mundo, es algo más que todo esto; es el éxtasis, traducido en piedra, y hace pensar en la leyenda de la catedral de Reims:

«Roberto se desvelaba noche y día para obtener un plano conforme a sus deseos, pero solo conseguía hacer esbozos informes y proyectos raquíticos. Una noche que desesperado y muerto de fatiga arrojara el lápiz y el compás, vio abierta la tierra, y entre una nube de humo azulado aparecer la figura de un caballero negro armado de todas armas».

—Roberto, dijo el fantasma, ¿quieres elegir un plano para tu catedral? Mira.

Alzó la mano, Roberto siguió la dirección, y en vez de los muros del cuarto, vio una plaza inmensa y en ella un fantástico edificio que le arrancó un grito de admiración. Una catedral maravillosa, con innumerables rosetones, ojivas, arcos y torres; de tan extraña arquitectura que ni aun en sus más atrevidos sueños pensara Roberto en algo semejante.

—¡Mi vida por ese plano!, gritó el arquitecto.

—Tu alma, replicó con voz sepulcral el encubierto, y lo verás ejecutado dentro de tres años, día por día, hora por hora.

Roberto aceptó, y tres años después la catedral era inaugurada.

Aquella misma noche el caballero negro se presentaba a reclamar el alma de Roberto, pero llegaba tarde, porque Roberto acababa de expirar y la Virgen de la Catedral la recogiera<sup>94</sup> por medio de San Miguel, el de la flamígera espada.

La catedral de Milán debe haber costado al arquitecto que la hizo el alma y la vida; y me confirma en esta idea la ignorancia completa que hay acerca de su nombre.

Nadie sabe quién fue el autor de esta maravilla.

Quisiera poder reparar este olvido y apuntar el nombre del que dio a esta enorme masa de mármol blanco una ligereza tan increíble; del que combinó tan armoniosamente estos centenares de finas agujas, caladas como el encaje de un vestido de boda, del que señaló estas balaustradas aéreas y pobló este bosque de estatuas que en número de 7.000 erizan el edificio, habiéndolas entre ellas, como el Adán de Miguel Ángel y el San Sebastián de mármol rosa, que son verdaderas obras maestras.

Pero no me es dado el poder hacerlo.

El exterior de esta divina basílica está muy distante de estar concluido: se trabaja muy activamente, pero faltan aún 300 años para que se pueda completar.

El interior, bello y rico, no corresponde enteramente sin embargo a la sin igual magnificencia del exterior. Es muy notable, pero no es único en el mundo; no diré otro tanto del camarín que encierra el cuerpo de San Carlos Borromeo: los milaneses han rodeado de plata y piedras preciosas la última habitación de su obispo querido y este camarín es un milagro de riqueza.

Todos sus muros están cubiertos de relieves de gran mérito, de tallada y maciza plata; plata es el altar y plata la soberbia urna que encierra el cuerpo santo; levantada la cual por un ingenioso mecanismo, vese otra interior de cristal de roca, y dentro de ella el Santo Obispo, momificado y revestido de riquísimas insignias sacerdotales. Innumerables regalos de reyes se guardan allí; hay una cruz de esmeraldas del tamaño de huevos de pájaro y una corona de oro macizo con rubíes como garbanzos. El cuerpo está bastante bien conservado; su fisonomía se parece bastante al retrato que bordado en raso nos enseñan en la sacristía, entre infinitas espléndidas alhajas del tesoro.

Después de la catedral no nos ocurrió nada mejor que ir al paseo. El paseo de Milán se parece mucho a nuestra Castellana de Madrid; mucha animación, mucho carruaje, mucha gente vestida de claro (país al fin de sol y de vida) y las mismas copudas acacias encuadrando en su verde y perfumado cuadro todo esto.

La multitud italiana y española tiene un aspecto bullicioso de que carecen la francesa y suiza: la mujer francesa pasea por moda, por lucir un traje, por estrenar un coche; la española y la italiana, bajo su cielo radiante, pasea por aspirar el aire embalsamado, por embriagarse con el hermoso día, con la gente que la rodea; es feliz; sonrío, se apoya fuertemente en el brazo que la ofrecen, y acepta con languidez dichosa el ramito de *muget* blanco que la presentan las ramilleteras.

¡Cuántas de estas ramilleteras, jóvenes y bonitas! No se puede rehusar sus ramilletes: los ponen con tanta gracia en la mano de las damas, en el ojal de los hombres, se alejan con tanta naturalidad después que lo han hecho, que no hay más salida decorosa que llamarlas y darles una moneda cualquiera (no son exigentes) por la flor que ya adorna vuestro ojal, o vuestra cintura.

Lo mismo he notado por la noche, en el teatro. (No hemos podido asistir al famoso teatro de la Scala; hace quince días que se ha cerrado, después de haber hecho caer a silbidos el *Lohengrin*, de Wagner<sup>95</sup> y hemos debido verle de día, de modo que nos ha parecido lo más ridículo del mundo, porque los teatros a semejanza de ciertas mujeres hermosas que ya no son muy jóvenes, solo deben verse de noche). Pero en fin, el firme propósito de oír ópera en Italia, nos llevará al teatro *della Verne*<sup>96</sup> a una ópera enteramente nueva, estrenada hacía tres días, «*I promessi sposi*».

La ópera no valía la pena; pero las ramilleteras prodigaban sus ramos, las señoras de los palcos estaban elegantemente vestidas, el teatro lleno, no se comían naranjas, no se pregonaban periódicos, y en fin tenía un aire tan distinto de Francia, que perdoné al autor las reminiscencias de Bellini a que quería dar el nombre de ópera nueva.

Para desquitarme de una ópera que no había dado altura al arte italiano quise ver un museo, que en cualquier otro país sería una maravilla, pero que en Italia se conforma con ser un museo bastante bueno: el museo Brera.

El museo Brera hormiguea en obras maestras, y la primitiva escuela italiana está perfectamente representada en él. Infinitas obras de Carlo Dolci, Maratta, Luini, Bonifazio y Fr. Angélico, alternan aquí y allí con algún vigoroso estudio de Miguel Ángel o alguna divina Madona de Rafael. También tiene cuadros modernos y hermosas estatuas.

Este museo posee la primer copia del famoso *Cenacolo* de Leonardo de Vinci, de ese cuadro desesperación de los pintores y admiración de los que lo miran, que está en la mente de todos, que se copia en todos lados, y que sin embargo, no existe.

Digo que no existe porque no se puede llamar existir al triste estado en que se halla.

Hoy hemos ido a verlo al refectorio del convento de Santa Maria de Grazie, y nos han referido su historia.

Este cuadro maravilloso fue pintado en la pared y la preparación de los colores fue tan mala, que le descascarilló y la pintura cayó en gran parte. Entonces ya atrevidos restauradores pusieron en él su mano sacrilega, y lo empastaron. Después los buenos frailes quisieron abrir allí una puerta, y en efecto la abrieron cortando las piernas a seis de las principales figuras. No bastó esto sino que fue preciso que más tarde la soldadesca francesa, sin que valiese la orden en contra que Napoleón firmó sobre un tambor, hizo cuadra del refectorio, y con las bayonetas levantó trozos de la pintura. El agua entraba libremente por las grietas del techo y ayudaba a esta obra de barbarie, y mil ultrajes más, incluso otra nueva restauración, concluyeron de estropear la gran concepción de Leonardo de Vinci.

Así es que lo que nos han enseñado solo es un descolorido fresco, y solo alejándose se percibe la grandeza de la composición y la enérgica expresión que aún guardan algunas figuras.

A la copia contemporánea que se conserva se debe el conocer el verdadero colorido de esta magnífica Cena, en que tantos pintores y escultores se han inspirado después.

Milán y su hermosa catedral quedan atrás y en medio del fragor de una de esas tronadas que dicen son tan frecuentes aquí y que se deshacen en copiosa lluvia, caminamos a Verona.

Verona, nombre antiguo en la historia italiana y en las famosas querellas de güelfos y gibelinos, me recuerda la hermosa ópera de Gounod, que acabo de oír cantar en París: «*Romeo y Julieta*».

Entre las infinitas historias de amor desgraciado que la tradición popular conserva con cierto respeto piadoso, transmitiéndolas de padres a hijos, conozco pocas tan interesantes y dulces como la de estos amantes de Verona, separados por un odio de familia, que Shakespeare ha inmortalizado con la pluma y Gounod con el harpa.

Romeo no puede separarse de los brazos de Julieta: los rayos de la luna palidecen sin embargo, y una débil cinta color de oro pálido empieza a ceñir la frente de los montes. Romeo la ve, y tiembla ser sorprendido.

«Tiempo es de separarnos, la dice; amor mío, el alba empieza y ya oigo cantar la golondrina, mensajera del día».

«Cruel, replica ella, tan largo te parece el tiempo que ya quieres abandonarme. Esa luz no es el alba, sino el reflejo de la luna; ese canto no es de la golondrina, sino el del amante ruiseñor».

«Tenéis razón, mi dulce esposa, bien de mi vida; a tu lado me quedaré aún, suceda lo que quiera. No, no es el alba, ese reflejo dorado es la luna discreta y muda; y ese canto, es el del dulce ruiseñor, confidente del amor y de la dicha».

«¡Oh! parte, parte, exclama Julieta que recobra en fin el recuerdo del peligro; huye, huye, esa terrible claridad es el alba, y ese canto es la golondrina anunciando el odioso día que nos separa».

Shakespeare y Gounod han prodigado en esta encantadora escena de los adioses las más dulces notas, los más armoniosos acordes de la lira.

Al entrar en Verona, versos y acordes resonaban en mis oídos: era de noche, la tempestad se había calmado, la luna brillaba, y los altos muros de Verona me parecían aquel famoso balcón a que Romeo sujetaba la escala de cuerda.

Estamos instalados en el «Albergo della Posta»; ¡he aquí en fin un verdadero *albergo*, con color local! Hasta ahora hemos caminado de gran hotel en gran hotel, siempre en las condiciones fáciles y elegantes de los hoteles modernos, iguales en Francia, en Suiza, en Italia, y creo que hasta en Oceanía; pero esto no es un hotel, es un *albergo*, que nos han recomendado no sé por qué en Milán, y que me interesa infinito con sus grandes macetas de flores, su Madona de yeso con el *bambino* coronado de flores de papel, su perro que viene a acariciar a los huéspedes, y su escalera piramidal que nos conduce a unas habitaciones decoradas de frescos cuyos autores no se han inspirado en el Cenacolo de Leonardo. En cambio la cama en que me tiendo con gran placer debe ser contemporánea de los amantes veroneses, y pueden albergarse cómodamente en ella todas las Julietas que existan ahora en la antigua villa gibelina.

Verona de día es tan original como de noche.

Las plazas espaciosas y las rectas calles de Turín y Milán no nos habían preparado para el aspecto antiguo y romanescos de Verona. La yerba crece en sus estrechas calles, que decoran palacios pertenecientes a antiguas casas de la aristocracia italiana. Casas cubiertas de frescos, notables algunos, se decoran en sus esquinas de nichos de piedra con santas Madonas, ante las cuales arde día y noche un gracioso farol. La Piazza delle Erbe (del mercado) ofrece un curioso espectáculo: es Italia, la pintoresca Italia, con los tipos marcados y su animada muchedumbre.

Lo primero que he buscado, es el palacio de Julieta. Cuando se busca un palacio de una familia extinguida preciso es recurrir al pueblo, ese fiel guardián de las antiguas memorias. En cuanto dije al cochero:



—*¿Dove si trova i palazzo de I Capuleti?*

—*Andiamo adesso al palazzo della Giulietta.*

En una estrecha calle un edificio alto, muy alto, con largas ventanas ojivales y casi derruido pero a cuya sombra se ha establecido un albergó, lleva en el frontis la siguiente inscripción, impregnada de toda la poesía y dulzura italianas:

*Queste furono le case dei Cappuleti,*

*Dove uscí la Giulietta per cui tanto piansero y cuori gentili; e' i poeti cantarono —  
Secoli XIII, XIV e XV<sup>97</sup>*

El *albergó* se llama *dei Capello*, en memoria *dei Capuletti*: siento no haber conocido su existencia para pasar en él el tiempo de mi estancia en Verona. Por más que busqué en el viejo caserón el balcón en que se oía cantar la golondrina, mensajera del día, declaro que no lo encontré.

En cambio el cochero, con cierta misteriosa sonrisa, me condujo a la tumba de *la Giulietta*.

En un antiguo cementerio de un convento existía este sepulcro hace años: pero hallaron más conveniente sembrar patatas y judías en el terreno ya profanado, y el sepulcro vacío se trasladó a una pequeña sacristía en que lo encontramos.

Es de tosca piedra y tiene en el fondo la huella de la cabeza inclinada: dos agujeros daban salida a la respiración de hermosa dormida<sup>98</sup>.

Un mozo robusto, cultivador del pobre descuidado jardín, nos quiso explicar en el italiano más primitivo que he oído la historia de los amantes. Su relato me hizo poquísima gracia; prefiero el de Shakespeare<sup>99</sup>.

Verona no se conforma en punto a curiosidades con Romeo y Julieta: guarda otras tres: el Anfiteatro delle Arene, las tumbas degli Scaligeri, y la costilla del gigante.

El anfiteatro delle Arene es un magnífico circo romano perfectamente conservado y nada degradado. Vense aún las fosas de los leones, la tribuna, todo tal cual estaba en la época de sus esplendores, cuando la sangre humana teñía su blanco polvo y los rugidos de las fieras atronaban su circuito.

Las tumbas degli Scaligeri merecerían que les dedicase veinte páginas bajo el triple concepto de la historia, de la arqueología y de la leyenda. En estas tumbas en que reposa la raza que por espacio de dos siglos tuvo a Verona bajo su férrea diestra, son fecundas en grandes recuerdos, en sangrientas historias. Uno de ellos —creo que Mastín II, todos los de esta altiva raza se llamaron Mastín o Can— fue asesinado por su hermano Canrabioso debajo del arco en que está colgada la famosa costilla del gigante, de que he prometido hablar. Desde entonces el arco conserva el nombre de Votto Barbaro. El último degli Scaligeri (Can Signorio) se labró una tumba que eclipsó a la de todos sus predecesores, incluso a la del amigo del Dante. Es una pequeña maravilla de arquitectura gótica.

Todas estas tumbas, que están al aire libre resguardadas solo por una verja, ostentan la escala, emblema de los Escalígeros.

Es infinita la riqueza de las iglesias de Verona en frescos bizantinos, mármoles raros y antiguas tumbas. La iglesia de San Zenone, solamente, exige del anticuario y del arqueólogo el más detenido y profundo examen. Nada más original que su arquitectura, que parece el delirio de un artista embriagado.

Una observación he hecho, que no me ha costado gran trabajo: las casas nobles italianas adornan sus palacios de magníficos relieves, de estatuas, de frescos, de imágenes; pero no colocan en la fachada el escudo de armas.

En Verona ya se nota la singular afición a la pintura decorativa que domina en el resto de Italia: aquellos relieves y molduras, de lejos, hacen ilusión perfecta.

¿Y la costilla del gigante? La costilla del gigante a haber pertenecido realmente a un ser humano, supone una estatura de diez metros en su feliz poseedor; razón por la cual tengo vehementes sospechas de que algún animal antediluviano y desenterrado en Verona con otros muchos fósiles que allí se conservan, ha sido convertido en gigante por aquellas imaginaciones meridionales. Como quiera que sea, la costilla está colgada del arco de *Votto Barbaro*, balanceándose sobre nuestras cabezas con amenazadoras oscilaciones.

Dejo a Verona con sentimiento: pocas ciudades he visto más típicas, más antiguas, más rica en recuerdos, y creo que pasaría muchos meses entre las viejas murallas revolviendo, como los lagartos, el polvo de las tumbas y sentándome en las piedras ennegrecidas por el musgo y el liquen que cubren las inscripciones.

Verdad es que voy a otra ciudad que creo sinceramente capaz de hacer olvidar todas las ciudades del mundo; a una ciudad que mis sueños de poeta han llamado muchas veces, a Venecia, la reina del Adriático,

*figlia, sposa, signora del mare*  
(*I due Foscari*).

Semejante a aquel inconstante a quien la rubia consuela de la pérdida de la morena, estoy dispuesta a consolarme de Verona con esa Venecia tan deseada y de la cual conozco sin haberla visto jamás, los curiosos monumentos y la romántica y sombría historia.

*Venezia*

El camino de Verona a Venezia es como toda la<sup>100</sup>

*Trieste*

Después de una noche pasada entre los poco gratos sacudimientos de los incómodos wagones de la línea austriaca, me he despertado con la mente impresionada y llena de los recuerdos misteriosos, románticos, de Venecia, y me he encontrado en una ciudad esencialmente comercial y viviendo de la vida moderna, como es Trieste.

La transición ha sido tanto más violenta, cuanto que viajando de noche y no viendo paisaje, no estaba en ningún modo preparada a ella. Ya no hay gran canal, palacios de mármol ni ligeras góndolas: sobre las aguas del Adriático que yo no me podía figurar surcadas más que por guerreras embarcaciones o por las barquillas empavesadas para una fiesta, reposan en pacífico descuido panzudos y sólidos barcos mercantes, cuyos

mástiles forman como una selva despojada por el invierno y entre los cuales no sin cierta emoción percibí un trocito de tela encarnada y amarilla, perteneciente (como después supe) al navío de guerra Español «Fernando el Católico», que viene a traer objetos para la Exposición de Viena.

Es Trieste a lo que he podido juzgar entrando, una ciudad muy poco interesante para el artista; no hay allí ni una sola de esas viejas piedras que tanto me gustan y por las cuales se andan a veces filosóficamente muchas leguas. Trieste es un comerciante; como puerto franco, hace el tráfico en grande y con fe; su muelle polvoroso está a todas horas erizado de grandes carros de transporte, de carretas, de pipas, fardos, enormes sacos y líos de cuerdas. El lado pintoresco de todo este caos (preciso es encontrar alguno, a semejanza de las abejas que hacen dulce miel de las más nocivas flores) es sin duda alguna el aspecto cosmopolita que a él debe Trieste. Griegos de largos cabellos negros y rizados, de puro y noble tipo, con su graciosa chaquetilla y su falda blanca menudamente plegada, alternan con graves armenios y sagaces judíos, de volteriana fisonomía. Pero ni los griegos ni los armenios ni los hijos de Israel tienen el poder de evitar que Trieste sea un océano de polvo, un purgatorio de calor, y una prosaica ciudad.

No obstante, Trieste me es querido y lo saludo con afección, porque encierra dos recuerdos gloriosos, tristes, caros a España: una Reina y una tumba.

La reina es doña María Teresa de Braganza, princesa de Beira, segunda mujer de Carlos V; la tumba es la de Carlos VI, conde de Montemolin.

Debo saludar a la primera y rezar en la segunda.

Para este doble objeto apenas quitado el polvo del camino y dispuestos a tomar el de la calle, afrontamos con un sol de justicia para llegar a casa de las condesas de L. y de J. que deben ser nuestras introductoras acerca de la augusta Señora. La Condesa de L. no estaba en casa: la de J. nos recibió con el mayor agrado, ofreciéndonos transmitir nuestro deseo a Doña María Teresa. No era posible que aquel día la reina pudiese recibirnos: el día era hermoso, y nos invitaba a hacer la excursión que desde hace seis u ocho años no perdona ningún viajero que llegue a Trieste; la visita del castillo de Miramar, residencia que fue del trágicamente célebre Maximiliano<sup>101</sup>.

El castillo se alza sobre una gran colina dominando plenamente el mar; colina pedregosa y áspera a la cual a fuerza de oro, Maximiliano, que era un artista, casi un poeta, dio el aspecto de un oasis. No es posible hacer una residencia de verano más amena, más risueña, sin carecer a la vez de cierto sello de señorial grandeza. La posición especial que ocupa hace que a la vez reciba de lleno todas las ardientes caricias del sol, todos los murmullos del Adriático, todos los suaves besos de la marina brisa. El cuerpo del edificio es un castillo con cuatro torreones, de graciosa arquitectura: una balconada calada, por cuyos jarrones y balaustres se enlaza la primorosa yedra, domina perpendicularmente el mar, Trieste a poca distancia, pero en fin a la suficiente para quitarle su aspecto comercial y difuminar sus altas casas entre los azules vapores de la mañana o los rosados celajes de la tarde. Multitud de palomas se posan sobre los bordes de esta terraza, moviendo sus tornasolados cuellecitos hacia el visitador, con una familiaridad encantadora. Los jardines, hechos en forma de mesetas, van bajando hasta morir en el mar: son todo lo bonito que puede ser un jardín; tienen flores sin profusión, estatuas sin afectación, escaleras que no fatigan y cenadores con verdadera sombra, en donde se descansa viendo este azul

Adriático y oyendo el canto de los millares de pájaros que hallando verdor inesperado en aquella vertiente antes tan escarpada, han establecido allí sus amores y su casa.

Pero dentro del castillo es donde el gusto exquisito del que fue su dueño se revela en los menores detalles. Nada recuerda allí ese lujo teatral y ostentoso, pero frío y de mal gusto, común a muchos palacios. El lujo del castillo de Miramar es íntimo, poético, sencillo en medio de la esplendidez. Más que la morada de un artista enamorado que trata de ocultar su felicidad, es la habitación en que a cada objeto se respira una impresión del que los ha comprado, y no una colección de salones en que un ser privilegiado se aburre entre estatuas enormes y dorados deslucidos.

La misma Sala del Trono —hecha después de la elevación del Archiduque al Imperio de Méjico, pero ejecutada por su dirección— a pesar de ser una obra maestra de trabajo con maderas preciosas, no tiene aspecto severo ni triste: deja adivinar el monarca de paternales instintos, amigo, como el buen Enrique IV, de su pueblo.

No extraño que el pobre archiduque no quisiera dejar este lindo retiro; no extraño que pusiera tantas dificultades cuando su esposa, la después demente Carlota, le animaba a partir a Méjico dando su adiós a la patria querida; no extraño que sus ojos estuvieran preñados de lágrimas al poner el pie en este pequeño muelle que estamos viendo, para embarcarse en aquella misma fragata<sup>102</sup> que poco después debía por una triste coincidencia devolver a Austria su ensangrentado cadáver. Y, sin embargo, aquel hombre que lloraba al partir, supo conservar una asombrosa firmeza ante la muerte, y aquella mujer que aplanaba las dificultades para aceptar un reino, perdió el juicio cuando Napoleón le rehusó los socorros necesarios para conservarlo.

El recuerdo de Maximiliano es un culto en Trieste. Su nombre se pronuncia con una singular mezcla de respeto, cariño y dolor. Este mismo palacio de Miramar —que se conserva por cuenta del Emperador Francisco José, pues los negocios de Maximiliano no estaban en buen estado— es querido a los compatriotas, que lo visitan muy frecuentemente.

Lo enseñan dos antiguos servidores del Archiduque, que a fuerza de cortarse la barba como él, han tomado su mismo tipo, a lo cual les ayuda su alta estatura y sus ojos azules. Uno de ellos nos oye hablar el español e inmediatamente viene a dirigirnos algunas palabras españolas ofreciéndose a nuestras órdenes. Había estado con su señor en Méjico, y se conocía que volvía a oír con gusto esta habla española, tan funesta sin embargo a su amo. Le hice mil preguntas acerca de Maximiliano, y como leyó en mis ojos y en mi acento la simpatía y la lástima, las contestó con amabilidad y exactitud, desatendiendo a los demás visitantes para satisfacer mi curiosidad piadosa. En el despacho del Archiduque enseñó sus libros favoritos, obras escogidas que probaban un gusto literario de gran pureza y el rico Álbum de dibujos con las armas de Austria en plata y brillantes en la tapa<sup>103</sup>

Cuando el coche nos volvía hacia Trieste, la noche avanzaba, y una larga faja de púrpura señalaba la puesta del sol en el Adriático.

Esta noche he sabido que mañana seré informada de la hora a que la reina puede recibirnos.

En efecto hoy por la mañana la condesa de L., dama de honor, ha venido a nuestro hotel y nos ha citado para mañana a las doce: pues como doña María Teresa ha estado gravemente enferma hace poco tiempo, y además su edad avanzada la obliga a tener cuidado, no puede como desearía —tales fueron sus bondadosas palabras— recibirnos hoy mismo.

Un día en Trieste pasa como en cualquier otro lado cuando no se conoce a nadie: pero cuando se tiene para compañía unos amigos como los hijos de la Condesa de J, garantizo que se pasa muy bien.

El hijo y la hija de la condesa J no solo nos llevaron a paseo y al teatro, donde vimos «Los gigantes en Francia», sino que nos hablaron largamente y con cariño de todas las personas que me interesan y respeto: de los reyes, de la reina madre de don Alfonso y de doña María de las Nieves, mi querida heroína de Cataluña. De esta princesa fue dama la hija de la condesa J, así es que yo no me cansaba de preguntarle acerca de las costumbres, gustos y cualidades de doña María. Los gustos de una niña, las cualidades de una princesa, la costumbres de un ángel, tal fue el resumen de lo que me contó la condesita J: cuando era la dama esta joven, doña María estaba algo débil, lo cual tenía en continua alarma a don Alfonso: pero desde que con un entusiasmo y una resolución juvenilmente sublimes dejaron su casita de Gratz para venirse a Cataluña a la guerra, doña María, que monta perfectamente y cura los heridos con un celo infatigable, se ha puesto muy buena, y su linda carita, antes de cera, ha tomado los frescos y delicados colores de una rosa té.

(2)<sup>104</sup> Hoy domingo me he vestido apresuradamente para poder oír misa y tener tiempo de volver a vestirme después. Oída la misa, y un largo sermón en triestino —debo advertir que en Trieste se habla comúnmente el italiano, pero un italiano corrompido y *sui generis*—, hemos entrado en un café para desayunarnos más rápidamente, porque los hoteles en Trieste, sobre ser horriblemente caros, tienen un servicio tan lento, que se espera una hora el almuerzo, tres cuartos de hora el desayuno, etc. Nuestro hotel pasa por ser el mejor montado de Trieste; pero en Francia o Italia sería detestable, lo cual me prueba que todos los demás deben estar en el grado de detestabilísimos.

(1) Antes de pasear y de ir al teatro, por la mañana, hemos hecho nuestra peregrinación a la Catedral, en donde se hallan las tumbas de la real familia.

La Catedral de Trieste es una mediana catedral que no es mezquina, pero que no ofrece nada de particular. Es una capilla lateral, a mano derecha, cerca del altar mayor, donde tres lápidas de mármol negro señalan el lugar en que reposan los que deberían hacerlo en el regio panteón del Escorial.

Con conmoción profunda, verdadera, mayor de la que hubiese sentido en otro cenotafio suntuoso, me arrodillé ante las tres piedras. La primera desde la puerta es la del infante don Fernando de Borbón hermano de Carlos VI. La segunda tiene el nombre de Carlos VI y de Carolina de Borbón, muertos con seis horas de diferencia; la tercera es del infeliz y anciano Carlos V.

Más poderoso que el de la majestad real, el sello del infortunio, de la muerte en trágicas circunstancias, de la virtud, de la resignación, de todo cuanto realza un nacimiento ilustre, da una inexplicable atracción a estas modestas lápidas, a esta humilde y olvidada capilla. La oración y las lágrimas, ese tributo que no todos los reyes podrán alabarse de haber obtenido de sus vasallos, acuden a los labios, a los ojos, involuntariamente y sin el menor esfuerzo. Estos despojos regios que yacen en un país extraño, en el destierro, casi en el abandono, inspiran una porción de reflexiones punzantes. Desterrar a un vivo, aun la imaginación lo concibe, aun no ofende al pensamiento: ¡pero desterrar estas ilustres cenizas! ¡estos restos españoles!

Recemos y besemos piadosamente las frías losas.

He copiado los epitafios, elocuentes en su sencillez, que traslado aquí íntegros y exactos.<sup>105</sup>

Ahora bien: el haber almorzado en este café<sup>106</sup> me ha proporcionado el espectáculo de las infinitas paisanas triestinas, que con su pintoresco traje pasan y repasan a cada instante. Este traje es harto bonito y original para que gane con ser descrito. En Trieste abundan las vendedoras de flores; a lo largo de mi calle, que da frente al mar, hay un casetón de cestas de rosas, de jacintos y de narcisos, pero sobre todo de esa linda flor blanca que en España no tiene nombre porque creo que no es conocida: el *muguet*. Es una de las flores más graciosas que conozco, y su perfume fino y que tiene del azahar y de la almendra embalsama toda la atmósfera.

Hemos sido puntuales a la hora que la señora nos había marcado: verdad es que lo fuimos a costa de almorzar en diez minutos. La casa que doña María Teresa ocupa en Trieste es grande y desahogada, y sin tener pretensiones de palacio ofrece las mismas comodidades que muchos se apellidan tales. Aunque no con la pompa que su augusta clase exige, pero que las circunstancias, más fuertes que la voluntad humana, le impiden, la casa de Doña María Teresa está montada con el mayor decoro y dignidad. Tres gentiles hombres, un chambelán, una dama de honor, un secretario, un capellán y un médico, españoles todos, todos adictos, todos llenos de abnegación, respeto y distinción en su porte, proporcionan a la señora, más aún que sus servicios, su compañía y el placer de oír en torno suyo está lengua española que idolatra. No hablo de seis antiguos y buenos criados, españoles asimismo, y entre los cuales hay navarros, aragoneses, castellanos, y también un gallego.

Poco, poquísimos tiempo tuvimos que esperar a que previnieran a la reina nuestra visita. Pasamos muy en breve del salón en que habíamos entrado al pronto, al gabinete en que ella pasa la mayor parte del día. No bien hubimos tomado su mano para besarla, levantónos con efusión de suelo y me besó en las dos mejillas, haciéndome sentar a su lado.

El respeto, la emoción, tantos recuerdos amontonados y condensados, por decirlo así, en la noble anciana, pusieron en el primer momento un velo en sus ojos y no pude fijar bien la mirada en la viuda de Carlos V. Pero su dulzura y la bondadosa familiaridad que demostró desde el primer momento, me tranquilizaron, y pude observarla con aquella mezcla de sumisión y amor con que se mira a una madre.

Doña María Teresa de Borbón y Braganza raya en los ochenta años, y su fisonomía, que se reconoce ha debido ser muy hermosa, guarda las huellas, no tanto de la edad, cuanto de los largos sufrimientos de una vida consagrada siempre a una causa tan heroica cuanto infeliz. Pero su rostro es expresivo y majestuoso, sus movimientos afables, sus ojos se animan al hablar de España, de sus hijos, de su marido, de los defensores que por su nieto Carlos combaten: y su religiosidad es tan profunda, que ni una queja le arranca la cruel enfermedad que ataca esos mismos ojos, ni todos los demás padecimientos que sufre con una resignación y calma admirables.

Semejante a un roble arrancado del bosque natal, privado de sus mejores y más vigorosas ramas, doña María Teresa, que la violencia ha desterrado de su patria de nacimiento, Portugal, y de su patria de adopción, mil veces más querida, España; que ha visto caer a su alrededor segadas por el hacha inexorable del destino tantas ilustres, jóvenes y amadas cabezas, se dobla y se inclina ante la voluntad suprema que así lo ha dispuesto, pero halla una melancólica satisfacción en recordarles.

Así hizo desfilar ante mis ojos esta fúnebre galería: Don Carlos Quinto, el monarca de rectos instintos, a quien los largos padecimientos que lo llevaron al sepulcro no arrancaron una queja ni una frase de impaciencia; Carlos VI, el buen hijo, esposo, amigo y cristiano, a la vez tan valiente y enérgico; doña Carolina de Borbón su esposa, modelo de virtudes que constituyen la mujer fuerte; el infante Don Fernando... estas tres cabezas caras arrebatadas en pocos días, en pocas horas; y después los infinitos servidores, o más bien amigos, fieles a la raza desterrada y proscrita; los generosos defensores de la buena causa que lograron olvidada tumba en las ardientes llanuras de la Mancha o en los ásperos montes de Vizcaya.

De todo se acuerda la señora, todo lo guarda fielmente en su corazón. Los años y los pesares, que han minado la organización del cuerpo, no han tocado a la inteligencia, y brilla y resplandece como la luz del altar en la lámpara antigua.

El placer con que yo la oía solo es comparable a su bondad en hablarnos con tanta franqueza y en darnos mil y mil detalles de su vida, de su triste cautiverio, etc. Prolongó mucho la audiencia, y solo la levantó cuando se sintió fatigada de haber hablado y tal vez de haber recordado épocas felices o tristes o tal vez las dos cosas. Habíamos sido invitados a comer, y nos despedimos hasta la tarde.

Fue un gran motivo de pena para la reina no poder asistir a esta comida, en la cual hizo sus veces la dama de honor Condesa L. Pero para indemnizarnos de esta privación que el estado de su salud le imponía, dignóse recibirnos antes de la comida otro largo rato. No se cansaba de hablarnos y preguntarnos de España, de los leales españoles, de su nieta la reina Margarita, y de sus encantadores biznietos los hijos de Don Carlos, de los cuales solo conoce a la mayorcita, Doña Blanca. Nos había hecho enseñar su alcoba, de monástica y austera sencillez, su lecho casi humilde, a cuya cabecera<sup>107</sup> hay una gran cantidad de devotas imágenes, y el oratorio, hecho en el emplazamiento de la alcoba en que murió Carlos V, y en donde por gracia especial de Su Santidad está siempre el Señor Sacramentado.

Dionos su retrato, excusándose en unas frases tan cariñosas que hubiera querido oírlas de rodillas, de no poder firmarlo a causa del padecimiento de su vista, y añadió a este don el de dos imágenes del Señor y de la Virgen, que estaban antes en su reclinatorio: A ellas pediré mil veces por la vida, la salud y la felicidad de la viuda de Carlos V.

La comida fue clásicamente española, como todo lo es en aquella casa: el español cocido, con sus garbanzos imprescindibles, figuró en primera línea, y la elegancia francesa de los demás platos se declaraba vencida ante aquella triunfante entrada. Españoles eran también los vinos, y según la hermosa costumbre que en España aún se conserva en muchos puntos, la mesa fue bendita por el capellán al empezar. Así el desterrado que no puede llevarse consigo la amada patria, forma con ciertas costumbres peculiares a ella algo como una atmósfera natal, a semejanza de la planta tropical que en frío clima se vuelve hacia aquel pálido sol remedo del suyo.

Brindamos respetuosa pero entusiastamente por los reyes y por la salvación de España.

Todavía estuvimos otro gran rato con la Reina; la dejamos para hacer las flores en su oratorio, pues todo el mes de Mayo se practica esta devoción tan poética como ferviente en casa de la reina, y las mismas razones que la impedían asistir a la comida le privaban también este gusto, pero las hacía<sup>108</sup>.

## **Anexo**







## **INSCRIPCIONES EN LAS LÁPIDAS DE LAS TUMBAS (CAPILLA DE SAN CARLOS, EN LA CATEDRAL DE TRIESTE)**

Cuando Pardo Bazán visita la Catedral de San Giusto, de Trieste, en “una capilla lateral, a mano derecha, cerca del altar mayor [...] tres lápidas de mármol negro señalan el lugar en que reposan” don Fernando de Borbón, hermano de Carlos VI (1824-1861); Carlos VI (1818-1861) y su esposa, doña María Carolina de Borbón-Dos Sicilias (1820-1861); y Carlos V (1788-1855). Actualmente, además de los citados, en esta capilla de San Carlos están enterrados otros miembros de aquella familia, fallecidos con posterioridad: Juan III (1822-1887), Carlos VII (1848-1907), M.<sup>a</sup> Teresa de Braganza (1793-1874), Francisco José de Habsburgo, nieto de Carlos VII (1905-1975); y M.<sup>a</sup> Francisca de Braganza (1800-1816), cuyos restos acaso se trasladaron a la cripta después de 1873.

Las inscripciones de aquellas tres lápidas, que Emilia copió y no llegó a trasladar al manuscrito de sus *Apuntes*, dicen así (según transcripción de Andrea Bernardi, en su trabajo académico citado en la nota 92):

[en la tumba de Fernando de Borbón]:

HIC JACENT  
MORTALES EXSUVIAE  
FERDINANDO HISP. INF.  
CAROLI V TERTIO GENITI  
QUI  
AN. NATUS XXXVI MENS. II DIES XII  
OBIIT BRUNNSEE IN STIRIA  
KAL. JAN. AN. MDCCCLXI

[en la tumba de Carlos VI y Carolina de Borbón]:

HIC QUIESCUNT  
CAROLUS VI COMES A MONTEMOLIN  
CAROLI V PRIMOGENITUS  
QUI  
AN. NATUS XCII MENS. XI DIES XIII  
PIE DECESSIT TERGESTE  
IBID. JAN. AN. MDCCCLVI  
ET  
CAROLINA BORBONICA EJUS UXOR  
QUAE  
HORAS POST SEX ETIAM PIE DECEDEBAT  
EDDEM DIE ET AN.  
ANNOS NATA XL. MENS X. DIES XIII

[en la tumba de Carlos V]:

D. O. M.  
CAROLUS V. HISOPANIARUM REX  
IN PROSPERIS MODESTUS IN ADVERSIS CONSTANS  
PIETATRE AUTEM INSIGNIS  
OBDORMIVIT IN PACE D. DIM [lectura dudosa]  
VI. ID. MART. AN. MDCCCLV  
AETATIS VERO SVAE LXVI MENSE XI DIE XI.  
ET  
HIC TUMULATUR MAXIMO POP. ET CLERI CONCURSU  
XVII V. AL. APR. EJUSD. AN  
R. I. P.

**Apuntes de un viaje  
de España a Ginebra**

**Facsímil**



Págo 1.<sup>o</sup>

## Apuntes de un viaje.

## De España a Ginebra.

1.<sup>o</sup> de Enero de 1873.

Para no faltar desde el primer día á la palabra que os he dado de no omitir en estos rápidos apuntes el más pequeño detalle de mi viaje, mi cuaderno preparado y mi lápiz cortado recientemente descansaban en mis rodillas cuando la diligencia se puso en marcha.

Después de hacer la señal de la cruz, y hacer una seña de afectuosa despedida á los amigos que agitaban sus pañuelos repitiendo: — Buen viaje! tratamos de colocarnos lo mejor posible en los incómodos asientos de lo mal llamada diligencia.

¿Porqué se llamará esto diligencia? Tal vez por la misma razón que los que no tienen pelos se llaman pelones. No obstante, si alguien conoce otra etimología más plausible, le invito á que me la comunique; tendría gusto en conocerla.

Nada es, en efecto, más antitético á las ideas de rapidez, gallardía, ligereza, que su nombre parece despertar, como el pesado, feo y anticómodo armatoste que para mal de nuestros huesos, es el único medio de locomoción en mi pobre y olvidada Galicia. Es un conjunto de defectos de los cuales no resulta ninguna cualidad como del aleaje de despreciables metales no se forma jamás el oro.

Reiso es, sin embargo resignarse hasta Lamosa, en donde encontraremos el ferro-carril.

Entretanto la antigua Orense, nuestro punto de partida, prende sus últimas casas en el vapor azulado de la mañana, y perdemos de vista las graciosas curvas del río y los álamos que guardan sus freccas orillas.

Pasamos por Allariz, de buena ó mala gana es preciso

comprar aquí unas pocas de estas afamadas almendras cuyo consumo no recomiendo a las personas mayores de cuarenta años.

Para comer este confite, que forma la especialidad de Albariz, se necesitan mandíbulas de buro, y es un diploma de juventud, masticar estos guijarros que saben a azúcar.

Nos servirán de entretenimiento mientras desfilan Gineza de Linia y su romántico lago, habitado por las someras de los viejos hidalgos, las vaporosas ~~adas~~, y, oh prosaica compañía! por las mejores sanguijuelas, según dicen los inteligentes, de toda España. He ahí también a Berin y sus aguas medicinales, y he ahí a la noche, esa negra hermana del día, que no quiere permitirnos que sigamos ~~contemplando~~ el paisaje.

Y no es esto lo peor, sino que el buro está fatigado, el camino malísimo, y el coche se ha ~~quedado quieto~~ <sup>derrumbado</sup>.

El mayoral y el zagal no parecen dispuestos a conformarse con este ~~flaqueo~~ <sup>dejar</sup> que, ~~de los~~ <sup>de los</sup> ~~gritos~~ <sup>interpelaciones</sup> más o menos enérgicas, tratan de persuadir a los pobres animales de que ~~en vez de ser~~ <sup>no con</sup> jamelgos estenuados que arrastran un peso superior a sus fuerzas, <sup>vivo</sup> ~~son~~ unos gallardos meklem burgueses enganchados a una lijera carreta, y que, por consecuencia, deben sacarnos pronto del mal paso.

Pero los caballos no parecen dispuestos a entender estos argumentos. Hacen algunos esfuerzos, y luego, permanecen inmóviles, agitados de un ligero temblor y despidiendo ~~exhalaciones~~ <sup>exhalaciones</sup> por sus abiertas narices.

En lo más fuerte de la lucha, el mayoral, hombre de fisonomía enérgica, realzada por negras patillas, de sueltos ademanes y cintura quebrada, tipo marcadamente español, se acercó a la portezuela, y alzando las manos al cielo:

— ¡Benigno, dijo, de la gloriosa revolución y toda su casta, que no ha servido sino para echar a perder los caminos!

Y yo pensé, sin decirlo: Si solo hubiese echado a perder los caminos.....

Pero la brega continúa, y no hay señales de que avancemos; creo que será mejor bajarnos, y aliviar el carruaje de nuestro peso, para que pueda arrancar y subir la cuesta.

De común acuerdo lo hacemos todos los viajeros; felizmente la noche está serena, las estrellas chispean en un cielo de un azul profundo, y este pascito no nos sentará mal. A mal tiempo, buena cara.

Vencida la dificultad, volvemos a acurrucarnos en los rincones del coche, y apesar de nuestra buena voluntad, no nos decidimos a renovar esta hazaña en la primer Portilla, en donde el buey vuelve a negarnos sus servicios. Pero ahora enganchan parejas de bueyes, y gracias a este socorro, nos ponemos en marcha.

La luz de la mañana nos sorprende pasando la segunda Portilla.

El imponente puerto estaba vestido de gala, como para festejarnos a nosotros, ó tal vez al año que empieza. Tábanos de nieve de deslumbradora blancura vestían sus áridas crestas, y gravosas cascadas rompían aquí y allá la grandiosa monotonia del paisaje, haciendo brillar con mil colores el verde musgo y las negras rocas. Estas deben ser muy tristes <sup>montañas</sup> en verano: pero ahora, con este sol naciente y esta nieve immaculada, tienen un no sé qué de reposado y grandioso que habla a la imaginación.

Convencidos de que gracias a los percances de la noche no llegaríamos hoy a entajar con el tren de Lamora a Alpe d'Uz, nos decidimos a descansar y almorzar en A.... aldiita situada al extremo mismo de la segunda Portilla.

Nos bajamos en el meson, en donde nos reciben dos lindas muchachas, frescas como la nieve que tanto me gusta, y que con una afabilidad encantadora empiezan a preparar nuestro chocolate, mientras que todos los viajeros nos ague-



panos alrededor del hogar, donde chisporrotea y eruge un haz de carrascas.

Es inútil añadir que charlamos con las huéspedes; y charlando descubrimos que la más bonita de las dos es la sobrina del señor cura de A... y la otra su criada.

— Con que te han quitado el estanco, chiquita? preguntó el mayoral a la sobrina.

— Mire usted! contestó ella sin dejar de remover el chocolate. Y por cosas de elecciones. Como el señor no votó en el Gobierno...

— ¿Con quién votó el señor cura? dije yo a mi vez y en voz baja a la criada.

La muchacha levantó sus grandes ojos negros, me miró con sorpresa, y replicó en voz vibrante:

— ¡Con los carlistas! Aquí todos lo somos, hasta la muerte.

— Tampoco faltan allá abajo, lo dije yo, y cambiamos una sonrisa de simpatía.

Ella siguió preparando el desayuno, pero con más vivacidad y alegría que antes, si cabe.

Almorzamos en un cuartito cuya abierta ventana cae sobre una cascada copiosa, cuyo ruido parece acompañarnos y animar aquellas mudas montañas.

Quando subimos al carruaje no ~~puede~~ <sup>se</sup> menos de mirar con interés el grupo que ~~forma~~ <sup>forman</sup> las dos muchachas y el ~~cura~~ <sup>avermojado</sup> cura de blancos cabellos, apoyado en el ~~borde~~ <sup>reborde</sup> de su puerta, y enviándonos una señal de despedida.

El paisaje comienza a ser árido, y los interminables llanos de Castilla fatigan la vista con su ~~monótono~~ <sup>sech</sup> monótono ~~aspecto~~ <sup>brigo</sup>. En ~~los~~ <sup>los</sup> ~~copados~~ <sup>copados</sup> castaños y de las risueñas aldeas gallegas, desfilan ante nosotros pueblos ~~de~~ <sup>con</sup> casas grises y terrizas, a cuyas ventanas se asoman mujeres de rostro moreno y dientes blancos como la nieve que nos ~~miran~~ <sup>miran</sup> pasar con curiosidad.

He aquí, entre las brumas de la tarde, las cimas

## Párrafo 2.º

montuosa de Puebla de Sanabria: he aquí su antiguo castillo, que atrae mis miradas y encadena mi alma.

Me parecía ver á don Rodrigo de Sanabria, señor del castillo y de la Puebla entera; defendiendo aquellos lugares que había habitado; aquel leal vasallo, tan fiel á su Rey don Pedro el Justiciero, que no le abandonó ni en su adversa fortuna, ni en su trágica muerte, se me aparecía armado de todas armas, y á la cabeza de un séquito brillante: el sol poniente lanzaba reflejos de color de sangre sobre las cotas fulgentes, las afiladas lanzas, los ricos estandartes, y las flotantes plumas de los cascos; oía el sonoro golpeo de las herraduras, los relinchos de los corceles, el crujir de los arneses, y .....

— ¡Quieren Vds. cigarrillos de á tres cuartos? —

Esta interpelación, que nos lanzó desde el camino un sapoquero de trece años, me arrancó mis ensueños, y solo quedó ante mí el viejo castillo abandonado, sin ginetes, corceles, ni rubia castellana asomada á sus ojivas.

Pregunto quin habita la fortaleza.

— Un capitán, me responden, lo ocupa por orden del Gobierno.

Para completar mis torturas, me alegré de que fuese un militar el que habita el viejo castillo, pues confieso ingenuamente que el saber que lo ~~hubiera~~ destinado á juzgado, escuela, ó casa así, me hubiera despertado otros melodramáticos torreoneros. ✦

Para disculparme, debo añadir que el castillo de Sanabria conserva la más completa fisonomía de edad media que pueda desear un artista. Nada le falta: atalayas, puente levadizo, patio de honras, balcón de hacer justicia; todo es grandioso, sombrío, todo trasporta la imaginación á muchos siglos antes de este nuestro ilustrado y próspero siglo, como dicen los periódicos.

En la erguida frente del torreón se envolvía en las nieblas de la tarde, y aun mis ojos seguían con amor su majestuoso conjunto.

He dormido todo el resto del camino hasta Larnoua, y hemos entra

do en la ciudad de Vellido Dolfos a las ocho de la mañana, con doce horas de retraso.

## Lamosa.

Lamosa conserva, si semejanza de Toledo, un extraño carácter de Edad media. No han abandonado aún sus habitantes el sayo, la caperuza y las abarcas del villano antiguo, ni sus lindas mujeres salen a la calle sin la característica mantilla sayaguera, de vivos y vivos colores. Cuando digo que las lamosanas son lindas, no hago poesía, sino que consigno una gran verdad; blancas, pelinegras, con ojos de azabache, y sonrosadas mejillas, forman un tipo en que el Norte y el Mediodía se han combinado armoniosamente y lucen a competencia. Realza su gentileza la mantilla que he citado, que cubre desde la cabeza hasta los muslos, y en la cual se embogan con soltura, una sarta de cuentas de vidrio como ~~por~~ debajo de las poblados rodetes de bromas negras, ~~gritando~~ <sup>señalando</sup> semillar del país; una saya corta, oscura, ciñe el airado cuerpo, y un pulido zapato y una media azul en las solteras, negra en las casadas y viudas, completas este pin ~~torcido tipo~~.

Como el tren no saldrá hasta las <sup>ocho</sup> ~~ocho~~ de la noche, tenemos tiempo de ver en detención Lamosa. En consecuencia, hemos aquí, después de haber almorzado y reparado el desvíden que dos largos días de carruaje ocasionan en la toilette, recorriendo la vieja ciudad en todos sentidos, no sin que los chicos abran lamana boca al ver que nos paramos ante algún vetusto edificio, y nos tomen por franceses, ingleses, o cómicos, cosas que por lo visto tienen para ellos muchos puntos de contacto.

Hay ciudades que se condensan en un hecho, en un recuerdo, en un nombre. Toledo en Carlos V, la Gorguña en María Pita, Valencia en el Cid, Lamosa en doña Urraca. Hay el asno de doña Urraca, el alcázar de doña Urraca, el busto de doña Urraca.

En cuanto a Villido Dolfos, por un castigo digno del Dante, no ha quedado del traidor ni aún la memoria, y trabajo me costó que me indicasen el emplazamiento del portillo en donde clavó al Rey don Sancho el famoso venablo.

En vano busque <sup>también</sup> una tumba, una inscripción que conmemorase á los Ordóñez de Lara, esos épicos campeones de Lancia, que sostuvieron aquel terrible reto que alcanzaba "á las aguas, á las piedras, á los aires, á los muertos y á los que habían de nacer." Sus huesos dormirán en algún polvoriento rincón de alguna iglesia, y las arañas hilarán sus redes con paciente tenacidad sobre su olvidada tumba.

En cambio no me costó trabajo hallar el antiguo palacio del obispo abaciano, aquel prelado discolo y guerrador que manejaba la espada con tan gentil talante como <sup>levaba</sup> la mitra, y á quien el abate de Ronquillo colgó de los hierros de su prisión por haberse puesto al frente de las Comunidades de Castilla. He aquí también la gótica fachada de la Inquisición, y el palacio del conde de Peñonostro, que el pueblo, poeta por instinto, llama de las Golondrinas, sin duda por que estas inocentes avecillas hacen sus nidos en las bocas de los muros de piedra que guardan su fachada.

La catedral, fuera de la magnífica cornisa, del más puro Renacimiento, que <sup>adorna</sup> ~~guarnice~~ interiormente <sup>el frontis</sup> ~~el frontis~~, y de la sencilla ~~delicada~~, cuyas esculpturas son de gran mérito, no ofrece nada de notable. Rezaremos un credo al señor de las Orjuías cuya milagrosa imagen se venera allí, y vamos á ver las orillas del río y el puente.

El puente, moderno, no me detuvo mucho, y después de haber saludado la cabeza esculpida en piedra que el pueblo llama "el retrato de doña Urraca" y que corona un arco antiquísimo, creo haber llenado á conciencia el deber del viajero, de verlo todo y á destajo.

Solo me falta apuntar una tradición.

Hay en Lamora una fuente que se llama de las Llamas, en donde dicen que hubo en otro tiempo un volcán, que en un día

dado, creo que el de la estatividad del Senés, se trajo á nuestros del pueblo afligido, en ~~una~~ fuente de agua pura y fresca que vemos hoy.

Si viene algun sabio geólogo á decirme que el terreno de Lamoira no es plutonio, y que por consecuencia, la formacion volcánica es imposible, <sup>Me</sup> <sup>la</sup> <sup>X</sup>, le agradeceré su buena intencion, pero le daré el consejo de que no se dedique en su vida á la poesia.

Las ocho ya! el omnibus de la estacion vá á salir, hom'emos le á toda prisa, ó arriesgamos quedarnos un dia más con don'a Urraca y el obispo Acuña.

He'nos aquí ya en marcha para Burgos, instalados en un cómodo wagon, en compañia de una porcion de caballeros que no se han visto en su vida, pero que con la genial franqueza española comienzan á charlar.

¿De qué hablaban? dirá alguien — ¡De qué ~~hablan~~ ocho españoles reunidos, vino de política?

Imitando el ejemplo del mayoral, los viajeros <sup>estaban</sup> un sayo á la gloriosa, que no habia más que pedir; se enzarzó la discusion sobre la cuestion reformista, y á un pobre idem que se abrevió á emitir su opinion, le trataron (y pienso que no sin motivo) de mal español, ~~mal~~ <sup>mal</sup> busteros, y otras lindezas; y á todo esto el sueño se apoderó de mí, y me dormí seroiendome de arullo las palabras libertad, Congreso, Castelar, Antillas, pronunciamientos, masas inconscientes <sup>la</sup>, para no despertar sino cuando gritaron con una voz bastante ronca:

— Burgos! veinte minutos!

Y saltando á toda prisa del wagon, nos lanzamos á recoger el equipaje.

Burgos.

Diego 3.<sup>o</sup>

— Un coche, señores, para la fonda de la Rosafaela!

— Venga.

— Recoja V. el equipaje.

— Al coche, al coche!

— ¡Lúí frío!

— ¡Brrr!

Y nos encaramos en el omnibus trisitando y excediendo nuestros de sueño, y el conductor exclama; ¡espónela, Púlio! X<sup>a</sup> y yo para no sucumbir al deseo de dormir, entablo conversacion con mi vecino de la derecha que es un militar (no diré oficial, porque no he pasado de la graduacion)

— ¿Cieren Vds. teatro en Púrgos?

— ¡Muy bueno por cierto.

— Lo veremos mañana.

— Pero no hay compañía.

— Ah! entonces, no es fácil verlo. Pero, ¿por qué no hay compañía?

— Porque en este pueblo todos son carlistas, uscurantistas, fanáticos, y no van al teatro.

— Pero en cambio irán á la iglesia, y tendrán paz y alegría en sus casas? ¿h?

— Lo que es eso, sí; hombres de bien á carta cabal; y a los burgaleses tienen esa fama.

He aquí la fonda, me despido del buen oficial partidario del teatro y leal enemigo de los fanáticos, y me voy á encontrar una buena cama que no sobra después de cuatro noches sin sueño.

A las doce de la mañana hemos descansado, almorzado, arreglado nuestro traje y vamos á salir para ir misa en la Catedral. A mi vuelta continuaré este diario.

¡Qué hermoso día! Qué impresiones tan profundas, nuevas y solemnes! Qué catedral tan espléndida la de Púrgos,

1

Pero los detalles que se agolpan bajo mi lápiz necesitan ser puestos en orden y me recojo para hacerlo.

Empezaré diciendo que he entrado en la Catedral sin misarla, afán de poder prestar atención á la misa, que hemos visto en la capilla del Santo Cristo, rodeados de Burgaleses encapotados en sus trajes de paño pardo. Solo cuando, después de la bendición, la gente se dispersó y quedó la nave en silencio, permitiéndome mis ávidas miradas que penetrasen en aquel conjunto inexplicable de riquezas religiosas y artísticas.

Quién quiera que seas, ateo ó deísta, mártir infeliz de la duda ó hijo venturoso de la fe, si tienes una sola chispa del fuego sagrado del arte, de la reflexión, de la facultad de pensar, y de la de admirar, hermosas umbras, cuando entres en una catedral como la de Burgos, descúbrete! Si no te descubres por el dios que ha inspirado el poema, házlo por el poeta que lo ha escrito: si no te humillas ante el rey, humíllate ante el vasallo, <sup>escrito</sup> porque ese vasallo es un rey á tu lado y al mío, y ha ~~escrito~~ una página que tú — aunque te llames Dumas ó Víctor Hugo — no sabrás descifrar, sino te posturas.

Aquellas piedras unidas como el encaje más fino; aquellos altares con sus retablos de prodigiosa altura, sobrecargados de ángeles que toman á los rayos del sol una viveza de tintas que ~~hace~~ <sup>hace</sup> ~~que~~ <sup>que</sup> van á mover sus alitas; aquellos evangelistas que con misteriosa sonrisa extienden largos pergaminos cubiertos de letras góticas; los sepulcros en donde duermen inmóviles, en la paz del señor, caballeros cubiertos de burro y damas de largos trajes; las esbeltas y atrevidas columnas, las puertas de roble con profijas escultóricas, todo en fin! respira una calma tan profunda, una grandeza tan exenta de las pretensiones que ~~exhiben~~ <sup>exhiben</sup> las frágiles obras del hombre, que se siente deseo de decir, como Santo Tomás: Verdad es amén te que eres tú, Señor: te he reconocido.

Para analizar este diamante en todas sus facetas recorriremos primero por dentro la basílica, y en seguida la ad

mirásemos esteriormente subiendo a la torre de las campanas.

Si la Catedral de Brúgus es una joya, la capilla que llaman del Condestable es la joya de la Catedral, y cuando el guardián abrió la pesada verja de hierro que la protege, corrió a las gradas del altar, me abalancé y la miré con un éxtasis profundo. No hay un detalle, una piedra, un trozo de madera en esta magnífica capilla, que no merezca emplear el lápiz del dibujante, y la pluma del narrador.

Esta capilla, perteneciente al duque de Frías, ha sido fundada por el Condestable su ascendiente. Véase en el centro su sepulcro, de basalto rojo, hecho de un solo trozo: y sobre él reposan las estatuas yacentes del Condestable y de su mujer, escultura de mármol blanco de un raro mérito y de una riqueza de ejecución y detalles imposible de describir, lo mismo que lo es el resto del adorno de la capilla, en donde las esculturas, las pinturas, los tallados en madera, todo es inimitable. Por una galantería caballeresca, la mitad de la capilla está dedicada a la mujer del condestable, y solo tiene imágenes de santas; en la otra mitad están los santos, colocados por el fundador.

Pero la soberbia capilla aún nos reserva otra sorpresa: nos hacen pasar por una puertecita baja, y nos introducen en una sacristía, en donde después de habernos enseñado las ricas alhajas, cálices enajados de perlas, relicarios de diamantes &c. que pertenecen a su dotación desde muy antiguo, abren un pequeño armario y veo la más hermosa Magdalena que se puede soñar, debida a Leonardo de Vinci.

¿Quién no conoce los retratos de la Jovonda, de esa mujer tan original en su belleza, de ese tipo inimitable y que tal vez no se reproducirá jamás? ¿Quién no ha gravado en la imaginación su sonrisa que parece prometer, ignorar, las cosas más contrarias enfin; que no se puede clasificar con exactitud, puesto que a veces parece un ángel de luz y otras se cree ver un ángel caído? La Magdalena de la Capilla del Condestable es la misma Jovonda.



pero mil veces más encantadora que la del museo de Madrid, y creo (dentro de poco me convenceré) creo que más también que la del Louvre. Está idealizada: sus ojos húmidos se alzan al cielo: su brazo y su mano, dignos de Frasitales, se apoyan en su garganta que parece recibir la undulación del aliento: y, libre y flotante, se esparce por ella esa cabellera que ni es rubia, ni castaña, ni negra, que creo firmemente imposible de copiar, y cuyas ondas menudas dejan entrever los hombros de la hermosa aserpentada.

¿Qué cuadro tiene aquí el duque de Frías?

Como para proponerarnos contrastes, nos conducen a la sala capitular, en la cual tuvo exítes San Fernando, y que se conserva tal como estaba entonces, con su antiquísimo artesonado; y allí vemos el Cristo de la Agonía, pintado por el Greco. Aunque Levaras de Venis me ha acostumbrado mal, no puedo menos de admirar el Cristo, cuya expresión es desgarradora, cuya ejecución es magistralmente bráquica.

~~Hay~~ <sup>un</sup> en la antesala capitular, <sup>un</sup> veigésimo ar-  
 He aquí nos presentan como ~~un~~ cofre del Cid, por que es tra-  
 dición que el buen Campeador lo dió lleno de piedras a unos  
 judíos, haciéndos creer que era oro, y debió su libertad a esta  
 estratagemá hasta primitiva; y he aquí, en el suelo, una modesta  
 tumba, en donde reposa; cuánta púetica memoria! el don de  
 don Enrique el Doliente!

Otro nombre a la vez histórico y legendario: en la misma antesala, la tumba de los Condes de Lara. La figura de la Condesa, esculpida en mármol, tiene extraña expresión de dulzura y de reposo.

En cuanto a la tan famosa imagen del Cristo, que nos han llevado a ver en seguida (aunque durante la misa ya lo habíamos podido contemplar) es como la mayor parte de las imágenes de la época: fervorosa, creyente y sencilla que representa: es decir, un escultor clásico trallaría mil defectos que se le veían en él, pero un verdadero artista preferiría siempre

ARQUIVO

Díptico 4.<sup>o</sup>

sus sombrías entonaciones, la dolorosa expresión de su rostro, y hasta el largo faldellín simétricamente plegado que lo viste á los Cristos académicos y estudiados que el arte moderno ha producido. Para hacer comprender mejor mi idea, que es tal vez contraria á todas las nociones de lo que se ha convenido en Namur arte, buscaré un ejemplo — Si, de noche, me quedase sola á rezar en la sombría capilla, á los pies del Cristo, un este movimiento de terrores sobrenaturales recorrería mis venas: me parecería que la imagen iba á estender sus brazos desmaestrados, á abrir sus ojos hundidos, que sus llagas brotaban sangre, que sus pies sagrados se torcían bajo el desgarramiento de los clavos. Si por el contrario tuviese delante una magnífica imagen debida al cincel de Piquer ó de Poncio Ponciano, rezaría pacíficamente, y diría al salir: ¡Qué gran escultura! qué estudio de mis culas! qué <sup>conocimiento</sup> ~~entendimiento~~ del modelado <sup>tiempo</sup> ~~trabajo~~ este artista!

Para resumir más aun mi idea: el Cristo de Burgos hace ~~sentir~~ sentir y creer: qué importan las reglas de la escultura? las lágrimas vienen á los ojos, la oración al labio, el respeto al alma; es Jesús de Nazareth, es el dios moribundo, aunque no sea un modelo; es toda la fe viva de los pasados siglos sacrificando las aspiraciones abencioenses de la forma á la idealización ascética del alma.

He rezado largo rato.

No estarían completas mis noticias acerca de la Catedral si omitiese dos recuerdos, sangriento el uno, ingenuo y risueño el otro, que viven en sus bóvedas sin inquietarse.

El recuerdo sangriento es la puerta y escaleras donde fue muerto y arrastrado el infeliz gobernador de Burgos en el año 68. Este crimen, que el gobierno atribuyó al pronto á clases y personas hasta inocentes de él, y ~~durante~~ cuyos posmenores se apresuró después á envolver en un profundo misterio — pues los revolucionarios saben ser inquisitoriales cuando lo hallan conveniente — fue

cometido en el momento en que esta autoridad iba a hacer una lista para incautarse de las imágenes, platos y alhajas de la Catedral dando (según se dice) la señal de haberse una persona movida por resentimientos privados que no analizarse.

— Aquí saltó la sangre, dijo el que nos enseñaba aquel lugar señalando una piedra del pavimento, próxima a la puerta.

Sangre: qué frase debajo de aquellas santas bóvedas! Vámonos aprisa, aprisa, al recuerdo nuestro.

No es difícil adivinar que se trata del célebre Papamoscas de Burgos.

¿Quién es el español que no ha visto citas o citado este estrambótico personaje? ¿Quién es el que no ha dicho al ver a otro parado con aire poco inteligente: Parece el Papamoscas de Burgos?.

No es otra cosa más que un muñeco vestido de colorado, que está encima del reloj, y que al dar este la hora, mueve el brazo y abre la boca haciendo mil visajes.

Pero así y todo nos obliga a detenernos y mirarle, no sin interés por parte mía, que admiró la robusta y creadosa similitud de una época que se divertía con cosas como el Papamoscas a la vez que fundaba maravillas como la Catedral de Burgos.

Vámonos a emprender la ascension a la torre, afín de poder dominar los detalles de la cúpula y de toda la arquitectura del edificio.

¡Hemos llegado arriba fatigados, pero el panorama que disfrutamos compensaría un cansancio mucho mayor.

A nuestro alcance, la afiligranada y soberbia cúpula, recordando sobre el cielo las aéreas aristas de sus pináculos, estatuas y finisimos calados; cúpula tan delicada, esbelta y gallarda; tan proliza en sus detalles, tan grandiosa en su conjunto, que Carlos V dijo de ella "que debiera estar só una funda, y nos trase los días solemnes como rasa y preciosa cosa". — ¡Ya que de la cúpula se trata, preciso es contar su historia: el arquitecto que la construyó absorto en la concepcion de su obra, venia todos los días a ver como

adelantaba: ya se acercaba el momento de quitar la armazón que la sostenía, la mariposa iba a salir del capullo, y el artífice, sobre cogido de temer, vacila: se decide por fin: la armazón es removida y cae enfín... el alma del creador de aquella maravilla está colgada del ruido de las cuerdas... véese en aquel instante un espantoso crujido... y el infeliz lanza un grito, un vértigo se apodera de él y sale corriendo de la iglesia... Nunca se ha vuelto á saber del il. (Histórico).

Sin embargo su obra no se había desplomado, como él creyó apesar del crujido, se sostuvo y se sostiene siendo la admiración y el encanto de los que la ven. El cabildo, que debía al infeliz arquitecto un tercio de su salario, instituyó una misa por su alma que se celebra todos los años el día del aniversario de su fuga, pagando así piadosamente su deuda.

Desde esta altura Puñgos parece un abigarrado tapiz la niña del torrero, que es una criatura preciosa, una verdadera gitana de ojos negros y pelo fosco y despeinado, nos señala los puntos más notables de la ciudad, que se dominan todos desde aquí, como un pensamiento austero y santo se eleva siempre por cima de las pasiones humanas.

La tarde baja, una niebla azulada envuelve las montañas. Hoy no podremos ver ya nada: el día se nos ha pasado en la Catedral, y será preciso que nos quedemos mañana para visitar la Castuja y las Huelgas.

Hoy día de Reyes, el tiempo está magnífico, hemos descansado de nuestra ascension de ayer, y vamos á salir para las Huelgas en un coche, cuyos caballos relinchan de impaciencia en el patio de la fonda. Para hablar con más exactitud, vamos primero á la Castuja y luego á la vuelta conoceremos el antiguo monasterio.

Seguimos las largas calles de álamos que rodean el río y, despues de media hora nos bajamos en la Castuja.

He aquí en la puerta una buena viejecita que

nos dice con su puro acento castellano: Van ustedes á ver el convento, señores! Antes los frailes nos daban siempre limosna: pero ahora ....

Y sacudió su cabeza cana.

Le deslicé una moneda en la mano, y entramos en el espacioso patio.

Qué abandono el de estos fríos claustros! Qué mucho silencio, como dice el enérgico Rioja, en estas celdas vacías!

Y el pobre jardín, que cada monje cultivaba, y que sería en otro tiempo tan alegre, tan pacífico con sus casentras enarenadas y sus flores custodiadas por el grave murete, y hoy es un páramo lleno de zozgas y ortigas! Oh qué glorioso triunfo ha sido echar á los monjes! qué conquista ha hecho la civilización con destruir el asilo del pecador arrepentido, del sabio modesto, del filósofo cristiano y del desvalido huérfano! Ya no huella la sandalia aquellos pavimentos de mármol: las obras del arte, las tesoros de la ciencia, que allí habían hallado un asilo, adornarán á estas horas la galería de un rico banquero, ó alimentarán la sórdida chumescra de un vatero ignorante. Solo un pobre y viejo lego, medio atentado á fuerza de años y de aislamiento, nos condujo magnanimemente á través de las solitarias celdas, sonriendo de un modo infantil al enseñarnos las.

En la iglesia, que es de gran mérito, se alza rodeado de una verja el magnífico mausoleo de don Juan Segundo y su esposa. Esta obra maestra de estilo gótico, cuyas elegantes y ricos contornos encantan la mirada, está destruida, mutilada, ultrajada, desde la invasión francesa en 1808. Las lindisimas figuritas de ángeles que en actitud de orar lo rodean, no tienen cabeza, ni brazos, en su mayor parte. Pero así y todo no creo que se pueda hallar un sepulcro más espléndido.

Con la estatua del fundador San Bruno, que es una cabeza inspirada, esto es lo único bueno que conserva el

Diego 5.º

pobre desolado monasterio. La inercia y la codicia se han disputado lo demás.

Seguimos de aquí á las Huelgas, el antiguo convento de estas monjas aristocráticas, que llevan al claustro los hábitos de distinción inherentes á su nacimiento, y cuya regla benigna nos permite hoy verlas rezar en el coro al través de una reja, formando uno de los cuadros de más solemne serojimiento que he visto jamás. Muy poca distancia las separa de nosotros: sentadas en los altos sillones del coro, con su traje blanco y talas, su respetado continente y su ceremonioso modo de cantar, tienen una poesía grave que aumentaba el sol penetrando al través de las ojivas, las sombrías esculturas de la iglesia, los dos sepulcros de piedra con sus estatuas encima que ocupan el principio de la nave, y la joven novicia que de pie cuidaba de encender las luces de los altares.

Aquello merecía un gran pincel, como el de Claudio Buello, conocedor de los contrastes que forma la luz en las altas arcadas y en los majestuosos interiores de las iglesias: pero una pluma, aunque fuese la del melancólico autor de "El claustro de los Adela", no podría dar cuenta de la impresión producida por aquel canto austero, sin ritmo musical aparente, sin apasionadas vibraciones, elevándose tranquilo y puro como debe el alma ante el Señor.

Los recuerdos de las Huelgas — aparte del edificio cuya antigüedad é historia le hacen notable — son el púlpito antiquísimo y Giratorio en que predicó San Vicente de Paul, y el sepulcro de la Infanta doña Constanza, que afirman se conserva intacta con su hermoso cabello rubio que la cubre casi toda. No hay para qué decir lo que yo hubiera deseado levantar aquella losa, pero las buenas Huelgas la han puesto á prueba de indiscreto colocándola en la parte del coro que les está reservada y en que el público no entra.

De las Huelgas pasamos á ver en el Consistorio de

Búrgos el sillón en que Nuño Rasura y Lain Calvo, jueces de Castilla, se sentaban para hacer justicia: sillón de sencilla y de primitiva forma que arrancaría hoy una sonrisa de desprecio á un portero del ministerio de la Gobernación, si le invitasen á sentarse en él. Sin embargo, que conueto de glorias patrias, de heroicos hechos, de patriarcal gobierno hizo resonar en mis oídos este pobre sillón!

x También guarda el Consistorio con religioso respeto - dando en ello una alta prueba de inteligencia y amor patrio - los restos del Cid y Jimena, en una lujosa urna de cristal. Unidos en muerte como en vida, el héroe legendario, personificación grandiosa del antiguo valor español, y la hermosa castellana, reposan en la ciudad natal del noble Rodrigo. El Cid es acaso la figura histórica que he estudiado con más interés: largo rato me apoyé en la urna contemplando sus restos y buscándolo involuntariamente con la mirada el hueso de aquel brazo temido de los árabes y el de aquella cabeza que se humilló antes un rey ingrato, "porque era su rey y señor natural."

Para completar los recuerdos del Campeador, al salir del Consistorio no hallamos nada mejor que dirigirme paseando al solar del Cid, que es el punto en que su padre, Fernán Díaz tuvo su casa, y en donde probó el valor de sus tres hijos apretándose la mano, hasta que Rodrigo el más joven dijo con la sencilla energía que le presta el romance:

Soltad, padre, emborramala:  
si no fuéades mi padre  
diérais una bofetada."

"¿Cu me vengaráis, dijo el viejo, y en efecto poco después el Cid traía á su padre la cabeza de su ofensor el conde Lozano, padre de su amada Jimena.

Señalan el solar del Cid tres puntos con sus escudos, y una inscripción conmemorativa.

Creo que con esto y el asco de Fernán Gonzalez, hemos

conocido bien el antiguo Burgo, y que podemos dar un vistazo al Burgo moderno.

La tarde está hermosa, vámonos á pasear al Espolon.

A fuer de día de fiesta, el paseo está animado, y las burgasas se han lanzado á la calle con sus mejores galas.

Siento no poder dedicar á la parte femenina de Burgo el mismo madrigal que á las zamoranas; tal vez lo riguroso del clima — pues hay que advertir que Burgo es lo más frío de España — marchitará su cutis; el caso es que en general valen poco.

Hago una excepción en favor de la gitana que nos enseñó la torre de la Catedral.

Ahí es preciso que apunte un anuncio que he cogido hoy al vuelo yendo á la Cartuja. Hélo aquí sic.

Venancio Salinas

el feo.

Posada.

Otro apunte para los que vayan á Burgo: la fonda de la Rafaela es muy cómoda y limpia, y sirven un queso y una cuajada de Burgo que recomiendo á los golosos.

Volvámonos á casa. Mañana saldremos para Victoria.

Escribo esto, me asomo á la ventana y veo que hace un soberbio claro de luna: Qué hermosa debe estar la Catedral á esta luz tranquila y plateada!

No he podido resistir al deseo de aprovechar esta serena noche, y no me pesa. La Catedral, imponente de día, es fantástica de noche con la luz de la luna resaltando en perfiles vaporesos sus dos cúpulas y sus mil agujas y estatuas. La calma profunda que envuelve á Burgo, turbada solo por el ruido de nuestras pisadas y por el murmullo de la fuente del ~~antico~~ plaza, añaden encantos á esta expedición nocturna.

Verdad es que hemos cogido mucho frío y que al volver á casa nos dan una mala noticia.



Los maquinistas del ferro-carril se han declarado en huelga, y no circulan trenes de viajeros.

Es pues muy probable que vamos á misermos de viejos en Puigós.

Esto de las huelgas es uno de los muchos frutos secos del árbol de la civilización, que podría ser tan lozano si hubiese quien lo podase convenientemente! Fruto seco, ó más bien fruto envenenado, cuyos amargos efectos sufre la sociedad impotente para neutralizarlos.

Con los pies puestos en el brasero, se me están viniendo á la imaginación las consecuencias que puede tener la huelga general, la huelga ministro, si llega á realizarse.

Me parece ver á uno de estos importantes personajes notorios — el general Serrano, versuigracia — despertando y diciendo — Fulano! el chocotatero!

— Señor, no puede ser: el chocotatero de V. A. se ha declarado en huelga, como todos sus compañeros.

— Pues tráeme un caldo.

— El cocinero de V. A. está en el mismo caso.

— Dame agua para lavarme.

— También está en huelga el agua, es decir, los aguadores.

— Ah! voy yo á decirles á toditos cuántas son cinco! Veng an mi bata y mis zapatillas!

— V. A. se dignará tomarlas por sí mismo, porque yo pertenezco á la huelga de los sirvientes y no puedo trabajar.

— Vete con mil diablos!

¡Sería de ver al héroe de Colveta levantarse, ir por sí mismo á la cocina y freir una tortilla ó unas magras de jamón....

Veremos de salir mañana en el expés, dado caso de que el expés salga, y dado caso que lleve viajeros.

Hasta mañana pues y buenas noches.

Diego 6.º

Salida de España.

Heinos aquí ya en camino. El expreso salió por fin á des-  
pecho de la huelga, y vistas las circunstancias hemos renuncia-  
do á detenernos en Vitoria, que acabamos de dejar atrás con  
su risueño aspecto, su gran paseo y sus blancas casas, después  
de saludar en la estación á un amigo.

A medida que nos acercamos á Alsásua, nos  
susurran mil rumores alarmantes. Dicen que vamos á encontrar  
las tropas carlistas, que cerca de Oñate acaban de tener un en-  
cuentro con los miqueletes, matando é hirviendo cuatro. En el mismo  
tren que nosotros — y creo que de incógnito — va el general espresiones  
que se dirige á tomar el mando de las Vascongadas.

He aquí Alsásua, y las Amézvas, nombre  
glorioso en los anales carlistas.

Muy diversos comentarios se hacen en el vagon  
acerca de los incidentes que pueden sobrevenirnos. Quién muerto  
de miedo cree ver en cada rama de árbol la boina de un temible  
partidario, quien con el corazón palpitante se inclina á la  
puertecuela para verlos mejor.

— Le adusta á V. la idea de encontrarse una partida? me  
pregunta un viajero.

— No señor.

— Pues mire V. á mí una vez me detuvieron... Fue cuando  
la primera vez, después de la Revolución.

— Y le hicieron á V. daño?

— No por cierto. se limitaron á gritar: "Aquí todos somos  
hermanos! Afuera el extranjero!" Venían exhaustos de fatiga y  
muertos de hambre; qué fisonomías! Tres días llevaban sin comer.

— No les exigieron a Vds. dinero?

— Ninguno: Cojieron la correspondencia oficial; qué gente más fanática!

En efecto, pensaba yo, qué fanatismo, qué noble, hermoso y sublime fanatismo el que hace que unos pobres mugos en el tos y con hambre no pidan a un tren que está entre sus manos más que la correspondencia del gobierno!

San Sebastián! ya estamos en un terreno en que dicen que no tenemos nada que temer de los fanáticos que no hacen daño ni piden dinero.

Nada tan risueño como San Sebastián en este hermoso día en que la naturaleza parece haber agotado todos sus esplendores y el sol todos sus rayos. Hasta aquí el paisaje ha sido áspero y melancólico, encajonado entre dos escarpadas montañas. San Sebastián, el coquetón bañista, con su blanco caserío su mar azul y rizadito, sus palacios, fábricas y jardines, nos indemniza plenamente, lo mismo que el gracioso Pasajes, que es una reproducción en pequeño de San Sebastián, y el paisaje se nos presenta bajo su verdadero aspecto, esmaltado de fábricas de fosforos, de blancas casitas, con alguna soberbia posesión de vejez en un ardo, adornada de los verdes pinos, magnolias y camelias de sus elegantes jardines ingleses.

La altiva cumbre de los Pirineos se dibujaba en el horizonte, y nos acercamos con gran rapidéz a la frontera, pasando túneles y más túneles, cuyas rápidas transiciones de la luz a la sombra y de la sombra a la luz nos hacen apreciar más la espléndida alegría de aquel hermoso día.

Aquella vida, aquella luz, aquel sol, aquella rápida marcha del expés, me deslumbraban, me producian una embriaguez de existencia, y me hacian olvidar la idea — siempre amarga — de dejar la patria. Crucé el Bidassoa sin advertir que penetraba en extranjero suelo, y solo cuando en Hendaya vi cantar la estacion en francés, vi un gordo gendarme que nos

pedía el pasaporte, y distinguí en torno mío una multitud exótica comprendí que ya no estaba en España y mis miradas se volvieron con una tristeza y amor hacia la patria frontera.

¿Qué tontería! Acaso no viajé yo por gusto?

¿Por qué este sentimiento de melancolía que se ha apoderado de mi alma sin que tenga yo fuerzas para alejarlo?

La patria, es la humanidad! dicen con tono deocorato los modernos ideólogos. Será tal vez cierto en absoluto; pero relativamente, yo creo que no experimentaríamos por el resto de Europa esta punzante tristeza.

¿Por qué se ama a la patria? No hallo más que una razón: porque lo es.

Apelo a los enamorados.

— ¿Por qué le gusta a V. Juliana? preguntareis a cualquiera de ellos. Juliana es bonita, es verdad; tiene lindos ojos, boca risueña, talle esbelto; pero ahí tiene V. a Lutana, que vale mucho más! tiene los ojos más grandes, la boca más chica, y unos dientes....

— Verdad es, contestarán, de cien, los noventa y nueve; pero a mí me gustan los ojos, el pelo y la boca de Juliana, porque..... son suyos.

Esta es la lógica de mis sentimientos; España no es perfecta: Francia es más refinada, Inglaterra más industrial, Prusia más fuerte, Italia más artística; pero... no son mi patria.

Tal como es, la amo!

O por mejor decir, la amo tal como fue, cuando conserva ba el sello de su poética individualidad, cuando no había aun tomado del extranjero todo lo malo, y poco, muy poco de lo bueno!

Oh! y cuanto les agradecería yo a los regeneradores, a esa falange ruidosa que trata de medir a todo el mundo por un mismo rasero y de simetrizar las naciones como lo están las estrechas casillas de su cerebro, el que hubiesen ido a

Nouka - Viva ó al diablo á plantear sus bellas teorías, y me hubiesen dejado á mi España tan unida, tan graciosa, tan varonil y sobre todo, tan creyente! como lo era antes de que ellos hubiesen tomado de su cuenta el perfeccionarla! Que me la hubiesen dejado con su fe, con su energía, con su unidad estrecha, con sus hermosos sentimientos, sus características costumbres, sus arosos trajes y hasta con.... sus toros!

Si, con sus toros! Con esa lidia de árabe origen á la cual El Cid Campeador no desdenó prestar su valiente lanza, esa lidia en la cual todo respira sol, alegría, valor y destreza, lidia tan característica que no hay en ninguna parte del mundo nada que pueda parecersele, y tan populares que Fernando VII, el rey absoluto por excelencia, decía que en la plaza de toros era "igual al último de sus vasallos." Pero qué significan estas razones para los adioses del juguete y de las corridas de caballos, esas inocentes y filantrópicas distracciones? No, no, los toros son horriblemente vulgares, y sobre todo, delito inmenso! son españoles!

Estas reflexiones poco benévolas me ocupaban mientras desfilaba el camino de Hendaye a Bayonne, con sus palacios, chateaux y casitas de campo que se nos aparecen un momento para luego perderse en la lejanía, como una esperanza breve que disipa un desencanto.

Bayonne! Bayonne! Bayonne!

Y nos asaltan una multitud de vascos franceses, con su boina como la de los españoles, que gritan ó perfían.

-; Fonda de la Guipuzcoana!

- De la Bilbaina!

- Del Comercio!

X.º X.º

Y nos lanzamos á un omnibus, gritamos "á la fonda del Comercio!" - y al poco rato nos apeamos en su elegante portal después de haber cruzado el lindo puente colgado sobre el Adour.

Pueyo 7.º

## Bayonne.

Bayonne, que hemos revisado después de almorzar, ofrece poco de notable (pues su Catedral vale muy poco, y reciente aún la impresión de la de Burgos, no interesa) fuera del lujoso comercio que sin duda alguna vive, y se sustenta con el dinero español que aquí afluye en abundancia. Así es que Bayonne respira lujo, comodidad, bienestar, y en todos lados se oye hablar el español y todos los vendedores lo saben.

A la noche, no sabiendo hacer nada mejor, hemos ido al teatro. Una compañía bastante mala nos destruyó el delicioso *Domino Nois*, de Huber, cuya hermosa música cantada en falsete y por actores cubiertos de polvos de arroz y con el capete rizado como falderillos, me estaba pareciendo un diamante destinado á servir de clave en una bota. Pido perdón por lo estricto de la comparación; es la primera que se me ha ocurrido.

La concurrencia era bastante heterogénea, y el teatro incómodo y malo. Las señoras ocupaban las butacas, y en los palcos (loges) se pavoneaban multitud de oficiales, haciendo sonar sus sables y hablando alto. A la verdad estaban tan á la vista que no era posible dejar de notar su poco aire marcial: si juzgas por la muestra el oficial francés no tiene ni la correcta y severa elegancia del inglés, ni la soltura desenfadada y airada del español.

Volvámonos á casa y tratemos de dormir para olvidar los trinos desafinados con que nos ha obsequiado el teatro de Bayonne.

Hoy 8, después de tomar una taza de café en compañía de un amable compatriota, el Sr. de M., para el cual recibíamos una carta de recomendación, y cuya franca

recogida no olvidaré, salíamos para Biarritz en uno de los muchos omnibus que á todas horas hacen este trayecto, con el doble objeto de visitar el afamado pueblecito de baños y de saludar al conde general D. de C., para el cual tambien nos habia encargado una visita el mismo distinguido sacerdote español que nos dirigió al Sr. de M.

El camino de Bayona á Biarritz no es más que un prolongado jardín. Parece una decoración de zarzuela; á ambos lados, pulidas y ligeras verjas cubren como trasparente manto el primoroso alio de los squares, avenidas y huertas comera disimamente cultivadas. Palacios, casas de campo y chalets coquetones amenizan el paisaje.

\* Al llegar á Biarritz, la magia redobla; Biarritz es gracioso hasta no más con sus playas agitadas y locas, sus caprichosas y alegres casas, y su lujoso comercio.

Comprendese que en el verano, cuando una elegante multitud llena sus calles y pisa la fina arena de sus riberas, debe estar gentil y orgulloso como un jóven rey.

Ahora (perdoneme el aristocrático Biarritz esta llana comparacion) le está pasando lo que á las maismotas, que duermen en invierno para no despertarse sino con las primeras llamadas primaverales. Solo algunos ingleses y españoles recorren sus solitarias calles. Los ingleses, fantásticamente elegantes con sus trajes ceñidos, su pantalón conchuyeros en la rodilla, su media de color y su bota alta, buscan casa para el verano;

\* Busquemos nosotros la del general.

— Mr. D. de C. ? preguntamos.

— Suban Vds.

Entramos en una salita, y un hermoso anciano, robusto y firme como un jóven de veinte años, se levanta del sillón en que leía un papel español y saludándonos en la patria lengua nos tiende amistosamente la mano. Estrechamos conmovidos á aquella diestra real, y le tendemos nuestra carta

de recomendación.

Después de recobrada con la vista, nos pregunta cariñosamente mil cosas acerca de España, y de nuestro viaje. El valiente veterano ha conservado, unido á la educación más distinguida, la genial franqueza española, y su dulzura casi paternal no tardó en disipar la embarazosa timidez de una primera visita. Nos refirió con su voz de timbre sonoro y simpático varios episodios de sus campañas; ¡ojalá que pudiera consignarlos con sus mismas palabras! Pero <sup>tratare</sup> ~~contiguose~~ ~~des~~ lo ~~acerbo~~ lo más fielmente posible.

— En la otra guerra, nos decía, cuando estábamos prisioneros, no pueden Vds. figurarse qué mal trato sufrían los pobres carlistas. No nos daban más que una ración de menestra podrida; estaban desnudos, y solo se cubrían con una esterilla que les hacía á la vez oficio de mísero lecho. El tifus se declaró entre nosotros, y haría estragos horribles: yo mismo tuve ya puestos los Santos Oleos. Pues bien: todas las mañanas nos traían un carro cargado de vestuario, víveres &c., y decían en alta voz "El que quiera servir en las filas de doná Isabel segunda, que dé dos pasos al frente: en seguida se le darán cinco durros en mano, traje y comida" — Aquellos espectros — por que así lo parecían — eran muchos: pues no hubo uno; ni uno solo! que diese dos pasos al frente!

— Pero hombre, qué fanáticos son los del partido de Vd! me decía el médico que en el hospital asistía nuestros enfermos (que por lo demás no tenían lecho, ni alimento); ¿Quiere V. creer que ayer pasé junto á la cama de un moçeton aragonés, que me dijo con voz suplicante:

— ¡Señor! por amor de Dios! tengo mucha hambre!

— Pues dí, ¡Viva Isabel II! le dije, y te traigo una gallina!

— Más quió morirme! me contestó, y volvió la cara á la pared.

¿Es de comprender que mi alma estuviese suspensa



de los labios del general, mientras me refería estos episodios.

No tardó en darnos una nueva prueba de deferencia y un nuevo placer haviéndonos conocido a su señora, tan buena y amable como él, y a poco rato fueron entrando varios españoles, emigrados todos, y entre ellos el conde de Jé y la conversación se hizo general y acordes, comentando la orden de expulsión del territorio francés que el general había recibido dos días antes.

La Sra de C. me habló de sus hijos, en especial del mayor.

— Si viese V. su entusiasmo! me decía la madre. Él dice siempre: papá, si entras de esta vez, te acompaño sin falta. ¿Quién mejor que yo, tu hijo, prevendría los peligros que te amenazan.

— Y yo, decía el padre, no he temido jamás por mí, y temería por él.

Las horas volaban como minutos, para nosotros. Y como no! aquello era — así lo expresé — algo mejor que la patria, la condensación de la patria: estaba entre españoles, y españoles que creían lo que yo creo, sentían lo que yo siento, amaban lo que yo amo.

Era preciso partir. Me despedí de aquellos amigos de una hora que hubiera querido para toda la vida, o haciendo volver al otro día si no marchábamos. Pedí a la Sra de C. que me permitiese abrazarla, y su respuesta fue estrecharme en sus brazos. Ella tiene su parte de gloria bien legítima ¿las ansiedades no son a veces más terribles que los peligros?.

Hemos vuelto a Bayona y resuelto con gran satisfacción mía quedarnos hasta pasado mañana y volver mañana a Biarritz.

Mei primer pensamiento huyal despertar ha sido para Biarritz. Pero como a las once ya estábamos listos y recorrien

Diego 8.º

do las calles de Bayonne, se nos ocurrió ver antes el magnífico hospital que el sivo Mr. Lormand ayudó a construir.

Tomamos frente al teatro un petit panier, un cestito de alquiler, el basco que lo guiaba agotó las jaquitas y pastinos.

Antes de media hora nos apeábamos ante el Hospital.

Si por fuera el Hospital de Bayonne es un lindo edificio, por dentro es un milagro de limpieza y aseo. El piso está tan primorosamente encerado, las ropas de las camas tan blancas, todo tan en orden, que no es posible dejar de reconocer allí las diligentes manos de los Hermanos de la Caridad.

Visitado detenidamente el establecimiento, recogimos nuestro petit panier, y al poco rato volviamos camino de Biarritz.

No hemos podido ver hoy al general C, ligeramente indispueto, pero no fué menos grata la visita que amenizó su señora haciéndonos conocer a su hijo y a su hija mayores, dos jóvenes de diez y ocho á diez y nueve años. Si el árbol es bueno, la flor es encantadora, y reconozco la justicia de la fama de hermosura y distinción de la Srta de C. Tiene el tipo español, marcado en sus hermosos ojos y en su cintura delgada, y sin tener el cutis curtido y las facciones pronunciadas de ciertos tipos del mediodía, reúne la animación especial de una hija de las comarcas amadas del sol, á la candorosa ingenuidad de las fisonomías del Norte.

Qué hermoso ornamento será un día la Srta de C. para la Corte de un rey legítimo!

Gran trabajo nos costó dejar á aquella simpática familia. Les lei algunas poesías que tuvieron la galantería de oír con gusto; hablamos de España largamente y con amor, como hablan de su país los que están lejos de él; eran ya las cuatro y media, hora de salir para Bayonne, y aun me hallaba en

la meseta de la escalera, estrechando por última vez la mano de la tía de C. sin revolverme a soltarla.

Adiós, playas bulliciosas y cubiertas de espuma!  
Al dirigirles una mirada, los dulces versos de Pastor Díaz  
resucian a mi mente.

No más oí de la gentil sirena  
el conueto divino;  
sino el humbo del mar sobre la arena  
y el ronco son del caracol marino!

7 Ya estamos otra vez camino de Dayonne; tal es la vida,  
lo que ayer era esperanza, hoy es recuerdo, y he ahí los palacios,  
las quintas, los chalets de Biarritz perdiéndose entre los durados  
reflejos del poniente.

Y ya que de palacios hablo, he visto uno, Villa Sofía - el  
más bello acaso del camino de Biarritz o Dayonne, que me trae  
una grata memoria: la de la joven esposa del hijo de los dueños,  
a quien el invierno pasado en Madrid traté con amistosa con-  
fianza.

Llegados a Dayonne, demos un adiós a la ciudad del  
Et dour, y dispongamos el equipaje para salir mañana temprano  
para Burdeos.

Levantarse a las cuatro! Qué perspectiva!

Y sin embargo es prauso, si hemos de pasar de día  
las famosas landas de Burdeos. El otro tren las pasa en noche.  
Redignémonos, pues, y en avant, como dicen aquí!

Las landas. - Burdeos.

Burdeos! Este nombre me trae a la memoria un recuerdo  
de los viejos de colos de vino. Yo no sé por qué, me figuro a Bur-

dicos como un satiro burlesco y maligno, coronado de verdes pampasos y ocupado en exprimir un racimo de uvas oscuras y dulces. Me imajinacion me hace ver un inmens. tonel, y las bodegas, sacantes armadas, de mirada húmeda y sueltos cabellos, bailan alrededor una ronda desenfrenada. Me estoy figurando un plano en relieve de Burdeos hecho un botellas de diferentes tamaños: los palacios son grandes garrafones, y las casas de un solo piso están representadas por botellitas de lióres.

Por supuesto que estas reflexiones exóticas las hago en una esquina del wagon, rebujándome bien en la manta de viaje, puestos los pies en los caloríferos, y luchando aun con el abostolamiento que producen el sueño y el frío combinados.

Y, sin embargo, estamos pasando las Landas, esta maravilla de la moderna civilización.

Mea foi, como aquí se dice, ó par diez, como decimos nosotros, que aunque me atraiga las diatribas, catilinarias y filípicas de todos los utilitarios habidos y por haber, he de decir que no hallo nada en las Landas que merezca que el viajero se moleste en visitarlas.

Es evidente que el saneamiento y cultivo de unas marismas grandes é insalubres es una obra provechosa, meritoria y digna; ni tratase yo de quitar su mérito al que lo hizo, ni de disminuir la importancia de la empresa. Solo que, á la vista, y para ojos profanos como los míos, bastante amantes tal vez de la estéril poesía y del infructífero arbor, las Landas no son otra cosa que unas vastas y monótonas llanuras (algo semejantes á las de Castilla, pero con el agua de que aquellas carecen) sembradas de varios cultivos, y sobre todo de pinares. Vista pues la primera esta con Landesa, están vistas todas. El único detalle que me hubiera interesado de las Landas, que hubiera sido ver á sus pastores y pastoras andando, según su costumbre, montados en unos altos zancos de madera, ha desaparecido

con el saneamiento del terreno, que los hizo inútiles.

En las estaciones hay unos jarritos cuyas magnolias, rododendros y spirias, de brillante follaje y muchas flores amenizan un tanto el paisaje árido que vemos.

De trecho en trecho vemos también una figura extraña, una mujer inmóvil, enteramente vestida de azul y con la mano tendida hacia nosotros. Esta especie de aparición no es más ni menos que la encargada de hacer señal de que la vía está espedita. Es, como si dijéramos, una bandera viva, un farol que se mueve, que puede sentir frío, hambre o cansancio: un poste que respira.

Noe dan lástima estas pobres mujeres.

Como las haldas de pinos, semejantes á quintos en formación, con su imprescindible recipiente de recoger la resina, amenazan durar hasta el día del juicio, creo que puedo dormir un rato.

Abrió un poco los ojos para ver de refilón á Dax, capital de las Landas, tendido en la llanura como un perezoso en un blando lecho, y los volvió á cerrar hasta llegar á Burdeos.

Das estaciones antes, es fuerza volver á abrirlos por completo, antes las exclamaciones de todos,

- Qué bonito palacio!

- Qué chalet tan gracioso!

- Qué viaducto, K.º K.º

Y quieras que no hay que despertar para enterarse de todos los chalets y viaductos posibles.

Vamos á entrar en la magnífica estación de Burdeos.

Mérese este ditado en efecto, es grande, lujosa y cómoda como pocas, y se entra á ella por un bonito puente de hierro.

¡Bajemos, demos á una de estas singulares tarantulas,

## Puego 9.º

cuya caja toca casi en el suelo, las señas del Hotel de España y América, y firmamos la entrada de Burdeos.

El prólogo de Burdeos es malo; sus primeras calles, sucias, torcidas y estrechas, recuerdan las peores de los más pobres pueblos de España; pero á medida que penetramos en el corazón de la población, las calles se ensanchan, el empedrado se hace primoroso, reina la animación, la vida febril de los grandes centros, y el lujoso comercio ostenta sus tentaciones y sus atractivos.

Nuestro alojamiento — que dirige una señora española viuda de un carlista — está en lo más céntrico de Burdeos así es que apenas almorzamos nos bastan dos pasos para hallarnos en el magnífico Cours de l'Intendance, la mejor calle de la ciudad.

Buen se conoce que estamos en la vanguardia de París, nadie puede dudarlo al ver los comercios atestados de elegantes superfluidades y la multitud que va y viene en las calles, espaciando actividad y vida.

Burdeos es en general, en extremo legitimista y los retratos de Enrique V, (Monsieur Henri, como a qui le llaman) abundan en todos lados, puestos en lujosos marcos florielizados y con corona real. Hacen muy bien los buenos y leales bordeleses en exponer con profusión los retratos de Monsieur Henri, pues ellos solos bastarían á recomendarte: por poco fisonomista que se sea, es imposible no reconocer allí al cumplido caballero y al buen cristiano.

Tratamos de pasar la noche en un teatro.

En la ópera hacen traviatta; pero como Burdeos al fin es provincia, aplazamos la ópera para el domingo y hoy veremos el Vaudeville. (Largueta)

Nos han dado dos óperas bufas y dos piezas

que no son carne ni pescado, y las matro son muertas  
poco interesantes de la literatura trivial que por desgracia  
está harto en boga.

La libertad de acción de las compañías fran-  
cesas es estremada; en escena se hace y se dice todo. Felizmen-  
te sea España hay aun reserva en este terreno. Y es de adver-  
tir que al entrar me había dicho un francés que el especta-  
culo era muy regular (très convenable!!!) y que, fuera de la  
Ópera, este es el mejor teatro de Burdeos.

En cuanto al público, sigue siendo heterogéneo,  
como en Bayona. Pero para ser justos, hagamos notas de  
paso que si en España pasase la cuarta parte de lo que  
pasa en Francia en el teatro, este se hubiera convertido en  
una olla de grillos á fuerza de vociferaciones, silbidos y aplau-  
sos. El público francés es morigerado, y no chista.

¿Es reserva ó indiferencia?

That is the question.

Mañana nos interesamos mejor de la fisonomía de  
Burdeos.

Esta mañana, en cuanto hemos puesto el pie en la  
calle, nuestra primera idea ha sido ver el jardín público, una  
de las cosas más notables de Burdeos. Despues de andar un  
creinto de calles en su busca, y de desandar otras tantas, di-  
mos por fin con él al extremo de una larga y magnífica, le  
Cours du Jardin Publique.

El jardín es bello, ancho, espacioso, elegante-  
mente dispuesto, con caprichosos puentes rústicos, con lindos  
cistones bañándose en tranquilas aguas, sombreadas por sau-  
ces, magnolias y coníferas, de todas especies y formas; la  
terre chaude (invernadero) es sin duda alguna una de  
las más notables en su genero.

En su interior y amparadas por la tibia tem-  
peratura que establecen sus caños de agua caliente, cre-

cen y ostentan su belleza las plantas tropicales más caprichosas y espléndidas de la creación. Las palmeras y pandanus, de enormes hojas en forma de abanico, se entrelazan con los helechos arborescentes que parecen hechos de encaje. Las flores de la *Sterilia*, semejantes a un pájaro de cabeza azul y cuerpo color de oro, salpican con sus ricas coloraciones el verde intenso de las hojas de los tataneros y bananeros. Colgada en troncos de árboles, en las grietas de una piedra, ó bien enteramente en el aire, vegeta la caprichosa familia de las orquídeas, unas en forma de zapatito, otras de ramas de coral, abejas ó mariposas. Las begonias lucen su follaje matizado de los colores más raros, mientras gigantesco cactus levantan sus brazos rígidos y cubiertos de espinas. Con una pura imaginación puede uno creerse en un bosque virgen ..... sin tigres, leones, ni salvajes, pues no quiero ni en sueños hacer tal ofensa al buen empleado de alegre fisonomía que mediante vos una propinjeja nos enseñó todas estas maravillas del mundo vegetal.

Desde el jardín nos hemos ido al muelle, en donde un periódico comprado al azar ha cambiado el curso de nuestras ideas, dándonos la noticia de la muerte de Napoleón III.

Napoleón 3<sup>o</sup> ha muerto en Chislehurst olvidado completamente del pueblo francés, a quien su régimen ambiguo, que temía las libertades y no podía plantear el absolutismo, sumió en la catástrofe inmensa que lo entuta aún.

La dinastía usurpadora, levantada por la espada, pereció por la espada: el joven conde de Bona no se llamará jamás - Napoleón IV.

Y, una extraña! España que desvió de su pedestal al primer Napoleón, habrá sido el origen de la caída del tercero y último.

Verdad es que el trono del venecio de Sedán estaba minado, minado en su base, minado en su origen, minado



en sus entrañas, minado por que no tenía energía, ni fuerza, ni verdadera grandeza; por que á semejanza del coloso de la Biblia, si la cabeza era de oro, los pies eran de arcilla; y qué arcilla! la arcilla con que están amasados los hombres de la Commune, oprobio de Francia, escándalo del mundo!

Napoleon tenía algunas dotes que le reconocirá la imparcial historia. Era organizado y hábil, y tal vez si hubiera podido apoyarse en un principio fuerte, no hubiera sido arrastrado por impacencias populares y traiciones premeditadas á una guerra funesta. Pero, divorciado de la idea republicana, enemigo nato de la legitimista, no halló un apoyo á su mano caduca, y llegada la hora suprema, el rey no encontró pueblo, el pueblo no encontró rey.

Napoleon en su destierro ha muerto como cristiano y católico. Dios haya recibido su alma.

Tales eran mis pensamientos mientras paseábasemos á lo largo de la rada, llena de una multitud compacta que iba, venia, y se movia, sin preocuparse del que poco há era su emperador, cuyo último suspiro seuziera tal vez aquella misma marina brisa.

Esta noche iremos á otro teatro, cumpliendo la consigna del viaje de no dejar nada que no vea.

Vemos dado de lleno en un teatrillo de mala muerte en que se cantan cancioncitas. Es un género exclusivamente francés, y estas canciones, que giran sobre asuntos humorísticos, políticos ó amorosos, tienen á veces bonita letra, pero en general la música es tan monótona, que da sueño. Nos regalaron diez ó doce cancioncitas, en folio casi todas, y un canción característico con su obligado inglés, gendarme, nodriza y griseta. Todo lo cual como es de suponer me ha parecido bastante pesado, por más que el público no parecía participas de mi opinión y se desgañaba gritando bis! bis! á cada nueva cabriola.

Pliego 10.<sup>o</sup>

No he aguardado al, 'sí,' para volverme á casa.

Hoy es domingo, y hace un día encantador; vámonos á  
vir misa á la Catedral.

La Catedral de Burdeos es bella en su exterior; su  
interior no ofrece nada de notable, aunque es grande y bien  
dispuesta.

Para no juzgar un poco severamente las prácticas france-  
sas, necesito repetir que la forma es lo de menos y que el sen-  
timiento es todo. Digo esto por que la misa en la Catedral de  
Burdeos me ha llamado la atención por varios estilos. Habiéndome  
me habituado desde mi infancia á la demostrativa piedad  
española, que humilla el cuerpo para elevarlo el alma; á a  
quella grave compostura, aquel devoto recato, aquel mur-  
mullo comprimido que en el momento de alzar, mezcla de adora-  
cion y plegaria, ~~se~~ de un concurso íntimamente unido  
en la misma fe, no pude menos de hallar un tanto fría  
esta devocion que no se arrodilla, y un poco desagradable  
esta mujer que en el instante más solemne del sacrificio  
viene á pedirme el precio de la silla en que me he colocado  
(debo advertir que toda la iglesia está cubierta de sillas)

Segura estoy de que las damas francesas, á haber  
usado en una iglesia española, seguirían usando así toda  
su vida.

La misa ha terminado y vamos á subir á la Torre  
de la Catedral, para ver á Burdeos como poco há hemos  
visto á Burdeos, y como muy pronto veremos á París desde  
lo alto de Notre-Dame, en perspectiva.

La torre de la catedral de Burdeos, en la época  
del Terror, estuvo á punto de ser demolida; pero se salvó  
para gloria del arte, pues es bella, y desde su altura  
á la cual hemos llegado, se domina todo el panorama  
de la ciudad del Garona, con sus largas calles, su her

noso puente, y la esbelta flecha de Saint-Michel dibujándose en el purísimo azul del cielo.

Desandemos lo andado, bajemos 256 escalones y vámonos al paseo, que debe estar muy concurrido, pues además de ser domingo, hace un día delirioso.

Antes de entrar en paseo procedemos dedicar media hora al museo provincial de Burdeos, situado en la misma entrada del Jardín Público.

El museo tiene algunos bonitos cuadros modernos entre los cuales uno sobre todo me ha llamado la atención por la originalidad del asunto y del desempeño.

Sobre un lecho arrugado y descompuesto por la agonía, pero rico y elegante, yace cadáver una mujer bellísima, de veinte años á lo sumo, echada atrás la pálida cabeza y cruzadas sobre su seno las blancas y nerviosas manos. A su lado, un anciano, cabeza severa y cana, está en actitud de retratarla, teniendo en la mano la paleta y ante sí el lienzo y caballeté.

Este cuadro está iluminado por una luz fantástica, semejante á la que debe proyectar una lámpara metida en un globo de cristal color de rosa vivo. Los reflejos estranos de esta luz rosada dan tan raras intonaciones á los dos personajes del cuadro, bañan con resplandores tan sencillos la sombría mirada del anciano y la pálida frente de la muerta, que cualquiera diría que es una llamarada del infierno la que alumbró esta escena, desgarradoramente tranquila.

Yo no afirmase que este cuadro sea una obra maestra, pero sí que me impresionó como un cuento de Hoffmann.

Viene además el museo de Burdeos algún lienzo antiguo, bastante mediano, debajo del cual hay escrito con la mayor desfachatez — Murillo — Velázquez — Esta fresca

mentira es un poco fuerte para españoles, y españoles que han pasado largas horas en el museo de Madrid admirando al suave pintor de las vírgenes, al enérgico colorista de las *Wittanderas*. No se crea que hablo así por patriótico exclusivo; es que realmente los cuadros del Museo de Burdeos eran a Murillo y Velázquez lo que un adoquín a un diamante.

Trámonos a pasear, que se hace tarde, y hay que aprovechar este hermoso día.

Un paseo de domingo en Burdeos se parece bastante a los paseos de domingo de cualquier otro lado. La misma música militar ejecutando aires de Verdi, la misma gente compuesta u adornada, con el fardito del café, como decimos allá, dando vueltas a la sombra de unos árboles ..... que no tienen hoja; esto en Burdeos y en cualquiera parte constituye lo que se llama "un paseo concurrido."

Para no perder la costumbre de juzgar con galantería o severidad a las mujeres de cada país, diré que las bordelesas son altas, arosas y elegantes, pero en general no son bonitas.

Sobre todo; vaya unos pies que tienen!

El pie - en mi opinión - constituye sino la mitad, al menos, la tercera parte de la mujer; es decir, la tercera parte de su atractivo. Las otras dos terceras corresponden a los ojos y a la mano.

El pie de las españolas, aquel pie chiquito, nervioso y alto de empeine, que pisa con tanta firmeza y gallardía, que calza tan pulidamente, es un hechizo.

Muchas veces en el Museo he pasado un gran rato delante del retrato de María Luisa hecho por Goya, y lo que más atraía mis miradas de artista era el lindo pie, calzado con la aristocrática media de seda calada y el chapín de raso blanco bordado de oro. Goya tra

impresa en la actitud de aquel príncipe menudo un no sé qué tan genuinamente español, que no se define sino con esa frase también exclusivamente nuestra, diciendo que está bien plantado.

La ancha base de las bordeselas me ha destruido un poco el prestigio de su elegancia, de sus trajes caprichosos y de sus originales peinados.

Esta noche iremos a la ópera, a'vis Favosita.

Prevenámonos de un palco.

El teatro de la Ópera en Burdeos es grandioso en su exterior: la hilera de estatuas que adorna su fachada le hace monumental.

En cuanto al interior..... Permittedme que me vis ta, que asista a la representación, y a la vuelta os diré como es el interior.

¡Bueno aquí yo de vuelta, y con la convicción de que hoy ha sido un día acaño.

Es el caso que a esta representación de la Favosita yo llevaba bastantes ilusiones. Yo me decía - En un pueblo de 150 000 almas, en un domingo, y en pleno invierno, es imposible que la ópera no esté brillante y no me dé una pequeña reminiscencia de las hermosas noches del teatro Real.

Hojas del árbol caídas

juguete del viento son.

Las ilusiones perdidas, L.ª L.ª

Me he encontrado con una concurrencia de señoras vestidas de negro, con abrigos y sombreros; de hombres con camisa de colós, gemelos de metal y hongos - Pies cosas que de texto, y para de noche con más razón - Me he encontrado con que los palcos se toman por asiento y solo sige el derecho de primo ocupante, con lo cual las señoras se quedan detrás y los hombres se pavonean delante. Puede comprenderse el elegante y culto aspecto que esto imprime a un

teatro.

Diego S.<sup>o</sup>

Favoritta salió casi bien, y los espectadores aplaudieron casi.

Pero, ahora me acuerdo, y el interior del teatro?  
Se resume en tres palabras.

Grande, lujoso, y de mal gusto.

Mañana veremos lo que nos resta de Burdeos.

El día ha aparecido nublado, y ya no hubiéramos podido gozar de la vista de Burdeos desde lo alto de la torre. Una neblina fría y húmeda se alza del Garon y envuelve la ciudad en un tul opaco y ciniciento.

Vamos a tomar un coche de los infinitos que estacionan delante de la ópera.

Fouette, coches! à Saint Michel!

Saint Michel es la mejor iglesia de Burdeos, presume y con razón, aventajar à la catedral; su arcosa torre, independiente también del resto del edificio, asta el horizonte con sus gravosos perfiles y su finísima aguja.

Elle tiene la iglesia un soberbio púlpito, un notable retablo de la Virgen, y antiquísimos cristales de colores.

Pero la verdadera curiosidad de Saint Michel, son las momias.

No creáis (yo así lo creí también al pronto) que estas momias son cuerpos de santos mártires ó de antiguos cristianos hallados en las Catacumbas.

Su origen es más extraño.

En la época del terror, en esa memorable época que no dejaba vivir à los vivos ni reposar en paz à los muertos, el cementerio Saint Michel, situado en el espacio comprendido entre la torre y el cuerpo de la iglesia, fué vendido para hacer casas, y exhumados en consecuencia los cadáveres que allí yacían. Con gran asombro de los médicos y hombres de ciencia, se halló al hacer esta exhumación, que en un

corto espacio del cementerio - no en todo él - los cadáveres se hallan tan momificados como si la mano de un hábil sacerdote egipcio hubiera barnizado sus carnes y empapado sus huesos con las preparaciones especiales destinadas a preservar de la corrupción los régios despojos de los faraones.

Aquellos cuerpos se conservan, la tierra se examina científicamente, y se convino en que por no sé qué propiedades especiales, tenía la de momificar los cuerpos. Este fenómeno no se ha visto en ningún otro lado.

Al entrar en el oscuro cuartucho en que adosados a la pared yacen las momias, sentí un ligero estremecimiento. Yo he visto momias egipcias, pero su grave actitud en nada se parece a las de Bursdes. Las de Bursdes están en las posiciones en que la muerte las ha sorprendido; hay cadáveres de todas especies, edades y condiciones.

Al lado de un joven sacerdote, cuya sotana y sobrepelliz hechas grones cubren aun sus espaldas, y cuya actitud respira profunda serenidad, está el cuerpo de un niño de ocho a diez años, cuya rubia y sedosa cabellera está enlacta. Hay dos cadáveres de una familia entera, envenenada con setas venenosas, y que tiene actitudes convulsivas y crispadas, y - detalle más horrible que todos - hay un niño cuya actitud revela que fué enterrado vivo!

Esto parece un congreso de espectros, una ronda de resucitados que han recobrado ya su carne muerta, pero no el sangre que la anima. La poca luz con que nos lo enseñan aumenta esta semejanza.

Dejemos el Caveau Saint Michel y sus ligeros habitantes, y vamos a ver el gran puente; qué placer! aquí corre una brisa fresca y ligeramente aere, y vemos el cielo, el agua, los mástiles de los barcos!

Creo que despues de habes visto el puente, he mos agotado todo lo que Bursdes enuestra de curioso, pues

como no estamos en primavera, no podemos visitar sus alrededores y los tozanos viñedos del Alédou. Adios pues, Garona, río venturoso que tienes bacantes por ninfas, y en vez de incensos blancos espadanas esonas tu vieja frente con uerdes pain panos y veas sabrosas! Adios, Bearne, patria amada del buen Enrique IV, de patriascal memoria! Mañana saldremos para París.

### Llegada a París - Primeras impresiones.

Héme aquí caminando hacia París, y adquiriendo a la vez una convicción muy triste.

La convicción de que viajó con muy poco fruto.

Esta convicción, me la han sugerido los cosechos de viñas que hace dos horas desfilan ante mis ojos.

En efecto, nada más sencillo! He pasado varios días en Burdeos, punto esencialmente vinícola, he dedicado dos anaercontías a sus viñas, he visitado sus monumentos, he fallado resueltamente acerca de todo esto, pero.....

No se me ha ocurrido ni por asomo enterarme de la producción, del modo de cultivo, de la exportación &c.

La verdad es que aunque se me hubiera ocurrido, no lo hubiese hecho.

El que tenga desseo de conocer estos detalles, puede dirigirse a las librerías de Burdeos, y comprar el Manuel du cultivateur de vigne, ó cosa por el estilo, y quedará satisfecho.

Yo me limito a hacer notar que las viñas de Burdeos



me han parecido esmeradamente cultivadas.

Si alguien lee estos apuntes hechos al vuelo con la esperanza de hallar un dato estadístico, ó una noticia científica, que esas cosas se llevarán! Yo no apunto más que lo que me impresiona; y lo que me impresiona, es, en general, niños rías y vejees — apesar del contraste — Un paisaje agreste, una puesta de sol en el mar, un nombre histórico, un traje pintoresco, una antigua costumbre, un castillo medio arruinado, todo lo que sea recuerdos, arte, poesía: he aquí el fútil bagaje que guardo en mi maleta de viajera. Así es que creo — sinceramente — que ni yo saco nada en limpio, ni el que leyese mis bozones sacaría mucho. He aquí la triste convicción adquirida.

Y pensando en esto, hemos llegado á Angulema, almorzado, como y mal por más señas, en la fonda de la estación, Consolarse es de filósofos: unosolámonos mirando el país, que se va haciendo risueño. Se nos escalonan las ciudades como estabones de un collar precioso. He aquí á Tours, que á imitación de una coqueta, se nos muestra un instante alegre é inundado de sol, para luego ocultarse rápidamente. Después Blois, la histórica ciudad, la noble matrona, el viejo baluarte, será la última población del trayecto que podamos contemplar: la noche se viene encima, y nos ocultará á Orleans.

Blois en esta serena tarde, sentado en las apacibles márgenes de la Loire, y teniendo sus viejas fortificaciones, me pareció uno de esos graciosos amosillos que en los cuadros de los pintores antiguos se ponen una usaza para asustar á sus compañeros. ¡ Perdoneme la antigua Blois! á los rayos del sol poniente, la hallé más risueña que formal, y no me inspiró respeto.

Se hace noche, y no veremos la ciudad de Juana de Arco, ni Etampes, la antigua residencia real de Francisco

Diego 12.º

ca I.

Pero, á medida que nos acercamos á la gran capital, como si la noche no quisiera dejarse vencer por su blanco hermano el día, la luna se remontó en un cielo de una pureza sin igual, y los vagos contornos de los objetos se hicieron distintos á su claridad argentina.

Estábamos entrados en París.

No quise negarlo.

Yo era presa de una agitación violenta.

Hoy que tanto se viaja, qué persona que esté suscrita á un periódico y use guantes — aunque no sea diariamente — ha dejado de formar esta idea: ir á París — de realizar este deseo — ver París? Pero las tres cuartas partes, toman un tren de placer, se están diez días, dan un paseo por los boulevares, compran dos ó tres frivolas para la señora y el abijado, y se vuelven á su pueblo diciendo que han visto París!

Yo pienso estar en París tres meses, y estudiarlo á fondo; no estudiar su fisonomía material — esta con una colección de fotografías se conoce casi — sino su aspecto moral, hasta donde mis fuerzas alcancen y comprenda mi inteligencia; y entonces podré decir si tienen razón los que le llaman — el cerebro del mundo — ó si están más en lo justo los que la apostrofan — moderna Babilonia.

¡Si el pensamiento está aquí, es imposible que su fuego no arroje una chispa en mi alma!

A la claridad diáfana de la luna, yo veía á París bajo las múltiples fases de su formación y de su existencia. Primero, conjunto de chozas de pescadores en una miserable isleta; consulado después bajo la dominación romana; convertido al cristianismo con Clovis; engrandecido, poderoso ya con Carlomagno; docto con Suger y Abelardo; sitiado con Enrique III; sometido y próspero con el IV; galante y corrompido con Luis XIV; trémulo bajo la féssea mano del

Cesars, desvanecido con Napoleón I, transformado en sibilario con el III, humillado y vencido con los prusianos, y enfir en suelto en humo, fuego y sangre por la Commune! Todo lo vía y oí, bajo aquella resplandeciente luna, en la quieta y azulada atmósfera de aquella noche de enero, y los árboles del camino me tomaban extrañas formas, y las mil y mil luces que brillaban en la ciudad, se me antojaban llamas ardidas del incendio!

La vista de la estación cambió el curso de mis ideas, me sobrevinó un ligero asombro cuando vi decir: París! y para asancarme a aquellas sensaciones pueriles me lancé al omnibus y cerré obstinadamente los ojos hasta el hotel, queriendo guardar entera mi impresión para el día siguiente. Me levante rápidamente, y aunque el sueño huía de mis párpados, traté de dormir, repitiendo en voz baja - necesito reposar para recorrer París.

No hay nada como la luz de la luna para engendrar ilusiones, ni como la del sol para disiparlas. Aquel París <sup>francés</sup> histórico de ayer, aquellas históricas figuras, aquellos recuerdos, impresiones, esperanzas ..... a donde han ido? Lutecia ha desaparecido al bofajo de la aurora, y solo queda París, con su ruido, su todo, sus coches, sus gritos de vendedores, y sus largas y magnificas calles. Una ciudad inmensa y comercial ..... Ubi aquí todo!

Hemos salido, como se sale en toda población el primer día: a la casualidad. Y esta diosa mal intencionada nos ha conducido — como si lo hiciera de propósito — a las Tullerías. Quien no ha oído hablar del magnífico palacio que, tomando su nombre de unas pobres fábricas de teja (les Tulleries) que primitivamente ocupaban su emplazamiento, fue después y sucesivamente objeto de los cuidados y recreos de Catalina de Medici, de Enrique IV, de Ana de Austria, de Luis XIV, y enfín de Napoleón III: en el cual tantas arquitecturas diversas forman, sin embargo, un conjunto tan armonioso!

Quien no conoce — más ó menos á fondo — los sucesos históricos identificados á él! Muchos soberanos lo han habitado, aunque solo Luis 18 ha espirado entre sus muros. Mr. Amador de Veseno, del cual tomo este pequeño dato estadístico, dice que Enrique 4 murió en el Louvre, Luis 13 en el castillo de St. Germain, Luis 14 y Luis 15 en Versalles, Luis 16 en el cadalso, Napoleón I en Santa Helena, Carlos I en el castillo de Uoly Wood, Luis Felipe en el de Blaremont, y enfín Napoleón 3<sup>o</sup> en Chislehurst (Inglaterra).

Dos veces el pueblo ébrio de sangre y pillaje ha invadido y saqueado las Tullerías: el 10 de Agosto 1792, y el 24 febrero 1878. Su ciego furor no respetó nada: rompió los espejos, hizo una hoguera con el Brono, desgastó los vestigios y enfín — el 10 Agosto 92 — paseó en pica las cabezas y los corazones de los suizos, uilhimos, fieles y heroicos defensores del desventurado Luis XVI. Al año de 1870 le estaba reservado de su: atrás los excesos repugnantes y horribles de Julio y Agosto. El grandioso palacio ha sido presa del ~~incendio~~ <sup>fuego</sup> comunista, y lo que tenemos delante no son más que sus carbonizados restos.

Las maderas ennegrecidas, los ritos i capiteles, las ricas desplomadas cornisas, toda la obra terrible del destruído elemento, me parecen una protesta muda, pero elocuenteísima, inmóvil, pero poderosísima, contra toda esta civilización.

luzación brillante que pulula, vive y se agita en torno mio!  
 Ese lema que en grandes letras ostenta su frontis, y  
 que dice - Libertad, Igualdad, Fraternidad! - me semeja  
 la lealdad ironía más sangrienta y terrible que pueda  
 concebir la mente y la pluma escribir!

Puesto que en las tulerías estamos, y para  
 poner un tanto orden en estas notas que escribo sin ninguno,  
 creo que el jardín de las tulerías, el Carrousel y el Lou-  
 vre estarían aquí muy en su lugar, y reuniré las lápidas des-  
 cripciones que haga de ellos, como lo seguiré haciendo con to-  
 do lo que esté en una misma zona ó tenga una gran analogía.  
 Por lo demás, lo que voy a describir no es cosa que se  
 vea en un día; he empleado varios en recorrerlo.

El jardín de las tulerías es el punto de  
 paseo de la gente de a pie que no quiere molestarse en  
 seguir las larguissimas avenidas del Bois de Boulogne.  
 Así es que los domingos, y aun los días sueltos que  
 hace buenos, las tulerías se llenan de buenos matrimonios  
 cimentados que toman el sol, de niñas, de soldados,  
 de criaturitas, y como por casualidad, de alguna dama  
 elegante ó de algun pollo peticionero agitando con aire des-  
 den su bastoncillo de caña. El jardín es hermoso con sus  
 grandes castaños, su larga avenida costada por la estensa  
 pieza de agua, y su explanada de los Feuillants, de his-  
 tóricos sucesos. Tiene este jardín una singularidad  
 vegetal que no debe echarse en olvido, es un gran castaño  
 que el 20 de Marzo, todos los años, imprescindiblemente  
 se cubre de hoja, mientras que los vecinos están aun  
 sus largos brazos desnudos. He podido convenirme por  
 mí misma del fenómeno; el 20 de marzo en efecto, el cas-  
 taño se había vestido de verde, siendo el inicio de los  
 infinitos que le rodean. Es inútil decir si el pueblo de  
 París - curioso y curioso por excelencia - va ó no en somera  
 el 20 de Marzo á ver el famoso massonier. El mismo 20

## Dijó 13.

de Marzo, tienen un convite los viejos veteranos de la gran armada de Napoleón I, en el cual presentan en medio de la mesa un gran pan de munición, teniendo clavado á guisa de flores de pasta, una rama del castaño. Aunque temo que los buenos convidados no les pase lo que al castaño, pues en lugar de ser de ceder, creo que cada año disminuyen, lo cual no es de extrañar atendido á que sus primavera están ya lejos y acuerdan á Babouge. Pero eso no les impide brindar con jive nit asdot á sus pasadas glorias.

He visto en el jardín - y por cierto que no lejos del árbol - un cuadro que me interesó. Era un viejo de barba blanca y fisonomía dulce, de traje bastante anticuado y pobre, que se entretenía en echar migas de pan á los pajaritos. Estos, con una confianza sencilla y encantadora, se familiarizaban hasta el punto de ponerse en el hombro y comer en la mano. Y los niños - cosa más singular aun - se apartaban de aquel sitio para no ir hincados á los avejillas. Supe despues que aquel hombre venia todos los dias á dar á aquel festín á sus aliados amigos.

La gran plaza del Carrousel - despues de las Gallerías le toca la vez - es, segun dicen, la más hermosa de Europa. Comprende todo el espacio enclavado entre las Gallerías y el Louvre. Una Carrousel - especie de torneo - dado por Luis 14, le ha dado el nombre que lleva.

Algunos recuerdos interesantes se refieren á esta plaza, resplandeciente grandiosa y magnífica, por allí pasó el pueblo en la ya citada jornada del 10 de Agosto, para invadir las Gallerías, en su centro se elevó la pirámide que guardaba el cadáver de elbasat, y á cuyo lado velaban dia y noche centinelas armados, lo cual no impidió que á los dos meses este cadáver fuese arrojado á la alcantarilla de Montmartre. En fin, en esta misma plaza estalló la bomba infernal preparada contra Napoleón, y que no sustió efecto por algunos instantes de retraso, y último y digno recuerdo, aquí se hizo el primer ensayo de la guillotina!

El Louvre, el soberbio Louvre, más feliz que las Cistercienses, ha sido respetado por el fuego, y nos es dado admirarle en toda su monumental grandezza. Sería menester escribir un volumen solo para borrar las diversas arquitecturas, los innumerables pabellones, las espléndidos detalles de fachadas, grupos y estatuas que lo decoran; no es este mi objeto, y así paso de ligero sobre esta maravilla arquitectural, reservándome detenerme un poco más en su museo.

Sus museos, debo decir, pues el Louvre es un verdadero museo de museos. Hay de todo: antigüedades egipcias, griegas, romanas, asirias, Edad media, Renacimiento; cuadros de todas las escuelas, paisos y épocas; alhajas, reliquias, esmaltes, fayenzas, mayólicas, dibujos, pastels, miniaturas, precios, cerámica, museo de marinas, escultura antigua, moderna, piedras, bronce, trépanos, momias, ídolos; qué sé yo! El arte en sus mil manifestaciones; hay que hacer a Napoleón III la justicia de que ha ayudado bastante a esta grande obra.

No es fácil ignorar el primer punto del Louvre: a donde se dirige un español: es inútil decir que á admirar la Concepción de Murillo, la joya del museo de pintura, la Virgen ideal del ideal pintor de Virgenes, del único que ha sabido darles esa inexplicable expresión de pureza, de éxtasis, de sueta que solo él ha podido hacer vibrar. La Concepción del Louvre, que durante la guerra de la Independencia se apropió Soult sin el menor escrúpulo, es la más bella de todas las Concepciones de Murillo. Su rostro, de sobrehumano hermosura, no pertenece á ninguna mujer, no puede haber sido copiado del natural, solo en sueños se ven esta clase de fisonomias. Cerca de su boca incopiable á fuerza de ser pura y perfecta — hay una leyenda. Dicen que Murillo, al pintarla, no lograba trasladar al lienzo lo que había concebido en un piadoso delirio. Mil veces dibujó los castos labios, y mil veces el pincel rebelde hizo traición á su deseo. Lleno entonces de sublime cólera, arrojó el pincel contra el cuadro y ¡oh prodigio! el golpe del pincel había impreso su huella, y la boca soñada, imposible, angélica, existía y

completaba la divina cabeza de Apolo!

Los franceses fingien ignotas que este cuadro es la perla de su museo, que por lo demás, aunque posee mil cuatrocientos diez y nueve cuadros, está muy distante de hormiguar en obras maestras como el nuestro de Madrid.

Siene no obstante algunos lienzos de grande e incontestable mérito; entre ellas; el San Juan Evangelista y la Joconda, de Leonardo de Vinci. Ambas son la Joconda, con su enigmática y provocativa belleza: la cabeza del San Juan es copia de la de la Joconda. Nada más encantados que la mirada y la sonrisa de estas dos retratos; no se olvida nunca su expresión, cuando se ha visto una sola vez.

Hay la Virgen del Velo, de Rafael; y varios países de Claudio Losenio, con esas puestas de los peudiales a su caliente paleta; hay Quasenta y un lienzos de Poussin, y una multitud de obras de Greuze, Watteau, Boucher y Mengonard, que aunque forman una escuela harto insignificante, la escuela francesa, y aunque carecen de brio, de pasta y de corrección de dibujo, tienen cierta fresca y pastoral coquetería que los hacen agradables a la vista.

Hay mucho y bueno del baron David. Sobre todo, el cuadro de las Sabinas, una enérgica, correcta y poderosa inspiración; y enfim, dos preciosos retratos de Mme Lebrun.

Los demás museos son tantos que sería lasquísimo resenarlos, y solo haré notas, en la escultura moderna, Piquis al el etmos, por Cánova; y en la antigua, la famosa Venus de Milo, Venus Victrix, encontrada en Milo y atribuida a Praxitelis.

La mirada se detiene complacida y encañada en aquel cuerpo de perfección verdaderamente griego, al cual la falta de los brazos no quita nada de su aplomo ni de su belleza. La cabeza, pequeña como lo quieren las ruinas de la belleza antigua; está llena de ternura y delicadeza. Los ojos sonrien. El busto, el torso, son otras tantas maravillas, y el fino paño que lo envuelve comuni-



ca cierta dignidad á esta figura empregnada de amor.

El un tesoro: es la única estatua que está resguardada con una verja.

La pintura de autores vivos no tiene acogida en el Louvre, y es preciso ir á buscarla al Luxemburgo. El Luxemburgo, construido por María de Médici á imitación del palacio Pitti de Florencia, ha servido de asilo á personajes muy diversos, entre ellos Gastón de Villears y la famosa Abbe de Montpensier, la que con tanta sangre fría disparaba el cañón sobre la asamblea real. Fue también prisión, residencia del Directorio, &c. Su museo contiene obras de escuela moderna, mientras viven sus autores, y diez años después de su muerte. Entonces se eligen las que deben ingresar en el Louvre.

Me han llamado la atención en él la Margarita en la fuente de Ary Scheffer, y dos ó tres Meissonier, cuadros de poco más de cuarta y media en cuadro, y cuya delicadeza de ejecución, y brillante colorido admiran. Representan á Napoleón en algunas batallas, y es admirable que en cosas que tienen el tamaño de un realdo de plata, y en que apenas le cabría el pincel, haya logrado el más exacto parecido, la expresión más acabada.

El gran cuadro del Terror, de Millet, es un drama trasladado al lienzo. Representa el llamamiento de llamar al cadáver á las últimas víctimas del terror. En la sala de la Consjería, el acusador público, de pie ante la puerta abierta, va diciendo los nombres de los que deben subir á la carreta fatal. Hay diversos attitudes. Una hermosa mujer, Mme et Leroy, de la comedia francesa, se levanta á protestar con indignación, mientras que la anciana condesa de Vascom en una actitud de cristiana resignada, repasa su rosario, pero la figura capital del cuadro es Andrés Chenier, el poeta, que indiferente á lo que pasa á su alrededor, escribe sus últimos versos, y se impacienta por que no encuentra la rima.

Mme Rosa Bonheur, esta mujer artista, á quien la misma emperatriz Eugenia entregó la cruz de la legión de honor tiene en el Luxemburgo unas magníficas "Bueyes arando."

El jardín del Luxemburgo es una mezcla

P.º 14  
de gusto inglés y de gusto antiguo, pero sin embargo es bien distribuido y grandioso. Se vean las estatuas de las reinas y heroínas de Francia.

No dejó el capitulo de los museos sin mencionar el de Cluny, situado en la antigua Abadía del mismo nombre, cuya graciosa y original arquitectura gótica está religiosamente conservada. El Museo de Cluny guarda preciosidades en esculturas, retablos y armas de la Edad Media, y no es la menos notable las coronas de oro macizo empedradas de perlas y rubíes que fueron de nuestros Reyes Chindasvinto y Recesvinto, que se hallaron en Gales, y que por un descuido y una indiferencia incalificables, se vendieron á Francia.

Voy á hablar de otros dos museos - yo los considero tales que hacen un gran honor á Francia en general y á París en particular. No vacilo en decir que los envidio: son Levers, la fábrica de porcelanas, y los Gobelinos, la de tapices.

Los Gobelinos - á cuya manufactura dió Napoleon primero un gran impulso - son un conjunto de edificios bastante destacados por fuera, pero el interés es hasta no más curioso é interesante. Véanse primero los talleres de las alfombras, en los cuales he visto dos magníficas, que se han empezado para Napoleon tercero, y que hoy, interrumpidas, ostentan la mitad de un águila, de una N. y de una corona de laurel. Despues vienen los de los tapices, en los cuales - singular sistema - el obrero trabaja detrás del tapiz y sin ver la labor que está ejecutando, y que es un milagro de preciosa, de pureza de dibujo, de vigor de colorido, y de fidelidad, pues son copias de <sup>grandes</sup> magníficos cuadros. Estos tapices llevan de unio á diez años de trabajo, y los hay cuyo gasto sube á 150.000 francos.

Por último, enseñan el museo de los tapices hechos, entre los cuales he notado sobre todo un Cristo en la tumba, que he necesitado ver muy de cerca para persuadirme de que es un tapiz y no un cuadro.

Los Gobelinos fueron fundados en el siglo XV por Juan Gobelín, portabuelo del marqués de Birnvilleiro cuya mujer

fue la famosa envenenadora quemada en la plaza de Grève.  
 Sevres, situada cerca de St. Cloud en un delicioso  
 punto de vista, que en cuanto tanto ó más que los Gobelins. Solo  
 viendo las puede formarse idea de la increíble riqueza de aque-  
 llas porcelanas, jarrones, juegos de café ó vajillas. Cada plato  
 es una obra de arte, cada taza un juguete tan delicado que se  
 recela tocarle. Los grandes cuadros pintados en porcelana  
 tienen una entonación tan rica como verdadero, y hay una tan-  
 ta Cecilia, copiada del Louvre, que se confunde con el original.  
 Sevres posee un museo completo de cerámica, desde la alcarrafa  
 española hasta el ánfora hebrea.

¡Y pensar que España ha tenido en el siglo  
 pasado fábricas de tapices y de porcelanas que humillaban  
 á Gobelins y Sevres, y que hoy no tiene ni una mala manufac-  
 tura!

Cuando hubimos recorrido los museos, y conocido bastante  
 su muerta población, de nos ocurrió hacer una visita á un  
 punto de París que pocos extranjeros dejan de visitar: el cementerio  
 del Père Lachaise. Otra población muerta.

Este cementerio no despierta ideas tristes ni tris-  
 tes; al contrario. El vasto panorama — casi todo París — que desde  
 él se domina; las vastas avenidas sombreadas por los sauces y  
 sicómoros; lo accidentado del terreno — misito raro en París, que es to-  
 do llano — lo convierten en un paseo agradable, y hasta las tum-  
 bas, cubiertas de yerba, que un rayo de sol acaricia, presentan cierto  
 misterio indefinible á estos lugares.

¡Cuánto nombre conocido en la política, en las letras,  
 en las artes! Cuánta gran dignidad humana, reposando, como Carlos V en  
 Juste, en poco sitio! He aquí, en la entrada misma, un sencillo  
 monumento, sobre el cual un joven sauce estende sus protectoras  
 ramas, y en cuya piedra se lee

Alfred de Musset.

¡Delajo =

Mes chers amis, quand je mourrai,

Plantez un saule au cimetière,  
 j'aime son feuillage éployé,  
 la parole m'en est douce et chère,  
 et son ombre sera légère  
 à la fosse où je dormirai.

El disco del dulce poeta se ha cumplido; he aquí al árbol de la melancolía balanceando sus flexibles ramas, sobre la lápida mortuoria.

Encuentras después de la tumba de Alfred de Musset la de Desangre, es una transición: he pasado por ella. El canaescéntico y moribundo cantor popular yace en paz, reunido con su amigo el cannu según sea postreza. Súplica.

Pero he aquí, en una esquina del cementerio - los enamorados buscan el sitio - la más notable, la más famosa, la más conocida tumba del Père Lachaise: Heloisa y Abelardo.

En su gótico monumento, hombro con hombro, ambos en su traje monacal, descansan los dos amantes, fuya viva pasión el pueblo, que es un gran poeta, ha estereotipado diciendo que "cuando al lado del Cadáver de Heloisa se colocó el de Abelardo, la muerte abrió los brazos para recibirlo". Multitud de personas cuyo origen encierra tal vez más de una escondida y galante historia, adornaban la tumba o se suspendían a los brazos de la tija que la resguarda. Estas personas eran de perpetuas: es buen emblema para el amor: una flor que dura siempre. No me atrevo a resolverlo: los griegos elegían la rosa,

Emula de la llama,

cuya vida es un breve y veloz vuelo.

La tumba de los dos enamorados fue trasladada al puecote que ocupa, en 1804, desde el Pasadeto en que había sido erigida.

Si diversas son las fases de la vida, no lo son menos tal vez, las de la muerte. Después de tocar en el Père Lachaise la muerte cristiana, tranquila, y hasta poética, estábamos seso vado contemplar la muerte bajo su aspecto más repugnante y

horrible. Estas cosas me dan de suprimir de estos apuntes la visita que hice á la Morgue.

Para que se comprenda bien la triste impresión que he recibido, es preciso que añada un detalle. Uno de los días que pasé recorriendo las salas del Louvre, vi, sentado junto a uno de las chimeneas y calentando en ella sus pies mal calzados y atisidos, un hombre de larga barba negra, descuidada, y cuya mirada extraviada no se separaba de las llamas.

Este hombre me miró de vez en cuando sus uñas, ó las miraba en su levita mugrienta, de un modo febril y ansioso. No sé por qué se me figuró que la pobreza no era el único pesar de aquel hombre, me pareció leer en su fisonomía, tras tornada una desesperación profunda.

Algún tiempo después visité la Morgue. La Morgue es un siniestro edificio, situado en la orilla derecha del Sena, y en el cual, sobre grandes mesas de mármol negro, se exponen los cadáveres de los individuos encontrados asesinados ó ahogados, y cuyo identidad no se puede probar. Allí entra el que quiere, y si los reconoce, declara lo que sepa acerca de su nombre, profesión &c. Los infelices están desnudados, cubiertos solo con un sicio sudario; sus manos no están cruzadas, sus cabellos se pegan á su frente.... Nada más realista y horrible á la vez.

El día que yo entré, había tres cadáveres; el de una pobre vieja ahogada, el de un niño, y el tercero.... ¿Fue ilusión de una imaginación sobresentada? ¿Fue realidad? No lo sé; pero juraría que aquel cadáver, lívido y descompuesto, chorreando agua de la negra barba, era el hombre que se calentaba en la chimenea del Louvre!

¿Qué espantosa plaga moral de este siglo es el suicidio! Triste efecto de la falta de creencias que sostienen, de resignación que calma, de religión que consuela! Triste efecto también de la destrucción de las órdenes monásticas, asilo á todos los dolores, refugio á todas las desesperaciones, olvido á todos los crímenes! El hombre adelanta en la escabrosa senda de la vida: da un paso en falso, y de escalón en escalón, rueda al abismo. ¿Qué encuentra en él? El desprecio del mundo. ¿Qué hará? volverse á Dios?

P<sup>o</sup> 15.

El desventurado no cree: ¡Además, Dios en su misericordia, le perdonará ¡pero donde está la casa de Dios que le recibirá? Los hombres le han quemado y asado piedra por piedra... ¡Qué hacer, pues? el río está cerca; sus aguas corren, negras y profundas... ¡El dolor concluye con la vida! Al río, pues!

Por eso asstra el Sena miles de cadáveres, y sus datos estadísticos de los suicidios es horrible! Hay otras dos estadísticas que tal vez expliquen un tanto esta. En París se llevan a empinar 500 botellas todos los días, y se consume una cantidad de absinthe (ajinjol, bebida excitante, alcohólica, narcótica y venenosa) que formaría en poco tiempo otra pequeño Sena.

¿Cuánto drama cobró en el fondo de este París tan rosado, alegre, activo y brillante!

En efecto, el que paseando por secreto recorra los boulevares y los barrios rios de la gran capital, no puede menos de sentir la influencia de su vida en bullición, comercial y elegante a la vez. Toda la línea del boulevard de la Madeleine, Italianus &<sup>a</sup> es una permanente exposición artística. Los comercios de primer órden, los restaurantes del mundo elegante, los cafés frecuentados, bormiguean a proposita; y de noche, cuando los millones de luces de todos estos centros de lujo espalan su viva claridad, cuando las mesas de los cafés colocadas esteriormente se llenan de parroquianos, se excita asistir a una fiesta poseumera.

Hay un baggo característico de los boulevares, que señala de mala gana, y por cumplir el deber del viajero y del observador: y además es bastante y forma demasiada parte de la fisonomía característica de París para que pueda pasar desapercibido. Quiero hablar de las mujeres del medio mundo — demi monde. Todo París las alberga; pero en los boulevares no se ve otra cosa. Por las noches se las ve sentadas ante una mesita, teniendo delante un booth de cerveza, y exponiendo a la luz de los reversos trajes cuya excentricidad no excluye la coquetería. Si la estadística de los suicidios, del absinthe, y de los botijos no favorece a la fisonomía

moral de París, esta otra estadística — caso de que la haya hecho — no deja de ponerse tal vez un tanto más bajo.

He hablado de comercio: el comercio más importante de París no está, sin embargo, en los boulevares. Los grandes almacenes — establecimientos vastísimos en que se vende todo lo necesario para el traje, y aun para el mueblaje — están en el radio del centro, pero no en el boulevard. El más vasto de todos, el Louvre, no cuenta con menos de 700 á 800 dependientes, de los cuales 6 tienen por empleo exclusivo cazar las ratas y ratones. En el Louvre dan de regalo á las compradoras unos globos ligerísimos que dicen — Louvre, con lo cual el que los lleva en la mano á su casa, es un anuncio *pro latib.*

Oh! si qué fiebre de anuncios hay en París! Los vendedores se quiebran la cabeza para hallar una forma de anunciar diferente de las demás. Hay una casa — la maison du Pont Neuf — que ha cubierto de anuncios gigantescos los remanes y esquinas de París: hay otra que se anuncia de esta manera:

¡Se mata!

¡Se mata!

¡Se mata con justicia y razón!!!!

à la confesion. Comprad los chales de, &c.

Hay veladores — anuncios, coches-anuncios, ladrillos anuncios, faroles anuncios... ¿qué sé yo? Es un asatto.

Como muestras de establecimientos, he hallado una que no deja de ser curiosa: está en un barrio extraviado, y pertenece á una taberna. Es un libro inmenso — y no mal pintado — que presenta al público toda la historia de la virgí, desde Noé que la introdujo y Baco que enseñó su uso, hasta Anacreonte que la cantó en sus hermosos versos, y N. S. J. C. que la empleó para perfumarse su sagrada sangre. Esta mezcla de sa- grado y profano tiene cierta sencillez naïve que semeja los tiempos en que París era aun la buena villa y en que los arqueros del preboste metían en un puño á todos los parisienenses.

Por lo demás estas reminiscencias — cosa extraña

son frecuentes en París. Y, cosa más extraña aun, París es extraño diariamente dominguero. Los domingos, la bourgeoisie de París, que toda la semana ha vendido conienzudamente ~~gordias~~ *gordias* de algodón o clásicas de franela, se disculga á vivir, á cehos una cana al aire, á respirar el idem; invade los restaurantes, asedia los cafés, ocupa los teatros.

Los teatros: He aquí un capítulo largo y fecundo en observaciones: he aquí un ancho campo para la pluma y para el pensamiento. Naturalmente empecé por la Ópera, los Italianos están cerrados y la Grande Ópera no se ha abierto aun. En la Ópera, con la *Coupe du roi de Shuli*, partitura poco notable, pero bien puesta en escena, he visto al ídolo de los franceses, á Hauser. Hauser es un gran cómico y un buen cantor si tuviese voz: pero tiene un crimen sobre su conciencia; el de haber enseñado á todos los cantantes de París ciertos falsetos venidos con el arte, que en él son soportables, pero que en los demás atacan los nervios menos impresionables.

La ópera tiene algún aspecto, y parece que se animará un día en fin francos, guantes blancos y trajes claros y bonitos. Hay ciertos teatros que necesitan cierta concurrencia, y en este terreno apruebo á Covent-Garden, que no recibe más los espectadores en serio en traje de rigurosa etiqueta.

La Ópera Comica nos ha dado un precioso drama lírico, *Romeo y Julieta*, que la *Mowlan Carvalho*, artista de sermimento y de ejecución, ha cantado con esquisita delicadeza. Las decoraciones, los trajes, todo es esmerado en la Ópera Comica; el interior del teatro es espacioso y elegante.

El *Odéon* es un teatro clásico, en el cual he asistido á una clásica producción; *Las Esquias*, de *Leconte de Lisle*. Hermosos versos, enclavados sobre acero, que el público ve indiferente y aburrido, he aquí lo que eran las *Esquias*. Sin haber nacido en Francia, yo admiraba al hombre que había sabido dar á esta pulida lengua francesa aquella desordenada energía de los clásicos griegos, pero parece que estos pilatos no son del gusto del público, que necesita con dimentos literarios



de otro género.

En cambio, he aquí un éxito. En el teatro francés, *Maison Desorme*, de Victor Hugo. El falseamiento de la historia, el frío entusiasmo, (si así puede decirse) y la mala intención política desuellan en este poema, *Al* estas compensados por grandes bellezas literarias; y apesar de los ataques contra el altaz y el tono en que *Maison Desorme* abunda, el público se halla un poco anticiado.

Y ya que de piezas á sensación (como dicen aquí) se trata, señalase, para marcas más aun esta viciosa tendencia de la literatura, la *Comme de feu* (la mujer de fuego) que ha sido estos días el estremo de un teatrito. Sería largo y monótono transcribir el argumento de esta obra; baste decir que en ella hay 1.º una mujer que se baña á las doce de la noche en un mar agitado, y sola — 2.º que esta misma mujer se ofrece como esposa ó amante á un joven á quien apenas conoce — 3.º que esta misma mujer se casa con un anciano en la esperanza de que darde pronto vida — 4.º que por fin lo envenena — 5.º un marido que no quiere que su mujer hable malo el que él visite con frecuencia á otra mujer á quien ama, y 6.º una suegra que al saber que han asesinado á su nuera, exclama; *«Han hecho justicia!»*

Así es como, mezclando algo de inverosímil con mucho de inmoral, se hace una pieza á sensación!

Y sin embargo Francia es la patria de Racine, Corneille y Molière!

Existe conclusión; en Francia la literatura decae, ó mejor dicho ha decaído, y al través del siev manto de sus pasadas glorias, se ven los gerones de la pobre túnica que hoy la viste.

Las decoraciones, el lujo de los trajes, hacen olvidar un tanto esta tendencia al acabamiento. No pudiendo interesar el alma, se deslumbran con los ojos y se entsetiene la imaginación. Hay comedias de magia que son una

m. 2.

Dijgo 16.

mágica verdadera, como la Ponte aux Oeupe d'or, en la cual todo es comensado y rico, desde los bailes, las fantásticas apoteosis, los fuegos de colores, y enfín, la numerosa colección de ~~Mujeres~~ jóvenes y lindas cuyos trajes á fuerza de ser escasos llegan á ser inverosímiles.....

Hay además una multitud de teatros y teatrillos que sería larguísimo reseñar. Aquí es un café cantante, en el cual se cuenta á V. diez ó doce reales una taza de café, pero en cambio tiene V. el derecho de oír diez ó doce canciones patrióticas, satíricas ó amorosas; allá es un circo de caballos en donde hay que aprender gimnasia y saltos en los asos. Mas allá los Bufos, el Vaudeville, las Folies ..... trescientas mil, pues hay folies Ma riguy, dramáticas, Bergères, &c. La prestidigitación, la pantomima, la revista, todo, todo tiene aquí su sitio, su público y su ganancia. Hasta hay un teatrillo para niños, en el cual trabajan muñecos, y no mucho peor que algunos autores.

De cuanto que nos hablamos en el terreno de los espectáculos, no quiero omitir dos bailes de máscaras á que he asistido.

El primero fué en Valentino.

Valentino es un gran salon, situado en la Puert. Monse, que ha reemplazado al Van famoso Mabile, cesado ahora. Mi ida á Valentino, proyectada desde el día en que llegué á París, se iba aplazando por mil motivos: hoy era el carnaval, mañana la noche estaba mala, ayer hacía frío, el otro día calor.... El caso es que no teníamos demasiada afán en llenar esta misión de observar los bailes, y fué preciso que el Carnaval se acercase para que nos resolvieramos á poner una caseta, un dominó negro, y mezclar nos en aquella infernal basabunda.

Al primer golpe de vista, Valentino es un baile de máscaras como otro cualquiera, fuera del contraste, nuevo para los españoles ojos, de ver al sexo feo disfrazado, en vez de estar con su traje como en España. Mucha aldeanitas con zapato de raso, mucha polaca, turca, papeitos del siglo 13, 14 y 15,

algun que otro perro, gato, papagayo o mono, dando el brazo á gendarmes, bebés, travasos, Mephistofeles, marinos & c<sup>o</sup>; enfín, la evolucionaria especial á toda fiesta carnavalesca: pero cuando los señores del salón señalan los compases de una cuadrilla, entonces todo cambia de aspecto, todo se pone en movimiento, la música, sostenida por las poderosas vibraciones de las bombas de caza y por los disparos no interrumpidos, se hace embriagadora, el salón, radiante ya de luz, se ilumina con los sajos fulgores de mil fuegos de bengala, y Homínos, provadores, mosas, perros, pasturas, locuras, lanzando gritos para excitarse, ejecutan una danza infernal, un baile de condenados, es la bacanal, es la saturnal, es la antigüedad pagana con su feroz alegría que conduía por abogar las cabezadas en sangre.

Pero la orquesta cesa, y con ella el fusil: bailarinas y bailadores se limpian la frente anegada en sudor, y suben tranquilamente á tomar un bock de cerveza, ó algo más sustancial.

~~Esto~~ es Valentinio.

Visto el refugio de los estudiantes, quisimos conocer el de los curiosos de boulevard, y el sábado de Carnaval á las doce de la noche entramos en la Ópera.

Nos habían dicho que el baile del sábado de Carnaval era el más chic, porque el lunes martes y domingo se descolgaba allí la genticilla.

Así es que yo me figuraba encontrar algo como los bailes de mis casas del Real en Madrid: un sitio en el cual no se baila poco ni mucho, pero al cual puede ir una mujer elegante disfrazada y protegida por la casaca, sin que la salgan al paso más que galanterías ingeniosas ó bromas con más ó menos sal.

Me he engañado. La Ópera es Valentinio en grande, con más espacio, más gente y más calor. He ahí la diferencia.

Además, los hombres estaban también disfrazados; pocos había con frac, y en cuanto á mujeres elegantes, no creo que sobrasen, aunque había muchas mujeres elegantemente vestidas.

Yo me pasaba bromeando aquí y allá, volviendo á la casa para mirar un puerrot ó un page, cuando entie-

aquella multitud abigarrada vi una casa española, de torero ó pica dor, vestido con un traje andaluz.

— Adios, italiano.

— Buonna notte, me- entusto con un acento italiano debajo del cual se trasparentaba Sevilla.

— ¿Es divertido aquí?

— Non. I francesi mi sembrano troppo .....

— Demasiado sosos?

— È vero.

Lo cual no impedía al italiano-andaluz bailar muy a su sabor.

Si fuera á comentar detenidamente el baile de la Opera, tendria que entrar en reflexiones que no me agrada hacer, ni son de la índole de estos apuntes. Solo diré — y basta — que al que me diga que el teatro local de Madrid no es un espectáculo lleno de decoro é impregnado de la inmorta cultura española, le desé que se venga al <sup>del</sup> teatro de París en un día chis.

No digo más.

¿ Si la transición no fuera demasiado rápida é irreversible hablaría aquí de las iglesias, que he visitado muy detenidamente? Bah! eso que tendria razon en hacer lo. acaso cuando se tiene sed no se busca el agua? Despues del extremo desorden, qué es lo que agrada al alma árida y fatigada? La paz, la calma, la elevacion hácia lo infinito.

Hay por de pronto dos iglesias en París, á las cuales concedo el derecho de abrir la marcha, como á las más divergentes de todas las ideas que en España formamos de una iglesia.

Con la Magdalena y San Sulpicio?

El más puro gusto griego, la completa oposicion á lo egipcio; señala estos dos grandiosos monumentos, que apesar de su clásica y majestuosa belleza, despiertan más bien la idea de museo ó de congreso, que de iglesia católica. El catolicismo que dió vida al órden ogival, se ha identificado con él, como un buen padre con sus hijos, y la catedral egipcia, con sus finas flechas, sus arcos sombríos y

sus patriarcales de piedra bajo los puntiagudos doselios, llamada siempre al recogimiento más que las columnas acanaladas, los medios puntos correctos y la despejada construcción de las iglesias griegas. Esto no quita que la Magdalena y San Sulpicio sean dos notables monumentos.

Cuando visité la Magdalena, estaba haciendo dose una boda. La recién casada, con su largo traje blanco....

Una pequeña digresión, aunque las aborrezco.

En Francia toda novia, este floreciendo su décima quinta primavera ó haya visto el albor del cincuentésimo otoño, sea linda como la Jocunda ó fea como el enemigo, rica príncipal o pobre costurera, hija de un duque ó de un portero, se casa con el traje blanco y la obliqua corona de azahar.

El traje es el mismo: la calidad varía desde la larga falda de saso con encajes por valor de doscientos mil francos y la corona salpicada de gotas de boio que son bellantes como garbanzos, hasta el modesto trajeito de alpaca blanca y la corona de veintinueve souses.

Pero, enfín, es traje blanco y corona virginal.

Y ya que de trousseaus y bodas me ocupo, no quiero olvidar un pequeño detalle de refinamiento que he visto en el trousseau de una americana riquísima.

Era una de esas prendas del traje femenino que están destinadas á que no las vea sino su dueña, y que de ordinario se hacen con bombasi ó piqué, hecha de saso blanco bordado, y perfumada con un perfume especial que habia costado por sí solo 500 francos.

¿Qué tal la hija de los trópicos?

Pasada esta observacion acerca de las novias francesas, vuelvo á la novia de la Magdalena.

Era una moñeta de unos veinte años, y cuando salió del brazo de su nuevo dueño y señor, pude convencerme que ella, el novio, y toda la boda, eran españoles.

Cubieron en el lindo bandó con lafolllos bayos adornados de lagos blancos; el cobero, que llevaba un lago igual, los azotes, y presdi de viota á la novia, que llevaba á la boca un pañuelo rodeado en uncaje, mientras que de otra mano sostenia un enorme ramo de camelias.

P.º 17

y lulas blancas.

Buen a suerte, compatriotas! ¡Ojalá la Magdalena — que guía, dicen allá, á los enarnosados, te guie en el matrimonial sendero!

En el gusto gótico París posee bastante, pero, fuera de Notre Dame, de la cual hablase dentro de un poco, no tiene nada de extraordinario. Hay St Germain des Prés, que no es un gótico puro, lejos de eso, es muy antigua — remonta á 990 — y en su interior, Hardrin ha ejecutado una decoración, á mi entender, en algo y de mal gusto. Otro *wood* de sus capillas laterales una sencilla lápida guarda los restos de Roileau: no sería mucho que le elevasen un pequeño monumento conmemorativo sus compatriotas.

Otro Saint Germain, St Germain L'Auxerrois, también tan bien á los Normandos, si no ofrece — para ojos habituales al esplendor de las catedrales españolas — nada de admirable, guarda sucesivos históricos de bastante trascendencia. Atravesando su claustro — hoy deshecho — fue asesinado el almirante Coligny; allí en el siglo 14, la Jacquerie cometió sus más espantosos excesos. Las campanas de St Germain L'Auxerrois fueron las que, el 24 de Agosto 1572, dieron la señal de la espantosa matanza conocida por la Saint Barthelemy.

La iglesia de Saint Etienne du Mont, de arquitecturas bastante original y atrevida, encierra el sepulcro de santa Genoveva, vacío, pues las hordas de 93 que no respetaron las tumbas de los reyes, profanaron también la de la santa patrona de París, quemando sus restos. En el sepulcro rodeado de multitud de ex-votos, entre los cuales note un corazón de plata con esta leyenda en español — Gratitudo —

En Saint Etienne du Mont se refiere un solo suceso, pero sangriento. El arzobispo de París, M.<sup>o</sup> Lebois, fue asesinado en la iglesia, en el momento que tenía en la mano el *Évêil*, por un mal sacerdote cuyos excesos había castigado.

El Panteon — situado á dos pasos de St Etienne — es toda otra iglesia que no le parece. La pórtica es el del Forum romano. En su frontis se lee esta inscripción — *aux grands hommes, la patrie reconnaissante* — Vamos á ver á estos grandes hombres, y al efecto, lo

memos una papeleta para bajar al caveau.

— ¿Qué vamos á ver? preguntó al encargado de conducirnos á los grandes hombres.

— Oh, hizo él en los tonos más guturales y admirativos del idioma francés: la Tumba de Voltaire y de Rousseau?

— ¿Y no hay otra tumba de gran hombre?

— Oh!! muchas. Descendz, *s'il vous plaît*.

Descendimos en efecto, y pasamos varias horas cosechando sin que yo sintiese alguna impresión de asombro al pensar que Voltaire y Rousseau dormían con honor al amparo de una iglesia católica.

Las tumbas de los dos enciclopedistas son por demás sencillas, lo cual no me afligió, pues aunque la muerte estingue los odios, no extingue las admiraciones, y yo no puedo dejar de creer que el pobre Bouleau, que tan olvidado yace en la capilla de St Germain des Prés, mereciese un poco más aquel tumulto que los dos dañados filósofos, cuyo carácter y curioso talento no me inspira la menor simpatía.

Después de estas dos tumbas, nos llevaron á ver las de otra posesion de grandes hombres.... que deben ser sumamente conocidos en su arrondissement ó cosa así: porque la verdad es que allí no había apenas un nombre conocido en las artes, las letras, la política ó la guerra. Gran generales y condes del imperio, muy dignos y buenos seguramente, pero enfín, como grandes hombres....

Nos hicieron dar mil vueltas y admirar la sabia construcción de aquel laberinto, y en seguida nos llevaron á una pequeña cámara subterránea, retiraron la luz y nos recomendaron el silencio. Estábamos así, á oscuras y sin chistás, cuando de repente sonó un estrepito parecido al de diez cañonazos juntos, y después pareció que un furgon con cuatro caballos pasaba á nuestro lado. La tromba me pareció pesada, pues nos aturdió, y á no ser por las frescas cascadas de unas jóvenes norteamericanas que visitaban también el Pantón, hubiera gritado Suffit. Enfín cesó el ruido, la luz volvió, y nos explicaron el motivo de aquella serenata: era una demostración de las condiciones acústicas de la bóveda, y se producía solo con percusión.

lijeramente un pequeño tambor. También nos hicieron ver el Sr.

Saint Thomas de Aquin no ofrece nada de particular y St. Wihilde, una linda iglesia moderna perfectamente copia da del estilo gótico antiguo, me ha gustado más. Es bellísima en efecto, con su grandioso pórtico dividido en tres arcos y sus dos finas flechas.

Notre Dame des Victoires tiene una M. Señora á quien profesa París - y la acompaña - gran devoción.

Pero la iglesia capital de París, la que he visitado con verdadero interés y no una sino infinitas veces, es la poética, la original, la veneranda Notre Dame.

Notre Dame es la única iglesia de París en que al entrar se siente una impresión profunda producida por la oscuridad y la altura de las bóvedas. En Notre Dame encuentro todas mis aficiones: los rios cristales, el pórtico sobrecargado de santos y patriarcas en serenas actitudes, y hasta las graciosas alas - no sé si es la frase técnica - que remen a la flecha el resto del edificio.

Pobre antigua catedral! Quéin dijera á Felipe Augusto, que cuando tu fundación reinaba, que muchos años más tarde se profanarían tus santas bóvedas, y que el 10 de Noviembre 1793, en el centro de tu grandiosa nave, se erigiría un templo á la Razon, representada por una mujer vestida de blanco y con el gorro frigio, á la cual toda la Convención Nacional cantaba himnos! ¡Este recuerdo, me quemo ultraje! Hoy la profanación ha sido sepasada, y restaurados piadosamente los detalles de la fachada, que la piqueta revolucionaria abatiera.

En Notre Dame se ha efectuado la boda de Luisgu 4º con Margarita de Valois, y la de Napoléon 3º con Eugenia.

En una capilla, á la derecha, se halla el monumento á la memoria de Mo<sup>g</sup>. Affre, el arzobispo de París muerto en las barricadas. Está semi - enyesado, y vestido con su traje pastoral. Su mano derecha tiene una palma. Hay una inscripción de sus sublimes palabras - ¡Jalá sea mi sangre la última que se haya derramado -



Salimos á la base para ver á nuestros pies á París.

La ascension es fatigosa, las escalas están degradadas y mal cuidadas, pero asida; qué panorama grandioso se disfruta!

París es casi llano, lo cual hace que no perdamos ni uno de sus contornos. Todo lo dominamos: los inmensos parques, las largas calles, los magníficos edificios, descollando entre todas la dorada cúpula de los inválidos que contempla á los rayos del sol.

Nos apoyamos en una balaustrada de piedra, rodeada de esta hilera de monstruos fantásticos que tanto aprovechó Víctor Hugo en su novela - Notre Dame de París. Allí están tal como él los ha descrito: monstruos con cuerpo humano y cabeza de perro, con cabeza de buey y cuerpo de mujer; monstruos inclinados, mirando hacia abajo y riendo con una risa de posible ironía; lobos y tigres que destruyen un pobre ratoncillo, y enfín, una lechuga envuelta en un sudario.... De noche, á la luz de la luna, estos monstruos deben asemejar otras tantas tentaciones infernales, como las de los cuadros de Vermeer.

Vemos visto el gran boudon ó campana cuyo sonido se oía fuera de París, y cubría todos los ruidos de la ciudad. Esta vota y no suena.

Trájanos para ver el tetoso.

Nos han tenido media hora enseñándonos prolijamente mil cosas bastante interesantes: el cáliz que regaló el rey Luis Felipe, ó Luis 18, á la Masquesa <sup>+++</sup> L.<sup>a</sup> No puedo acordarme de todo. Hay magníficos ornatos, que servieron para la coronación de Napoleón I, para la boda del 3.<sup>o</sup> L.<sup>a</sup> Pero ha habido algo de que me acuerdo, y me acordaré toda mi vida: una bata colgada en un zócalo, y un pequeño armario, en un extremo de la sacristía. La bata es la que ornata á M.<sup>o</sup> Affre: el armario contiene los trajes de los tres arzobispos de París que en poco tiempo han dado, como el buen pastor, su vida por sus ovejas.

El traje de M.<sup>o</sup> Sibour - el asesinado en St. Etienne du Mont - es una grande alba blanca, rodeada de encajes, y que guarda aún las primorosas dobles de las albas.

18

El puñal había atravesado varias de estas dobles, produciendo en vez de uno, muchos agujeros. Del último parte un reguero de sangre que llega hasta el encaje. Esta sangre conserva su color rojo. El traje de Mr. Affre — el que una bala perdida mató, mientras que en las barricadas suplicaba al pueblo de París que cesase en la lucha — es una túnica pastoral, de fondo mirado con vueltas rojas. Esta mueve, y no tiene más que un solo agujero: el de la homicida bala.

Pero el último, el traje de Mr. Darby, el fusilado por los comunistas en la prisión de la Roquette, mientras París se retorció en un océano de llamas, es por sí solo un drama, un drama desgarrador, que <sup>los cascos</sup> pesa y huela la sangre en las venas. Es una pellicia morsa, en todo semejante a la de Mr. Affre, pero ha perdido por completo hasta la forma de tal. No solo está la pobre túnica acerbillada con las infinitas balas que buscaron al través del paño el camino del corazón, sino que guarda las desgarraduras de los bayonetazos y las mil huellas del inmundo todo en que la revolcaron. Las otras dos son la muerte violenta, pero la muerte de un solo golpe, sin agonía, sin ensañamiento, sin martirio; Pero esta túnica, cuántos misterios horribles está revelando! El cuello ha sido desgarrado por manos trémulas de ciega rabia; las vueltas han sido hechas girones al arrastras á la víctima; el cuerpo ha sido revolcado en el lodo y pisoteado: aún guardan las manchas la forma de un pie grueso; los charcos de denegrida sangre no provienen de la bala rápida en dar la muerte, sino del sable y de la bayoneta que han ayudado á su obra!

Tengo en el bolsillo un permiso para ver la Roquette, que por cierto me ha costado trabajo conseguir: ahora mismo voy á aprovecharme de él: después del traje de la víctima, visitaré el lugar del suplicio.

La Roquette — tal vez lo que he visto acabo de ver influya en ello — me ha parecido una prisión <sup>suplicio</sup> ~~aterradora~~ entre todas las prisiones: una inexplicable melancolía fluye de sus muros grises, altos y rectos, y los barridos extraviados por que se

para para llegar a ello, me han parecido poblados de fisionomías más ó menos encajotadas, pero todas de legítima raza comunal, ~~resaca simpática~~. Son artesanos, pues aquellos con barrios muy pobres, pero lejos de ofrecer el simpático tipo del artesano franco, alegre, trabajador, temían el del industrial sospechoso que es á veces tabernero, otras posadero, y en caso de necesidad enubridor y asesino.

— Para que no se crea que exagero, al día siguiente el "Figaro" anunció la captura, precisamente en aquel barrio, de una numerosísima banda de ladrones y criminales de toda especie.

Ante el permiso, que presentáramos, las puertas de la Poquette se nos abrieron de par en par, y nos condujeron, pasado un gran patio, al cuarto del registro de los presos, en donde se tomó nota de nuestra autosignación, y se ordenó á uno de los guardianes que nos acompañase y nos enseñase todo el interior de la prisión.

La primera cosa que se ofreció á nuestros ojos fue un cuartito pequeño, con comunicacion al patio, y extraordinariamente desmudo y pobre.

— Aquí, nos dijo el guardián, se hace la toilette del condenado á muerte. Ultima.

En efecto, contra la pared se apoya una mesa, cuyo cajon contiene los pines, las tijeras &<sup>a</sup> y delante de ella está una silla, gastada por el uso.

Oh! si pudiera esta silla decirnos los pensamientos de los que se han sentado en ella!

Al traves de una reja, nos hicieron ver el patio de los presos, en donde una multitud de estos se paseaba armando una algazara infernal. Me retiré en seguida, pues no sé que sus miradas se fijaban con curiosidad en nosotros, y que en vez de observar, éramos observados.

Todo mi anhelo era visitar la habitacion de los rehenes: pero antes debimos ver el tablero de los presos,

y un dormitorio. El lavadero no puede ser más primitivo; es una enorme cubeta con arcos de hierro; y me llamó la atención una frase gráfica del guardián.

— Ici, me dijo, ils se débarrassent.

Aunque la palabra débarrassent no sea traducible en toda su fuerza, corresponde casi á nuestro verbo desbrozar.

— Ahora, dijo abriendo la puerta de una celdita riquísima situada al principio de un largo corredor en que había muchas iguales, vean Vds. la primera habitación de Mr. Darby; todas las otras celdas estaban también llenas de rehenes. Mr. Donjean, sacerdote, hermano de la doctrina cristiana, &c.

— Porque hubo dos prisioneros? pregunté.

— Porque, estando esta al lado de la de Mr. Donjean, y teniendo una reja común, se hablaban á veces; y para arrebatárselos este consuelo, se cambiaron de celda. Ahora vean Vds. la segunda y última.

Y diciendo así, nos llevó al extremo del corredor, ante una puerta cargada de cerrojos: abierta, y retirándose, nos dejó contemplar <sup>la celda</sup> a nuestro sabor.

No es fácil imaginar la pobre estrechez de aquel cuartito, nada más desnudo, nada más grosero. Ladrillos por piso, una harina por cama, un grosero cobertor sin sabanas, una ~~fría~~ <sup>vacía</sup> silla. La cama estaba arrugada.

Me volví al guardián.

— ¿Se ha acostado alguien en esta cama después de decirse.

— Nadie; está arrugada aún de la impresión de su cuerpo, y muy pocas personas han entrado aquí desde entonces, á ver este lugar.

No quise ver más, é inclinándome, apoyé mis labios en el cobertor por un impulso repentino. El guardián se adelantó.

— ¿Te gustaría poseer un pedazo? me preguntó muy bajo.

Miré intuitivamente el lecho. Nada me destruye mis ilusiones (y las extimo mucho) como esas triviales ofertas de preciosos recuerdos que todo el mundo se lleva en la maleta;

pero la mirada que pasé por el cobertor me tranquilizó. Estaba intacto; nadie había pensado en aquella piadosa reliquia, y es evidente que si yo no hubiera besado con fe aquel pobre abrigo, el guardián no hubiera tenido la idea de ofrecermelo un trozo.

De  
Me costó una esquina del paño, encasgándome que lo ocultara, y ~~nos~~ continuamos nuestra visita á aquel Via Crucis, por una meseta de una pequeña escalera de caracol.

Aquí fue hecho el llamamiento de las víctimas, para marchar á la muerte, y por esa escalera bajaron, exultó el guardián, pero por ahí no podíamos bajar nosotros; vamos á seguir, fuera de la escalera, el mismo camino que ellas.

Descendimos por otro lado, y nos hallamos al pie de la escalera; seguimos andando, por el primer recinto de las murallas.

Aquí querían fusilarlos, pero hallaron junto al muro un centinela, y aunque esa de los suyos (singular precaución) — dieron la vuelta por no encontrarse, y siguieron al segundo recinto. Por supuesto, las víctimas eran conducidas en tropel, á culatazos y empujones; ¿veis esta pequeña puertecita que se para el primer recinto del segundo? En ella faltaron las fuerzas á M<sup>o</sup>, y M<sup>o</sup> Donjean, cogiéndole del brazo, le sostuvo valerosamente.

Llegados aquí — y al decir esto nos había conducido á una esquina del muro, rodeada de un balaustre y señalada con una gran lápida negra — los adosaron á la pared en el orden que Ferré, el jefe del pelotón, había señalado de antemano, como podéis ver.

Más ojos siguieron la dirección del dedo del guardián, y percibí, entre las infinitas huellas de las balas, que la pared conservaba, unos retreros escritos con la punta de una bayoneta ó cuchillo, que decían Manamente — Obispo — Presidente — vicario, &c. &c.

Ferré los escribió, en efecto, con la bayoneta, dijo el guardián, y después de que los hubo colocados, M<sup>o</sup>, que

14

que ya estaba medio muerto con los bayonetazos y culatazos, dió la última abeolucion á sus compañeros, al mismo tiempo que Ferré daba la voz de fuego, el peloton disparaba, y las víctimas caían hacinadas unas sobre las otras.

A eso delléme ante la lápida, que rodea la urna y con la frente apoyada en ella le ofrecí el tributo de mis oraciones.

Levantán dome en seguida, cogí uno de los muchos pensamientos que colgaban al lado de la pared, mientras el guardia me daba los últimos detalles.

— Los cadáveres — me dijo — fueron arrojados en una carreta y trasportados en ella sin ceremonia. Esta carreta ha sido recogida por la viuda del presidente, Mme Bonjean.

Y viendo como se fijaban mis ojos en el lado de la pared que las balas acerbillaban:

— Era el lugar de Mr<sup>e</sup> Anadió. Todo el peloton tiró de preferencia á ese punto, siguiendo la dirección del dedo de Ferré.

Delatós a mi corazón cual si le hubieran quitado de encima una pesada losa cuando dejando aquellos nuevos sombríos me encaminé á la Condesería. Y sin embargo la Condesería guarda dramas tanto ó más terribles que el que me habia sido dado conocer en la Apoquette. En la Condesería se conserva el calabozo de Maria Antoinetta, junto con el bisto que besó antes de morir. El calabozo es tan estrecho que apenas cabe una cama, y tan oscuro, que no se comprende como la prisionera podía contar por luz zurcir aquellos zapatitos de saso negro que usó por espacio de año y medio. La puerta era una reja, de modo que no podía dar un paso sin ser visto por sus guardianes. Pared con pared está el otro cuarto en que pasó sus últimos momentos Mr<sup>e</sup> Gabel etc Francia hermana de Luis 16, cuarto en que después

á su vez, Protespierre aguardó la muerte. La oveja y el lobo, la gacela y el tigre, cayeron en la misma trampa, y los musos que presenciaron la resignada y sublime despedida de la víctima, se estremecieron á los impotentes ahullidos del verdugo.

Enseñase también en la Consejería la sala en que pasó la escena que representa el cuadro de Muller, el llamamiento al cadalso de las últimas víctimas del Terror.

La Consejería me hace recordar que he omitido en las iglesias de París citar la Santa Capilla: está contigua al tribunal de Asesores, su fundación se atribuye á San Luis, y es una maravilla de lijereza, de gusto, de delicada y sobria construcción, su flecha cofirísima.

He entrado, apesar de una afluencia de gente que nos obligó á dar y recibir codazos (los espectáculos gratis son muy del gusto del pueblo francés) en el tribunal de Asesores. No carece de imponente solemnidad este tribunal cuyo rego traja recuerda el Consejo de los Diez, y añade á esta impresión el gran Crucifijo suspendido sobre sus cabezas como testigo irrecusable.

Le juzgaba una causa de robo, y el acusado era un moquito imberbe que no estaba nada turbado y negaba con soltura todo lo que le imputaban. Este asunto vulgar no me interesó, y recorrido el edificio, que es magnífico aún despues de haber perdido grauias al fuego en noviembre la grande y famosa sala des Pas Perdus, dejé el palacio de Bernis, y á su costado de tetrados y togados, para recorrer los numerosos paseos de París.

El Bois de Boulogne - creo que le corresponde el derecho de primicia - es el paseo de la gente de carruaje pues sus larguissimas calles y avenidas se hacen imposibles para el que se vale de sus piernas. Entre sus bosquecillos, en torno de su lago y de su bonita cascada artificial,

o bien en la aristocrática bodega de chacras, galopan los elegantes ginetes, se exhiben las mujeres á lo modo, se ostenta el lujoso tren del financiero, las postezuelas blasonadas del príncipe ruso que gasta en París sus rublos, sin que falte entre esta falange de niños mimados de la fortuna algun vergonzante fiarse con caballos éticos, en cuyos cuatro asientos se acomoda una familia provinciana de seis ó ocho personas, como sardina en banasta: porque si París es el punto culminante de todas las elegancias, es también el *refugium peccatorum* de todos los ridiculos, ó como dicen gráficamente los americanos, de *todo lo cursi*.

No obstante, en el Bois, lo elegante sobrepasa y prepondera, aunque muchas jóvenes y distinguidas mamás demuestran preferencia al Jardín de Aclimatación, en donde el avestruz tirando de un coche, el elefante y el dino mediano que se dejan montar, los borriquillos enganchados á la Daimont y enfin, el *aquarium*, hacen las delicias de los bebés de dos á diez años.

En cuanto al jardín de plantas... rogad por su alma. Es sin embargo un paseo que merecería mejor suerte; tiene una preciosa serre, con una ninfea gigantesca curiosísima; pero es un desierto siempre, excepto algun domingo en que los obreros y lavanderas se divierten en dar á los monos, faisanes *H. span* y avellanas que estos se apresuran á devorar.

Hay todavía los *battes Chaumont*... Recomiendo al viajero observador que los visite un domingo y se hallará en una plena fiesta de obreros, con singulares accesos.

Retratos en fotografía á 50 centimos (dos reales) la primera prueba; copas de merengue á 10 ct<sup>s</sup> (dos cuartos); teatro á 15 ct<sup>s</sup> la entrada, en el cual se representa de un modo tan primitivo, que supera á todas las anécdotas que se refieren en España acerca de las funciones de a-



fisionomías; tíos vivos, baile, prestidigitación, columpios, juegos de bolos, rompe cabezas, loterías... todo lo hay allí, y a tales precios, que el que gaste una peseta pasa por un Rotochillo de incógnito.

Las Buttes Chaumont son un precioso paseo, bien puesto con una inteligencia y un gusto especiales, y desde su belvedere se domina un extenso panorama. El emplazamiento de este belvedere ocupábalo antes las famosas horcas patibuladas (el gibet Montfaucon).

Aventura me parecía ver a toda aquella gente de blusa, que se divertían como niños, y decirme - Sin embargo estos han sido los que, con la tía en una mano, el puñal en la otra, han hecho de París un montón de ruinas! La misma impresión me ha ~~producido~~ <sup>producido</sup> el asistir a una de las vistas de una de las más curiosas costumbres que conserva París.

Esta es la feria de los jamones y tran de especias.

Los cuatro días de Semana Santa - lunes, martes, miércoles y jueves - como para insultar a la carne de los que ayunan y comen de pescado, tiene lugar desde tiempo inmemorial una feria a la cual todo el mundo convido envía sus salazones y sus embutidos. Pirámides de jamones, avalanchas de salchichones, montañas de longanizas y morcillas se ostentan en una cantidad infinita de barracillos improvisadas al efecto, desde la Plaza de la Bastilla al Boulevard Doltaire, vista más paupérrica, epicúreo que aquella exhibición apetitosa, al través de la cual circulan millares de amas de casa con su cestito bien reforzado, llevando de la mano robustos chiquillos que se entretienen en devorar un foguete de pan de especias. Para que se juzgue de las proporciones gigantescas de este mercado, baste saber que solo el departamento de la Alen

20

se. (Francia) envió 40.860 kilogramos de salazon.

No se crea que solo se venden allí jamones: allí se vende de todo: el sucio libro de París trae allí remanso y deposita sus más fangosos residuos: hay una mezcla singularísima de ~~riqueza~~ lujo y miseria, de antigüedad y novedad; ~~hay~~ hay camisas sucias guarnecidas de vivos encajes; hay una escultura Edad media se tropezó con unos zapatos modernos que valen tres francos; véndense rimeros de platos diferentes todos, desde el plato de d'ores blasonado hasta ~~la~~ sobre escudilla de barro; enfín, aquello es un charrasi, un galimatías, aumentado por las voces de los titiriteros, lacamuelas al aire libre vestidos de osopel, enseñadores de fenómenos, &c. &c.

La multitud se arremolinaba sobre todo (preciso es que el carácter galo enseñe la punta de la vieja) en torno de dos barracas de vendedores de salchichon; una de ellas tenía una gran bandera tricolor, y escrito debajo *Notre drapeau quand même - Alsace Lorraine*. (Nuestra bandera apesar de todo - Alsacia Lorena). La otra ostentaba un castelón en donde se leía - *Alpetz* y al lado por un espron negro: debajo en gruesas letras añadía - *Sutano de Sal, Salchichero en Alpetz, se ha trasladado a Lyon desde la anexión.*

Este patriotismo puesto al servicio de los jamones no dejó de hacerme gracia, y me servió un tanto aquel epíteto jamoso:

Aquí yace *La Pardo*  
 Su afligido esposo <sup>es quien</sup> ~~es quien~~ la dedica  
 este recuerdo, <sup>y ofrece al público</sup> ~~hace saber que~~ ~~manusales~~  
 manuales iguales a precios reducidos  
 calle de iv

Hay otra costumbre curiosa: la de la veina de las lavanderas. El día de la mi-casème (igualdad de la

Quaresma, es el verdadero Carnaval en París, y las lavanderas del Sena, ilustre y numerosa corporación, eligen una reina entre sí. Igualmente es la belleza quien preside a esta elección: solo sé que S. M. la lavandera de este año era una hermosa muchacha rúbia. Elegida la reina, se disfrazan las súbditas, y en grandes coches adornados se van a pasear por los boulevares. A la noche reinan un banquete, en que la monarca brinda y bebe como una simple... lavandera.

Los huevos de Pascua son aún una costumbre parisense su género. El domingo de Resurrección los padres, padrinos, maridos y hermanos ofrecen a sus hijas, ahijadas, mujeres y hermanas un huevo. Estos huevos varían desde el huevecillo de dulce que cuesta 6 ó 8 cuartos hasta el huevo de oro conteniendo unos solitarios de brillantes valor de 50.000 francos ó más. Hay huevos de chocolate con sorpresas dentro, hay huevos cisnes, huevos ángeles, huevos de todas formas y clases ~~y formas~~. Los confiteros agotan toda su arte en hacer de cada huevo una primorosa cajita de dulce.

El domingo de ramos he observado la costumbre que también Madrid tiene - de los ramos, pero aquí en vez de palmas es el huevo bendito lo que bendicen en las iglesias. Todo el mundo lo compra, y hasta los caballos de los carruajes llevan uno a guisa de penacho.

Al enumerar las iglesias visitadas he suprimido de propósito una que es sin embargo tal vez la más notable de París: pero no quería colocarla al lado de las antiguas basílicas que forman con ella un perfecto contraste.

Hablo de los Invalides, en donde está la tumba de Napoleón.

La tumba de Napoleón: tantos recuerdos en tan poco sitio! tanta ambición encerrada en una tumba! Verdad es que si Santa Elena fué el Caucaso, los Tuválivos son una apoteosis.

~~Nada~~ <sup>(es decir, en la parte nueva)</sup> El arquitecto que ha construido los Tuválivos era algo más que un artista: era un poeta que buscaba de herir la imaginación. En efecto, la dorada cúpula parece decir desde lejos: Venid á admirar la gloria. Yo soy la fama que deslumbra. El grandioso pórtico añade: La grandeza está aquí. Luego el altar, el elegante sino altar, que parece de fuego con la luz que los rosados cristales le comunican, añade - Y aquí también la unmosalidad. Pero bajamos la vista y vemos el soberbio fútilo de rojo mármol, y él nos dice que la gloria del hombre está bajo la mano de la muerte. Y así estáis todas que en círculo ~~en~~ en doctores utilidad te miran, parecen añadir con voz de lágrimas -; Las glorias se han huido y solo queda la expiación, el destierro, el martirio!

Oh héroe! duermes en paz, y déjame saborear aquí el orgulloso pensamiento de que fué mi patria la que detuvo tu triunfal carrera!

Como si ~~el~~ <sup>el</sup> mundo cenotafio quisiera respondes á mis sueños, dejase oír una música misteriosa, velada, inexplicable, pues no se oía ni el sitio de donde provenía ni la mano que la arrancaba á las teclas del órgano. Era un encanto indefinible; á veces se diría que saltaba de la tumba misma; otras veces sus apagadas armonías murían en la alta bóveda; ~~nada~~ <sup>nada</sup> era casi sobrenatural. Al visitar después los Tuválivos supe de donde provenía la música. Era el órgano de la iglesia contigua cuyos sonidos al través de la pared llegaban á la otra iglesia; pues son dos iglesias gemelas y unidas.

Desde que la primavera envió a París su primer torrisa, pudimos pensar en visitar Versalles, Saint Cloud y Saint Denis, tres excursiones estereótipas que piden buen tiempo y renacimiento de la naturaleza, porque los árboles despojados de hoja no aumentan gran cosa el atractivo del campo.

En lo que de estaciones hablo, señalaré de paso que como este invierno ha sido tan benigno, ~~no~~ <sup>no</sup> he podido satisfacer el deseo que tenía de ver patinas en el Bois de Boulogne.

No ha helado casi, y el ~~todo~~ agua no se ha solidificado. Desgracia para el club de los patinadores y para mí que quería verles medirse el hielo, fortuna para los que tienen asma y también para los pobres saboyanitos.

Estos hijos de las montañas enviados a París solitos y casi desnudos a ganarse su pan limpiando chimeneas, me dan una impresión inesplicable. Una de las noches más frías del invierno salí yo de un restaurant y vi a uno de ~~ellos~~ ellos acurrucado en el suelo con el rostro pegado al agujero de la ventana de la cocina (las cocinas de los restaurants son todas subterráneas). El niño se calentaba al espeso vaho que salía por la reja, y me discaba un trozo de pan.

Le toqué en el hombro y le alargué una moneda.

— Grazie, me dijo volviendo hacia mí su cara risueña en que brillaban dos hermosos ojos negros y una dentadura de marfil.

¿En qué pensaría? En la choza de sus padres, en el valle natal? no lo sé; lo cierto es que el petit mon eur sourria.

21

Muchos saboyanos, en vez de limpiar chimeneas, andan en pequeñas orquestas de cuatro ó cinco, tocando lo que Dios quiere, y comiendo y durmiendo en lo que Dios dá.

Pero creo que hablaba de primavera, en efecto era un hermoso día, templado <sup>un tanto nublado</sup> y ~~sereno~~, el que nos toró de ir a Versalles, y así fué que visitamos la residencia de Luis 14 sin fatigarnos mucho.

Sin que en ello medie la parcialidad nacional, aseguro que el Aranjuez ó el Real son mucho más interesantes <sup>que</sup> ~~que~~ el tan famoso Versalles.

El Trianon - que fué la residencia favorita de María Antonieta - tiene mérito por que en él aquella reina original y artística rompió abiertamente con el gusto de su época y las tradiciones de la Vierge, y creó un jardín inglés que aun hoy puede servir de modelo en su género. En sus frescos bosqueillos, en su coquetona techeria y su pintoresco aldea suiza, pasaban la reina y sus damas, vestidas de farsal, con sombreros de paja y flecos, brocas de abando no encantados que mil veces debió recordar la desgraciada esposa de Luis 16 en su sombrío calabozo de la Conserjería.

Versalles es grandioso, severo, imponentemente recto y metódico, con grandes bojes, fuentes monumentales, en fin, la ceremoniosa etiqueta de la corte de Luis 14, trasportada á un jardín. Ni más ni menos. Su museo contiene algunos magníficos cuadros debidos á Ternet y David. Este museo no está dedicado más que á perpetuar los grandes hechos históricos de Francia, y solo figuran en él las estatuas, bustos y retratos de los héroes y grandes hombres: ¿por qué España, que tiene tan fecundo campo para elegir, no crea un museo de este gé-

nero 9

En el Trianon se conservan las habitaciones de Napoleón I, su sala de baño y su dormitorio amueblados como él los tenía.

Saint Denis no es más que un montón de ruinas. El palacio, ya mutilado durante la guerra por los disparos (los prusianos acamparon allí) terminó su carrera a manos de los comunistas, que hallaron sin duda que los soldados de Bismarck habían hecho mal en respetarlo.

En cuanto a Saint Denis, bastante sabido es que esta antiquísima basílica, que encerraba las tumbas de los reyes de Francia, fue profanada durante la revolución de 93 y arrojados al viento las cenizas que los sarcófagos contenían, sin respetar ni aun al buen Enrique IV cuyo cadáver fue hallado intacto y conservado como si acabase de morir. Pero las tumbas se conservan, y las hay notabilísimas, entre otras la de Fredegunda, que es un mosaico en extremo curioso.

La primavera me proporcionó asistir en París a un espectáculo importado de Inglaterra: las corridas de caballos.

La primera corrida de caballos - que es el Domingo de Pascua - es un pretexto para que los parisenses luzcan sus trajes de primavera y deuden de la moda que ha de regir toda la estación.

Son también un pretexto para el juego de azar más arriesgado e inmoral que he presenciado: las apuestas.

Y son un pretexto para que los fabricantes de coches exhiban trenes magníficos y halles compradoses.

... no se ven más aquí y allí que mujeres

nestrosas, como dicen aquí, de un mundo imposible, jóvenes del gran mundo que hacen profesión de una gran afición a' caballos (aunque en realidad no la tengan) y especuladores de apuestas que apuntan ansiosamente los incidentes de la corrida y los batacazos que dan los jockeys.

Tres vueltas al rededor del hipódromo es lo prescrito: a' la tercera, el que llega primero gana. Estas tres vueltas duran apenas diez minutos: al concluir, el caballo está blanco como la nieve, y el jockey, si no ha medido la arena, ~~está~~ <sup>está</sup> moribundo de fatiga, y el sudor ha atravesado hasta sus chaquetilla de raso de abigarrados colores.

La apuesta a' favores de Stairle o' de Rossandbury está ganada, y aquella noche en el club, el feliz dueño del caballo vencedor recibe las felicitaciones de todos los sportsmen (aficionados a' caballos).

Querría que ocupar muchas seimas de papel y en consecuencia pasar del límite de estos apuntes, si fuese a' transcribir todo lo que he visto, observado y recorrido en París. He hecho la vida del turista completo: he comido en el café Inglés (el nae plus ultra culinario de París) y en alguna brasserie de quinto orden; he recorrido la ciudad a' pie, el Bois de Boulogne en coche, el río en vapor; he ~~pas~~ frecuentado los lujeros barrios gentriles y los pobres barrios estierres; he estado en los bailes y en la Morgue; enfín he aprovechado el tiempo, y sería nunca acabar que se trasladara aquí todas mis impresiones.

Bien se comprende que durante estos tres meses pasados en la gran capital, mis ojos estaban siempre ansiosamente fijos en mi amada patria, en la cual se pasaban graves acontecimientos a' la sazón. Don Amadeo de Saboya había estado



abdicado, abandonando un trono hasta combativo y hasta ageno a las simpatías españolas: y este acto de verdadera dignidad me hizo leer con interés los detalles de su partida que los periódicos traían a aquellos días. El duque deosta dejó su efímero cetro y partió al otro día, muy temprano, llevándose a su pobre mujer seiven-parida y anegada en lágrimas, en una silla de manos hasta el tren. Al cruzar los umbrales del palacio, el pecho de la princesa de la Cisterna se desahogó en un sollozo, diciendo: ¡Gracias a Dios! al fin vamos a estas barraguitas! Pocos ó ninguno de sus improvisados cortesanos acompañó hasta el tren a la familia que partió: ¿de qué servía en efecto a aquellos moroságuis de ocasión el rey que habían hecho y que no que vía esto? Desde que no podía servirles de manopara para sus odiosas cábalas y sus planes de ambición, ¿que les importaba haberte aclamado? No, no, Don Amadeo ha abdicado, viva el sol que nace, viva la república.

En efecto, la república se ha proclamado, y aunque parezca imposible, ~~tra~~ España está entregada a los horrores de una anarquía mayor aún que antes. Lo malo es susceptible siempre de aumento: felizmente, también aumentan las tropas reales, inicia esperanza de los buenos, y las tomas de Ripoll y Berga hacen latir de entusiasmo los corazones españoles.

Don Alfonso de Borbon, hermano del Rey, manda las tropas de Cataluña, y a su lado ángel protector de los heridos, marcha su bella joven y heroica mujer, Doña Ibarra de las Nieves, tipo que la historia, la novela, la leyenda

22

inmortalizarán un día.

Fácil es comprender el afán con que leemos y esperamos las noticias. Las tenemos muy exactas por el *Univers*, periódico legitimista francés, cuyos artículos acerca de España escribe un distinguido literato que tiene el talento de ser al mismo tiempo un hombre muy amable, el Conde de A. V., con cuya amistad me honso. En su casa he pasado momentos muy agradables; centro semi-español, semi-francés, legitimista, elegante y artístico, iluminado por la presencia y la amabilidad de la Condesa de A. V. que es una francesa española de adopción, la ~~casa~~ <sup>casita</sup> esta casa aunque privada este año de sus brillantes soirées por los acontecimientos de España era el lugar de reposo de mi vida agitada de París. Qué mayor reposo <sup>para el viajero</sup> que hallar fisonomías amigas, oír hablar en español, cantar canciones españolas y en fin contar ese aislamiento que constituye el gran mal de los viajes?

Una de estas ~~agradadas~~ noches me fue presentado un mejicano, cuya conversación escogida me agradó en extremo. Me habló de literatura, felicitándome en lisongeras frases por unos versos que yo acababa de leer dedicados a S. M. el Rey don Carlos, y que él había escuchado con visible placer. Me dijo que pronto iría a España, y que tal vez pasase por mi país; y yo le hice con la simpatía más sincera mil ofertas para entonces, rogándole que en ese caso no omitiese el vos darme. Estrechóme <sup>entre las suyas</sup> la mano un largo rato al despedirse, y se fue.

Pocos días después me dijo la Condesa,

— ¿Qué le ha pasado a V. del mejicano de la otra noche?

— Seguramente que una persona muy amable,

respondí sin saber a' donde queria ir a' pasar.

— Pues era el padre del Rey, me respondió ella viéndome de muy buena gana.

Me quedé ~~aberto~~. <sup>Así</sup> caballero  
 Fíjese de mi sorpresa. Así pues, el mejicano de palabra lenta, mirada dulce y ~~suavísimas~~ <sup>de exquisita distinción</sup> modales con quien habia hablado tan mano a' mano, era el hijo de Carlos V, el hermano de Carlos V!, el padre de Carlos VII! ~~Yo ya habia hablado con él~~ Yo le habia preguntado en el curso de la conversacion si era carlista!

— Don Juan de Dios bon, añadió la Condessa, se ha complacido en extremo con este incidente, y me ha encargado de decir a' V. que se lleva sus versos guardados, y que siente en extremo no poder estar detrás de una cortina viendo el efecto que le ha hecho a' V. esta ~~revelacion~~.

El tiempo que se ha puesto inmejorable nos invita ya a' dejar a' París, su polvo y su calor, y trocarlo por la pintoresca Suiza en donde nos espera la alta honra de visitar a' S. M. la Reina.

Al tratar de dejar la gran capital no puedo resistir al deseo de hacer un corto análisis de su fisonomía moral, como he hecho un boceto de la física.

Ante todo, dirá el pensador, qué efecto han producido en París sus últimas catástrofes, la guerra y la Commune?

La impresion producida por los males de la patria da la medida del valor moral de los pueblos; yo podré asegurar que Francia ~~cuando~~ no me ha parecido demasiado impresionada, aunque canta sus malheurs como ellos dicen en todos los tonos y sobre todas las escalas posibles. Pululan en las tiendas los bustos de la Alsacia y de la Lorena, representadas con un riguroso patriotismo que les desgarran las entrañas; millares



de mentir á su carácter, y comenzaron á asomar tímidamente algunas cabezas, luego más, luego se abrieron las tiendas, y á la noche los prusianos ~~se~~ comían en los restaurantes y aun tal vez sonseían á algún lindo palmito á quien el patriotismo no impedía mirables con curiosidad. París había recobrado toda su animación."

¿Qué pensar? Deberá creerse que la Francia ha muerto, que la primera nación latina no existe ya? Un viaje nos siempre pasa hallar la verdad.

Francia se divide en tres categorías muy marcadas y perfectamente señaladas: la nobleza, legitimista, la Bourgeoisie, orleanista ó napoleónica, los obreros, republicanos. La desgracia inmensa de la Francia es que la segunda predomina.

Á la nobleza no hay frases bastantes para alabarla: digna en su actitud cual no otra, desde que no ha podido servir al lado de su legítimo Rey, se ha suicidado retirándose del movimiento social, pero ha salvado su honor intacto y sus consuetadas creencias. Lejos de aceptar, como la española, un rey de origen sin derechos ni origen á trueque de poder seguir hollando las alfombras de un palacio, ha preferido adoptar la antigua y magnífica frase de Francisco I: Gout est perdu, mais l'honneur.

La clase obrera — el verdadero pueblo — es en Francia como en todas partes un niño grande, con pasiones de hombre y corazón á veces de ángel. En el está la escoria y el oso, la nieve y la lava, la abyección y la grandeza. Estraviado hoy por un fanático ó un infame, será mañana redimido por un apóstol ó un mártir. Bien y santamente quivado, sería la esperanza de su patria: hoy está en mal camino y cae á tal vez en el precipicio.

Pero la Bourgeoisie! la clase media! Vea ahí el abismo, decía Alejandro Dumas. Vea ahí el Coo, digo



(condescension) Si, por el contrario, son los reyes los que tienen la sartén por el mango, ~~no~~ la cosa será más breve; no nos despojarán solo de los honores, sino de ~~la vida~~ <sup>la hacienda</sup> y de la vida. No, no; un príncipe popular, ingesto en tronco real, y con un pie en ~~el~~ pasado y otro en el porvenir, es nuestro enemigo; un príncipe que a falta de nobleza a para rodearlo se constituya una postiza creando nos condes y barones, y que, teniendo bonitos saravos en las tulerías en los cuales nuestras mujeres puedan lucir sus ~~expañoles~~ <sup>pañoles</sup>, haga flotas de vez en cuando la bandera tricolor para satisfacción del ambicioso pueblo, ese debe ser nuestro bello ideal. Viva pues el justomedio!

~~Ojalá! Si Francia supiera ~~que~~ ~~podría~~ ~~comprenderse~~~~

Mucha bien: Francia es por excelencia el pueblo de las fortunas medianas, y esta clase llena de abnegación predomina. ¿Qué tiene de extraño que <sup>de</sup> un compuesto de dos metales preciosos, pese escaso, y de mucho cobre, resulte una moneda falsa, y que en Francia esta moneda falsa sea el patriotismo, el odio al extranjero, la energía que levanta el ánimo, la fuerza que venga la afrenta?

Los prusianos, fríos y duros como el acero, han impuesto su pie en la frente de París. No han devastado tanto como se dice: en Montreuil una mujer me aseguró que su jardín había sido quemado por los mismos nórdicos franceses. Pero la figura de Federico Guillermo y de Bismarck, arrancando las provincias a una nación y enseguida persiguiendo en ellas el catolicismo, es odiosa, y subleva mi ánimo y todas las convicciones de mi alma. Esta persecución ~~ha~~ ha hecho esten viva a toda Alemania, y es una declaración de guerra cuyo guante recogemos todos los católicos, empujando al torrente de las revoluciones de devolverlo al triunfante emperador. Si, este guante en mal hora arrojado, yo te aseguro a Guillermo que se lo entregarán a su hijo el incendio, la matanza, la sublevación y tal vez el regicidio; y

que entonces se verá forzado á decir, á ejemplo de Domiciano:  
- Estos cristianos son en verdad mis mejores vasallos.

Oh Francia! no caerá de tus ojos la venda con este último y rudo golpe! no verás el abismo, no verás la salvación! Esta bandera católica, este grande emblema de las razas latinas que Prusia tu enemiga pisotea bajo sus pies no lo recogerá tu mano para blandirlo triunfante? Entonces serías mi hermana, la hermana de mi España: pero si no lo haces, si continúas en la senda que has emprendido; teme, teme, que llegado el día de la expiación, el caballo de Afila imprima sus cascos en tu seno, y entonces... no volverá á nacer la yerba!

Salida de París - Ginebra.

El ~~viage~~ de Abit nos fue en fin posible disponer nuestro  
viage. ~~Paris, la ciudad de todo~~

Las últimas casas de París se pierden en la  
bruma vespertina, y el tren expreso que nos conduce á Suiza corre  
como una culebra de hierro, al través de los campos.

Oh singularidad del colapso humano! Sedientos hace  
tres meses de conocer á París, hoy París es para nosotros hasta  
familiar ~~manera~~ <sup>el punto luminoso</sup> y una ~~gracia~~ <sup>parte</sup> de nuestro horizonte, es Ginebra.

El camino que atravesamos no tiene nada de pintoresco es  
con grandes llanuras entubadas, bastante monótonas. Hasta  
que lleguemos á Borgona el paisaje no comenzará á accidentarse,  
y entonces será de noche.

Sin embargo, esta cosechura que penetra por las  
ventanillas parece refrigerar la mente, la respiración fatigada del



Gullivio pasisiese. Aunque se sea aficionado á la multitud, hay momentos todo el mundo los tiene - en que la calma, el silencio, una pura pureza en la atmósfera, hacen mucho bien. El espíritu se convierte en habitante de regiones en que la paz es el <sup>supremo</sup> deseo, y los hermosos versos de Hay Luis de Leon, el pacto de la serenidad, acuden á la memoria.

Qui' descienda a vida  
la del que huye el mundanal ruido  
y sigue la escondida  
senda, por donde han ido

Los pocos sabios que en el mundo han sido!

En Borgona, y sus ignobles no pueden verse con la luz del farol del tren, y a no ser por la chasca espiritual de un joven francés que nos acompañaba, hubiese buscado la más profunda de las calmas, fuera de la muerte; la del sueño.

La noche se pasó, y después naturalmente - al alba abrió con sus rodadas dedos las puertas del Sol, y como cuando en un cosmorama á una vista de ciudad sucede otra de país nevado, así á nuestros ojos, saciados de la vista de la gran capital, se ofrecieron seguidas las blancas crestas de las ramificaciones del Crudo.

¡Qué cambio! Dejamos atrás Francia y los chalets suizos con el paisaje; la bandera de la <sup>helvética</sup> federación suiza, roja con una cruz blanca, flota en las estaciones, y á nuestra derecha el Rodano hace correr sus dos milés aguas.

Ve aquí en fin un río que no está encajonado, violentado como los ríos franceses; su libre curso, sus márgenes accidentadas le dan el aspecto de un río y no el de un furore prisionero.

Entramos en Ginebra luminosa; nada más melancólico que su aspecto; alivia creo que algo de morros un entreme de boulevard de los Helvéticos.

... pero no se podía quiere en aún mirar el lago

24

para agua me basta con la que bebí; apenas instalados en el hotel de la Eléctropole, y hecha una poca toilette, tomamos un coche y nos hicimos conducir al Boraja, á la quinta que Da. Margarita de Borbon y Borbon, esposa de Don Carlos, habiéndole hecho cerca de dos años y medio <sup>en su patria</sup>.

Las circunstancias críticas que España atravesaba, reuniendo la atención sobre Don Carlos, la han apartado un poco de su augusta esposa, que con sus tres hijos de esta edad ha permanecido en Suiza. Pero hace tres ó cuatro años, cuando aún no había sonado la hora de la buelta, se hablaba mucho en España de ella, y entre los apasionados elogios de sus partidarios, no había ni una sola voz que arrastrada por la pasión política ó por interesadas miras se atreviese á ofenderla.

La reputación de su talento, de su virtud, de su bondad, nos habían inspirado — de larga fecha — el deseo de verla y de poner á sus pies el más respetuoso de los homenajes. No es posible dar — nos había dicho en París uno de los más fieles y dignos legitimistas españoles, el conde de C. F. — figurarse una persona de más mérito y de menores pretensiones que la Reina. Ella recibía, por las mañanas, el correo, que leía <sup>con una rapidez</sup> con una rapidez que hubiera hecho honor á un hombre de Estado. Con la misma amuntaba las respuestas que era preciso dar á todas aquellas cartas, cuyo número rara vez bajaba de 24 ó 25, y cuyo asunto era siempre de interés. Este cuidado no le impedía ocuparse de sus hijos, de su marido, de su casa, y aún de pasar <sup>de practicar</sup> sus devociones, y recibir en audiencia á los <sup>infinitos</sup> españoles y extranjeros que solicitaban este honor. Si su talento y orden le servían para arreglar su interior, en cambio su caridad comprometía frecuentemente su bolsa; y los emigrados y españoles pobres podían decir cual fue la mano que secretamente y sacrificando tal vez <sup>mil</sup> placeres enjugaba sus lágrimas y aliviaba su situación.

Mientras el pintoresco camino del Nocege, verde como la esperanza y cubierto de apretados árboles húmidos, nos iba cubriendo, yo pensaba en todo esto.

La casa de campo de la Princesa está <sup>sobre la</sup> orilla izquierda del lago; no es enovvemento grande, pero es desahogada, cómoda y admirablemente situada con vistas á todo el lago, á Mont-Rosane y á Ginebra. Un bonito parque, trazado á la inglesa, con grandes canastillas de yerba y caprichosos senderos, proporciona á los tres augustos niños el más higiénico de los recreos; el de jugar en libertad á la fresca sombra de sus árboles.

Recina la sencillez en todo esto. Las glicinias se enlazan á las paredes de la casa; una pequeña serpe le guarnecida de flores; y el gabinete en que nos han introducido para esperar á la dama de honor que debe conseguirnos la audiencia, está vestido de perlas floreadas, y ostenta como único lujo un retrato del Sto. Padre, con *Edwattoria* autógrafa, y otro de la infanta D.<sup>a</sup> Blanca, con un ramo de flores en su regazo.

La joven Condesa de J. la dama de honor no tardó en presentarse, y en decirnos que se teníanos prisa, <sup>como</sup> S. M. nos daría aquel mismo día la audiencia tan deseada. Pero <sup>era de elipneta</sup> nuestra toilette <sup>no estaba</sup> <sup>tanada</sup> <sup>ademas</sup> <sup>no</sup> estaba en Ginebra no estaba <sup>basada</sup> suplicamos que se dignase aplazarla, y nos citamos para el día siguiente á la una.

Volvemos á Ginebra, y como sigue fluyendo con una constancia digna de mejor causa, creamos oportuno renunciar á pescarnos y diémosnos bajas al salvo de conversaciones.

Nuestro hotel que es el mejor de Ginebra, está lleno como el vino nuevo de mosquitos, de ingleses de todas las formas y colores. El inglés es uno de las curiosidades que se

encuentran en viaje. El inglés nace con vocación de viajero: ¿por qué? di el mismo lo sabe. Viaja por que viajan los demás ingleses, y porque un inglés que no viaje no es inglés. Con la guía en la mano, marca con una raya los sitios por que va pasando, cuando la guía se asemeja á un pentágrama, el inglés compra de que puede reportar, y se incluye á sus muebles, á su carbon de piedra y á sus beefsteaks.

Tu se crea que en Inglaterra, el privilegio de los viajes pertenece solo á las personas útiles, á los jóvenes, á los recién casados, &c. itada menos que eso. Los ingleses viajan, como las gelondrinas, por bandadas, de las cuales no se excluye ni á las viejas grandaderas, ni á los aún unplumecillos polluelos. Et omni lato tengo una familia compuesta de nueve individuos: el padre, la madre, un cuñado, una tía, tres jóvenitas y dos niños de cinco á siete años. Mientras repasadistráidamente el "Higars," el padre lee el trimestre, el cuñado mamá y tía hablan entre sí, una de las young-ladies toca el piano, otras dos cateatan, y las criaturitas se divierten en <sup>contarse de</sup> ~~contarse de~~ unas vistas del Mont Blanc y Chamounix.

Y todos viajan.

Lo que conozco las cuentas que os ponen los hoteles; oh miseros viajantes! siento un estremecimiento en el bolsillo al pensar en la nota multiplicada por nueve que vá á tener que pagar esta feliz familia!

Porque los hoteles franceses y suizos — que son modelos en este género — ~~son~~ poseen á fondo el arte de hacer que muchas partidas pequeñas compongan un total enorme. Cuando entráis, os dicen — Oh! el precio será moderado; tanto por el cuarto, tanto por la comida... Pero llegado el momento de presentar la petite facture; ¡prevenios! Os han garrapateado de antemano, con una letra infernal, casi en jeroglíficos, mil menudencias

que duplican perfectamente el gasto. Tanto de servicio tanto de bugía, tanto de timbre, tanto cuanto de vino, de comision, 2<sup>a</sup> &c. No estaré en que un día me apunten - Por la sonrisa amable del postero, dos francos; y tres idem por el perfume de las flores del vestibulo."

Para Sin embargo de todo, esto, los ingleses solo acaban un viaje para empezar otro. Viajan sin alterar sus costumbres. A ciertas horas, se permiten emociones de cierto género; ~~pero~~ admiten la nevada en la del alport - Blanc, ver la salida del sol en el lago, X<sup>a</sup>, pero cuando los lutas sagradas de la comida han terminado, no contéis con el inglés: está cumpliendo un deber.

~~En la mesa~~ El cuarto contiguo al nuestro le ocupa un matrimonio pura raza: cuello largo, patillas <sup>color canela</sup> ~~roscas~~, lente en un solo ojo sostenido por un movimiento nervioso, en el morito: nariz <sup>de cuaballo</sup> ~~apurada~~, pelo color de aceituna, pic de pirámide de Egipto, en la mujer. A las nueve de la mañana ya oigo el ruido de los platos; es el desayuno que les traen. A las diez les veo, limpios como la patata, atacando un trozo de carne fría con manteca y cerveza negra.

A las tres un thé con sandwiches les vuelve las fuerzas, y a las seis una comida de siete platos y cinco postres les permite esperar con paciencia el día siguiente.

Abi vecina en la mesa es una joven lady, de ojos más azules que los ~~adyosoty~~ selvestres, blanca como las rubicillas del verano, rubia como las espigas maduras. Esta va porosa criatura ha hecho desaparecer en seis minutos media libra de roast-beef, sin perder su air languido ni interrumpir las ojeadas melancólicas que cambia con un joven pastor protestante evocado frente á ella.

Este idilio sazonado de mostaza y purée de patatas me entretiene.



Después de haber deseado y visto leer las poesías que le había dedicado, y de invitarnos a comer pase de allí a unos días, la Perina se despidió y se fue a recibir el correo, y nosotros nos volvimos a Ginebra más enamorados de ella que antes, y llenos de alegría con haberla conocido.

Gran las dos, el tiempo se había acrecentado un tanto, y era preciso hacer profesión de viajeros enterándonos de lo que Ginebra encierra.

Ginebra tiene una catedral, una hermosa catedral, que las guerras de religión han dejado en poder de los calvinistas. Aún se ven en sus viejos muros las llaves de San Pedro, y en su interior el santuario vacío, conforme a la bula bava senulle, del culto protestante, atestigua la falta del que un día ocupó sus profanadas aras.

Allí yace sepultado el padre de Mome de Montenon, y Gripa de Aubigné; allí también reposa en un sepulcro de mármol negro, con su armadura en una colocada, el duque de Rohan, jefe de los protestantes franceses.

Enseñáronnos con gran respeto la silla de Calvino, invitándonos a sentarnos en ella, objeto de devoción que dicen practican todas las clases, pero que yo juzgú oportuno omitir, no considerando que Calvino pudiera pegar me otra cosa más que ~~la~~ incredulidad acerba.

El Hotel de ville (casa de ayuntamiento) de Ginebra) nos demostró que se puede subir en coche a un cuarto piso. Su escalera, hecha sin escalones, es curiosaísima; son todos planos inclinados, muy suaves, de piedra, y suben a toda su altura.

~~Hay en la~~ En cuanto a museos y artes, el museo público de Ginebra vale poco, <sup>pero</sup> es bastante buena la colección artística del marqués Justavo Revilliod, que tiene una <sup>delicada</sup> madona de Rafael, proveniente del Museo Campana. Es ~~hoy en día~~ <sup>hoy en día</sup> ~~una~~ <sup>una</sup> persona de tan buen

de atribuya  
 de ~~hacer~~ de buena fe a Velazquez  
 gusto como Mr. Previlliot, ~~era~~ de buena fe por cierto cuadro  
 to muy lamido y sobre en pasta que tiene.

Cerca del Hotel de ville guarda el ayuntamiento  
 una rica colección de armas antiguas; cascos, corazas, pistolas  
 miristadas, estandartes de cuero, enfín el equipo de doscientos  
 guerreros muy en âge. La buena villa de Ginebra saca todos  
 los años el polvo á esta vieja ferranquinaria; el diversaria  
 rio de la famosa hazaña de la Escalada, diez y siete  
 jóvenes se disfrazan con aquellos arneses de guerra, y hacen  
 una especie de procesion civica, parodiando el hecho de  
 armas con las mismas escalas que sirvieron á ejecutarla.

Ginebra es una villa de trabajo, y por consiguiente no es una villa de placer. Todos trabajan; la relojería, la joyería, los artísticos trabajos en madera, las cajas de música, las alhajas hechas con los metales y piedras del Mont Blanc, ocupan á toda aquella activa gente. El cristal de roca, el ágata, la amatista, la cornalina, toman entre sus manos formas originales y gravosas. Cuando el extranjero ha comprado un reloj, un chatet que ejecuta un vals de Strauss, una botonadura de lapiz lazuli; cuando se ha paseado por el lago Lemán y ha visitado el plano en relieve del Mont Blanc, espuesto en el jardín Piblot, ha cumplido su deber y se va.

En Ginebra hay plaza al sol para todos: los soldados franceses heridos, los refugiados políticos, los cominards, se pasean por sus calles sonrientas. Al lado de las dotadas perillas de la iglesia suya, se ven las delgadas columnas de la sinagoga. Todo el mundo es aceptado, acogido, protegido, ménos el católico.

Cuando el católico es extranjero, y paga, no meigo que la libre Ginebra le toma su dinero sin gruñir. Pero cuando es de la localidad; horror! un papista! á él! Ni chanzas gruesas, ni vejaciones personales se le o



miten; el suizo deja su carácter tranquilo y toma el aire de un perro dogo. El obispo católico de Ginebra, Mgr. Mermillat, a cuya celosa propaganda se debe el que Ginebra cuente ya con 22.000 católicos, cuya cifra se aumenta cada día, fue desterrado recientemente, con desprecio de las convenciones federales, que prohíben que sin formación de causa se espulse a un ciudadano ginebrino. Al llegar a la frontera, el obispo se volvió a los que lo escoltaban, y con la sonrisa en los labios les dijo: Deid al consejo federal, que por lo visto teme más al agua bendita que al petróleo.

En efecto, los petroleros franceses campan por su respeto reuniéndose en una brasserie en la cual despaeta una hija de la libertad que suministraba en París el famoso petróleo. En esta brasserie al ver entrar a los consumidores:

— ¿Qué queréis tomar, ciudadano? les dice.

— Un bock de cerveza, responderán, y os sentaréis.

A poco veis entrar varios tipos de abollado sombrero y barba inesplicable, que charlan con voz ronca sin dejar de vaciar un vaso de absente.

— Ese Rochefort es un asesino, dice uno, pues no sabéis que ahora el miserable ha hecho la farsa de casarse con una soi disante?

— Siempre dije yo que Rochefort tenía algo, ~~esta~~ replica otro de ojos hundidos y nariz afilada, tocándose la frente.

— Es un infame, recarga uno de falso heruelo, un legitimista, amigos y hermanos, un legitimista!

Rochefort convertido en legitimista, tiene gracia, verdad?

Hay amanece con un hermosísimo sol, y creo que a la tarde podremos passarnos por el lago.

En efecto, las nubes se han levantado, y se man...

26

brilla como un espejo ~~apareciendo de una y otra parte.~~

Cuán hermitas son las aguas del Ródano! Qué azul tan especial y único tienen! Qué claras y transparentes, como un alma inocente que deja ver el fondo de sus sentimientos.

La falange de los sabios, que todo lo desprecia ha dicho por boca de su Humphrey Davy que el color y la transparencia de estas aguas, único tal vez en el mundo, es debido a la mucha iódina que contienen. Yo prefiero pensar que ante esta nieve inmutada que nos cerca las aguas se han avergonzado y han dicho: huiábase nos y encesemos, y el azul de cielo eclipsará esta blancura diáfana.

~~El lago.~~

La barca que nos conduce, alejándose de la orilla, se desliza <sup>sobre</sup> ~~por~~ la sábana de agua que los rayos del sol poniente matizan de fuego y oro. A nuestra izquierda, la villa Notschild, el Borage, y mil otras casas de campo se ocultan <sup>entre</sup> ~~entre~~ <sup>los</sup> árboles; enfrente Ginebra con sus plazas y jardines; y a la <sup>izquierda</sup> ~~izquierda~~, como en <sup>un</sup> ~~un~~ <sup>tercer</sup> ~~tercer~~ <sup>momento</sup> ~~momento~~ las nubes <sup>de</sup> ~~de~~ <sup>gracia</sup> ~~gracia~~ <sup>se abren</sup> ~~se abren~~ <sup>gradualmente</sup> ~~gradualmente~~, y el Mont Blanc descubre su frente altiva, oculta hasta hoy a nuestras ansiosas miradas.

Las crestas de nieve del coloso <sup>coronan</sup> ~~se cubren~~ de abrasados resplandores; las mil agujas y picos que lo cercan, como un obediente ejército, se entonan de las mil entonaciones del crepúsculo, y brillan, deslumbran.

en espléndidos  
~~caso~~ aristas de luz. La costura de nubes se alza completamente  
 enfin, y el gran pino del Mont Blanc se enciende, y parece  
 nacer algunos minutos pasando del rosa vivo al oro intenso.  
 Después el sol baja, el encanto cesa, el sol se ve a su  
 original blanca, y solo algunos pulidos reflejos del po-  
 niente juegan en su cima y muestran á nuestros pies en  
 las serenas ondas del lago.

Qué profundo reconocimiento ¡oh Suiza! cuanto te  
 agradezco esta fiesta que me has dado!

Si no me esperase la hora de comer con mi Reina, envidiaría  
 insidiosa a los ingleses que apenas han visto  
 el sol se han armado de sus bastones ferrados, han cogido  
 sus mochilas y se han ido á Chamounix, á la d'les de Glace,  
 ó tal vez á esas regiones de hadas, á esas cimas en que  
 el aire está puro y la nieve toma <sup>aspectos</sup> colores tan mágicos.

~~La Reina~~

Tunque en la fonda casa de campo del  
 de las  
 Procaz muchas enfadosas y glaciales fórmulas de  
 la etiqueta están suprimidas, las que afectan al ré-  
 gio de oro se guardan constantemente, así es, que  
 la tarde del 22 de abril la reina no se <sup>dejo</sup> presentó a  
<sup>ver</sup> nuestros ojos hasta minutos ántes de la hora de la  
 comida. No olvidaré jamás la nobleza de su aire  
 y su porte verdaderamente régio cuando, elegante-  
 mente vestida, se presentó á nuestros ojos.

27

Los pliegues de su largo traje de seda color perla con adornos rosa eran enojosos, ~~como~~ no lo hubieran sido los de un manto de púrpura en otros hombres menos airoso y distinguido. ~~No se diferenciaba~~ ~~de~~ aún no había tenido tiempo de abotonar sus guantes, y ya la comida era anunciada.

Pero si al entrar la reina había sido la reina, durante esta comida, en que me hizo el honor de colocarme a su derecha, <sup>la reina,</sup> volvió a ser lo que prefirió ser; la mujer amable, llena de gracia, de atractivo, de talento, que sabe ponerse al nivel de sus interlocutores bajando hasta ellos, ~~pero~~ <sup>pareciendo</sup> en realidad subiéndolos hasta sí.

No solo Doña M. habla el español con la misma corrección y facilidad que las otras ~~lenguas~~ <sup>lenguas</sup> que posee; francés, inglés, italiano, y alemán. Pero el español, que es lo que habla generalmente, y lo que prefirió hablar, lo ~~conoce~~ <sup>conoce</sup> hasta un punto que pueden envidiarle muchas personas que residen en España. Todos los giros familiares en que se usa nuestra rica habla, ella los emplea, y le hace lo que muy pocos llegan a hacer, que es hablar con talento en una lengua que no nace hablando. Y no es solo el español, sino España misma, lo que es <sup>conocido</sup> ~~conocido~~ a la bondadosa <sup>loven</sup> ~~reina~~ <sup>reina</sup>. Los monumentos y los recuerdos de mi patria son para ella objeto de un <sup>y amoroso</sup> estudio, y las notabilidades del nacimiento <sup>y de la</sup> fortuna y sobre todo de las letras y las artes no la son en ningún modo extrañas; conoce su vida, su historia, sus producciones y su origen.

Cuando se pasó a tomar el café, del gracioso escuadrón de los infantiles, parecidas a esos lindos amosillos que animan los cuadros de Albano,

vinieron á animar el gran salon en que estábamos reunidos. La infantita doña Elvira, de dos años, <sup>y que el pri</sup> ~~mentaba~~ mes día no me habian enseñado por sus turbas su sueño, veno tambien <sup>mirándonos con sus ojos negros y dulces.</sup> Apesar de las recomendaciones de su madre, para que no manchasen sus frescos trajes blancos ceñidos con cintas rosa, los niños se pusieron á jugar en el salon, pero á poco tuve la dicha de que la infantita Blanca se cansase de jugar y viniera á sentarse en mi regazo circundome el cuello con sus preciosos brazos que parecen hechos de pórfido rosa.

Es verdaderamente delicioso á esta niña! ¡Qué cuánto la quiero, y cuánto daría por tenerla siempre así, en mis regazos!

Además de ser realmente <sup>muy</sup> bonita, con sus rosadas mejillas en que la sonrisa forma dos hoyos juguetones, es lo más galamera y cariñosa que he visto.

Junta su casa á la mia, y hace mil monerías enseñándome su medallon en que tiene el retrato de su tíe el Conde de Chambord.

— ¡Yo me quisiera ir á España! dice. Quiero irme contigo!

— ¿Y el A. dejará á mamá?

— No. Mamá se vendrá y papá tambien. Yo quiero mucho á España.

— ¿En España queremos que V. A. vaya.

Me da un beso por esta frase, y añade:

— Pero los malos no quieren que yo vaya á España! y sin embargo, á ti te dejan ir! Pues por qué? <sup>Responde V. A. que me que yo, le contesto sin saber qué decir (la ingenuidad de estos ángeles es comprometedora muchas veces.)</sup>

— Mi respuesta no la satisface; meena su ca

beita y empieza a' hacerme mil confidencias sobre lo mucho que le gustan los caballos, y lo que se ocupa de papa que está' allá lejís ocupado con la guerra, y por fin me declaras mientras que su madre le sonríe llamandola hipocrita, que prefiere rezar a' jugar.

El pájaro querido y gorgjeador ha dejado su sitio en mis mejillas al su hermano don Jaime, el príncipe de <sup>La infantá Blanca habla el alemán; pero el príncipe se resiste energicamente a' seguir una palabra en su lengua española.</sup> azules y os, que apoyas tu cabeza en mi pecho y sonrías con la inocente alegría de tus años infantiles! Si un día quiere Dios que sucedas en el trono a' tu augusto padre después de que este haya alcanzado un reinado largo y feliz, glorioso para España; si ese solenne día yo vivo aún, mi corazón se inundará al pensar de dicha al pensar que te he tenido en mis brazos y que he cubierto de besos tus manos, tu frente, tus mejillas!

~~Por M. tiene mil preocup~~

La preocupación desús constante y dulce de D. M. son sus tres hermosos, sanos e inteligentes niños. "No los cambio, me decía, por todos los tesoros del mundo; jamás agradeceré bastante a Dios el que me los haya dado."

Estas confidencias son muy frecuentes en D. M. que como <sup>toda</sup> mujer verdaderamente elevada en sus sentimientos, no teme dejar ver las vivaces afecciones que encierra su alma. Es marcada en sus gustos literarios y artísticos, como persona para quien el arte es un oficio y no una pasión.

Aquel día había tenido que levantarse la reina muy temprano (lo cual hace con frecuencia) para despedir a' sus hermanos los duques de Parma. Sin embargo el cansancio y el sueño no la impidieron

Sostener la conversacion en un tono lleno de amable bondad, aconsejándome que desconfiase de las hermosas aguas azules del lago Lemán, que ocultan terribles tempestades, en una de las cuales ella habia estado á punto de perecer; y hablando con su constante dulzura y irruvidad, de su infancia, de su juventud, de nuestro viaje, y sobre todo de España; la red complicada de la conversacion convergia siempre á este punto capital, en mí por el vivo amor de la patria lejana, en ella por la solícita y ardiente afesion del hijo á la herencia de su padre, en la cual no entra por nada la vulgar codicia de poseer, y entra por todo la tanta necesidad <sup>un indiferente</sup> sino el su supremo y sagrado anhelo de que no sean de otro o que nos ~~sagrados~~ <sup>queridos</sup> lugares.

Aquella noche cuando la reina se levantó para darnos á besar su mano me pareció que en ella besaba mi mismo y dulce patria.

Aún logramos de la bondad de la reina que nos concediese una audiencia de despedida y la facultad de pasar con ella las noches que nos restaban de estar en Ginebra.

En aquella audiencia nos habló con confianza del estado de los asuntos políticos y su modo de ver las cosas me pareció tan atinado y exacto como elevado y noble.

Por las noches íbamos á pasar allí las horas que mediaban de la comida á la hora de acostarse la reina. La corte de la Reina no es numerosa ni mucho ménos, aunque la calidad equivale á la cantidad. Componenla las dos jóvenes condesas de C. Y., dos jóvenes perfectas, modelos de distincion y de modestia y tan buenas como aditas á su señora; un anciano ~~de~~ de estos ancianos que solo posee el partido carlista

28

y que han ~~visto~~ sido costeros durante cuarenta años de la desgracia y del declive en las personas de Carl. VI y VII; un joven chambelán, y un capellán. Aquellos pequeños socres se pasan en familia enteramente; la S. se entretiene con varios juegos de cartas á que es aficionada, y ríe de todo corazón con los pequeños incidentes que esto ocasiona; ~~tray~~ <sup>el</sup> día que no ha tenido noticias del S. ni del ejército, un velo de tristeza empaña sus azules ojos, y envidia la muerte de su cuñada D. M. d. N. que libre y sin hijos acompañó á su marido; pero cuando ha habido ~~noticias~~ <sup>cartas</sup>, su ingenio y natural alegría vuelve á apasarse, y sin olvidarse de atender á todo el mundo, hace olvidar que es una soberana para dejárselos solo á la señora amable.

El último día puso á mi vista su firma en el tratado que me dió; yo estaba de tal modo conmovida que las palabras anudándose en mi garganta ni aun me ataba á darle las gracias. Podría el rey en su palacio, rodeado de su corte espléndida, imponer por la exterioridad á la vista, pero cuando elestrosido de su trono ~~para~~ guarda su legitimidad, su dignidad, la abnegación de sus súbditos fieles y súbditos; ¡oh! entonces no impone a los ojos, pero se graba en el corazón!

Al besar por última vez su mano  
¡Adiós V. M. de España y de los españoles  
y ~~mi~~ <sup>le dije espero</sup> ~~señor~~ <sup>que</sup> hasta el adios!

Mañana temprano dejaremos á Ginebra.

No quiero dejar de apuntar que la ciudad de Colvino me ha dado el espectáculo de una boda calvinista.

El guardian de la iglesia en donde está la



famosa silla de que he hablado, me avisó de que se iba a efectuar aquel día una boda aconsejándome que ~~se~~ <sup>fuera</sup> porque ~~era~~ <sup>era</sup> muy curiosa.

Aunque poco convenida de ello, fui por mal el tiempo.

Estaba ya el novio con toda su parentela esperando, y la novia no llegaba.

La concurrencia se mostraba impaciente.

Por fin el órgano hizo oír una marcha triunfal, y nos apareció una procesión de metros de tul y muselina blanca debajo de los cuales se percibía una forma humana, y detrás un gran cortejo de jóvenes de ambos sexos del brazo.

La forma, velada siempre, puso su mano en la del novio, y ambos fueron a colocarse ante un reclinatorio; el pastor, subido al pulpito, hizo un largo discurso después del cual les preguntó lo imprescindible = ¿quiero por marido? - En vez de decir sí, los contrayentes se limitaron a inclinarse la cabeza; todo estaba hecho, el pastor bajó, les hizo una exhortación en voz baja, les entregó la biblia, vi que la novia se llevaba el pañuelo a la cara, de lo cual inferí que lloraba, y en fin todos salieron de la iglesia en la misma formación, mientras el órgano ejecutaba la marcha de "El Profeta".

La noche de este mismo día volvíamos del Broage con unas señoras cuyo coche no había podido llegar a tiempo lo cual me proporcionó el gusto de traerlas en el mío. ~~Se~~ <sup>Se</sup> había convenido en descansar un rato en el salón de ~~mi~~ <sup>nuestro</sup> hotel, esperando el coche retrasado. En efecto cruzamos el vestíbulo, pero al querer pasar a la sala de conversación, un torrente de luz y los ecos de un vals de Strauss hicieron nuestros ojos y oídos. Varias parejas cruzaron ante nuestra vista en aquel sobrellino, y no necesité fijarme mucho para con-



Estamos caminando a Turín y pronto pasaremos el Mon-Cenis.  
 Hemos dejado a Suiza por Francia, luego a Francia por Suiza, y luego  
 a Suiza por Italia, todo en el espacio de dos horas, gracias a los entran-  
 tes y salientes de aquella singular frontera.

A medida que nos hundimos en el corazón de los Alpes por  
 mil pequeños túneles precursoros del gran túnel del Mont Cenis, mi cora-  
 zón se abre como una flor a mil sensaciones gratas y encantadas.

Estamos en Italia.

Suiza apesar de sus lagos, de sus pinos y de su  
 nieve, ó tal vez á causa de todo esto, tiene una ligera entonación  
 melancólica; es Noche y Siempre Noche.

Italia es el mediodía.

Salud al hermoso sol que doró las blancas cimas  
 de los Alpes!

Hemos entrado en el gran túnel, y el día desa-  
 parea para nosotros durante tres cuartos de hora.

Encima de nosotros, los picos inaccesibles en que  
 hacen su nido las águilas alpestres, á nuestro alrededor un ruido  
 capaz de ensordecer á un titio; y ~~ese~~ <sup>ese</sup> temblor de tierra especial  
 que producen los truenos en las grandes profundidades.

Se manda en cuando, algo como una inundación  
 de luz, un relámpago de la claridad divina, pasa al  
 través de los respiraderos practicados en la montaña.

¡Cuanto golpe ha debido dar la activa picueta  
 para llegar á este resultado!

Las montañas ~~que~~ <sup>que</sup> nos han tenido hace  
 tantos días en su poder, van quedando atrás como la ~~can-~~  
~~pa~~ ~~retaguardia~~ de un ejército de gigantes, y ceden el puesto  
 á las bonitas llanuras italianas, cuando llegamos á Turín.

En vez del francés gutural de los Suizos, viene mis  
 oídos la dulce lengua del Tasso, tan semejante á veces al  
 español que me colma de alegría; y en tiempos de ~~los~~

29

fecto pacíficamente provaisio de los ginebrinos, neo-fisonomias animadas y ojos azules debajo de espesas cabelleras negras.

Turin es una hermosa y bonita ciudad, que no carece de ningún detalle de los que hacen un honor á las capitales: Buen palacio, gran teatro, anchas plazas, espacios jardines y lujoso comercio. Pero Turin con la unidad de Italia ha perdido visiblemente su importancia; la capital del Piemonte ha dejado de serlo para convertirse en un pueblo de provincia, animado sí, pero en fin pueblo de provincia.

Nota en Turin, desde el primer día, una gran analogía con ciertas ciudades de España, y si no tomara otra erme una mortal reprobación, una excomunión mayor, de cierta falange un tanto sutiles que da la ley en esta clase de cosas, diría que Turin, gracias á lo meridional de sus costumbres ofrece más animación relativa que París.

Y sin embargo, estoy en lo más frío y cercano al norte de toda Italia, lo cual me prueba que la hermosa patria del arte, de la música y del renacimiento merece bien su fama universal.

La animación de Turin es contagiosa, su atmósfera embalsamada y pura embriaga el alma.

Día y noche sus calles están llenas de lindas y jóvenes mujeres vestidas de claro y cubierta la cabeza con la acrisa mantilla, el más juvenil y artístico de todos los tocados. Las puertas de los cafés se llenan de una multitud que ríe, charla, comenta los periódicos y toma sorbetes ó limonadas. De las ventanas abiertas se escapan los sonidos de los pianos y en ~~los~~ ~~puertas~~ de los mismos cafés dos músicos improvisados rascan <sup>sus</sup> bandurrias con inimitable maestría, mientras que un tercero con un platillo en la mano y la sonrisa en los labios recoge las menudas monedas que le dan.

Vivimos de lujo en que país en el cual no se

halla un solivato aunque se le busque por el sistema de Diógenes, produce un efecto de los más agradables la vista de la brillante oficialidad piamontesa, una de las más elegantes masculinas y bien equipadas que he visto. Ellos, es verdad, siguen la moda summa portuguesa que dice - uno á uno para parecer muchos - y hacen por ser visibles en todos lavos. Teatros, parques, calles, cafés, en todas partes se oye el ruido de sus sablles y sus alegres jaramas que arman entre sí. Verdad es que tambien por el ejercicio está malísimamente vestido, y que el solo ado visita en el frío bajo un trapo de lienzo; pero en cambio el oficial tiene los bigotes más retorcidos, las fortunas más brillantes y el mejor aire del mundo.

Me sabrás que se halla aquí el duque de Istria y después de visitas por la mañana el palacio que ocupa, que rico y elegante en conjunto, no tiene ningun detalle que pueda citarse especialmente, me apresté á la tarde en el sitio en que me aseguraron que solia pasear, para satisfacer la curiosidad que tengo de verificar si, como se dice, ha enojado mucho desde que abandonó á España. Algun maligno genio le conto mi deseo, pues aquella tarde no salió y solo pude divisar <sup>por</sup> entre <sup>el</sup> <sup>sofá</sup> del coche la cabeza de la duquesa de Istria, que efectivamente me pareció más serena y placida que en los pasados días de su estancia en Madrid.

Debo hacer constar que en favor de Amadeo es muy querido, apesar del axioma que dice - nadie es profeta en su patria. - Pero bien, D. Amadeo es profeta en la suya, y tan profeta, que cuando volvió de España su coche se llenó de flores que le arrojaron, y tan profeta, que todo el mundo le compara á su hermano el principe Humberto en unos terminos nada gratos para este, y no me admiraría de que los turcos en particular é Italia en general se inclinasen hacia el hermano menor y...

Aviso á S. A. R. el principe Humberto.

D. Amadeo por lo demás hace en Turin la vida de un simple ciudadano, sale á pie todos los días con sus hijos de la mano.

Me dijo que el palacio real de Turin aunque bello en general no tiene nada de sorprendente. No dijo sin embargo de parecerme curioso cierto gabinete en el cual se sentaba, hacia jugar un revolté, y el gabinete entero bajo el jardín en donde se deposita suavemente.

El jardín público de Turin es muy ameno, y para los aficionados á puntos de vista recomiendo la ascension — algo áspera — al convento de los Capuchinos, desde cuyo colina se vé toda la ciudad.

Hay muchos monumentos de estos que se pueden llamar de cajón: museo provincial, estatua de Emmanel Filiberto biblioteca, iglesias más ó menos notables, la pero aunque en conjunto todos son buenos, ninguno me parece merecer una mención especial.

Al que viaje á Turin, le recomiendo dos cosas: la malvasia de Asti y los grizzini.

La malvasia de Asti es un vino del color del ambra y del perfume de la violeta.

Los grizzini son unos rollos de pan del diametro de un nambre delgado; no huelen á violeta ni tienen color de ambra, pero son una verdadera golosina en forma de pan, la más inocente de las formas.

Para los que desdinen estas menudencias y quieren conocer un estudio de arquitectura atrevida y original, les aconsejo que vean la Sinagoga en construcción.

Los hijos de Israel se han escedido á sí mismos, y la Sinagoga <sup>por</sup> ~~por~~ su altura la ciudad es de un trabajo exquisito como concepcion y ejecución.

Hechos visto perfectamente á Torino, hemos tomado



30

Abarcamos primero la magnífica galería victoriana Emanuel, que es un pasaje cubierto, de una suntuosidad increíble. La suntuosidad más, la gran villa, con poseses este pasaje, no concluido aun, pero en el cual se trabaja con actividad. Tiene una altura prodigiosa y su techo es una bóveda de cristales: deliciosas infinitas estatuas y esculpturas de que es tan prodigo el arte italiano.

Salvando á la plaza que está enfrente se encuentra el monumento de Leonardo de Vinci. El gran maestro está de pie con la barba apoyada en la mano, y rodeado varias figuras alegóricas. Es de mármol blanco.

Esta plaza está llena de una multitud criada y enorgulada, para espantarnos una fase francesa, y entre las elegantes milanesas acostumbradas con la mantilla exactamente como las españolas, hace un contraste original el tocado especial de las aldeanas.

La aldeana milanesa recoge sus cabellos hacia atrás en una castaña redonda y forma abovedada como un <sup>nimbo</sup> ~~arco~~ <sup>de plata</sup> clavando agujas largas de plata que rodean <sup>la base</sup> ~~el~~ <sup>el</sup> ~~remate~~ del semicírculo dos ~~grandes~~ agujas mayores que las demás y con ~~la~~ ~~estaca~~ ~~de~~ ~~las~~ ~~gruesas~~ ~~bolos~~ al extremo ~~en~~ ~~de~~ ~~las~~ ~~gruesas~~ aumentan aun la armoniosa y rica simetría de este ~~traje~~ ~~gracioso~~ ~~tocado~~, <sup>que</sup> ~~tiene~~ egipcio. ~~por~~ ~~de~~ ~~g~~.

Un pañuelo de vivos colores flota atado á su cintura con esa dejadez meridional, característica de los países en que el calor se opone á la corrección <sup>de los pliegues</sup> ~~de los pliegues~~.

Si da nuestra mira, no hay que preguntarse cuál fue nuestro primer pensamiento; el de cualquier viajero en nuestro caso: ver el Duomo. (Catedral.)

Las catedrales en general - creo haberlo dicho ya - representan á los ojos de todo pensador estas ~~dos~~ ~~una~~ ~~de~~ ~~las~~ ~~cosas~~ tan profunda e íntimamente unidas: el catolicismo y el arte. La catedral es la página viva de la



la fe; es el Evangelio escrito en mármol, en crustavo en oro, es la llama creadora de la sabiduría humana sin decir homenaje á la incensada llama de la divinidad.

¡Pero! Toda catedral me infunde respeto, admiración, amor. Pero la de Milán, ~~es~~ la más perfecta del mundo, es algo más que todo esto; es ~~de~~ éxtasis, traducción <sup>de la catedral</sup> de piedra, y ~~solo~~ hace pensar en ~~las~~ leyendas <sup>de Nímis.</sup> alemanas ~~que dice:~~

"Roberto se desvelaba noche y día para obtener un plano conforme á sus deseos, pero solo conseguía hacer esbozos informes y proyectos saguntios. Una noche que desesperado y muerto de fatiga arrojara el lápiz y el compás, vio abrirse la tierra, y entre una nube de humo aguilado aparece la figura de un caballero negro y armado de todas armas.

Roberto, <sup>dijo</sup> ~~le dijo~~ el fantasma, quieres elegir un plano para tu catedral, ¿no?

Alzó la mano, Roberto siguió la dirección, y en vez de los muros del cuarto, vio una plaza inmensa y en ella un fantástico edificio que le errancó un grito de admiración. Una catedral masacvillosa, con innumerables rosetones, arcos, arcos y torres; de tan extraño arquitectura que ni aun en sus más atrevidos sueños pensara Roberto en algo semejante.

— ¡Mi vida por el plano! gritó el arquitecto.

— Tu alma, replicó con <sup>sepulcral</sup> voz el enmascarado, y lo verás y ejecutar dentro de tres años, día por día, hora por hora.

Roberto aceptó, y tres años después la catedral <sup>era</sup> ~~estaba~~ inaugurada.

Aquella misma noche el caballero negro se presentaba á reclamar el alma de Roberto, pero llegaba tarde porque Roberto acababa de espirar y la Virgen



Los dos sus muros están cubiertos de relieves de gran mérito, de tallado y moza de plata; plata es el altar y plata la soberbia urna que en cerra el cuerpo santo; levantaba la cual por un ingenioso mecanismo, véase otra interior de cristal de roca, y dentro de ella el santo obispo, momificado y revestido de riquísimas insignias sacerdotales. En numerables regalos de reyes se guardan allí; hay una cruz de esmeraldas del Hamano de nuevo de papas, y una corona de oro moza con rubíes como garbanzos. El cuerpo está bastante bien conservado; su fisonomía le parece bastante al retrato que bordado en raso nos enseñan en la sacristía, entre infinitas espléndidas alhajas del tesoro.

Después de la Catedral no nos ocurrió nada mejor que ir al paseo. El paseo de Apilar se parece mucho a nuestra Castellana de Madrid; mucha animación, mucho carruaje, mucha gente vestida de claro (país al fin de sol y de vida) y las mismas copadas acacias encuadrando en su <sup>cepe y perfumado</sup> arco y <sup>como</sup> cuadro todo esto.

La multitud italiana y española tiene un aspecto bullicioso de que carecen la francesa y suiza: la mujer francesa pasea por moda, por lucir un traje, por estrenar un coche; la española y la italiana, bajo su cielo radiante, pasea por aspirar el aire embalsamado, por embrocarse con el hermoso día, con la gente que la rodea; es feliz; se apoya fuertemente en el brazo que la ofrece, y acepta con languidez dichosa el ramito de muguet blanco que le presentan las ramilleteas. Cuantas de estas ramilleteas, jóvenes

31

y bonitas.' no se puede rehusar sus ramitos; los ponen con tanta gracia en la mano de las damas, en el ojal de los hombres, se alegan con tanta naturalidad después que lo han hecho, que no hay más saluda devorosa que llamarlas y darles una moneda cualquiera (no son exigentes) por la flor que ya adorna vuestro ojal, ó vuestra cintura.

Lo mismo he notado por la noche, en el teatro (no hemos podido asistir al teatro de la Scala; hace quince días que se ha cerrado, des pues de haber hecho caer á Silbidos el Lohengrin, de Wagner; y hemos debido verte de día, el modo que nos ha paseado lo más ridículo del mundo, porque los teatros á semejanza de ciertas mujeres hermosas que ya no son muy jóvenes, solo deben verse de noche.) Pero enfín, el firme propósito de oír ópera en Italia, nos llevó al teatro della Verne, á una ópera enteramente nueva, estrenada há tres días: *Y promesi sposi*.

La ópera <sup>no</sup> valía la pena; pero las ramilletesas prodigaban sus ramos, las señoras de los palcos estaban elegantemente vestidas, el teatro lleno, no se comían nabajas, no se pregonaban heroides, y enfín tenía un aire tan distinto de Francia, que perdóné al autor las reminiscencias de Bellini ~~que~~ que quería dar el nombre de ópera nueva.

El Pleu desquitarme de una ópera que no había dado altura al arte italiano quise ver un museo, que en cualquier otro país sería <sup>una</sup> maravilla, pero que en Italia se conforma con ser un museo bastante bueno: el museo Pesera.

El museo Pesera honraba en obras

maestras, y la primitiva escuela italiana está perfectamente representada en él. Infinitas obras de Carlo Dolci, Masatta, Luini, Bonifazio y <sup>125.</sup> Angelico, alternan aquí y allí con algún vigoroso estudio de Miguel Ángel, o alguna divina Madonna de Rafael. También tiene cuadros no menos y hermosas estatuas.

Este museo posee la primera copia del tan famoso Cenáculo de Leonar do de Vinci, de ese cuadro ~~o~~ desesperación de los pintores y admiración de los que lo miran, que está en la mente de todos, que se copia en todos lados, y que sin embargo, no existe.

Digo que no existe porque no se puede llamar existir al triste estado en que se halla.

Hoy hemos ido a verlo <sup>refectorio</sup> a la ~~capilla~~ del convento de Santa Maria de Grazie, y nos han referido su historia.

Este cuadro maravilloso fue pintado en la prisión, y la preparación de los colores fue tan mala, que se escascabilló y la pintura cayó en gran parte. Entonces ya atrevidos restauradores pusieron en él su mano sacrilega, y lo empastaron. Después los buenos frailes quisieron abrir allí una puerta, y en efecto la abrieron cortando las puertas a seis de las principales figuras. No bastó esto sino que fue preciso que más tarde la soldadesca francesa, sin que valiese la orden en contra que Napoleón firmó sobre un tambor, hizo cuadro del refectorio, y con las bayonetas levantó trozos de la pintura. El agua entraba libremente por las grietas del techo y ayudaba a esta obra de barbarie, y mil culpas ~~se~~ más, inclusa ~~otra~~ mera restauración, conluzes

De estropear la gran concepción de Leonardo de Vinci.

Así es que lo que nos han enseñado solo es un descolorido fresco, y solo alejándose se percibe la grandeza de la composición y la enérgica expresión que aun guardan algunas figuras.

A la copia contemporánea, que se conserva se debe el conocer el verdadero colorido de esta majestuosa Cena, en que tantos pintores se han inspirado después.

Milán y su hermosa catedral quedan atrás, y en medio del fragor de una de esas tronadas que dicen son tan frecuentes aquí y que se deshacen en copiosa lluvia, caminamos a Verona.

Verona, nombre antiguo en la historia italiana y en las famosas querrelas de guelfos y gibelinos, me recuerda la hermosa ópera de Gounod, que presto de oír cantar en París: Romeo y Julieta.

Entre las infinitas historias de amor desgraciado que la tradición popular conserva con cierto respeto sagrado, tratándolas de padres a hijos, conozco pocas tan interesantes y dulces como la de estos amantes de Verona, que Shakespeare ha inmortalizado con la pluma y Gounod con <sup>el plectro</sup> ~~la lira~~.

Romeo no puede separarse de los brazos de Julieta: ~~de~~ los rayos de la luna palidecen sin embargo, y una débil anta color de oro pálido empieza a cubrir la frente de los montes. Romeo la ve, y tiembla ser sorprendido.

"Tiempo es de separarnos, la dice; amor mio, el alba empieza, y ya oigo cantar la golondrina, mensajera del día."

"¡Cruel, replia él, tan largo te parece el tiempo que ya quieres abandonarme! ~~de~~ Esa luz no es el alba,

uno' el reflejo de la luna; ese canto no es el de la golondrina, sino el del amante ruiseñor.

"Buenos razer, mi dulce esposa, bien de mi vida, a tu lado me quedase' aun, queda lo que quera. No, no es el alba, ese reflejo dorado es la luna discreta y mudo; y ese canto, es el del dulce ruiseñor, confidente del amor y de la dicha.

"Oh! parte, parte, exclama jubreta que recobra en fin el recuerdo del peligro; huye, huye, esa terrible claridad es el alba, y ese canto es la golondrina que <sup>anunciando</sup> ~~anuncia~~ el odioso día que nos separa."

Shakespeare y Gounod han prodigado en esta encantadora escena de los adioses los mas dulces notas, ~~del mundo~~ <sup>mas</sup> ~~armoniosos~~ <sup>armoniosos</sup> ~~refugios~~ <sup>armoniosos</sup> de la lira.

Al entrar en Verona, ruidos y acordes resonaban en mis oidos: esa de noche, la tempestad se habria calmado, la luna brillaba, y los altos muros de Verona me parecian aquel famoso balcon a' que Romeo suspiraba la escoba de cuerda.

Ya ~~estamos~~ ~~instalados~~ instalados en el Albergo della Posta; he aqui en fin un verdadero alberg, con color local! Hasta ahora hemos caminado de gran hotel en gran hotel, siempre con las condiciones fáciles y elegantes de los hoteles modernos, iguales en Francia, en Suiza, en Italia, y creo que hasta en Occania, pero esto no es un hotel, es un alberg, que nos han recomendado no sé porque en Milan, y que me interesa infinito con sus grandes macetas de flores, su Martone de yeso con el bambino coronado de flores de papel, su perro que viene a acariciar a los huéspedes, y su escalera piramidal que nos conduce a unas habitaciones decoradas de frescos cuyos autores no se han inspirado en el Cenacolo de Leonardo.

32

En cambio la cámara en que ~~me~~ <sup>me</sup> ~~tenido~~ <sup>tenido</sup> con gran placer, debe ser contemporánea de los amantes veroneses, y pueden albergarse cómodamente en ella todas las Juliettas que existan ahora en la antigua villa felicitina.

Verona de ~~noche~~ <sup>de día</sup> es tan original como de noche.

Las plazas espaciales y las rectas calles de Turín y Milán no nos habrían preparado para el aspecto antiguo y romanesco de Verona. La yerba crece en sus estrechas calles, que decoran palacios pertenecientes a antiguas casas de la aristocracia italiana. Casas cubiertas de frescos, y nota a los algunos, se decoran en sus esquinas de nichos de piedra con tantas Moasonas, ante las cuales arde día y noche un pequeño fíatol. La Piazza delle Erbe (del mercado) ofrece un curioso espectáculo: es Italia, la pintoresca Italia, con sus tipos marcados y su animada muchedumbre.

Lo primero que he buscado, es el palacio de Julietta. Cuando se busca un palacio de una familia extinguida primero es recurrir al pueblo, ese fiel guardador de las antiguas memorias. En cuanto dije al cochero:

«Dove si trova il palazzo de Capuletti?»

«Andiamo adesso al palazzo de la Julietta».

En una estrecha calle un edificio alto, muy alto, con largas ventanas ojivales y casi derruido pero a cuya sombra se ha establecido un albergue, lleva en el frontón la siguiente inscripción, impregnada de toda la poesía y dulzura italiana:

Queste furono le case dei Capuletti,

dove uscì la Julietta per cui tanto piansero y cuorì gentili, e i poeti cantarono — Secoli 13, 14 e 15.

El albergue se llama dei Capello, en memoria dei Capuletti: siento no haber conocido su existencia pasadas en el el tiempo de mi estancia en Verona.



Por más que busqué en el viejo caserón el balcón en que se oía cantar la golondrina, mensajera del día, declaro que no lo encontré.

En cambio el cobero, con cierta misteriosa sonrisa, me condujo á la tumba de la Giulietta.

En un antiguo cementerio ~~del~~ <sup>del</sup> convento existía este sepulcro hace años: pero hallaron más convenientemente sembrar patatas y judías en el terreno ya profanado, y el sepulcro vacío se trasladó á una pequeña sacristía en que lo encontramos.

Es de toda piedra y tiene en el fondo la lunella de la cabeza inclinada: dos agujeros daban salida á la respiración de la hermosa dormida.

Un mozo robusto, <sup>cultivador del p.</sup> ~~gardeno~~ <sup>del</sup> ~~como~~ bre desmenuado jardín, nos quiso explicar en el italiano más ~~común~~ primitivo que he oído la historia de los amantes. Su relato me hizo poquísima gracia; prefiero el de Shakespeare.

Vérona no se conforma en punto á curiosidades con Pompeo y Túlicia: qualda otras tres: el anfiteatro delle Arene, las tumbas degli Scaligeri, y la costilla del gigante.

El anfiteatro delle Arene es un magnífico circo romano perfectamente conservado y nada de gradado. Véase aun las fosas de los leones, la tribuna, todo tal cual estaba en la época de sus esplendores, cuando la sangre humana tenía su blanco polvo y los rugidos de las fieras atronaban su recinto.

Las tumbas degli Scaligeri merecerían que les dedicase veinte páginas bajo el triple concepto de la historia, de la arqueología y de la leyenda. En estas tumbas en que reposan ~~de~~ <sup>de</sup> la raza que por espacio de dos siglos tuvo á Vérona bajo su férrea diestra,

son fecundas en grandes recuerdos, en sangrientas historias. Uno de ellas — creo que Martín II, todos los de esta altiva raza se llamaron Martín o San — fue asesinado por su hermano Canvabioso de bajo del arco en que está colgada la famosa costilla del gigante, de que he prometido hablar. Desde entonces el arco conserva el nombre de Valtorbaro. El último degli Scaligeri <sup>(Can Signorini)</sup> se labró una tumba que eclipsa á la de todos sus predecesores, inclusa á la del amigo del Dante. Es una pequeña masa villa de arquitectura gótica.

Todas estas tumbas, que están al aire libre resguardadas solo por una verja, ostentan la ~~escala~~, emblema de los Escaligeros.

Es infinita la riqueza de las iglesias de Verona en frescos bizantinos, mármoles raros y antiguas tumbas. La iglesia de San Zenone, solamente, exige del anticuario y del arqueólogo el más detenido y profundo examen. Esta nada más original que su arquitectura, se parece al delirio de un artista embriagado.

Una observación he hecho, que no me ha costado gran trabajo: las casas nobles Italianas adornan sus palacios de magníficos relieves, de estatuas, de frescos, de imágenes; pero no colocan en la fachada el escudo de armas.

En Verona ya se nota la singular afición á la pintura decorativa que domina en el resto de Italia: aquellos relieves y molduras, de lejis, hacen ilusión perfecta.

¿Y la costilla del gigante? La costilla del gigante ~~de~~ haber pertenecido realmente á un ser humano, ~~no~~ supone una estatura

de diez metros en su feliz huésped; razón por la cual tengo vehementes sospechas de que algún animal antediluviano y desenterrado en Verona con otros muchos fósiles que allí se conservan, ha sido convertido en gigante por aquellas imaginaciones meridionales.

Como quiera que sea, la cortilla está colgada del arco de Votto Barbato, balanceándose sobre esas cabezas con amenazadas oscilaciones.

Dejó a Verona con sentimiento: pocas ciudades he visto más típicas, más antiguas, más vivas en recuerdos, y creo que pasaría muchos meses entre sus viejas murallas revolviendo, como los la gartos, el polvo de las tumbas y sentándome en las piedras ennegrecidas por el musgo y el líquen que cubren las inscripciones.

Verdad es que voy a otra ciudad que creo sinceramente capaz de hacer olvidar todas las ciudades del mundo; a una ciudad que mis sueños de poeta he llamado muchas veces, a Venecia, la reina del Adriático,

figlia, spusa, signora del mare  
(e due foscazi.)

Semejante a aquel monstano a quien la rabia consuela de la pérdida de la madre, estoy dispuesta a consolarme de Verona con esa Venecia tan deseada y de la cual conozco sin haberla visto jamás, los curiosos monumentos y la romántica y sombría historia.

Venezia.

El camino de Verona a Venezia es como toda la

37

## Ginebra.

Después de una noche pasada entre los pocos  
gratos sentimientos de los incómodos vagones de la  
línea de ~~Vienna~~ austriaca, me he despertado, con la me-  
te impresionada y llena de los recuerdos misteriosos, so-  
máticos, de Viena, y me he encontrado en una ciu-  
dad esencialmente comercial y <sup>avanzada</sup> moderna de la vida mo-  
derna como es Ginebra.

La transición ha sido tanto más violenta,  
cuanto que viajando de noche y no viendo paisaje,  
no estaba en ningún modo preparada a ella. Sentí lo  
que sentía un hombre que ~~venía~~ <sup>venía</sup> después de tres  
semas una sola se ~~fuera~~ <sup>fuera</sup> a la no hay gran canal  
placido de mármol ni ligeras góndolas: sobre las a-  
guas del ~~estuario~~ que yo no me podía figurar sus  
casas más que por querreras imitaciones o por las  
quillas emparradas para una fiesta, repetan en pa-  
cífico de escudo franquico y soleros bases mercantes,  
cuyos mastiles forman como una selva despojada  
por el invierno y entre los males no sin cierta empuje  
pueden un frente de tela encarnada y amarilla, pesque  
viene al mar de <sup>(como después se)</sup> guerra Español Fernando el Católico  
que viene a traer objetos para la Exposición de Viena.

En Ginebra a lo que he podido juzgar entrán-  
do, una ciudad más por interesante para el artista;  
no hay allí ni una sola de esas viejas piedras que  
tanto me gustan y por los males se andan a veces fi-  
losóficamente muchas leguas. Ginebra es un comerciante,  
como puesto franco por el tráfico en grande  
y con fe; su <sup>muelle</sup> ~~puerto~~ polvoroso está ~~seca~~ <sup>seca</sup>  
a todas horas esizado de grandes carros de tras-  
porte, de carretas, de pipas, fardos, en sus muelles

y hoís de cuevdas. El labo pintosese de todo este cast  
 (Preciso es encontrar alguno, a semejanza de las abejas  
 que hacen dulce miel de las más vividas flores) es sin  
 duda alguna ~~el~~ aspecto cosmopolita que a él debe tri  
 le. Griegos de largos cabellos negros y rizados, de puro  
 y noble tipo, con su gruesa chaquetilla y su falda  
 blanca menudamente plegada, alternan con graves as  
 menios y sagaces judíos, de tipo volterriana filo  
 nomía. Pero ni los griegos ni los asmenios ni los hijos de  
 Israel tienen el poder de evitar que Trieste sea un océano  
 de polvo, una purgatorio de calor, y una protericia  
 cuádras

No obstante, Trieste me es querido y le salu  
 do con afición, por que enessa ciudad seuerdos y losuomas  
 Trieste, casos a España: una Reina y una tumba.

La Reina es doña María Teresa de Bos  
 ganza princesa de Boira, ~~segunda~~ segunda mujer de Car  
 los VI; la tumba es la de Carlos VI, conde de Montenegro.

Debo saludas a la primera y vezas en la segun  
 da.

Para este doble objeto, apenas quitado el  
 polvo del camino y dispuestas a tomar el de la calle, apren  
 hamos un sol de justicia para llegar a casa de los condes  
 de L. y de J. que debían ser nuestras introductoras acer  
 ca de la augusta senora. ~~La~~ condesa de L. no está  
 la en casa: la de J. nos recibió con el mayor agrado, ofre  
 ciéndonos transmitir nuestro deseo a doña María Teresa.  
 No era posible que aquel día la reina pudiese reci  
 birnos: el día era hermoso, y nos invitata a loas  
 La idea es que desde hace seis o ocho años no per  
 dona ningún viajero que llegue a Trieste; la visita del  
 castillo de Miramar, residencia que fue del trágicamente  
 de célebre Maximiliano.

El castillo se alza sobre una gran colina dominando plenamente el mar; colina pedregosa y áspera a la cual a fuerza de oro, Maximiliano, que era un artista, casi un poeta, dio el aspecto de un oasis. No es posible, hace una residencia de verano más amena, <sup>más vistosa, más</sup> ~~más inmensa~~ a la vez de cierto sello de señorial grandeza. La posición especial que ocupa hace que a la vez reciba de Venus todas las ardientes caídas del Sol, todos los murmullos del Siciático, todos los suaves besos de la marina brisa. El cuerpo de edificio es como un castillo con cuatro torres, de graciosa arquitectura, una balconada colada, y por cuyos pilares y balaustrados se entaza la frontonera yerbosa, domina perpendicularmente el mar, ~~se ve~~ Trieste a poca distancia, pero en fin a lo suficiente para quitarse. Por aspecto comercial y difuminar sus altas casas entre los azules vapores de la mañana y los rosados celajes de la tarde. Multitud de palomas se posan sobre los bordes de esta terraza, moviendo sus tornasoladas culliceras hacia el vistoso, con una familia ridícula encantadora. Los jardines, hechos en forma de mesetas, van bajando hasta morir en el mar: son todo lo bonito que puede ser un jardín; tienen flores sin profusión, estatuas sin afectación, escaleras que no fatigan y cenadores con verdadera sombra, en donde se descansa viendo este ~~mar~~ azul Siciático y oyendo el canto de los nullases de papasos que baltando vestidos inescusados en aquella vertiente antes tan escarpada, han establecido allí sus amos y su casa.

Pero dentro del castillo es en donde el gusto es querido del que fue el dueño se desvela en los muros escatados. Nada recuerda allí ese lujo teatral y ostentoso pero frío y de mal gusto, como a muchos palacios. El lujo del castillo de Maximiliano es íntimo, poético, sencillo en medio de su esplendor. Mas que la morada

de un artista enamorado que trata de ocultar su felicidad; es la habitación en que a cada objeto le se fija una impresión del que los ha comprado, y no una colección de salones en que un ser privilegiado se aburre entre estatuas enormes y elevados deslumbrados.

La misma sala del trono — hecha después de la elevación del Archiducado al Imperio de Méjico, pero ejecutada por sus directores — a pesar de ser una obra maestra de trabajo en maderas preciosas, no tiene aspecto diverso en trébe: deja adivinar el nonato de paternales instintos, amigo, como el buen Surique IV, de su pueblo.

No extraño que el pobre archiducado no quisiera dejar este <sup>lindo</sup> precioso retiro; no extraño que pudiese tantas dificultades cuando su esposa, la después de menta Carlota, le animaba a partir a Méjico dando un adiós a la patria querida; no extraño que sus ojos estuvieran presados de lagrimas al poner el pie en este pequeño nuelle que estamos viendo, para embascarse en aquella misma fragata que poco después de bía por una triste vinaderia devolves a Austria su en sangrentos cadáveres. Y, sin embargo, aquel hombre que lloraba al partir, supo conservar una asombrosa firmeza ante la muerte, y aquella mujer que aplanaba las dificultades <sup>para aceptar un reino</sup> ~~para aceptar~~, perdió el juicio <sup>cuando</sup> ~~cuando~~ que Napoleón le behuso los secretos necesarios para conservarlo.

El venes de de Maximiliano es un culto en Austria. Su nombre se pronuncia con una singular mezcla de respeto, cariño y dolor. El <sup>nombre</sup> palacio de Miranor — que se conserva por cuenta del Emperador Francisco José — ~~para~~ los ~~regios~~ de Maximiliano ~~ita~~ estaban en buen estado — es querido a los compatriotas, que lo visitan muy frecuentemente.

38

Lo enseñan dos antiguos servidores del Archiducado, que a fuerza de costarse la boca como eb, han tomado un mismo tipo, a lo cual les ayuda su alta estatura y sus ojos azules. Uno de ellos nos oye hablar el español e inmediatamente viene a hablar<sup>después</sup> algunas palabras españolas ofreciéndose a nuestras órdenes. Había estado con su señor en Meisjico, y se convida que volviera a ver con gusto esta habla española, tan puesta en embargo a su amo.

Le hice mil preguntas acerca de ~~su amo~~ <sup>Maximiliano</sup>, y como leyó en mis ojos y en mi acento la simpatía y la lástima, las contestó con amabilidad y exactitud, desatendiendo a los demás visitantes para satisfacer mi curiosidad picarona. En el despacho del Archiducado me enseñó sus libros favoritos, obras escogidas que probaban un gusto <sup>literario</sup> de gran pureza, y el rico álbum de dibujos, <sup>con tapas</sup> ~~enrolladas~~ más de ~~su~~ industria de plata y brillantes en la tapa.

~~Armonizados a la serena, venos de puer~~

Cuando el coche nos volvía hacia Fricote, la noche avanzaba, y una larga faja de niebla señalaba la puesta del sol en el Adriático.

Ha noche he sabido que mañana será un día más de la hora a que la niebla puede ser benigno.

En efecto hoy por la mañana la condesa de L, dama de honor, ha venido a ~~esta~~ <sup>este</sup> hotel y nos ha citado para mañana a las doce. pues como duña ~~el~~ <sup>la</sup> ~~baronesa~~ <sup>baronesa</sup> ha estado gravemente enferma hace poco tiempo, y además su edad avanzada la obliga a tener cuidado, no puede como de costumbre — haber puesto las bondadosas palabras recibidas hoy mismo.

Un día en Fricote se pasa como en cualquier otro lado cuando no se conoce a nadie: pero cuando se tiene para compañía unos amigos como los hijos de la Condesa de J, se sabe que se pasa muy bien.



El hijo y la hija de la condesa. <sup>Y no solo nos</sup> <sup>acompañaron a paseo y al teatro, sino que nos trataron</sup> <sup>consejos de los tejidos en francés</sup> <sup>largo y con casaca de las personas que me interesan</sup> <sup>y respeto: de los ojos, de la veina, de don Alfonso y</sup> <sup>de dona Maria de las Nieves, mi querida hermana de Cataluña.</sup>  
 De esta princesa fue dama la hija de la condesa, así es que  
 yo me me contaba de preguntarte acerca de las costumbres  
 y gustos de dona Maria, ~~que tanto~~ <sup>y cualidades</sup> Los gustos de una niña  
 las costumbres de un ángel, las cualidades de una princesa,  
 las costumbres de un ángel, tal fue el resumen de lo que  
 me contó la condesa. <sup>Y</sup> <sup>cuando</sup> <sup>era</sup> <sup>la</sup> <sup>dama</sup> <sup>esta</sup> <sup>joven</sup>,  
 dona Maria estaba <sup>alop. debilitada</sup> ~~debilitada~~, lo cual tenía en continuo a-  
 larma a don Alfonso: pero desde que con un entusiasmo  
 y una resolución juvenilmente sublimes dejaron de casi-  
 ta de Jatz para <sup>venirse</sup> ~~ir~~ a Cataluña a la guerra, dona Maria  
 que monta perfectamente y cura los nervios con un celo  
 infatigable, se ha puesto muy buena, y en su casita,  
 antes de cesa, ha tomado los picos y delicados platos es  
 de una rosa thé.

(2) Hoy domingo me he vestido apresuradamente  
 para poder ir misa y tener tiempo de volver a vestirme des-  
 pués. Vida la misa, y me voy a sentar en triestina de  
 bradvertis que en Trieste se habla comunmente el italia-  
 no, pero un italiano corrompido y suu generis, hemos en-  
 trado en un café para desayunarnos más rápidamente, por  
 que los hoteles en Trieste, sobre ser horriblemente caros, tienen  
 un servicio tan lento, que se espera una hora el almuerzo,  
 tres cuartos de hora el desayuno. <sup>Nuestro</sup> <sup>hotel</sup> <sup>para</sup>  
 por ser el mejor montado de Trieste, pero en Francia  
 o Italia sería detestable, lo cual me prueba que todos los  
 dinos deben estar en el grado de detestabilísimo.

(3) Antes de pasar y de ir al teatro, por la ma-  
 ñana, hemos hecho nuestra peregrinación a <sup>San</sup> <sup>Catalina</sup>,  
~~San~~ ~~Catalina~~

en donde se hallan las tumbas de la real familia.

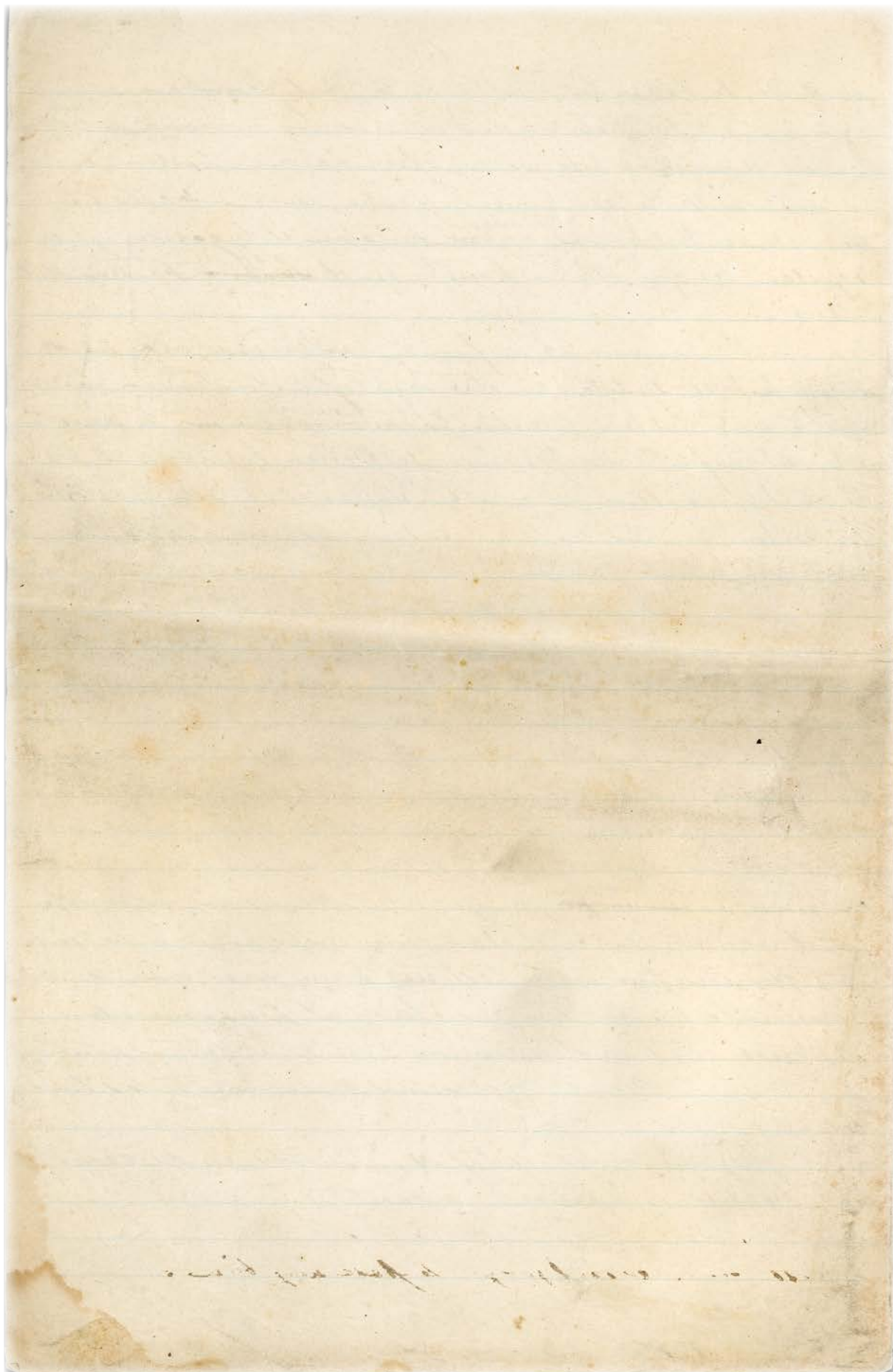
La Catedral de Friburgo es una mediana catedral que no es mezquina pero que no ofrece nada de particular. Es en una capilla lateral, á mano derecha, cerca del altar mayor, donde tres lápidas <sup>de mármol</sup> señalan el lugar en que reposan los que debieran haberse en el ~~antiguo~~ <sup>reliqui</sup> panteón del Ducado.

Con conmoción profunda, verdadera, en ayos de lo que hubiera sentido en otro epitafio punturoso, me arrodillé ante las tres piedras. La <sup>primera</sup> ~~primera~~ desde la puesta es la del infante don Fernando de Borbon hermano de Carlos VI. La segunda tiene el nombre de Carlos VI y de Carlota de Borbon, muertos con seis horas de defunción; la tercera es la del infeliz y anciano Carlos VI.

Más poderoso que el de la magestad real, el sello del infortunio, de la muerte en trágicas circunstancias, de la virtud, de la resignación, de todo cuanto realza un eminente ilustre, da una inexplicable atracción á estas <sup>modestas</sup> ~~modestas~~ lápidas, á esta humilde y olvidada capilla. La oración y las lágrimas, en tributo que no todos los reyes podrían a labarse de haber obtenido de sus vasallos, aunque á los latidos, á los ojos, involuntariamente y sin el menor esfuerzo. ~~En~~ <sup>Estos después reinos</sup> ~~granjeas en el~~ ~~país~~ que yacen en un país extraño, en el destierro, casi en el abandono, inspiran una porción de reflexiones penzantes. Testeras á un vivo, aún la imaginación lo concibe, aún no ofende al pensamiento: pero desteras estas ilustres cenizas: estos restos españoles!

Reverencio y besamos piadosamente las frías tallas.

He copiado los epitafios, elocuentes en su sencillez que tras largo aquí íntegros y exactos:



39

Mucha bien: el diablo almuerzo en este café me ha proporcionado el espectáculo de las infinitas payasas tristes que con su pintoroso traje pasan y repasan a cada instante. Este traje es hecho <sup>triste</sup> pintoresco y original para que jure con ser descrito. En Arriete abundan las vendadoras de flores; á lo largo de mi calle, que da frente al mar, hay un cosider de cestas de rosas, de jacintos y de narcisos, pero sobre todo de esa linda flor blanca que en España no tiene nombre porque creo que no es conocida: el muquet. Es una de las flores más finas y graciosas que conozco, y su perfume fino y que tiene del apabaz y de la almeñora embalsama toda la atmósfera.

Hemos visto puntuales á la hora que la tenora nos había marcado: verdad es que lo fuimos á comer á las doce en diez minutos. La casa que doña Maria Teresa ocupa en Arriete es grande y desahogada, y sin tener pretensiones de palacio ofrece las mismas comodidades que muchos que se apellidan tales. Aunque no con la pompa que la antigua clase exige, pero que las circunstancias, más fuertes que la voluntad humana, le imponen, la casa de doña Maria Teresa está montada con el mayor decoro y dignidad. Tres gentiles hombres, un chambelán, una dama de honor, un secretario, un capellán y un médico, españoles todos los dos adictos, todos buenos de abnegación, respeto y <sup>atención en su puesto</sup> ~~atención~~, proporcionan á la señora, más aún que sus servicios, su compañía y el placer de oír en los no digo esta lengua española que idolatras. No hablo de seis antiguos y buenos criados, españoles <sup>de adquisición</sup> también, y entre los cuales hay navarros, asagoneses, castellanos, y también un gallego.

Poco, lo quisiera tiempo fuéramos que esperas á que previnieran á la reina nuestra visita. Seremos muy en breve del talor en que habíamos entrado al apartamento, el gabinete en que ella pasa la mayor parte

del día. No bien hubimos tomado su mano para besarla, levantámonos con efusión del suelo y ~~hacia~~ besó en las dos mejillas, haciéndome sentar a su lado.

El respeto, la emoción, tantos recuerdos amontonados y condensados, por decirlo así, en la noble anciana, produjeron en el primer momento un velo en mis ojos y no pude fijar bien la mirada en la viuda de Carlos V. Pero su dulzura y la bondadosa familiaridad que demostró desde el primer momento, me tranquilizaron, y pude volver vista con aquella mezcla de sumisión y amor con que se mira a una madre.

Boston y

Doña María Teresa de Baganza raya en los ochenta años, y su fisonomía, que se reconoce ha debido ser muy hermosa, guarda las huellas, no tanto de la edad, cuanto de los largos suprimientos de una vida consagrada siempre a una causa tan heroica cuanto infeliz. Pero su rostro es expresivo y magestuoso, sus movimientos a veces, sus ojos se animan al hablar de España, de sus hijos, de su marido, de los defensores que por su nieto Carlos combaten: y su religiosidad es tan profunda, que ni una queja le arranca la cruel enfermedad que ataca en sus mismos ojos, ni todos los demás padecimientos que sufre con una resignación y calma admirables.

o He sido visto con gran nobleza

Semejante a un roble arrancado del bosque natal privado de sus injertos y más vigorosas ramas, donña <sup>esta</sup> Teresa que la violencia ha ~~aposterrado~~ <sup>desterrado</sup> de su patria de nacimiento <sup>Portugal</sup> y de su patria de adopción, mil veces más querida, España; que ha visto caer <sup>a milagrosos</sup> segadas por el hada mesurable del destino tantas ilustres, jóvenes y amadas cabezas, se dobla y se inclina ante la voluntad suprema que así lo ha dispuesto, y ~~placido~~ <sup>se</sup> complacida halla una melancólica satisfacción en recordarlos.

Así hizo desfilan ante mis ojos esta funebre

galenía: Don Carlos quinto, el monarca de rectos instintos, á quien los largos padecimientos que lo llevaron al sepulcro no arrancaron una queja ni una frase de impavencia; Carlos VI, el buen hijo, esposo, amigo y cristiano, de la vez tan valiente y enérgico; y Doña Carlota de Borbon su esposa, modelo de las virtudes que constituyen la mujer fuerte, el infante D. Fernando o... Estas tres cabezas caras arrebatadas en pocos días, en pocas horas, y después los infinitos servidores, ó mas bien amigos, fieles á la raza desterrada y proscriba; los <sup>generales</sup> ~~varios~~ defensores de la causa <sup>causa</sup> ~~causa~~ que lograron olvidada tierra en las arborescentes montañas de la Mancha ó en los ásperos montes de Vizcaya.

De todo se acuerda la memoria, todo se guarda fielmente en su corazón: los ~~datos~~ y los pesares, que han roto la organización del cuerpo, no han tocado ni la inteligencia, y brilla y resplandece como la luz del altar en la lámpara antigua.

El placer con que yo la via sola es comparable á de bondad en hablarnos con tanta franqueza y en darnos mil y mil detalles de su villa, de su triste calvario, D.º Polinzo mucho la audiencia, y todo la levanto cuando se sentía ~~mucho~~ fatigada de haber hablado y tal vez de haber recordado épocas felices ó tristes ó tal vez las dos cosas. Habríamos sido invitadas á comer, y nos despedimos hasta la tarde.

5. Fue un gran motivo de pena para la reina no poder asistir á esta comida, en la cual hizo sus veces la Duquesa de Braganza. Pero para indemnizarnos de esta privación que el estado de su salud le impedia, fué recibimos antes de la comida otro largo rato. No se cansaba de hablarnos y preguntarnos de España, de los reyes españoles, de su nieto la reina Margarita, y de sus encantadores biznietos los hijos de D. Carlos, ~~cuando~~ ~~nos~~ ~~conoce~~ de los cuales solo conoce á la mayorada, La Blanca. Nos habia hecho enseñar su alcoba, de monjas árida y austera sencillez, su lecho casimil, á cuyo cabecero



## **Apéndice**





# Apéndice

## En el álbum de la Cartuja de Burgos

Con el ánimo oprimido  
paso tus celdas desiertas,  
cruzo tus gigantes puertas  
y tu huerto destruido;  
y exclamo con un gemido  
al ver cuánta soledad  
en este asilo de paz  
estableció su reinado:  
«Aquí vive un atentado  
de mi siglo y de mi edad»

Burgos 1872 [sic, por 1873<sup>1</sup>]

## Madrigal

Un día que la besaba  
por broma la pregunté  
si alguien más que yo, su labio  
en ella osara poner.  
Y ella me dijo: —A la fuente  
en donde apagas tu sed,  
¿preguntas si otro viajero  
osó apagarla también?

París 1873

---

<sup>1</sup> Según indican los *Apuntes de un viaje*, la visita a la Cartuja tiene lugar el día de Reyes (recordemos que el viaje se había iniciado el 1 de enero de 1873); no es de extrañar el error de la autora, aún poco habituada a fechar con el nuevo año.

## En el baile de máscaras de la Ópera de París

A mi amigo el conde de A...

Mirad, si os es posible,  
con ojo observador y mente atenta,  
la orgía indescriptible  
que en remolino horrible  
del salón en los ángulos revienta.

Ved el mar de cabezas  
cubiertas con fantásticos tocados;  
caprichos y rarezas  
que a todas las torpezas  
estímulos ofrecen depravados.

Ved cuál de la dorada  
generación que viene, una gran copia  
danzando embriagada  
añade desatada  
vergüenza ajena a la vergüenza propia.

Ved, artísticos seres  
bellos como soñamos los querubos,  
esas pobres mujeres  
respirando placeres  
envueltas de oro y seda en ricas nubes.

Ved sus bocas risueñas  
insultar la reserva de unos pocos,  
sus faces halagüeñas,  
sus encrespadas greñas,  
su frenesí que estalla en gritos locos.

Ved cómo ya en la sala  
apagan todo ardiente candelabro,  
y a la luz de Bengala  
olas de fuego exhala  
el torbellino arrollador macabro.

Y a las detonaciones,  
y a las trompas de caza, su sonido  
mezclan aclamaciones  
y mágicas canciones  
del coro bacanal envilecido.

¡Oh, Carlos!: así gira  
Francia infeliz en torno del abismo  
donde su gloria espira;  
y presa así se mira  
de fervor demagogia o cesarismo.

Así el deleite enerva  
y el goce material su mejor fibra:  
así ya no conserva  
sangre que noble hierva  
cuando el clarín de los combates vibra.

Así el casto germano  
en la faz imprimióle vigorosa  
la armada férrea mano;  
así cruzó el ulano  
la gala tierra, un tiempo victoriosa.

De la copa funesta  
donde su sed de goces calma Francia  
en una eterna fiesta,  
sólo en el fondo resta  
miseria, humillaciones, ignorancia.

¿Será que a la latina  
raza las aspiraciones se aproximan  
y una mano divina  
al fuego la encamina  
y quiere redimirla por el crimen?

¿Será que el delirio  
que agita a tantos seres degradados  
deba brotar martirio  
cual brota el puro lirio  
del cieno de los charcos estancados?

Mis conturbados ojos  
no ven sino de la fatal hoguera  
los resplandores rojos:  
¡calma, oh Dios, mis enojos!  
¡déjame un porvenir soñar siquiera!

Mas no distingo nada  
sino la saturnal siempre creciendo:  
marea desbordada  
que contra mi estrellada  
me oprime el corazón su loco estruendo.

Huyamos este ambiente  
cargado de mefíticos vapores:  
ya la aurora naciente  
matiza en el Oriente  
al dormido París con sus fulgores.

París, Carnaval de 1873.

### En el Lago Lemán

«Atracad la barquilla  
hasta que el borde a rebasar del lago  
llegue su frágil quilla,  
que ya espirante brilla  
el rubio sol en el Poniente vago».

Del Ródano el barquero  
obedece a mi voz, y empuja ufano  
el esquife ligero  
con el remo certero  
que maneja a compás robusta mano.

El seno de zafiro  
se entreabre del lago silencioso  
en ondulante giro,  
y copiarse en él miro  
del Mont Blanc el espléndido coloso.

De nubes de diamante  
ostenta coronada la cabeza  
el nevado gigante  
que pinta a cada instante  
de fúlgidos matices su belleza.

Y Ginebra a lo lejos  
se esmalta con cien luces caprichosas  
cuyos rojos reflejos  
encuentran mil espejos  
del Lemán en las aguas temblorosas.

¡Cuanto habrá la sonora  
voz de Rousseau los ecos fatigado  
donde yo cruzo ahora!;  
¡cuanto la mofadora  
faz de Voltaire del lago habrá copiado!

Aquí el genio fecundo  
que ocultando en doradas teorías  
un cinismo profundo  
creyó cambiar el mundo,  
pasó los mas hermosos de sus días.

Aquí el burlón impío  
que al muerto siglo su criterio imprime  
vivió solo y sombrío,  
y te negó, Dios mío,  
en medio este espectáculo sublime.

Ya un negro conjuro,  
un genio destructor, nuncio de horrores  
brotó el abismo oscuro,  
cuyo hálito impuro  
mancha la libertad en sus albores.

La veste enrojecida  
con sangre, una frenética ralea  
salvaje y regicida  
aúlla enloquecida  
al siniestro fulgor de horrible tea.

Con un fragor tremendo  
el ara cae rota en mil pedazos,  
la alumbra el trono ardiendo,  
y la plebe rugiendo  
la antigua encina desmenuza a hachazos.

¡Oh implacable ironía,  
no te envanezcas! tu victoria cesa:  
la dulce poesía  
de nuevo canta pía,  
de nuevo el hombre los altares besa.

Con befa y carcajada  
 no el joven siglo su cultura inicia:  
 la pléyade ilustrada  
 con frente levantada  
 más altos ideales acaricia.

No es la santa creencia  
 objeto del escarnio y de la risa;  
 de Dios en la existencia  
 se basa toda ciencia  
 que hoy más que nunca la Verdad precisa.

Es convicción profunda,  
 si ayer era la fe del carbonero:  
 su esplendor nos inunda,  
 su presencia fecunda  
 y vivifica el Universo entero.

Yaced, so muda losa,  
 pobres sofistas frívolos que un día  
 en crisis procelosa  
 sumisteis la piadosa  
 patria que Juana de Arco defendía.

Ya quebró en vuestras manos  
 aquella aguda envenenada lanza;  
 ya en fe y amor hermanos  
 alumbra a los humanos  
 la benéfica luz de la esperanza.

Ginebra 1873.

### El rododendro silvestre

Del Mont Blanc en la cresta orgullosa,  
 de hielos cercada,  
 una flor solitaria y hermosa  
 se cría olvidada.

Rododendros sencillos, silvestres,  
 que tiemblan de frío,  
 sólo alegran las cimas alpestres  
 un mes del estío.

Once meses dormitan sus hojas  
 el sol esperando,  
 sus corolas plegadas y rojas  
 aromas guardando.

Cuando el beso de fuego del cielo  
 sus fibras agita,  
 arrojando el sudario de hielo  
 la flor resucita.

En el alma una flor misteriosa  
 se encoge aterida,  
 si una voz no le da generosa  
 perfumes y vida.

Pero cuando ese rayo divino  
 le presta fulgores,  
 el más árido y triste camino  
 se cubre de flores.

1873.

### A la nieve en las cimas del Mont Blanc

En las altas regiones  
 do puro se dilata el aire frío,  
 tendiste tus vellones,  
 sin que teman sus blancas concreciones  
 los besos del estío.

Serenidad profunda,  
 do quiera que yació la casta alfombra  
 la atmósfera circunda:  
 paz y deleite el corazón inunda,  
 se siente y no se nombra.

Mi espíritu abatido  
 busca afanoso el precipicio en donde  
 la avalancha ha caído:  
 do el hielo desprendido  
 los líquenes esconde.

Un silencio de muerte  
 reina, eterno Señor de las montañas:  
 Naturaleza inerte  
 aguarda que la vida se despierte  
 temblando en sus entrañas.

Sí: bajo la corteza  
 de inmaculada nieve aquí extendida,  
 asoma la cabeza  
 la florecilla tímida, que empieza  
 a palpar de vida.

Y quizás más abajo  
 ígnea corriente funde los metales,  
 y su oculto trabajo  
 de nuestros descuidados pies debajo  
 forma desconocidos minerales.

Así del alma mía  
 bajo el aspecto indiferente, helado,  
 hay flores todavía  
 que su perfume esparcirán un día  
 bajo el sol deseado.

Y el espíritu ardiente,  
 sin limitar su poderoso empuje,  
 me golpea la frente  
 cual suele desbordándose el torrente  
 que en el abismo ruga.

Que aunque envidia a los hielos  
 su muda paz, su calma no rompida,  
 no sé cortar los vuelos  
 con que sube y remóntase a los cielos  
 esta mente atrevida.

1873.

### **En la tumba de Julieta**

(Verona 1873)

Aquí yació, sobre la piedra fría  
 el cuerpo virginal de la doncella  
 enamorada tanto cuanto bella  
 por quien Romeo suspiraba un día.  
 Mártir fue de amor, la muerte que fingía  
 Le impuso sin piedad su mala estrella  
 Y ambos en la siniestra noche aquella<sup>2</sup>

<sup>2</sup> El poema, que en el original manuscrito muestra abundantes tachaduras y correcciones (la más importante, la supresión de once versos en su comienzo, acaso de una versión previa desechada), queda interrumpido, acaso porque su redacción no concluyó.

**La fiesta veneciana**

Sobre las olas del canal grande  
 baten los remos:  
 bella es la noche; fresca es la brisa:  
 ¡bogad! ¡cantemos!  
 No hay una estrella, la sombra oscura  
 cubre la orilla;  
 pero, de pronto, rápido surco  
 de fuego brilla.  
 Son las señales para la fiesta  
 ya preparada  
 góndola airosa blanda se mece  
 iluminada.  
 Corta las aguas con leve proa  
 el gondolero  
 y nuestro esquife sigue el impulso  
 raudo, ligero.  
 Mudas, cual rasan los alciones  
 los verdes mares,  
 góndolas negras se nos reúnen  
 a centenares.  
 Una tan sólo, de donde nace  
 dulce armonía,  
 do brotan cantos, hacia Rialto  
 se dirigía.  
 ¡Oh, cómo suenan tus puros ecos  
 allá en el alma  
 canto de amores, en la nocturna  
 profunda calma!  
 A veces brillan de rojos fuegos  
 los resplandores,  
 y se matizan las quietas aguas  
 de mil colores.  
 Es un incendio: parece un punto  
 que nos abrasa,  
 juega, sorprende, brilla, deslumbra,  
 y luego pasa.  
 ¡No importa! Mientras duró este solo  
 rápido instante,  
 como en un sueño que nos oprime  
 vi tu semblante.

Mujer que sola, pálida y bella  
 vas reclinada  
 en los cojines de rica góndola  
 negra y dorada.  
 ¡Cuántos dolores, que ya marchita  
 tienen tu frente!  
 ¡Qué melancólica! ¡qué anonadada!  
 ¡qué indiferente!  
 Más que las aguas de los canales  
 eres sombría:  
 más que los mármoles de los sepulcros  
 pálida y fría.  
 Yo no pregunto la triste historia  
 que guardas muda:  
 no, veneciana: porque prefiero  
 misterio y duda.  
 Y entre las voces que al aire envían  
 la barcarola  
 mezclo un suspiro, quizá una lágrima  
 para ti sola.

Venecia, Abril 1873.

**Miramar**

Todavía del pájaro muerto  
 caliente está el nido,  
 y ya arrastran su alado cadáver  
 las ondas del río.  
 Todavía temblando la atmósfera  
 propaga sus trinos,  
 y ya guarda su dulce garganta  
 silencio infinito.  
 ¡Miramar, tan cubierto de flores  
 tu ameno recinto!  
 ¡Todo ríe! ¡Ironía suprema  
 del ciego destino!

Trieste 1873

### En el Museo Belvedere de Viena

Blanco pueblo de estatuas, Grecia vive  
de la luz que en el mármol concentraba,  
y su reflejo mágico recibe  
la raza que lo bello condenaba.  
Cayeron sobre Europa los teutones  
como cae el torrente en el abismo,  
y pasaron sin lentas transiciones  
de grosera barbarie al cristianismo.  
La Iglesia a sus costumbres fue la norma:  
la fe en los pueblos encarnóse viva;  
el monje austero reprobó la forma,  
surgió del suelo la ideal ojiva.  
Pero Grecia entretanto, palpitante,  
guardaba oculta su tenaz belleza,  
para un día exhibirla mas brillante  
en nombre de la gran naturaleza.  
¡Y ese día llegó! Lenta y pausada  
la Edad Media sonar oyó su hora,  
y la austera basílica dio entrada  
a la forma vivaz y seductora.  
Los paganos hechizos del diseño  
se tienden por la bóveda sublime:  
frunce Lutero su sombrío ceño;  
nuevo Baruch, Savonarola gime.  
Inútil descontento! El arte impera [...]<sup>3</sup>

<sup>3</sup> El poema queda inconcluso, pues aquí se interrumpe el cuadernillo correspondiente; el manuscrito conservado de *Himnos y sueños* actualmente está incompleto, a falta de algunas hojas de ese primer cuadernillo.

Presentación y notas: J. M. G. H.  
Transcripción de los poemas: M.<sup>a</sup> S. R. F.  
[en J. M. G. H. y María Sandra Rosendo Fernández:  
«Emilia Pardo Bazán: diez poemas inéditos de su viaje  
por Europa en 1873», en A. Abuín González, J. Casas  
Rigall y J. M. González Herrán (eds.), *Homenaje a Benito  
Varela Jácome* (Santiago de Compostela: Universidade,  
2001), pp. 235-253].



## Otros poemas, relacionados con el viaje, o aludidos en las notas a los *Apuntes*

### A Maximiliano

Cuando la tarde lenta va extinguiendo  
su prostrimera hora  
y el sol, desapareciendo, las nubes ligerísimas colora,  
yo he visto una fantasma vengadora.  
Y como un sueño vano,  
en su pecho miré cruel herida,  
con su sangre teñida;  
y vi su diestra mano  
hacia Francia extendida.  
En pos viene la sombra desolada  
de una mujer hermosa,  
que con el extravío en la mirada,  
lanzaba una terrible carcajada  
de sus labios de rosa.  
Y una voz melancólica decía  
como un eco lejano:  
«¡Adiós, esposa mía!  
Adiós, mi patria, que en la tumba fría  
Reposa el infeliz Maximilano!»

(publicado en *Almanaque de Galicia para uso de la juventud elegante y de buen tono, dedicado a todas las bellas hijas del país, para el año 1868*, Lugo: Soto Freire, 1867, pp. 34; se reproduce en M. Hemingway (ed.) : Emilia Pardo Bazán, *Poesías inéditas u olvidadas*, Exeter: University of Exeter Press, 1996, p. 51).

### A S. M. el Rey D. Carlos de Borbón y Este

#### Oda

¿Quién es aquel augusto desterrado  
de regia estirpe, de serena frente,  
al cual se vuelven mis ansiosos ojos  
y por quien en mi pecho acongojado  
renace el entusiasmo y la alegría?  
Es la esperanza de la patria mía,  
del Señor el ungido  
y del pueblo español el elegido.

Rey que en extraño suelo das ejemplo  
de cristianas virtudes,  
del amor de tus súbditos, no dudes,  
compadece más bien la noble tierra  
que tras males prolijos,  
ni un solo arbusto encierra  
que no riegue con sangre de tus hijos.  
Mira, Señor, a tu querida España,

mírala y que tu pecho se contriste.  
 De su dicha y su honor el luto viste,  
 y bajo el yugo de procaces gentes  
 que insultan sus creencias más sagradas,  
 ve ley y religión menospreciadas;  
 ve de la industria las fecundas fuentes  
 para siempre cerradas;  
 ve la brutal piqueta, que se ensaña  
 del arte en los gloriosos monumentos,  
 y con cobarde saña,  
 las hijas del Señor, arrebatadas  
 al asilo de paz de sus conventos.  
 Y en fin, ludibrio de extranjeros Reyes,  
 ve mendigar un dueño esa corona  
 que al mundo dio sus leyes,  
 y que ciñó las frentes,  
 Señor, de tus ilustres ascendientes.  
 ¿Y es el pueblo de Otumba y de Lapanto,  
 de Bailén, Dos de Mayo y de Pavía,  
 el que mis ojos, que nubló mi llanto,  
 juguete miran de una grey impía?  
 ¿Es el pueblo que un día  
 preclaro en fama, en héroes fecundo,  
 en busca se lanzó de un mundo nuevo  
 por parecerle muy pequeño el mundo?  
 ¿Es, pues, su desaliento tan profundo?  
 ¿Es que, borracho de mentida gloria,  
 en letárgico sueño está sumido,  
 o bien es porque historia,  
 tradición y creencias dio al olvido?  
 No: no es un pueblo ingrato ni dormido:

y se levantará robusto y fuerte  
 si tu nombre, Señor, que le electriza,  
 convierte en vivo fuego la ceniza.  
 Sí: que este pobre pueblo  
 que su ansiedad a dominar no alcanza,  
 entusiasta, en los labios tiene un grito  
 y en el fondo del pecho, una esperanza;  
 y es el grito tu nombre deseado  
 y la esperanza, tu feliz reinado.  
 Rayo de sol serás, que la tormenta  
 y las siniestras nubes aniquila.  
 Si el ardiente corcel del fiero Atila  
 (según la historia cuenta)  
 doquiera el rudo caballo afianzaba  
 las feraces campiñas asolaba;  
 y en donde el de mi Rey el suyo siente,  
 la mies retoñará más floreciente.  
 ¡Oh! sí; que tus cadenas  
 del corazón serán: un rey cristiano  
 no es jamás un tirano;  
 y mejor que muralla y fuerte techo,  
 anhelará tener por baluarte  
 de sus leales súbditos el pecho.  
 Perdóname, Señor, si a pesar mío  
 desbordar quiere el entusiasmo ardiente,  
 y si te eleva un canto  
 quien debiera ante ti doblar la frente;  
 y benévolo acoge aqueste grito  
 de mi pecho arrancado:  
 ¡Que viva nuestro Rey el Deseado!

Sangenjo, agosto de 1870

(poema manuscrito en el *Álbum de poesías* conservado en el archivo de la Fundación Lázaro Galdiano; se reproduce en Hemingway (ed.), pp. 53-54)

**A S. M. la Reyna D.<sup>a</sup> Margarita de Borbón**

Oda

Si alguna vez, Señora,  
al declinar el moribundo día  
sentiste el corazón, que te embargaba  
profunda y sin igual melancolía;  
y al pensar en tus súbditos lejanos  
tu seno comprimido,  
de suspiros henchido,  
no halló tranquila paz, no halló reposo  
con mirar a tus hijos y a tu esposo;  
deja que en raudo vuelo  
penetrando en los pliegues de tu alma  
tus pesares te explique,  
y, para devolverte alguna calma,  
mi pensamiento al tuyo identifique.  
¿No es verdad que al cerrar tus bellos  
ojos de vago ensueño perezosas alas,  
de algún castillo en las sombrías salas  
cuando flota indecisa  
dormida el alma, y como leve brisa  
se escuchan los ruidos exteriores  
y confúndense formas y colores;  
viste abrirse lejanos horizontes  
como en mágico espejo  
detrás de la montaña,  
y desfilan, radiante pero mudo  
el brillante cortejo  
de las pasadas glorias de España?  
Los héroes antiguos, arrojando  
la lúgubre mortaja  
y la pesada losa levantando  
muestran sus frentes, de laurel ceñidas,  
y rayos de entusiasmo  
lanzan de sus pupilas carcomidas.  
Y sobre las magníficas ciudades  
que al árabe invasor robó su brío  
el estandarte de la cruz cristiana  
verás flotar airoso en el vacío  
a la pálida luz de la mañana.  
Allí Toledo, la imperial señora,  
Valencia la florida  
y Granada la mora,

con su Alambra de encaje y sus vergeles  
esmaltados de mirtos y laureles.  
Las históricas torres de Sevilla  
llenas de misteriosas tradiciones,  
y, octava maravilla,  
el severo Escorial, poema escrito  
sobre rudas paredes de granito.  
Y entonces los recuerdos  
hablarán a su mente adormecida  
con elocuente voz, llena de vida;  
y reconstruirás ese pasado  
por demás olvidado,  
tan lleno de valor y de hidalguía,  
que creó la cristiana monarquía.  
Mas si desde ese mundo de la historia  
que el polvo de los siglos poetiza  
y que tan grande fue, vuelves al suelo,  
el levantado vuelo  
de tu idea cortando,  
y, la moderna España contemplando,  
la ves... cual la tornaron los pigmeos  
que marchitan su gloria,  
no apartes de este pueblo tu mirada,  
que aun restan en su seno fieles hijos  
que en tu esposo y en ti los ojos fijos  
anhelan llegue el día  
(y por dicha, tal vez no esté lejano)  
en que aclamen con gritos de alegría  
a Carlos por señor y soberano.  
Y ese día feliz, acariciando  
un pensamiento mismo  
arrancaréis la patria del abismo;  
y cual un tiempo fueron  
Isabel y Fernando,  
entrambos formaréis nuestra delicia;  
que entre Carlos y tu, regia Señora,  
solo habrá una sublime diferencia:  
él será la justicia,  
tú serás el perdón y la clemencia

Sangenjo, agosto de 1870

(poema manuscrito en el *Álbum de poesías* conservado en el  
archivo de la Fundación Lázaro Galdiano; se reproduce en  
Hemingway (ed.), pp. 55-56)

### Brindis

Yo brindo por el Rey que en el destierro  
guarda el honor y el brío castellano  
y brindo por poder en breve tiempo  
besar su regia mano

1871

(poema manuscrito en el *Álbum de poesías* conservado en el archivo de la Fundación Lázaro Galdiano; se reproduce en Hemingway (ed.), p. 72)

### Otro [brindis]

Ya que un valiente brindis sollicitas  
que suba desde el alma hasta la boca,  
brinda conmigo pues brindarte toca  
por la más bella de las Margaritas.

1871

(poema manuscrito en el *Álbum de poesías* conservado en el archivo de la Fundación Lázaro Galdiano; se reproduce en Hemingway (ed.), p. 72)

### Soneto. A D.<sup>a</sup> Margarita de Borbón

Hay una tierra, del Señor amada,  
a quien prestó verdor y lozanía,  
dando a su cielo límpida alegría  
y a su dormido mar, onda callada.  
Dio a sus hijos la mente apasionada,  
la feliz y risueña fantasía,  
y a sus hijas le dio del mediodía,

la gracia ardiente, de pudor ornada.  
No le negó a sus huestes la victoria  
en otra edad; y una ventura sola  
aun no le concedió, que sollicita.  
Mas tú, Señora, colmarás su gloria,  
que esta tierra de amor, es la española,  
y la dicha que espera, es Margarita.

1871

(poema manuscrito en el *Álbum de poesías* conservado en el archivo de la Fundación Lázaro Galdiano; se reproduce en Hemingway (ed.), p. 78).

## **Notas**



# Notas

## INTRODUCCIÓN:

<sup>1</sup> Aunque el texto no indica quiénes viajan con ella, en su entrevista con E. Gómez-Carrillo («Madame Pardo Bazán à Paris. Lettres Espagnoles», *Mercur de France*, Mars-Avril 1906, pp. 457-462), recordaba: «Je vins à Paris avec toute ma famille: mon père [...], ma mère, mon oncle et mon Mari» (p. 458).

<sup>2</sup> Su primera biógrafa, C. Bravo-Villasante, basándose en la consulta de la documentación que entonces custodiaba doña Blanca Quiroga Pardo-Bazán, y en testimonios orales de esta, se refiere a un viaje del «señor Pardo Bazán, con su mujer y sus hijos»; aunque no indica el año, las alusiones a la entonces compleja situación política española permiten deducir que se refiere a 1872; será —escribe— «el primer contacto directo que la joven tiene con Francia» (*Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*, Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente, 1962, pp. 28-29; lo reitera, sin modificaciones, en la 2.ª ed., corregida y aumentada, Madrid: Magisterio Español, 1973, p. 30); también alude (1962: 31; 1975: 32) a otro viaje posterior del joven matrimonio, para visitar la Exposición Universal de Viena (que fecha erróneamente en 1872); y en la relación de «Principales acontecimientos de la vida de Emilia Pardo Bazán» que ofrece en Apéndice (solo en la 1.ª ed., 1962: 354) anota en 1871: «Viaje por Francia, Inglaterra, Italia. Visita museos y monumentos, y toma notas en sus cuadernos de viaje»; y en 1872: «Viaje a Viena». P. Faus, en *Emilia Pardo Bazán. Su época, su vida, su obra* (A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003, p. 124) menciona «su primera salida de España para visitar varios países de Europa, como Francia, Italia y Austria, en el verano de 1873». La más reciente biografía de nuestra autora (E. Acosta: *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla. Biografía*, Barcelona: Lumen 2007, pp. 105-109) sí comenta este viaje, cuyo inicio fecha en enero de 1873; aunque no mencione mi trabajo de 1999 (vid. luego nota 8), que dio la primera noticia detallada y citaba fragmentos del manuscrito que aquí edito, parece haberlo manejado y consultado (además, acaso, de propio documento conservado en el ARAG, aunque se refiere a él como *Diario o Diario de viaje*).



---

<sup>3</sup> Emilia Pardo Bazán, «Apuntes autobiográficos» [1886], recogidos en *Obras Completas, II* (Novelas), ed. de D. Villanueva y J. M. González Herrán. Madrid: Biblioteca Castro - Fundación José Antonio de Castro, 1999, pp. 5-59.

---

<sup>4</sup> E. Gómez-Carrillo, art. cit.

---

<sup>5</sup> La autora gustaba de repetir esas imágenes: en las páginas iniciales de *Mi romería* (Madrid: Imp. y Fund. de M. Tello, 1888, p. 6) evoca que lo escribió «sobre la mesa de la fonda o de algún cafetín de estación ferroviaria, mientras nos servían la taza de dudoso brebaje o no llegaba el esperado tren».

---

<sup>6</sup> «Apuntes autobiográficos», ed. cit., p. 22.

---

<sup>7</sup> Descrito y minuciosamente catalogado en: R. Axeitos Valiño y N. Cosme Abollo, *Os manuscritos e as imaxes de Emilia Pardo Bazán: Catálogo do Arquivo da familia Pardo Bazán*, A Coruña: Real Academia Galega, 2004. He contado la historia de esa documentación, explicado su contenido y descrito las investigaciones o publicaciones que de él se han derivado en mi artículo: «Manuscritos e inéditos de Emilia Pardo Bazán (en el Archivo de la R.A.G)», en: J. M. González Herrán, C. Patiño Eirín y E. Penas Varela, eds., *Actas del Simposio «Emilia Pardo Bazán: estado de la cuestión»*, A Coruña: Casa-Museo Emilia Pardo Bazán, 2005, pp. 33-66.

---

<sup>8</sup> J. M. González Herrán, «Un inédito de Emilia Pardo Bazán: *Apuntes de un viaje. de España a Ginebra* (1873)», en: S. García Castañeda (ed.), *Actas del Simposio Internacional de Literatura de Viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo* (Madrid: Castalia, 1999), pp. 177-187.

---

<sup>9</sup> «Andanzas e visións de dona Emilia (A literatura de viaxes de Pardo Bazán)», *Revista Galega do Ensino*, n.º 27 (maio 2000), pp. 37-62. «Emilia Pardo Bazán: diez poemas inéditos de su viaje por Europa en 1873», en A. Abuín González, J. Casas Rigall y J. M. González Herrán (eds.), *Homenaje a Benito Varela Jácome* (Santiago de Compostela: Universidade, 2001), pp. 235-253. «Manuscritos e inéditos de Emilia Pardo Bazán (en el Archivo de la R.A.G)», en: J. M. González Herrán, C. Patiño Eirín y E. Penas Varela (eds.), *Actas del Simposio «Emilia Pardo Bazán: estado de la cuestión»*, A Coruña: Casa-Museo Emilia Pardo Bazán, 2005, pp. 33-66. «Cómo se hace una escritora: La joven Emilia Pardo Bazán (1865-1875)», en M. P. Celma Valero y C. Morán Rodríguez (eds.), *Con voz propia. La mujer en la literatura española de los siglos XIX y XX*, Segovia: Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2006, p. 73-102. El lector atento podrá advertir cómo en esta introducción recojo datos, ideas, explicaciones y fragmentos de algunos de esos trabajos míos.

---

<sup>10</sup> Su primer libro adulto, porque hubo otros adolescentes. En 1866 había aparecido en Vigo un folleto de 36 páginas, publicado por la Biblioteca de *El Miño* e impreso en el Establecimiento Tipográfico de Juan Compañel, titulado *El Castillo de la Fada. Leyenda fantástica*, que firmaba Emilia Pardo Bazán: un poema narrativo de casi novecientos versos, del que su editor moderno escribe: «a pesar de su desigual calidad poética, resulta fascinante por lo temprano de su producción (según parece, lo compuso doña Emilia a los catorce años) y lo inesperado de su contenido (puro romanticismo)»; en M. Hemingway (ed.): *Emilia Pardo Bazán, Poesías inéditas*

u olvidadas, Exeter: University of Exeter Press, 1996, p. vi; el texto del poema, en las pp. 3-24. Entre agosto y octubre de ese mismo año, en el folletín del periódico pontevedrés *El Progreso* aparecieron los primeros capítulos de una novela de la «señorita doña Emilia Pardo Bazán», *Aficiones peligrosas*; la publicación se interrumpió en el capítulo V, y durante algún tiempo fue considerado como un relato inconcluso, hasta que en la primavera de 2012 se supo que la Fundación Lázaro Galdiano conserva en su archivo el manuscrito autógrafo completo de la novela, que ahora puede leerse en un librito de 176 páginas (Madrid: Analecta Editorial, 2012).

<sup>11</sup> Además de otros muchos artículos de viajes, dispersos en la prensa periódica, y en buena parte aún pendientes de rescatar. De entre la abundante bibliografía sobre esa parcela de su producción, cabe citar, entre otros (además de mi trabajo citado, «Andanzas e visiones...», 2000): A. M.<sup>a</sup> Freire, «Las Exposiciones Universales del siglo XIX en la literatura española: la visión de Emilia Pardo Bazán en sus libros de viajes», en: *Vision de l'Autre dans une Europe des cultures aux XVIII<sup>e</sup>, XIX<sup>e</sup> et XX<sup>e</sup> siècles, Les Cahiers du CICC*, 3, mai 1997, págs. 124-133; A. M.<sup>a</sup> Freire, «Los libros de viajes de Emilia Pardo Bazán: El hallazgo del género en la crónica periodística», en S. García Castañeda (ed.), *Literatura de Viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*, Madrid: Castalia, 1999, pp. 203-212; J. Rubio Jiménez, «Un viaje olvidado de Emilia Pardo Bazán 'Por tierras de Levante'», *Mvrgatana*, n.º 105 (2001), pp. 93-112; M. I. Jiménez Morales, «Entre la crónica de viajes y la autobiografía: *Mi romería*, de Emilia Pardo Bazán», en: M. I. Jiménez Morales, M. Gallego Durán y E. Navarro Domínguez (eds.), *Relatos de viajes, miradas de mujeres*, Sevilla: Alfar, 2007, pp. 155-180; M. I. Jiménez Morales, «Emilia Pardo Bazán, cronista en París (1889)» *Revista de Literatura*, 70, 140 (julio-diciembre 2008), pp. 507-532; L. Behiels, «Una visita al taller de Emilia Pardo Bazán: el papel de Eugène Fromentin, Émile Montégut, Jules Destrée y Émile Vandervelden en la elaboración de *Por la Europa católica*», en *La literatura española del siglo XIX y las literaturas europeas*, Barcelona: Universitat de Barcelona- P.P.U., 2011, pp. 55-65; L. Behiels, «Claves belgas para la lectura de *Por la Europa católica* de Emilia Pardo Bazán», *Revista de Literatura*, 75, n.º 149 (2013), pp. 139-162.

<sup>12</sup> «Apuntes autobiográficos», edición citada, p. 21.

<sup>13</sup> El mejor conocedor del carlismo gallego, X. R. Barreiro Fernández, ha tratado ese asunto en su artículo «*Morrión y Boina* el cuento que nos introduce en la militancia carlista de Emilia Pardo Bazán» (en J. M. González Herrán, C. Patiño Eirín y E. Penas Varela, eds., *Actas del II Simposio «Emilia Pardo Bazán: Los cuentos»*, A Coruña: Casa-Museo Emilia Pardo Bazán - Real Academia Galega, 2006, pp. 23-43).

<sup>14</sup> Poemas a los que en los «Apuntes autobiográficos» se refiere en términos imprecisos y algo distantes: «poesías de circunstancias, que corrieron bastante y aun llegaron a verse impresas sobre seda con letras de oro, son culpa mía»; ed. cit., p. 21.

<sup>15</sup> Según ciertas confidencias de la propia doña Emilia que el hispanista ruso Isaac Pavlovsky recogía en su libro *Ocherki sovremennoi Ispanii, 1884-1885* [*Esbozos de la España contemporánea*], publicado en San Petersburgo en 1889; vid. C. Patiño Eirín, «Isaac Pavlovsky cuenta un episodio curioso de la vida de Emilia Pardo Bazán», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXXIX, 104 (1991), pp. 405-409.

---

<sup>16</sup> Emilia Pardo Bazán, *Mi romería*, Madrid: Imp. y Fund. de M. Tello, 1888, p. 146.

---

<sup>17</sup> Vid. su descripción en el catálogo *Os manuscritos e as imaxes de Emilia Pardo Bazán* (2004), p. 216, donde aparece registrado con el código 02.40.6-1-4-1-2-3.269/1.0.

---

<sup>18</sup> Ed. cit., pp. 177-191; los fragmentos que enseguida citaré, en las pp. 177-179.

---

<sup>19</sup> Por cierto, en la misma casa coruñesa que —hoy sede de la Real Academia Galega— guarda el manuscrito que aquí edito.

---

<sup>20</sup> También en la citada entrevista con Gómez-Carrillo confirma que el viaje concluyó en Austria: «de retour en Espagne, après avoir parcourru l'Italie et l'Autriche» (art. cit., p. 459).

---

<sup>21</sup> «Apuntes autobiográficos, ed. cit., p. 22.

---

<sup>22</sup> Los «poemas carlistas», en M. Hemingway (ed.): Emilia Pardo Bazán, *Poesías inéditas u olvidadas*, Exeter: University of Exeter Press, 1996, pp. 53-54, 55-56 y 78; los demás, en mi artículo «Emilia Pardo Bazán: diez poemas inéditos de su viaje por Europa en 1873» (2001).

---

<sup>23</sup> En el catálogo *Os manuscritos e as imaxes de Emilia Pardo Bazán* (2004), p. 110, aparece inventariado con el código 02.40.6.1.1.1.254/26.0 [véase imagen en pág. 10]

---

<sup>24</sup> Código 02.40.6.1.1.1.254/27.0. en el catálogo *Os manuscritos e as imaxes de Emilia Pardo Bazán* (2004), p. 110.

---

<sup>25</sup> «Un cahier de voyage inédito de Emilia Pardo Bazán», *La Tribuna*, 6 (2009), pp. 129-144.

## TRANSCRIPCIÓN Y EDICIÓN:

---

<sup>1</sup> Estos *Apuntes* se presentan como un supuesto compromiso con «vosotros» (mis lectores), o acaso como un encargo familiar.

---

<sup>2</sup> Tanto la alusión al cuaderno como al lápiz han de entenderse como imágenes retóricas, pues —como ya hemos dicho— el manuscrito, a tinta, está en pliegos rayados y sueltos.

---

<sup>3</sup> Excepcionalmente respeto el término «anticómodo» (que no recoge el *DRAE*), por 'incómodo', como muestra temprana de un rasgo —la creación léxica— que será frecuente en la autora.

---

<sup>4</sup> Esta justificadísima queja sobre las deficientes comunicaciones de Galicia, en 1873 (para tomar el tren es preciso llegar hasta Zamora), serán muy reiteradas en la literatura de viajes de la autora.

---

<sup>5</sup> Otro caso de creación léxica, por 'aleación'.

---

<sup>6</sup> Más que galleguismo, el término ha de considerarse como un arcaísmo, muy querido de la autora. Su primer escrito publicado —cuando solo tenía quince años— se titulaba *El Castillo de la Fada. Leyenda fantástica*; largo poema narrativo, en un folleto de 36 páginas impreso en Vigo por Compañel en 1866 (ahora en M. Hemingway, ed.: Emilia Pardo Bazán, *Poesías inéditas u olvidadas*, Exeter: University of Exeter Press, 1996, pp. 3-24); y uno de sus últimos relatos será la novela corta *La última fada* (Madrid: La Novela Corta, n.º 46, 18 de noviembre de 1916; ahora en *Obras Completas, VI (Novelas)*, ed. de D. Villanueva y J. M. González Herrán. Madrid: Biblioteca Castro - Fundación José Antonio de Castro, 2006, pp. 671-723).

---

<sup>7</sup> Esa descripción, tópicamente racial, es propia no solo de la autora, sino común en la época, y debe mucho al costumbrismo romántico.

---

<sup>8</sup> Este comentario irónico sobre *la Gloriosa* constituye la primera de las abundantes pullas anti-rrevolucionarias que encontraremos en este texto.

---

<sup>9</sup> Este peculiar uso sintáctico («la primer», con sustantivo femenino) se convertirá en rasgo característico en la escritura de la autora. Según el *Diccionario Panhispánico de Dudas*, de la RAE (consultado en <http://lema.rae.es/dpd/>), el adjetivo ordinal *primero* «se apocopa en la forma *primer* cuando precede a un sustantivo masculino singular, aunque entre ambos se interponga otra palabra [...] La apócope ante sustantivos femeninos es un arcaísmo que debe evitarse en el habla culta actual». En todo caso, según el *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, de M. Seco (Madrid: Espasa-Calpe, 1986, p. 305), tal uso está bastante atestiguado literariamente: Emilia Pardo Bazán se encuentra entre los autores cuyos ejemplos aduce.

---

<sup>10</sup> Ya en mi artículo de 1999, «Un inédito de Emilia Pardo Bazán: *Apuntes de un viaje. De España a Ginebra* (1873)» llamé la atención sobre esta espléndida descripción colorista, buena muestra del estilo literario de la joven Emilia.

---

<sup>11</sup> Más que la identificación de esta aldeíta, situada al extremo de la segunda Portilla, cabe llamar la atención sobre el hecho de que autora esconda su nombre tras la abreviatura «A...»; acaso para que no pueda identificarse a su anciano párroco, quien —como enseguida veremos— está inequívocamente al lado de los carlistas. A lo largo del texto encontraremos otras muestras de esa precaución, mediante el uso de abreviaturas, cuando alude a determinados carlistas.

---

<sup>12</sup> La anécdota es claro indicio del arraigo de la *idea* carlista entre los curas de aldea, en la Galicia de 1873; y también de las declaradas simpatías de la autora por aquella *causa*, muy reiteradas a lo largo de estos *Apuntes*.

---

<sup>13</sup> También en mi artículo de 1999 cité elogiosamente esta interesante visión de Castilla, su paisaje y sus gentes. Esa visión desde la perspectiva de la joven viajera gallega es muestra de algo que será frecuente en la literatura de viajes —también alguno de sus relatos— de la autora. Y que, en cierta medida, cabría calificar de *prenoventayochista*.

- 
- <sup>14</sup> Esta evocación medieval («mis ensueños», dirá luego) parece inequívocamente deudora de las lecturas románticas —novela histórica— de la joven autora.
- 
- <sup>15</sup> Nótese la ironía antiprogresista de esa frase, que caricaturiza a una cierta corriente de prensa.
- 
- <sup>16</sup> Nótese el detallismo, entre antropológico y *costumbrista*, de esta descripción, que parece anunciar el cultivo de ese género por parte de la autora («Bocetos al lápiz rosa», «El cacique», «La moda y la razón», «El oficio de poeta», «Los contratos sociales», «La evolución de una especie», «La cigarrera», «La gallega», publicados en *El Heraldo Gallego* en 1877 y 1878).
- 
- <sup>17</sup> La ironía (los viajeros pueden ser tomados «por franceses, ingleses o cómicos») alude a la escasa actividad viajera de los españoles de entonces, lo que será motivo habitual en los escritos de viajes de la autora.
- 
- <sup>18</sup> Este interesante comentario plantea, muy tempranamente, uno de los lugares comunes en la obra de la autora: la difícil síntesis entre la ciencia (aquí, la geología) y el arte (aquí, la poesía).
- 
- <sup>19</sup> Frases como esta podrían probar que la escritura de estos *Apuntes* es simultánea al propio viaje. La autora interrumpe su redacción para acudir a misa a la Catedral, y la reanudará cuando regrese.
- 
- <sup>20</sup> El *ejemplo* que sigue parece anunciar el argumento de uno de sus cuentos más tempranos «El rizo del Nazareno», publicado en la *Revista de España* (1880), y recogido en su libro *La dama joven* (1885).
- 
- <sup>21</sup> Esa declaración (la autora renuncia a analizar los «resentimientos privados» de quien ordenó asesinar al gobernador de Burgos) parece indicar que lo considera justificable, pues «esta autoridad iba a hacer una lista para incautarse de las imágenes, plata y alhajas de la Catedral».
- 
- <sup>22</sup> Esa advertencia entre paréntesis era muy frecuente entonces para indicar que el suceso referido no es ficticio, sino históricamente demostrable.
- 
- <sup>23</sup> Estamos pues a 6 de enero de 1873.
- 
- <sup>24</sup> Resulta evidente la postura de la autora, contraria al proceso de *desamortización* que puso en manos de burgueses y comerciantes lo que habían sido propiedades de la Iglesia.
- 
- <sup>25</sup> La misma opinión, sobre el estado actual de ese monumento, se revela en el poema «En el álbum de la Cartuja de Burgos...», escrito por la autora con este mismo motivo y ocasión, reproducido en el Apéndice.

- 
- <sup>26</sup> No parece necesario insistir en la inequívoca actitud antiprogresista que muestran estos comentarios: su postura contraria a las huelgas se reiterará luego, con las situaciones que imagina, si se llegase a producir «la huelga general, la huelga monstruo»; y que parecen anunciar la anécdota —acaso *histórica*— del cuento «Argumento» (1912), de cuya explicación me ocupó en mi artículo «La cuestión social en algunos cuentos de Emilia Pardo Bazán» [en prensa].
- 
- <sup>27</sup> En sus «Apuntes autobiográficos» de 1886 evoca así aquellos temores: «Por casualidad cruzamos sin tropiezo la frontera; todos los viajeros creían que en Alsua nos encontraríamos con las fuerzas carlistas, victoriosas el día anterior en Oñate» (en Emilia Pardo Bazán, *Obras Completas, II (Novelas)*, ed. de D. Villanueva y J. M. González Herrán. Madrid. Biblioteca Castro - Fundación José Antonio de Castro, 1999, p. 21).
- 
- <sup>28</sup> El carlismo de la joven Emilia disculpa el «noble, hermoso y sublime fanatismo» de las partidas carlistas.
- 
- <sup>29</sup> Tampoco parece necesario insistir en el sentido político de ese comentario antiprogresista: la proclamación de que «La patria es la humanidad» no complace a la joven Emilia.
- 
- <sup>30</sup> Lo mismo sucede con esa declaración de «patriotismo a la antigua», con las explicaciones y razonamientos que siguen.
- 
- <sup>31</sup> Para la joven carlista las corridas de toros son un símbolo de «la vieja España», que la revolución pretende suplantar por diversiones más «humanitarias», como el boxeo o las carreras de caballos. Pero, además de estas razones ideológicas, parece clara la afición taurina de doña Emilia, expresada en varias de sus crónicas periodísticas y en algunos cuentos, tal como he analizado en mi artículo «Emilia Pardo Bazán y la fiesta de los toros (1875-1921)», en: A. García-Baquero González y P. Romero de Solís (eds.), *Fiestas de Toros y Sociedad*, Sevilla: Fundación Real Maestranza de Caballería de Sevilla - Universidad de Sevilla, 2003, pp. 591-603.
- 
- <sup>32</sup> Como sucedía con aquella aldeíta gallega, son varios los nombres propios que en estos *Apuntes* están prudentemente camuflados mediante abreviatura: en este caso, probablemente se trate de algún exiliado político, cuya amistad no conviene mencionar. La misma razón explica las demás abreviaturas en este episodio: el General D. de C., el Conde de F., la Señora de C.
- 
- <sup>33</sup> «leal», porque es carlista.
- 
- <sup>34</sup> Pregunta retórica que evidencia un vez más la devoción carlista de la joven Emilia, impresionada por el relato de esos episodios (que parecen «proverbiales») acerca de la heroica fidelidad a sus principios que muestran los combatientes de *la causa*.
- 
- <sup>35</sup> Otra inequívoca declaración del «legitimismo carlista» que profesa la autora.
- 
- <sup>36</sup> Serían poesías suyas: muy posiblemente, alguno de los poemas carlistas a los que más adelante me referiré.

---

<sup>37</sup> Otra certera creación léxica de la autora, a partir del verbo «atortolar».

---

<sup>38</sup> Nótese cómo los viajeros buscan la relación —incluso para elegir hotel— con los exiliados carlistas.

---

<sup>39</sup> Dado el «legitimismo carlista» que profesa la autora, es explicable su simpatía por los legitimistas franceses.

---

<sup>40</sup> La autora emplea la fórmula común entre los aficionados al género operístico: «hacen *Traviata*», por ‘representan la *Traviata*’.

---

<sup>41</sup> Es curiosa la traducción que la autora propone para el género *vaudeville* (españolizado actualmente en «vodevil»), asimilándolo —aunque de manera impropia— a uno de los géneros característicos de la tradición teatral española.

---

<sup>42</sup> Otro comentario que evidencia el conservadurismo del pensamiento estético y moral de la joven Emilia.

---

<sup>43</sup> Varias veces confesó Pardo Bazán su afición a la pintura, y las muchas horas pasadas ante los cuadros del Museo del Prado (que llama «Museo de Madrid»); en carta a Menéndez Pelayo del 29 de septiembre de 1882 escribe: «los coloristas geniales como Teniers o Rubens, me han tenido a veces sentada horas enteras en los escaños del Museo de pinturas» (en M. Revuelta, ed., *Marcelino Menéndez Pelayo. Epistolario*, vol.V, Madrid: F.U.E., 1983, pp. 482-483).

---

<sup>44</sup> Otra muestra evidente de que la escritura de estos *Apuntes* es simultánea al propio viaje: entre el punto y aparte anterior y esta frase ha transcurrido el tiempo de esa representación operística.

---

<sup>45</sup> También es conocida su afición operística, de la que en estos *Apuntes* hay abundantes muestras. Si en 1873 puede evocar ya «las hermosas noches del Teatro Real», con los años se convertirá en una asidua abonada y cronista de algunos de sus más relevantes estrenos. Me he ocupado de ello en: «Veinte años de música en España (1896-1914) a través de los artículos periodísticos de Emilia Pardo Bazán», en *Galicia e América: música, cultura e sociedade arredor do 98* (Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela), 1999, pp. 39-56; y en «Emilia Pardo Bazan y las óperas de Wagner», *Ferrol Análisis* [en prensa].

---

<sup>46</sup> ¿Dónde las había visto, antes de 1873? Sabemos que viajó a Londres (cuyo Museo Británico visitaría, sin duda), pero en la primavera de 1874.

---

<sup>47</sup> Por lo que luego explica, la autora se reprocha escaso «estudio» en su viaje; téngase en cuenta que para la joven Emilia —y es actitud que mantendrá en todos los escritos de viajes, a lo largo de su carrera— el viaje no es solo de placer, sino también de aprendizaje sobre la geografía, la historia, la cultura, el arte, la industria, las costumbres del país visitado.

- 
- <sup>48</sup> No tenemos noticia (ni los textos) de tales anacréonticas escritas en Burdeos; aunque — según hemos advertido y luego citaremos— se conservan varios poemas escritos en diferentes momentos de este viaje.
- 
- <sup>49</sup> La autora pone en femenino los nombres de los ríos, como hace el idioma francés; en cambio, las ciudades son aquí masculinos («Tours, inundado... Blois, sentado...»), aunque a veces emplee el femenino: «la antigua Blois... risueña».
- 
- <sup>50</sup> Nótese el valor estilístico de estos tres brevísimos párrafos, que intentan traducir la agitación y la ansiedad de la joven viajera, cuando llega a la ciudad tantas veces soñada, París.
- 
- <sup>51</sup> Respeto la forma que emplea la autora (para el plural; en singular siempre escribe *boulevard*), para un término que aún no era usual en español; hoy el *DRAE* solo recoge «bulevar, bulevares».
- 
- <sup>52</sup> Aunque en su llegada a la capital francesa los viajeros tienen previsto pasar en ella tres meses, parece que su estancia no fue algo menor: desde ya entrado febrero (antes del Carnaval, cuyo martes fue, en 1873, el día 25), hasta poco después de la Pascua (cuyo domingo se celebró el 5 de abril): en una frase tachada al comienzo del epígrafe que refiere su salida de París puede leerse: «El 18 de abril nos fue enfin [*sic*] posible disponer nuestro viaje».
- 
- <sup>53</sup> El manuscrito presenta aquí un espacio en blanco de once líneas: acaso para indicar gráficamente ese reposo que se exige; o bien, porque proyectaba anotar aquí, posteriormente, alguna reflexión.
- 
- <sup>54</sup> Años más tarde, en sus crónicas sobre las exposiciones universales de 1889 y 1900, la autora volverá a insistir en esa queja sobre la situación de abandono en que se encuentra la industria manufacturera en España.
- 
- <sup>55</sup> No deja de ser involuntariamente sarcástico ese comentario sobre «lo que dura el amor» por parte de la joven Emilia, que viaja en compañía de quien es su esposo desde cinco años antes, pero de quien se separaría once años después.
- 
- <sup>56</sup> Nótese el sentido estético que, en 1873 y para la joven autora, tiene el término «realista», como sinónimo de 'horrible'.
- 
- <sup>57</sup> Son muy significativas, como indicio del pensamiento social y religioso de la joven Emilia, sus reflexiones acerca del suicidio, en relación con la presente situación «revolucionaria»: falta de creencias (religiosas), destrucción de las órdenes monásticas (que le parecen buen refugio para desesperados o criminales), quema de iglesias...
- 
- <sup>58</sup> La autora traduce literalmente el término *demimondaine*.
- 
- <sup>59</sup> También aquí traduce literalmente la expresión francesa *à sensation*.



- 
- <sup>60</sup> El subrayado original (que transcribo como cursiva) destaca el sentido inmoral que aquí tiene ese término.
- 
- <sup>61</sup> Mantengo la palabra que escribe la autora, aunque parece error, por «esencial».
- 
- <sup>62</sup> Merece la pena destacar la brillantez de ese párrafo, que describe certeramente la agitación de ese baile.
- 
- <sup>63</sup> Muchos años más tarde, en una de sus crónicas de «La vida contemporánea», en *La Ilustración Artística* (n.º 1366, 2 de marzo de 1908) explicará así su repugnancia por estos bailes de máscaras: «ha sido causa de que en toda mi vida no haya asistido a más que dos; al primero, por salir de la curiosidad [luego precisa que fue uno de «aquellos célebres, antiguos bailes de máscaras del teatro Real»]; al segundo, por compromiso y para recibir una impresión bien triste» [acaso, este de la Ópera de París] [...] Ello es que estos bailes de careta me son profundamente antipáticos; y no ahora, en que mi edad madura explicaría todo retraimiento, sino desde mi primera juventud».
- 
- <sup>64</sup> La autora reserva esas reflexiones para su largo poema «En el baile de máscaras de la Ópera de París», fechado en «París, Carnaval de 1873», que reproduzco en el Apéndice.
- 
- <sup>65</sup> Resulta tentador llamar la atención sobre esta muestra de la preocupación de la joven Emilia —casada a los 16 años— por el «matrimonial sendero»: de ahí que le desee buena suerte a su compatriota.
- 
- <sup>66</sup> Estos juicios de la joven Emilia (admiración por Boileau, antipatía por Voltaire y Rousseau, reiterada en su poema «En el Lago Léman», que recojo en el Apéndice) son muy representativos de la mentalidad integrista que por entonces comparte, pero que modificaría posteriormente.
- 
- <sup>67</sup> La evocación del martirio del Obispo Darboy y el comportamiento de la joven en su visita a la prisión resultan muy reveladores de su pensamiento en esos años.
- 
- <sup>68</sup> Nótese que la autora considera «americana» esa palabra, que subraya como poco usual. El origen del término, su etimología y proceso de introducción en nuestro idioma (probablemente, a mediados del XIX) es asunto que ha suscitado una abundante bibliografía.
- 
- <sup>69</sup> Nótese el patriótico orgullo que manifiesta la autora, como ciudadana del país «que detuvo la triunfal carrera» de Napoleón.
- 
- <sup>70</sup> Por lo que se ve, las carreras de caballos eran un espectáculo todavía desconocido en España, hasta el punto de que la autora las denomina «corridas».
- 
- <sup>71</sup> El subrayado en la palabra (que transcribo en cursiva), y el hecho que emplee un forma más próxima a la francesa *touriste* revela que el término es sentido como inusual por la autora.

<sup>72</sup> Como he analizado en otro lugar («Historia, ficción y biografía en *La Tribuna* (1883) de Pardo Bazán: Emilia y Amparo entre 1867-1873», en: R. Gutiérrez Sebastián y B. Rodríguez Gutiérrez, eds., *Individuo y Sociedad en la literatura del XIX*, Santander: Tremontorio ediciones. 2012, pp. 309-320), aunque la joven Emilia no vivió la proclamación de la República en febrero de 1873 (porque estaba en Francia), recreará con gran viveza el ambiente de aquellos días en su ciudad natal, en las páginas finales de su novela de 1883.

<sup>73</sup> Frente a la anarquía que supone extendida por España, su esperanza está los carlistas que combaten; y cuyas recientes tomas de Ripoll y Berga, suscitan el entusiasmo en «los corazones españoles».

<sup>74</sup> Se refiere a un noble español —emigrado político cuyo nombre la autora prefiere esconder tras la abreviatura— que reúne en su casa parisina a correligionarios españoles y legitimistas franceses; bastantes años más tarde, en su entrevista con E. Gómez Carrillo («Madame Pardo Bazán à Paris. Lettres espagnoles», *Mercure de France*, 60, pp. 457-462), doña Emilia recuerda, de su primera estancia en París, a «un élément carliste très agréable [...] le Comte Algarra». De su amistad con este Conde es prueba también el hecho de que le dedicase —con la misma abreviatura: «el conde de A.»— el poema «En el baile de máscaras...», antes aludido.

<sup>75</sup> Probablemente se trate de la oda «A S. M. el Rey D. Carlos de Borbón y Este», que reproduzco en el Apéndice.

<sup>76</sup> Parece significativo que el manuscrito presente tantas correcciones en este párrafo, indicio del cuidado que la joven autora ha puesto para contar de manera precisa esta anécdota.

<sup>77</sup> Más que creación léxica (por ‘aterrorizado’), parece un calco del francés *terrifier* (‘aterrorizar’).

<sup>78</sup> Resulta tentador comparar el relato de cómo París y los parisinos se van adaptando a esa ocupación alemana y lo que ocurrirá setenta años más tarde, cuando las tropas del III Reich se instalen en París.

<sup>79</sup> Resulta interesante el análisis sociológico que esboza la autora en los párrafos que siguen, revelador de su ideología en estos años: admiración por la nobleza legitimista, afecto por el pueblo inocente, desprecio por la burguesía egoísta.

<sup>80</sup> Si mi lectura es correcta («Crédo»), no parece fácil identificar esa cordillera.

<sup>81</sup> De nuevo, el empleo de abreviaturas como medida de prudencia para no identificar a los «legitimistas españoles» exiliados. Enseguida encontraremos nuevos casos: la Condesa de J. y su familia...

<sup>82</sup> Probablemente los poemas «A S. M. el Rey D. Carlos de Borbón y Este», «A S. M. la Reyna D.<sup>a</sup> Margarita de Borbón», «Brindis», «Otro [brindis]», «Soneto. A D.<sup>a</sup> Margarita de Borbón», reproducidos en el Apéndice.

- 
- <sup>83</sup> Creación léxica de la autora, sobre el término gallego «ferrancho» ('trozo o pieza de hierro pequeña y sin ninguna utilidad').
- 
- <sup>84</sup> Respeto la forma empleada por la autora, que poco más adelante escribirá «wals», para referirse a un término que —como el baile— aún era poco habitual en España.
- 
- <sup>85</sup> Corrijo el original, que escribe «inesplicable».
- 
- <sup>86</sup> A ese propósito, léase el poema «En el Lago Léman», escrito en esta ocasión, y que se recoge en el Apéndice.
- 
- <sup>87</sup> También en el Apéndice hay otros dos poemas escritos con ocasión de esta visita: «El rododendro silvestre» y «A la nieve en las cimas del Mont Blanc».
- 
- <sup>88</sup> Debajo de la raya horizontal que separa estos dos párrafos y en el centro de la línea —como si fuese el título de este epígrafe— hay una frase enérgicamente tachada, y casi ilegible (¿«La Reina de España»?).
- 
- <sup>89</sup> Como inequívoca muestra de su devoción por los hijos del pretendiente carlista, Emilia impondrá a sus dos primeros hijos los nombres de Jaime (nacido en 1876) y Blanca (nacida en 1879).
- 
- <sup>90</sup> Otra vez la precaución de las abreviaturas para referirse a las aristócratas que componen el séquito de la reina carlista.
- 
- <sup>91</sup> Las abreviaturas corresponden a la ya mencionada Doña María de las Nieves (de Braganza y Borbón).
- 
- <sup>92</sup> Me complace hacer constar que mi lectura e identificación de algunos de los lugares, textos y personajes mencionados en los capítulos italianos de este viaje (Turín, Milán, Verona, Trieste) se basan —con su permiso, que agradezco— en el trabajo académico «El periplo italiano en los *Apuntes de un viaje. De España a Ginebra* (1873): edición estudio y notas», realizado bajo mi dirección por Andrea Bernardi, alumno en el Programa de Doctorado «Edición y anotación de textos españoles e hispanoamericanos», en el Departamento de Literatura española de la USC.
- 
- <sup>93</sup> Esta opinión contrasta con la que expresaría años más tarde su hijo Jaime Quiroga Pardo-Bazán, en su libro *Notas de un viaje por la Italia del Norte. Niza, Mónaco, Monte-Carlo, Génova, Milán, Pavia, el Lago Mayor y Venecia* (Madrid: Idamor Moreno, 1902): *il Duomo* milanés le parece «una tarta inmensa»; y parece recoger la imagen sugerida por su madre («centenares de finas agujas, caladas como el encaje de un vestido de boda») para deformarla grotescamente: «Figuraos un encaje precioso de Bruselas sobre el cuerpo de voluminosa jamona; si miráis el encaje, solamente veréis la delicadísima trama, el fino dibujo; pero si contempláis el total del adorno, lo deforme es lo que aparecerá a vuestra vista».

<sup>94</sup> Nótese el empleo de imperfecto «recogiera» («por había recogido»), característico del castellano de hablado en Galicia, por influencia del sistema verbal de la lengua gallega. Aunque, según me advierte mi compañero y amigo Guillermo Rojo (de la RAE), «hay que tener en cuenta que estos usos se pusieron de moda en el XIX y que han pervivido hasta hoy mismo. Primero en la lengua literaria y, a mi modo de ver, en la lengua periodística de hoy».

<sup>95</sup> Como he contado en otras ocasiones («Veinte años de música en España (1896-1914) a través de los artículos periodísticos de Emilia Pardo Bazán», «Emilia Pardo Bazán y las óperas de Wagner»), la autora tenía una especial predilección por esta ópera, que desempeña un papel relevante su novela *Dulce dueño* (1911). Por otra parte, cabe mencionar que, como recordaría en una crónica periodística de 1914 («La vida contemporánea», en *La Ilustración Artística*, de Barcelona, el 21 diciembre de 1914), fue precisamente en este viaje europeo de 1873 cuando nació su devoción por el músico alemán, a raíz de haber asistido en el Teatro Imperial de Viena a una representación de *El holandés errante*.

<sup>96</sup> Aunque la autora lo denomina así, su nombre es *Teatro dal Verme*.

<sup>97</sup> Como puede apreciarse en la reproducción del manuscrito, el texto de esa inscripción está escrito con tinta de otro color: acaso porque la viajera había tomado previamente nota en borrador y luego la pasó a limpio; las incorrecciones ortográficas de la transcripción («donde», por 'dove'; «y cuori», por 'i cuori') pueden obedecer a deficiente copia por parte de la autora.

<sup>98</sup> Con ocasión de esta visita la autora comenzó a escribir un poema «En la tumba de Julieta», que nos ha llegado inconcluso, como puede leerse en el Apéndice.

<sup>99</sup> Aunque de ese juicio podría deducirse que la incipiente escritora prefiere la versión literaria a la tradicional, en este caso conviene tener en cuenta su temprana afición por Shakespeare, a cuyas piezas históricas dedicaría un amplio ensayo, escrito en estos años juveniles, y que permanece inédito (lo comenta J. López Quintáns en: «Ecos de la brumosa Albión: Emilia Pardo Bazán y la literatura inglesa», en: *La literatura española del siglo XIX y las Literaturas Europeas*. Barcelona: Universitat de Barcelona - P.P.U., 2011, pp. 255-268).

<sup>100</sup> Como hemos advertido en la «Introducción», aquí termina el texto correspondiente al pliego 32; faltan los pliegos que seguirían (33, 34, 35 y 36). Pero sí conservamos un poema alusivo a esta visita, «La fiesta veneciana», cuyo texto recogemos en el Apéndice.

<sup>101</sup> El interés de Emilia Pardo Bazán por este infeliz emperador se manifestó en fecha muy temprana: uno de sus primeros poemas publicados —a los 16 años— se titula «A Maximiliano» (reproducido en el Apéndice).

<sup>102</sup> Un pequeño espacio en blanco en este lugar del manuscrito sugiere que la autora tenía previsto anotar posteriormente el nombre de esa fragata.

<sup>103</sup> Esta visita al palacio de Maximiliano en Trieste dio origen también al poema «Miramar», que se recoge en el Apéndice.

<sup>104</sup> Ese signo probablemente indica que, cuando se publique el texto, este párrafo habrá de ir después del que sigue, numerado (1); con ello quiere contar lo sucedido siguiendo su orden cronológico: primero: la visita a la catedral; segundo: el desayuno en el café (y los comentarios acerca de sus deficiencias). Otra prueba más de la simultaneidad de la escritura de los *Apuntes* con el viaje.

<sup>105</sup> Como muestra la reproducción digital del manuscrito autógrafa, la página siguiente está en blanco: la autora no llegó a cumplir su propósito de pasar a limpio aquí esos epitafios, cuyos textos habría copiado durante la visita. Hemos subsanado esa laguna con la información indicada en Anexo, al final de esta transcripción.

<sup>106</sup> Esto enlaza con el final del párrafo (2), donde refería el almuerzo en un café de Trieste.

<sup>107</sup> En el manuscrito se lee «cabece»; por coincidir con el final de la línea y de la página, parece que la autora no llegó a escribir la sílaba que falta.

<sup>108</sup> Aquí termina el último de los pliegos conservados de los *Apuntes*.





REAL  
ACADEMIA  
GALEGA